

A person's hand holding another person's hand, with a shadow of a person in the background.

# HEREDERO DE LA OSCURIDAD

¿QUÉ HARÍAS SI SUPIERAS QUE TU FAMILIA  
QUIERE ASESINARTE?

EDGAR VELAZQUEZ

Edgar Velazquez.  
Herederro De La Oscuridad.

*Para mi madre Juana, mis hermanas Ani y Stephan, mi tío Nicolás y en especial para mi hermano Gabriel, a quien llevo en el alma. Algunos han estado conmigo de cuerpo presente y otros no. Tanto apoyo, así como amor incondicional de su parte. Sea su amor sin hipocresía. Aborrezcan lo que es inicuo; adhiéranse a lo que es bueno. Romanos 12.9.*

# Índice.

PREFACIO.

EL COMIENZO.

A PRIMERA VISTA.

VOCES.

REVELACIONES.

SENSACIONES.

HASTA PRONTO.

DESEO.

APROBACIÓN.

PUNTO CIEGO.

EL ASESINO.

MATAR O MORIR.

EL ADIÓS.

EL FINAL.

FALLIDO.

## Prefacio.

Desde hace no mucho, algunas manifestaciones extrañas surgieron a mi alrededor. Comencé a ver y escuchar cosas extrañas que siempre terminaban por causar terror en mí. Con el paso del tiempo, el dormir se volvió imposible y supuse que quizás cambiar de aires me haría olvidarlo, pero fue todo lo contrario. Las manifestaciones se hicieron aún más notables haciendo que a menudo me preguntara; ¿Y si todo esto es una farsa qué creo mi mente? Quería decírselo a alguien, pero miraba a mi alrededor y veía a una madre que vivía preocupada por su trabajo, y por lo que yo, su hijo necesitase. Y esa necesidad de hablar y decir; «mamá, escuchó y veo cosas donde no hay nadie» me parecía absurda e ilógica.

Nunca pensé en el momento, situación o motivo por el cual moriría. Y sinceramente no lo había hecho porque sé que todo tiene un principio y un fin. Pero, lo que realmente nunca imaginé, fue que mi propia familia tuviera motivos para querer hacerlo.

Completamente inmovilizado, consumido por el terror, en un lugar el cual no había otra cosa más que oscuridad, buscaba a mi enemigo. Pero, éste no daba la cara y únicamente susurraba a mi oído. Tenía una ligera esperanza que me decía que éste no era el momento de mi muerte, que tenía mucho más que ofrecer. No había conocido el amor y mi madre no soportaría una pérdida más. Aterrado sin una notable escapatoria, una cálida luz que brindaba alegría y me hacía inmune al dolor, me llamaba y ofrecía una escapatoria.

## El Comienzo.

De pie observando por la ventana admiraba lo poderoso que puede ser el sol; un tanto anonadado recibiendo de frente un aire que parecía venir de una gran fogata, sin dudarle sabía que era la temperatura más alta que Texas y yo hubiéramos vivido. Recordaba los pocos momentos felices que había vivido en este hogar. Perdía el tiempo y analizaba una y otra vez lo que había sucedido hace tres años. Aun no podía creer en la extraña y repentina muerte de Michael (mi hermano), parecía que desde que falleció me encontraba en una especie de sueño, en esos donde todo parece tan real.

Siempre fue mi ejemplo a seguir, y no era solo porque fuese más grande que yo, sino que mamá nunca tuvo una queja de él y si la tuvo quizás fue por cosas sin importancia. Era un tanto parecido a mí: tez blanca, cabello oscuro y ondulado. Alto, quizás un 1.85 y atlético. A comparación mía, 17 años, 78 kilos. 1.75 de altura, de un extraño color blanco, un tanto pálido. De cabello oscuro y lacio, ojos oscuros y de cara larga. En pocas palabras soy alguien extraño. Michael mantenía su cuerpo en forma de manera natural... por así decirlo. Muy pocas veces le vi ejercitándose y aun así se mantenía fuerte, contrario a mí que debes en cuando hago ejercicio, soy fuerte, pero no musculoso.

Eran los 90's cuando nací en los Ángeles, California, de padre olvidadizo y de madre amorosa, por eso únicamente llevo sus apellidos. Tengo un coeficiente intelectual sobrevalorado, la verdad es que la escuela nunca me ha causado mayor problema y casi siempre me lo tomó a la ligera. Sin esfuerzo alguno y mayormente con tranquilidad, mis notas terminan siendo muy buenas, no necesitó que me expliquen dos veces los mismo. Comprendo con rapidez y mi memoria por alguna razón recuerda hasta lo que no debe. Michael comúnmente decía; «me sorprende que aún lo recuerdes».

Estudié dos años en el Phillips Academy de Andover, la pasaba increíble.

Creo que ha sido el único lugar en donde la escuela en realidad ha sido agradable. Como cualquier persona tengo aspiraciones o metas en la vida, la mía siempre ha sido clara, Stanford University, ¿Por qué? Es simple, es la universidad correcta y sé muy bien que dentro de un año ahí estaré ¿Cómo?... No lo sé, pero lo haré. Hablar de la familia de mi madre es complicado... quizá porque a la de mi padre no la conozco. El ejemplo quizás más claro fue cuando por alguna razón no me corte el cabello durante un tiempo y en vacaciones cuando les visité el cabello me llegaba a la nariz y eso había bastado para que me catalogaran de homosexual. Cuando escuché aquellos comentarios me quedé sorprendido. En cuanto al tema del amor es... complicado, nunca he tenido novia y lo más cercano a eso fue algo sobre lo que siempre reflexiono. En pocas, muy pocas palabras digamos; que no me ha ido muy bien en ese asunto.

Sin querer mover un dedo pues ya había empacado mis cosas, ver en la ventana y recordar aquello me hacía sentir enojado y triste. Nos iríamos de la ciudad y la verdad no estaba muy en desacuerdo que digamos.

Mi madre había sido contratada por una empresa demasiado interesante, pero pensaba que este nuevo comienzo sería mucho más difícil de lo que lo fue el de hace unos años. La casa de mi tía Diana nos albergaría por un corto periodo de tiempo en lo que la empresa donde trabajaría mamá le otorga una casa. El destino sería un bonito lugar llamado Manchester, New Hampshire. Un lugar que simplemente me encanta, pareciera que el olor de los árboles y el de la tierra mojada hicieran una especie de fusión y se transportaran con el viento. Y sumando a esto lo maravilloso de las montañas hacía que todo fuera espectacular. La mayoría de mis vacaciones las pasaba ahí junto a Michael y mamá, pero sinceramente nunca hubiera imaginado que viviría ahí, con mis posiblemente primos favoritos. La idea era muy buena.

—¡Evian, todo está listo, vámonos! —grito mamá desde la planta baja.

Esté era un adiós que por alguna razón me alegraba, pero que a su vez me inquietaba lo suficiente.

Bajé y tomé algunos de los bolsos de mamá y su expresión era triste, era más que notable que le costaba dejar este lugar.

Con las ventanillas de la camioneta completamente cerradas, el aire acondicionado a todo lo que da y un buen disco, comencé a conducir con firmeza y en ese momento unas lágrimas por parte de mamá comenzaron a brotar. El verla llorar siempre ha sido algo que me rompe el corazón. Le toqué el hombro y con la mirada le di una especie de ánimo y, luego seguí conduciendo. Desde que Michael falleció, mamá me mira como si fuera una especie de luz y yo le correspondo de la misma manera, tengo la responsabilidad de protegerle de cualquiera y de quien sea. Trato de ser un buen hijo evitando hacer estupideces, pero sinceramente ser alguien tranquilo no me cuesta. Solía ser un chico travieso e hiperactivo que comúnmente hacía estupideces por diversión, pero cuando me dieron la noticia de que mi hermano había muerto todo cambió. Lloré hasta que pude y desde ese momento prometí que nunca más lloraría frente a mamá, sería su respaldo. Entonces pase de moverme demasiado a hacer alguien tranquilo, de poca replica. Nunca más daría problemas.

Mamá y yo somos algo diferentes en cuanto a la manera de pensar. Ella es alguien muy tranquila pero que cuando le hacen enojar explota de una manera rara. Mide un metro con sesenta, cabello lacio y de un tono café oscuro, tez blanca, cara larga. Es atractiva.

Con un frío que cala los huesos, sumado a una leve llovizna y después de más de un día de camino por fin llegamos a Manchester. Nos habíamos detenido en Kentucky y durante casi todo el camino habíamos hablado demasiado, digamos que la comunicación es bastante buena. Automáticamente al entrar en Manchester, bajé la ventanilla de mi puerta — lo tenía que hacer— mi notable admiración al ver el paisaje y el aroma del viento es algo a lo que sinceramente encuentro como espectacular.

Estábamos a escasos minutos de llegar a casa de la tía. Esa propiedad se puede ver desde algunas calles lejanas, con ocho habitaciones de las cuales únicamente tres son utilizadas. La tía Diana es una o... mejor dicho, es mi tía favorita, aunque sinceramente no sé mucho sobre ella o mis primos. Tiene dos hijos: Stephanie que es la mayor y Leonel, además de Valentina que es su nieta, pero a quien considera su hija. Ellos son; atractivos, cabello ondulado,



delgados, rasgos finos y elegantes. Tienden a cuidarse demasiado debido a su estatus social y económico.

Stephanie enviudo a los pocos años de haberse casado y de ese matrimonio nació Valentina. Que por lógica es mi sobrina —aunque sinceramente nunca la he tratado como tal debido a que es dos años mayor que yo—. Como era de esperarse tiene que mantener a su hija y por eso desde hace varios años no vive en el país, sino en Vancouver, Canadá en donde tiene su propia empresa dedicada a la realización de eventos. Por otra parte, Leonel es el hijo menor de la tía Diana, tiene veintisiete y se dedica a trabajar y a estudiar un posgrado en una de las universidades locales. Se convirtió de alguna manera en el hombre de la casa cuando su padre falleció hace ya muchos años. Se convirtió en el heredero del imperio y ha sabido hacer muy bien las cosas. Por último, esta Valentina quien es muy parecida a su madre, delgada y muy bella. A pesar de su belleza y de que muchos digan que puede ser modelo se dedica a estudiar, sus notas son excelentes. Por alguna razón ama la escuela, contrario a mí.

Quizás hubiéramos llegado mucho antes de lo previsto pero mi terquedad había hecho que mamá no tocara el volante. Justo antes de llegar a Manchester, mamá había telefonado a la tía diciéndole que estábamos por llegar. Y esta correspondía observándonos llegar desde la terraza del segundo nivel, con una sonrisa más que sincera. El enorme portón se abrió y aunque parezca extraño había espacio. Años atrás, está misma cochera mantenía los espacios ocupados, siempre se han dado el lujo de tener autos de primer nivel y ahora no era una excepción. El brillo del Mercedes C240 no me sorprendía. Aquí siempre podía conducir los autos que solo podía ver en las revistas, así de claro es su economía.

Subimos las escaleras que guiaban a la casa y de inmediato la tía apareció dándonos un cálido recibimiento.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta— ¿Todo bien?

Mamá respondió a sus preguntas mientras se abrazaban, al tiempo que me estiraba.

—¿Cómo has estado, hijo? Quién te viera, grande y fuerte —dice y se ve

tan pequeña frente a mí que me provoca una sonrisa— ¿Cuándo te pusiste tan guapo?

Esboqué una sonrisa un tanto avergonzada.

—Muy bien, tía, gracias... algo cansado por el viaje.

La plática y el recibimiento se volvió a hacia mamá convirtiéndome en espectador y con ello enterándome que Valentina y Leonel llegarían más tarde. Sin que mi presencia importara me dirigí a la azotea, el lugar donde todo lo demás no importaba. El paisaje era por demás increíble, me hacía no pensar en nada y me quedaba congelado.

Cuando bajé la tía me miraba como con una especie de ternura o lastima. Y la verdad no agradaba, pero aun así sonreí falsamente. Regresé al garaje y bajé las cosas del ultimo regalo que Michael le hizo a mamá; una camioneta Ford 2004 edición Harley Davidson oscura que sinceramente siempre me ha encantado.

Después, sin que nadie me ayudara, subí las maletas a la estancia de la que sería temporalmente nuestra casa. Entramos y la tía nos guio a las habitaciones. Las paredes de la casa estaban pintadas de un color crema y con un mosaico color blanco en el piso. Ventanas tamaño mediano y con cortinas que de inmediato admiro mi mamá, supongo que son bonitas. Muebles, decoración y el lujo serían las palabras correctas para definir la casa donde cada año todo es remodelado.

—Ésta será tu habitación, hijo. La he arreglado especialmente para ti — dice mi tía mientras sostiene la puerta y me muestra— espero que te guste.

Asentí agradeciendo.

La habitación tenía todos los servicios básicos; cama, televisión, baño y un gran guardarropa.

—Gracias, tía. Todo está perfecto

Avanzaron hasta la siguiente puerta.

—Y ésta será la tuya, Aurora. Compré esos muebles especialmente para ti.

Entraron la habitación y sin que se dieran cuenta entre a la que desde hoy sería la mía, para caer en las redes de mi nueva cama, estaba por demás agotado. Jamás había conducido de la manera en la que lo hice. Y a pesar de

que no era muy tarde caí rendido.

A la mañana siguiente, lo primero que me despertó fueron los almohadazos por parte de Valentina y eso me había bastado para entender que debía ponerle seguro a la puerta. Le quería tal vez es como la hermana que nunca tuve, pero sinceramente no pensaba acostumbrarme a esto.

Me dio un beso en la mejilla.

—Ya despiértate —susurra a mi oído, haciéndome sonreír— ¡Estabas despierto! —grita brincando en la cama.

La observé aun entre dormido, con un ojo abierto y otro cerrado. De un momento a otro se recostó junto a mí.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien, anoche quería verte. Pero, tuve que esperar hasta hoy o mi mamá me iba a regañar si te despertaba —Valentina le dice mamá a mi tía Diana, aunque sea su abuela. Sonreí poniendo los ojos en blanco mientras pensaba que de todos modos me había despertado— ¿Y tú cómo estás?... ¿Listo para comenzar de nuevo y conocer el amor?

Me eche a reír. Ni si quiera sabía lo que en realidad es el amor, hubo una ocasión que pensé haber amado, pero jamás fui correspondido ¿Listo para el amor? ¡Sí, claro!

—Estoy bien, aunque eso de ser el nuevo en una escuela me pone algo nervioso.

—No debes de sentirte así a veces es bueno cambiar de aires; digo aquí no será como Andover, pero será bueno ya verás —asentí sonriendo—. Vístete para que desayunemos nos están esperando. Te quiero mucho hermanito, bienvenido a tu nuevo hogar —añade mientras me da otro beso en la mejilla.

Antes de que pudiera decirle algo se marchó corriendo.

—Gracias —agradecí entre dientes.

El desayuno fue por demás largo conversando de manera alegre. Mi educación era algo que increíblemente les importaba a todos, digamos que ellos son "la única excepción" de la familia que siempre me ha hecho saber su admiración debido a que estudié en Andover. Al igual que yo sabían que las cosas serían muy distintas y me deseaban suerte para poder adaptarme de forma rápida a mi nueva escuela puesto que ya no estudiaría en un internado sino en un colegio que parece ser una tradición en entre ellos, ya que tanto

Stephanie, Leonel y Valentina estudiaron en él.

El reloj despertador sonó justo a las cinco con treinta y en marco el principio de mi nueva vida. Estaba renovado y a mi manera de pensar listo para comenzar, los días anteriores habían sido de relajación y descanso, pero aún me sentía un tanto nervioso. Después de haberme bañado, me puse unos vaqueros y una playera gris para luego salir de la habitación y dirigirme a la cocina donde Valentina y Leonel ya estaban desayunando. Los acompañe y nos deseamos suerte como por milésima vez. Dio tiempo para que Leonel se ofreciera a llevarme y para que le diera las gracias. Días anteriores le había hecho saber que no quería interferir con sus vidas y su tiempo, me las arreglaría para llegar al colegio y hacer lo que me plazca sin tener que esperar o depender de alguien.

Tomé las llaves de la camioneta y seguí la ruta que Leonel, Valentina y la tía se habían encargado de repetirme hasta el cansancio; siete cuadras al norte y una al sur... nada complicado. Cuando llegué me limité a observar la escuela y busqué un lugar en el estacionamiento la mayoría de los autos eran lujosos y recargados en ellos había chicas bastante atractivas. Encontré lugar junto a un Mustang gris. Me bajé de la camioneta y de inmediato las miradas que había sentido arriba se intensificaron. Pensé en la lógica, el chico nuevo.

Llegué al lugar que según el croquis sería mi primera clase. Y tratando de pasar desapercibido, busqué un lugar no tan atrás debido a que mi vista no es del todo buena. Y justo cuando sacaba las cosas de mi mochila, sentí que alguien se me acercó.

—¿Qué hay? —me saluda en forma seria un chico rubio. Algo pequeño en cuanto a su estatura y de facciones amigables.

—No hay mucho que decir ¿Y tú?

—Bien, bien. ¿De dónde vienes?... ¿Canadá? Piensa bien tu respuesta porque odio a los canadienses.

Lo miré con duda.

—Vengo de Andover.

—Por un momento pensé que dirías Canadá —responde riendo cambiando por completo su seriedad— fue una broma, una bromita, no hay mejor forma

de romper el hielo que haciendo una broma.

Sonreí falsamente, mientras él extendía su mano para saludarme.

—Soy Joel, Joel White ¿Cómo te llamas?

—Evian Barnes.

—Bienvenido, Evian Barnes.

Estrechamos nuestras manos y el profesor entra haciendo que todos vayan a sus lugares.

El profesor se había presentado con voz autoritaria y cuando atrajo la atención comenzó con su clase. Me lleve una gran sorpresa al ver que aquí no se perdía el tiempo y todos venían a trabajar. Poco después comprendí él porque: el profesor se había encargado de recordarnos que nadie de generaciones pasadas se había quedado sin estudiar la universidad y esa era la reputación del colegio.

La clase había sido buena, sin caer en exageraciones. Sentía que este año necesitaba de una exigencia mayor si es que quería seguir soñando con Stanford.

Caminaba entre la pequeña multitud de alumnos cuando pensaba y esperaba que todas mis clases fueran así exigentes cuando de pronto alguien me dio un ligero golpe en el hombro.

Observé a mí derecha y era Joel.

—¿Qué te toca? —pregunta. De alguna manera no esperaba su compañía y no porque fuera un antisocial de primera, sino porque en verdad no lo esperaba.

—Idiomas, ¿Y tú?

—Igual, déjame ver —responde y me arrebató el croquis.

Se da cuenta de que mis clases eran exactamente igual a las suyas y dice algo que no logré escuchar gracias a que me entretuve viendo cómo me miraban.

—Aquí es —dice sacándome de mis pensamientos.

Continuado hablando y nuevamente no le había tomado importancia, esta vez no me distraía por algo tan simple como miradas o demás. En cuanto

puse un pie dentro del salón sentí una especie de calidez y protección, algo sumamente raro porque en mi vida había sentido algo como eso. Avancé junto a Joel y observé a mis nuevos compañeros, casi todos se encontraban conversando en pequeños grupos justo como en la anterior clase. La única excepción habían sido dos tipos que de inmediato se acercaron.

Uno de ellos de tez morena, cabello oscuro y corto. De altura quizás un metro con setenta, fuerte físicamente, cara marcada rectificando su fortaleza y con el ceño remarcado por naturaleza.

—¿Y éste quién es? —le pregunta a Joel refiriéndose a mí, causándome una ligera molestia.

—Damien...—susurra entre dientes el otro calmándole.

Parecía ser hijo de gigantes, su estatura rondaba fácil los uno con noventa. En cuanto le vi parecía que vi un espejo de mí, su tono de piel exactamente igual de pálido, su cabello y ojos oscuros, pero tenía una chispa distinta... distinta al resto era fácil darse cuenta de que el tipo era el don juan de la escuela.

Él era guapo y yo feo, tampoco coincidamos en la fortaleza ya que a pesar de ser delgado su fortaleza era visible.

—Él es Evian Barnes, es nuevo —responde Joel.

—Bienvenido, Evian, soy Bruno, Bruno Grimaldi —se presenta el alto de forma amigable a lo que pensé «¿italiano?».

Extendió su mano de manera amigable y sincera, exactamente igual a como lo había hecho Joel. Le correspondí y en cuanto estrechamos nuestras manos sentí claramente aquella sensación de calidez y protección.

Le miré extrañado, aunque ocultando mis sensaciones para después soltarle.

—Gracias.

—¿Dé qué escuela vienes? —pregunta, Bruno.

—Andover.

Se admira.

—Vaya, es una gran escuela —responde aun admirado.

Asentí dándole la razón, probablemente es la mejor del país.

—¿La conoces? —le pregunto y de inmediato asiente.

—Digamos que él —interviene Damien, con mala cara— sabe todo lo que es de nuestro nivel social.

Esboqué una sonrisa.

—¿Nuestro nivel social? —preguntó mirándole.

—Olvídalo, Evian. Es solo que Damien tiende a realizar muchas diferencias en cuanto a los niveles sociales, un poco elitista.

—Es que es la verdad, los pobres no deben y no deberían entrar en nuestro ambiente —insiste Damien a lo que me rio entre dientes de forma sarcástica.

Quizá soy el más pobre de aquí y realmente no me importa.

Seguí caminando dejando a aquellos tres atrás para luego buscar un lugar para tomar la clase, mientras a mi espalda escuchaba a Bruno llamándole la atención a Damien por su comportamiento.

Cuando llego la hora del almuerzo compré algo ligero de comer y antes de que me diera cuenta Bruno y Joel estaban en mi espalda por lo que terminé desayunando con ellos y sus amigos, incluyendo a Damien, quien por cierto no me había caído nada, nada bien. La plática en el comedor fue extensa hasta donde se puede hablar en treinta minutos, respondí el bombardeo de preguntas y cuanto saqué sus dudas parecieron estar tranquilos. Lo demás del día había pasado volando y con ello aquel nerviosismo que tuve termino por largarse.

Al llegar a casa y aunque mamá trabajaba, los cuestionamientos del primer día no se hicieron esperar. Me había llevado una buena impresión de la escuela a pesar de que no era lo mismo que Andover, en su mayoría las personas habían sido educadas salvo el asunto de Damien y el misterio de Bruno.

A la mañana siguiente me encontraba como nuevo, había dormido el resto del día. La alarma sonó exactamente a la misma hora e hice exactamente lo mismo que ayer, sin dudarlo sabía que ésta sería mi rutina.

Nuevamente en cuanto bajé de la camioneta las miradas se hicieron

presentes y nuevamente me hice el desentendido, aunque si me había dado el tiempo de ver como Bruno y Damien se apoderaban de la atención de las chicas. Sonreí ante ello y caminé hacia el salón. En el transcurso nuevamente Joel se me acercó y de inmediato me pregunté el porqué de ello. Nunca una persona se me había acercado con tanta frecuencia y creo que comenzaba a irritarme.

—¿No has prestado atención en cómo te ven las chicas? —me pregunta, lo observo y no le prestó atención.

—No —respondo a secas.

—Eres atractivo para ellas, incluso para algunas maestras.

Lo miré y me comencé a reír. Observé a mí alrededor y parecía que tenía un poco de razón, me miraban, pero continúe con mi idea de que era por el síntoma del "nuevo".

—¿De qué te ríes? —replica mirándome incrédulo.

—De nada, solo que no me había dado cuenta.

—Es la verdad, si te lo propones podrías tener a cualquier chica de la escuela, la que tú quisieras —volví a reírme— ¿En verdad no te habías dado cuenta?

—No, en serio no.

Seguí caminando dejando en el olvido los comentarios de Joel, no me interesaba tener a cualquier chica, me interesaba acabar el año y llegar a Stanford en óptimas condiciones, sin que nada ni nadie afectara mi rendimiento.



## A Primera Vista.

El siguiente mes, la escuela se volvió importante, jamás lo hubiese pensado, pero era cierto. Mamá había hecho un par de viajes laborales y le había visto muy poco... o nada. Bruno se había vuelto una especie de confidente, consejero y amigo. Y todo esto a una velocidad tan rápida que por momentos no podía creer, es como si hubiera algo que me hiciera confiar en él de manera natural. Me había dado el tiempo de ver que no era alguien a quien le preocupara o interesara el dinero, era él quien terminaba pagando las cuentas de Joel y mías en Jillian's (un sport bar) a pesar de mi insistencia por siempre cooperar.

Todos los miércoles y viernes visitaban... visitábamos Jillian's debido a que era de los pocos lugares donde Joel podía beber cerveza y fumar sin que nadie le dijera una sola palabra, todo gracias a la influencia de Bruno quien era tratado con muchísimo respeto en la mayoría de los lugares de Manchester a los que acudíamos.

Los despilfarros de Bruno pagando lo que se le pusiera enfrente había sido solo el principio. Mi admiración llegó justo cuando vi que llegaba al colegio en un auto diferente todos los días. No cualquier auto de esos que ves por ahí, sino los que solo un millonario podría tener. «¿Quién carajos es este tipo?» llegué a pensar que la respuesta sería difícil de obtener, pero fue todo lo contrario.

—Sus padres se la pasan viajando casi todo el año —me reveló Joel—. Vive con su mayordomo en una casa impresionante que se encuentra en las afueras. Su familia tiene muchísimos negocios, entre ellos una constructora.

Por alguna razón se me hacía extraño que alguien de semejantes condiciones económicas se encontrara en un lugar como éste y, no porque fuera feo o algo por el estilo. En realidad, Manchester es bellissimo y quizá

uno de los sitios más seguros del planeta, pero me costaba creer que lo haya preferido en lugar de Francia, Italia, Alemania, Tokio... no lo sé.

Por otro lado, la relación con mi nueva familia se volvió rara o al menos esa es mi forma de verla. Casi no cruzábamos palabra, no nos veíamos, pero cuando lo hacíamos me sentía hostil, como si fuera un extraño. Quizá exageraba o quizá no, últimamente mi humor iba en caída libre y todo era generado gracias a que no había podido conciliar el sueño, a pesar de que pasaba tiempo en el gimnasio y me desgastaba. Palabras más, palabras menos, llevaba diez días sin poder dormir. No era la primera ocasión que me ocurría; la primera fue cuando tenía doce y no le preste atención, pero ahora me preocupaba porque no quería aflojar este año en lo escolar. Pero, hiciera lo que hiciese nada lograba hacerme dormir.

Al no poder dormir, el manejar todos los días se volvió un verdadero martirio. Mi sincronización era pésima y en un par de ocasiones estuve a nada de estrellarme.

Sin motivo alguno me enojaba a la mínima provocación al grado de que la sangre me hervía, pero sin duda algo que seguía sorprendiéndome y de lo que tal vez podía presumir era que mi cuerpo tenía demasiada energía. En pocas palabras y muy a mi manera de pensar comenzaba a jurarme que llegar aquí había sido la peor decisión de mamá en los últimos años. Cuando estaba en Andover las cosas eran diferentes, la pasaba bien y todo era hasta cierto punto felicidad. Pero, aquí no. El solo llegar a casa se convirtió en un martirio y comenzaba a preguntarme ¿Cuándo nos mudaríamos?

Eran poco más de las cuatro de las seis, conducía por la S Willow St. Cuando de pronto el aroma a café entro por la ventanilla, no era muy fanático, pero debía admitir que olida bastante bien. Estacioné la camioneta y viéndome en el retrovisor me peiné con los dedos. «Qué raro», pensé. No recordaba la última vez que hice eso y tampoco acostumbraba a hacerlo.

Me bajé y volví a pensar en el tema de no poder dormir y supe que eso a la larga terminaría haciéndome mal y que cada vez la idea de comprar somníferos o drogarme no sonaba tan descabellado.

Caminé con la vista al frente hasta que un diminuto grupo de chicas que se

encontraban en una de las mesas de afuera de la cafetería llamaron mi atención con sus risas, pero dejé de verlas al pensar que era más de lo mismo; me veían sin detenimiento algo a lo que extrañamente ya me había acostumbrado. Seguí avanzando mientras jugueteaba con la llave de la camioneta hasta que llegué a la puerta de cristal, la abrí y sin ningún motivo aparente, como por orden de dios volteé hacia mi izquierda.

Me quedé perplejo viendo a una chica que poco a poco se acercaba hacia aquel grupillo de chicas que me había limitado a ver. Se veía altanera, como que todo lo tiene, pero que incluso teniéndolo todo el amor le hacía falta. Miraba hacia el frente mientras sutilmente el viento jugueteaba con su cabello para después ella recogerlo de forma sonriente. Y esa sonrisa era especial, tanto que parecía tener el brillo de los diamantes.

De aspecto discreto, pero de belleza infinita que hacía voltear a cualquiera. Un poco arriba del metro con sesenta. Cabello lacio y castaño oscuro, tez blanca y desde lejos textura perfecta y cuerpo proporcionalmente perfecto. Se acerco al oído de una chica que tenía más o menos el mismo color castaño de cabello, se murmuraron y volvió a reír y el tiempo se detuvo un por un instante.

Preciosa...

—¿Te puedes quitar? —escuché haciéndome regresar a la tierra. Miré al dueño de la voz y era un señor que me miraba como si yo fuese un estúpido. Esboqué una sonrisa un tanto avergonzado y asentí. Por primera vez en días la sangre no me hirvió del coraje. Me hice a un lado para que el señor pudiera salir.

«Eso había sido raro», pensé. Incluso los pies parecía que los había despegado del suelo, era como si me hubieran llevado al cielo en un suspiro.

—Gracias —responde de mala gana el señor entre dientes.

Entré dejando aquella chica en el olvido, me recargué de manos en el mostrador al tiempo que esperaba a que me atendieran, pero fue rápido.

—¿Qué te doy? —pregunta la muchacha que atiende en cuanto es mi turno.

—americano, por favor.

—¿Nombre?

—Evian —respondo, para después ver a mi izquierda una mano que se recargo ligeramente sobre el mostrador. No me paso los días viendo manos, pero esta era de esas que no ves a menudo. Totalmente blanca, con algunas pulseras y uñas pintadas de azul turquesa. Sin tapujos la miré a la cara y era aquella chica que sin tocarme me había dejado parado en la entrada. Como reacción inmediata mi estomago sintió un cosquilleo y mi corazón latió más fuerte de lo debido. Por alguna razón, quizá como esa atracción que tiene el mental hacia el imán la miré directo a los ojos y vi sus hermosísimos ojos aceitunados: café, verde y rojo, tres colores en unos ojos por supuesto de la mejor calidad. De esos que hasta el sol envidia por que brillan más que él.

Y eso había bastado para sentirme aturdido, eso había bastado para que con un solo suspiro inhalara el olor de la ciudad.

Era demasiado tarde, me había drogado de su existencia.

No sabía cuánto tiempo llevaba viéndola, solo la miré hasta que parpadéé y pensé que después de todo ella no era una alucinación, era sumamente real. Poco a poco fui recobrando la respiración y la conciencia, pero no podía dejar de mirarle. Su rostro era un conjunto exacto a sus dimensiones, como hecho por arquitectos que se habían tomado el tiempo suficiente de crearla: cejas claras, facciones finas y delicadas. Sus ojos aceitunados eran protegidos por unas largas pestañas que parecía que aleteaban. Su boca sin ser grande era carnosa y de aspecto delicadamente dulce. Su nariz era igual a todas sus facciones; recta, perfecta, simétrica.

Seguimos observándonos, no tenía una sola idea de cuánto tiempo había pasado... jamás me había ocurrido esto ¡Por Dios! semejante atracción y semejante golpe de sensaciones.

«Quiero ser suyo», pensé.

No sabía si ya sonría, así que de todas formas lo hice, y en forma casi automática me devolvió el gesto, aquello había bastado para que las rodillas

me tambalearan.

—Hola —dije por reacción “inmediata” en tono apenas oíble y, sonriente... como un tonto.

—Hola —respondió con voz cálida y dulce. Mirándome de forma pensativa, aunque conservando la sonrisa.

«Tiene una voz hermosa», dije para mis adentros.

—¿Quién eres? —pregunté.

Hizo un gesto confuso, entre frunciendo el ceño y sonriendo. «Un gesto precioso», diría yo. Se quedó callada, no había una respuesta solo había miradas directas y sonrisas preciosas.

—Alessandra —soltó de pronto—... ¿Y tú?

—Evian —respondí mientras le extendía la mano sin dejar de verla a los ojos, estaba anonadado, hipnotizado.

De reojo observó mi mano y no me hizo caso, dejándola en el aire. La sonrisa de su rostro desapareció instantáneamente, como forzada, como si algo se lo pidiera. —¿Por qué no platicamos por allá? —dije mostrándole una banca con los ojos aun cuando su ultimo desplante me había caído como un balde de agua helada.

De pronto negó con la cabeza.

—Dudo mucho que a mi novio le guste —dice y siento una punzada en el corazón que me hace despertar del sueño al que ella me había transportado. Sonreí de forma más bien dolosa, fingida, pero pensé en la lógica, si yo fuera su novio no la dejaría un solo segundo podría enamorarse de alguien a primera vista o fulminar con su hermosura... uno nunca sabe.

—En primer lugar, no tienes novio. En segundo sabes que aquí sucedió algo, algo que ninguno de los sabe ¿No quieres saber qué es?

—No, la verdad no me interesa.

Esbozó una sonrisa.

—Apuesto a que sí, nos hemos mirado durante treinta..., cincuenta..., ochenta y..., tantos segundos. Te aseguro y apuesto que nunca te había sucedido.

Lanza una risa sarcástica, pero ante todo discreta... preciosa, preciosísima.

—Me pasa muy a menudo —replica.

Sonreí y asentí, me había quedado claro. Es graduada especialista con posgrado en eliminar sujetos.

—Evian... —dice en voz alta una de las personas que atiende la cafetería, pero no la observo.

—Fue un placer, Alessandra —me despido de ella inclinando un poco la cabeza, sin dejar de mirarla y después me encamino a recoger mi café.

Caminé hacia la salida mientras ella aun pedía lo suyo. Por lógica me daba la espalda, no hizo ningún movimiento para verme u observarme como cualquier otra chica lo hubiera hecho.

Actuaba como si nada hubiera ocurrido.

Salí del lugar con su rostro dibujado en mi memoria. Reconozco que había visto mujeres preciosas y bellas, pero ella tenía algo especial. Es aún más bella que cualquier otra, con un toque divino, algo que nadie más tiene y sinceramente ese desplante para conmigo me hizo desearla aún más, nadie quiere lo fácil siempre queremos lo prohibido. Y no lo digo yo, así es nuestra naturaleza.

Me senté en una mesa cercana a la camioneta en donde podía ver casi de frente al grupo de chicas. Pero ya no la observaba directamente, más que por el rabillo del ojo. Ella no tardo en unirse a las chicas, pero ya no volvió a mirarme, le presto más atención a un perrito que a mí. Me mentí pensando que estos habían sido mis planes: tomarme el café solo, en una mesa sola... que ridículo.

Esbocé una sonrisa.

Se acabo, pensé. No me había terminado el café, pero había sido todo.

Caminé al cesto de basura y eché el vaso, le quité la alarma a la camioneta y volteé a ver a Alessandra, pero nuevamente me desecho con la mirada mientras observaba al perrito labrador que de seguro le pertenece a una de las chicas. Volví a sonreír reafirmando mi idea de que era una especialista en el arte del desecho. Seguí caminando y justo cuando estaba cerca de la camioneta escuché un grito;

¡No hagas eso, ven!

Aún cuando mi orgullo decía que no volteara terminé haciéndolo. Aquel cachorro que Alessandra acariciaba corrió en dirección hacia la calle pensando que quizá se trataba de un juego, juego que podría terminar en llanto. Correría por él y hacerlo no me sería de mucha dificultad, pero esperaría el momento adecuado.

Alessandra y la otra chica comenzaron su intento por alcanzarlo, pero jamás lo alcanzarían, el cachorro estaba cada vez más cerca de mí. Me fijé concretamente en Alessandra, no sabía si la volvería a ver, pero en ese momento al ver su rostro lleno de preocupación, en su intento desesperado por conseguir fuerzas para poder correr aún más rápido y evitar una posible catástrofe supe que jamás quería volver a verla de ese modo.

No recuerdo haberle dado la orden a mis piernas para moverse, cuando me di cuenta ya estaba inclinado para cargar al perrito, mientras aquellas dos llegaban me di tiempo de acariciarlo y jugar con él.

Me miraron de forma alegre y aliviada. La chica cuyo nombre no sabía se acercó mientras que Alessandra guardaba cierta distancia.

—Muchas gracias —agradece de forma acelerada como si hubiese corrido un maratón. Le dedico una sonrisa y muevo la cabeza para restarle importancia.

—No tienes nada que agradecer.

Le entregué su cachorro y miré a Alessandra quien no me sostenía la mirada.

—Por un momento pensé que tal vez lo atropellarían o algo semejante, de verdad muchas gracias —agradece de nuevo la otra chica mientras acaricia al perrito.

—De verdad no tienes nada que agradecer... ¿Tiene novio? —le pregunto refiriéndome a Alessandra, quien rápidamente se sorprende. Y es que digo; ¿Para qué vivir con la duda eterna? mejor salgamos del embrollo.

La chica retrocedió hasta ponerse junto a Alessandra, me miro a la cara y fue recorriéndome hasta llegar a los pies como evaluándome.

—No —respondió clara y concisamente, sonriendo y haciéndome reír.  
Alessandra la quiere matar.

—¿Lo ves?... Te lo dije —Alessandra comenzó a reírse como si no le quedara de otra, pero regaña a su amiga con la mirada—. El destino tiene algo preparado, nos hemos visto durante... Una hora allá dentro —vacilé.

Ladea la cabeza.

—Fueron como dos segundos —replica sonriente... hermosa.

—Pero nos hemos visto y ahora salvé la vida del cachorro de tu amiga. Imagina que hubiera pasado si nadie lo detiene: hubieras llorado y te abrías culpado toda la vida, pero no, estuve aquí para salvarte —me miró de forma sonríe—. Dame tu número y salgamos un día de estos, ahora no porque estas con tus amigas. Pero vamos, sabemos lo que acaba de suceder, no le cierres la puerta al amor no somos nadie para cuestionar sus métodos.

De pronto miro al costado de forma pensativa, tardo un par de segundos y luego se mordió un poco labio inferior y asintió.

—¿Tienes en que apuntar?

Hice un pequeño gesto de celebración. Esas palabras habían sido la gloria, me había desechado tanto en tampoco tiempo que creí que nuevamente lo haría. Saqué mi celular del bolsillo y se lo di para que dejara guardado su número, cuando termino le di las gracias.

—Me lo debes a mi —replica la otra chica— por cierto, soy Sophia Padrón.

Volví a reírme.

—Gracias, Sophia. Bueno las dejo para que sigan... en lo suyo —miré a Alessandra directo a los ojos y como si fuéramos títeres controlados nos sonreímos al mismo tiempo— te veo después —añadí a lo que ella asintió ruborizada, parecía que aquello que al principio la bloqueaba se había marchado.

Me subí a la camioneta y mientras la encendía continúe mirando a Alessandra. Me parecía maravillosa, tanto que creo que podría mirarla todo el día. Ella y Sophia, se reunieron con las demás y, justo mientras daba reversa nuevamente nuestras miradas se enlazaron y nos volvimos a reír a la distancia. Las sensaciones que sentía no tenían un nombre o explicación.



Parecía que la única respuesta con todos los argumentos necesarios era el amor.

En cuanto llegué a casa mi mal humor había cambiado y por primera vez en días me sentía cansado. Sentía unas ganas enormes de poseer a Alessandra, de besarla, de abrazarla y por muy egoísta que suene de tenerla junto a mí y para nadie más. Había inundado mis pensamientos desde el primer instante en el que la vi y justo ahora no era la excepción... pensaba en ella.

A la mañana siguiente me di cuenta de que dormí como hacía mucho no lo hacía. Quince horas seguidas y de no ser por la tía Diana, quizás hubiera continuado. Me despertó para que la llevara al supermercado ya que ni Valentina, ni Leonel se encontraban en la casa. Me di un baño de agua helada y después de ello me apresuré a vestirme a insistencia de la tía. Me puse unos pantalones cortos color caqui y una playera oscura. En cuanto salí de mi habitación me di cuenta de que era cierto, ninguno de los estaba en la casa, algo raro ya que comúnmente los fines de semana duermen durante todo la mañana, gracias a su vida social.

Cuando regresamos, prácticamente mi estancia en la casa fue nula. Ayudé a mi tía cargando la mayoría de las cosas, conversamos de cómo se encontraba mi vida y, luego me marché desatando su enojo, quizá pensaba que me quedaría, pero no. Había quedado de ir a casa de Bruno junto a Joel, jugaríamos videojuegos, fútbol y alguna que otra cosa.

Bruno me había explicado quizá de la forma más lenta el cómo llegar a su casa, pero sinceramente nunca le entendí. Por eso había quedado de verme con Joel en las afueras del colegio para que el fuese el guía.

Estacioné la camioneta con las ventanillas abajo como ya era mi costumbre. No era necesario encender el aire acondicionado ya que el clima de Manchester casi siempre era fresco y agradable. Luego de bastante rato, justo cuando comenzaba a desesperarme llego Joel en un su ya conocido y maltratado Audi.

Bajó la ventanilla de su lado.

—Pensé que tardarías más —le digo sarcásticamente. Habíamos quedado a las once y eran once con treinta.

—A mí no me gusta hacer esperar a las personas —responde de forma seria, a lo que mejor guardé silencio o le arrancarí la cabeza de un puñetazo —. Bien, como la casa se encuentra en las afueras nos iremos por Londonderry, como si quisiéramos ir Auburn pero mantente atento porque nos desviaremos, la casa se encuentra hasta cierto punto escondida. Te veo allá —Concluye señalándome de forma sonriente para después subir su ventanilla mientras pongo los ojos en blanco.

Justo como lo había dicho, condujo hacia las afueras de Manchester, donde no tardamos demasiado en pasar junto a la glorieta con el letrero que dice; Bienvenidos a Manchester. La ciudad de la Reyna. Sin avanzar demasiado la majestuosidad del lago Massabesic se hizo presente dejándome pasmado: repleto de veleros y kayaks con un sublime toque familiar para después ceder el paso a los fríos y grandes árboles.

Joel entro sin previo aviso a una diminuta calle totalmente recta que apenas y era visible gracias a que estaba acorralada por los arboles rojizos y verdes. Sin avanzar demasiado se unieron unos campos totalmente verdes que parecían ser podados al más mínimo detalle. Un poco más adelante se hicieron visibles dos casas suntuosas del lado derecho y una mansión al fondo a la izquierda, todas con la misma arquitectura única y elegante. Iban de menor a mayor tamaño conforme se iba avanzando; la primera casa era la más "pequeña", le seguía la de en medio que casi era equiparable a la mansión del fondo, pero había notables diferencias. Ninguna tenía vallas o rejas que las protegieran.

Joel continuó avanzando y todo indicaba que Bruno vivía en la mansión. Dio vuelta en la glorieta y se detuvo en la entrada, se bajó el auto y al ver mi expresión de sorpresa me dedico una mirada y un gesto apático.

—¿Qué pasa? —me pregunta mientras se acerca— puedes dejar tu camioneta ahí, nadie más vendrá.

Asentí y me bajé. Cuando puse los pies sobre la tierra volví sorprenderme,

la casa era gigante. Antes de que llegáramos a la imponente puerta de madera esta se abrió.

—Vaya, pensé nunca vendrían —dice Bruno, saliendo de la casa.

—Se me ha hecho tarde, me quedé dormido —confiesa, Joel encogiéndose de hombros y Bruno se echa a reír para después darle una palmada en el hombro.

—Adelante, pasen —nos invita a pasar y después me mira— parece que por fin dormiste.

—Si, como rey.

Pone los ojos en blanco.

—Qué bueno por que estabas de un humor —dice sarcásticamente haciéndome reír. Era la verdad, no habían sido muy buenos días que digamos.

Me encogí de hombros

—Discúlpame

—Olvídalo, no te preocupes. Pasa quiero que conozcas a alguien importante.

En cuanto entramos me fue prácticamente imposible no observar la casa. Todo, absolutamente todo era un lujo extraordinario, lleno de muebles finos de madera que daban un toque entre lo antiguo y lo moderno. Las paredes estaban pintadas de un situado color crema y, todo parecía ser acomodado al más mínimo detalle.

—Buenos días, Guido —saluda Joel, haciendo que deje de ver por doquier.

—Buen día, joven White —respondió un señor que quizás rondaba los cincuenta, llenito de un aspecto paternal y amable.

—Guido, te presento a Evian, Evian Barnes —me presenta, Bruno.

Guido se sorprende al verme, como si supiera sobre mí. Se acerca y de forma muy educada me tiende su mano para saludarme.

—Un placer conocerle joven Barnes.

—El placer es mío, Guido.

—El no solo es mi mayordomo, es mi amigo, confidente y podría decirse que incluso un padre —describe Bruno mirándole sonriente a lo que Guido agradeció con la cabeza.

Esbocé una sonrisa.

—Ya veo.

—¿Se les ofrece algo? —pregunta, Guido.

—No te preocupes, si queremos algo lo tomaremos. Ve a descansar —le dice Bruno de forma tranquila y educada.

El transcurso de la tarde había sido rápida y entretenida. Había conocido una que otra parte de la casa —sinceramente creo que tardaría más de un día para verla en su totalidad—. Conocí la cancha de tenis, la piscina techada y la normal, pude ver el amplio horizonte de los campos verdes donde estando lo suficientemente alejado se encontraba el helipuerto. Jugamos videojuegos durante un buen rato y cuando tuvimos hambre tuve la oportunidad de conocer a Stella: la encargada de la cocina. Una señora un tanto mayor, extremadamente amable y cariñosa para con todos. Guido, se comportó de manera extraordinaria. Por un breve, muy breve momento pensé que él y Stella comían en otro lugar de la casa. Pero, no, no era así, todos comían en el enorme comedor, acompañando a Bruno, reían y conversaban como si fueran una familia. Debía admitir que la humildad de Bruno no dejaba de sorprenderme, nunca había conocido a alguien que tuviera tanto y que aparentara no tener nada.

Habíamos comido Spaghettis, según Stella; uno de los platillos preferidos de Bruno. Y creo que lo comprendía, debía reconocer que Stella cocina muy bien, parecía que todo lo que preparaba lo hacía con una especie de amor, sutileza y dedicación.

Después de que agradecí millones de veces por la comida y a insistencia de Joel salimos a jugar un poco de soccer.

Bruno le dio un pase a Joel.

—Por cierto, ¿Dónde trabaja tu mamá? me habías dicho que trabaja, pero nunca dijiste en dónde —me pregunta.

—En Vinci Construction —respondí atrayendo la mirada de Joel— una empresa francesa.

Bruno asiente comprendiendo.

—Vaya, es una empresa bastante buena —responde de forma sonriente.

Me encojo de hombros.

—Pues, si... eso creo —respondo un tanto extrañado ante las miradas de ambos.

Continuamos jugando durante un buen rato. Nunca me he catalogado bueno en los deportes, aunque si tengo fascinación por muchos. De cierta manera admiro la forma en la que un deportista se prepara para estar al máximo nivel y en las formas en las que se cuidan y preparan para llegar a ello. Bruno parecía ser uno de esos. Era por mucho más rápido que nosotros, era sabio a la hora dar un pase y parecía ir un paso delante. Su condición física era abismal mientras que Joel y yo estábamos sudados, agitados y por demás agotados él se encontraba sin ninguna aparente gota de sudor y con la respiración totalmente normal.

Joel se echó en el pasto totalmente exhausto.

—¿No estás cansado? —le preguntó a Bruno de forma acelerada.

Hace una mueca.

—No —responde tranquilamente, como si nada pasara.

—¿Cómo es que tienes tanta resistencia? —replico y después me tiro en el pasto como Joel.

Bruno miró hacia el frente como buscando la respuesta y luego vuelve a mirarme.

—Salgo a correr todas las mañanas, deberías hacerlo, con el tiempo te acostumbras y cuando menos lo esperas tu condición cambia de manera radical.

Me quedé callado pensando en que no me gustaba correr y sinceramente no lo haría. Después vi como el sol comenzaba a ocultarse. Debía irme.

—Yo creo que es momento de que me vaya, el camino de regreso es un poco largo.

Bruno asiente.

—Está bien.

—¿Joel, te vas a quedar? —pregunté.

—Si, un rato más —respondió, de forma cansada acostado en el pasto.

Bruno me acompañó hasta la puerta y un poco antes de llegar a esta, Guido y Stella aparecieron para despedirse de forma educada... parecía que les había caído bien. Dentro de la camioneta había bastado medio minuto

para sentirme cansado y para que los ojos comenzaran a arderme de manera extraña. Conduje con las ventanillas totalmente cerradas, pensando que tal vez el aire frío lo había causado. Poco después de haber salido de la diminuta calle me parecía increíble que la carretera estuviera tan desolada y repleta de oscuridad. Las luces de la camioneta eran fuertes y aun así sentía que la oscuridad era abrumadora. Sin que avanzara demasiado comencé a sentir que los ojos poco a poco se me cerraban y por más intentos que hacía en mantenerlos abiertos me pesaban demasiado. Iba a más de cien, deseaba llegar a casa y tal vez volver a dormir quince horas. Pero, sin darme cuenta, en tan solo un parpadeo la silueta de una aparente mujer salió de entre los árboles cruzando la calle y dirigiéndose hacia mí con la mirada clavada en mis ojos. Tomé el volante con fuerza y de forma automática pisé el freno para detenerme, metros adelante observé por los espejos para ver qué es lo que era y ver si se encontraba bien pero no había nadie, absolutamente nadie.

El corazón me latía a mil por hora y las manos me temblaban, estaba horrorizado. ¿Qué demonios fue eso?... «literalmente un demonio», pensé. Seguí observando por los espejos hasta que un coche que venía de frente alzo sus luces bajas y altas, y ante mí no respuesta se detuvo a auxiliarme.

Bajé la ventanilla de mi lado.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta el señor.

Asentí.

—Si, eso creo.

—¿Seguro? estás muy pálido —insistió.

—Si —repetí— gracias.

—Con cuidado, suerte —añade y se marcha.

En cuanto detuve la camioneta en la cochera me sentí la persona más segura del mundo. Me quedé dentro respirando durante varios minutos y justo cuando quería volver a pensar en lo sucedido, vi que el coche de Leonel tenía varios golpes. Me bajé de la camioneta y de forma curiosa me asomé por la ventanilla y vi que había varias botellas de whisky. Con forme subía por la escalera, la conversación de las mujeres de la casa se iba haciendo cada vez más fuerte, pensé que era raro, pero en cuanto escuché la voz de mamá comprendí que no lo era.

Se encontraban tomando café en la mesa del comedor y excepción de mi

tía, tanto mamá como Valentina me daban la espalda.

—¿Y entonces Francia es tan bello cómo dicen? —pregunta, Valentina. Mamá parecía que estaba por responder, pero en cuanto vio que mi tía movió la cabeza saludándome se detuvo.

—Ahí esta —dijo mi tía.

Mamá se volvió y en cuanto me vio los ojos le brillaron. Aun tratando de limitar mis emociones le sonreí totalmente feliz, creo que jamás le había extrañado con tanta fuerza.

—¿Dónde estabas? —pregunto mientras se acercaba para abrazarme.

—En casa de un amigo —respondí mientras besábamos nuestras mejillas para nuevamente abrazarnos con fuerza.

Nos separamos y noté más de un cambio en ella; se había pintado el cabello a un tono más claro y tenía un peinado un poco diferente. En general se veía diferente, pero no para mal, seguía conservando su toque.

—¿A qué hora llegaste? —pregunto aun cuando en realidad quería explicarle que vi algo fuera de lo normal.

—Hace poco... ¿Vas a cenar?

—No, ya comí... quiero a darme un baño, ¿Platicamos después?

Mamá asintió de forma comprensiva muy a su estilo, pero era evidente que se había percatado de que algo raro me pasaba. Sabía muy bien que nunca le rechazó una invitación de lo que sea, su don de mamá le hacía ver que algo no andaba bien pero aun así lo disimulaba. Me despedí de las tres con un beso en la mejilla, pero con mamá me comporté sutilmente más cariñoso para luego irme a la habitación y tomar un baño de agua helada para que todos, absolutamente todos mis miedos se fueran por la coladera.

## Voces.

El resto del fin de semana había sido consumido en pláticas extensas con mamá, en donde me aseguro que no volvería a viajar por trabajo u otras circunstancias durante un buen tiempo. También que posiblemente estábamos muy cerca de irnos de casa de la tía y que había conocido a uno de los dueños de la empresa; una señora de aspecto dulce y de formas sabias. Por mi parte me había limitado a revelarle que no pude dormir y que gracias a ello estuve a punto de estrellarme con la camioneta en un par de ocasiones y que además vi algo extraño en la carretera. Únicamente le había dicho que todo era bueno, que me encontraba bien y que en realidad no tenía mucho que contarle.

Leonel había salido el sábado y el domingo y, en ambas madrugadas había hecho un espectáculo. En el último tiempo sinceramente no me había fijado mucho en él y era porque en realidad casi siempre llegaba tarde y comúnmente borracho. Sin querer había escuchado una de las pláticas de mi tía con mamá donde le revelaba que estaba cansada de que casi todas las noches Leonel hacia lo mismo. Las primeras huellas de la batalla eran más golpes en su auto que cada vez se veía más y más maltratado. Quería decirle algo, platicar ¿Qué se yo? Pero, siempre se le notaba de malas.

Caminaba rumbo al comedor de la cafetería junto a Bruno y Joel, mis ya inseparables. La última clase había sido entrecomillas entretenida: una de las chicas cuyo nombre no recuerdo había dado cátedra de sus conocimientos y se había dado el lujo de decir que los demás éramos unos analfabetos provocando un disgusto demasiado grande en Damien, quien por lógica le contesto y que también por lógica se llevó más de un reporte. No me alegraba de lo que le sucedió, pero si podía reírme. Nos sentamos en el lugar de siempre, casi del centro del comedor, justo cuando me disponía a escuchar la plática de Bruno y Joel: sentí una mirada sin igual, con una fuerza que inminentemente me hizo alzar la cabeza y ver que se trataba de Alessandra,



quien estaba sentada un par de mesas adelante acompañada de un par de chicas.

Cruzamos nuestras miradas de forma muy rápida, ya que de inmediato se ruborizo y miró a la chica de junto.

«¿Estudia aquí?».

Era increíble que llevaba más de un mes aquí y jamás la había visto... o, mejor dicho, nunca quise ver a nadie. Continúe mirándola con una sonrisa que no era controlada por mí, sino por la atracción, pero en cuanto noté que parecía sentirse incomoda dejé de hacerlo, agaché la cabeza y miré al costado regresando la vista hacia Bruno y Joel, el primero de estos se echó reír disimuladamente, dándose cuenta de todo.

—¿Sabes quién es ella?... la de cabello castaño —le pregunto a Bruno, aun sabiendo que de seguro dirá que sí.

—Si, es una amiga, Alessandra Lanz.

—¿En serio?

—Si, la conozco desde pequeño cuando una de mis tías me llevaba a diferentes eventos y en estos coincidamos con su familia —sin haber un motivo o una razón me quedé callado— ¿Quieres saber más? —pregunta ante mi silencio, a lo que asentí sonriendo—. Bien, lo poco que sé es que tiene familia en Londres. Que son adinerados, pero a su vez conservadores, su padre controla ciertos negocios tanto en el país como en Londres y ella a pesar de todo es una chica normal que no hace distinciones, aunque obviamente es un tanto especial. Tiene un buen sentido del humor y, parece que le gustas —puntualiza, haciendo que lo mirara sorprendido.

—¿Porqué?

Bruno alzo la vista y echo un leve vistazo, luego bajo la cabeza y se echó a reír, como si supiese algo que yo no.

—Porque no deja de verte —replica irónicamente—. Deberías acercarte.

No sé por qué, pero sonreí, de seguro me veía patético, pero no podía evitarlo.

Asentí.

—Eso haré.

No sabía si le gustaba o no. En realidad, mi mente seguía con la maravillosa idea de verle perfecta. Lo sucedido hace unos días me parecía espléndido y más espléndido me parecía que con tan solo un cruce de miradas causara un caos en mi interior. Traté de comer, pero en realidad me hacía el iluso viéndole mientras según conversaba con los demás. Ella tampoco se quedaba atrás, echaba un sutil vistazo cada que lo deseaba.

No tardó demasiado para que poco a poco el comedor comenzara a vaciarse y como era de esperarse su mesa no fue la excepción. Después de haberse murmurado durante un buen rato, sus amigas tomaron sus cosas y comenzaron a marcharse mientras que Alessandra y aquella chica del cachorro se demoraron un poco más.

Se dijeron algo y aquella chica tomó sus cosas y, se encamino hacia la puerta y justo cuando Alessandra se disponía a caminar hacia el otro lado, me acerqué de forma rápida y descontrolada... como un bobo, dejando atrás a mis amigos. En ese momento su amiga se volvió y lanzo una risa.

—Hola —dije tocándole el brazo para retenerle. Alessandra me vio, sonrió nerviosa pero no se detuvo.

—Hola...

—¿Qué clase te toca? —le pregunto de golpe, atrabancado... patético, si patético.

—Español —responde mirándome, como examinando mi reacción. Hubiera preferido que dijera cualquier otra clase, recordé que ese salón se encuentra demasiado cerca.

—¿Puedo acompañarte? —pregunté aun cuando ya lo hacía... soy un fiasco.

Asiente y sutilmente hace un gesto gracioso, pero hermoso, como ella sola.

—Si —por un breve momento pensé que tal vez diría; no. Pero, no fue así —. Nunca te había visto por qui, ¿De dónde vienes? —me pregunta mirándome para luego mirar al frente, al menos ya preguntaba algo.

—De un lugar muy lejano... Andover —respondí vacilando haciéndola reír. Andover se encuentra a más o menos una hora de aquí. Y preferí decir eso a un trabalenguas como; nací los Ángeles, pero los últimos dos años los

he pasado en Andover y vengo de Texas—. ¿Y tú?

—Nací aquí —responde mientras su cálida risa poco a poco se diluía.

—No pareces ser de aquí, eres diferente —dije mientras llegábamos a la puerta del salón. Se recargo en el muro junto a la puerta y ante mi comentario me miró de forma directa, aunque por lógica siempre conservando el encanto.

—¿Por qué lo dices? —pregunta y lo dice con un acento británico.

No digo nada y únicamente observó esos hermosos ojos aceitunados.

—Tienes una esencia distinta, yo te juro que te veo y se me alegra el día.

Alessandra sonrío y sin que ella lo supiera sus mejillas terminaron poniéndose coloradas a lo que correspondí sonriendo.

—Gracias por acompañarme, espero verte pronto.

Asentí y, nos miramos por un breve segundo más para que después ella se diera vuelta y entrara al salón. Aun no queriendo me marché. Caminé hacia mi siguiente clase y debía admitir que lo hacía pensando en ella. A lo lejos observé que muy por delante mío iban un par de compañeros con los que compartía la clase, a penas un poco por detrás me pareció ver a Bruno. Pensé en acelerar el paso y alcanzarles, pero deseché la idea.

—Te ves muy feliz, supongo que te fue muy bien —dijo una voz conocida a mis espaldas. Me volví en seco y vi que era Bruno, quien comía un panecillo de forma despreocupada.

—Pensé que ibas a delante —le digo un tanto extrañado.

No tenía la seguridad de afirmar lo que dije gracias a mi limitada vista, pero si me había parecido verle.

Se ríe, pero de pronto su actitud se torna tosca al igual que sus gestos.

—Claro que no, venía detrás de ti, solo que no viste.

Por primera vez vi una actitud diferente en él, no estaba realmente seguro de lo que mis ojos habían visto pero tenía la impresión de que mentía.

—En fin, me fue bien... supongo.

Bruno suspira un tanto aliviado.

—Me alegra —dice, cambiando radicalmente de actitud— ¿Qué harás el próximo fin de semana?

—No lo sé, no tengo idea —respondí restándole importancia.

—¿Por qué no vienes conmigo y Joel a Fall River? Nos quedaremos en casa de una de mis tías.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, Bruno ¿Cuánto tardaran?

—Nos iremos el viernes y regresaremos el domingo, créeme que será un viaje que nunca olvidarás.

Lo observo, pero la cuestión es que me daba igual, no me convence mucho la idea.

—Suenan bien, pero no tengo muchas ganas de viajar. Si cambio de opinión te avisaré.

Bruno asintió sonriente como si en realidad le hubiera dicho sí, por mi parte creo que declinaba totalmente la invitación.

Tomé mis clases restantes de una forma en la que nunca lo había hecho. Presté muy poca atención o, mejor dicho, no presté atención. En realidad, me la había pasado ciego, sordo y mudo pensando en ella, en ser de ella y en que ella fuera mía. Muy poco me había importado el percance que tuve con Damien, quien me había empujado por la espalda mientras salimos del salón.

El camino a casa había sido un tanto similar a la noche del sábado cuando regresaba de casa de Bruno. El ardor de ojos regreso y me aquejo durante todo el trayecto, volviendo un verdadero martirio el conducir.

Al llegar a casa y dejando atrás el problema de la vista, comí con la familia a excepción de Leonel quien estaba durmiendo porque nuevamente había llegado ebrio por la mañana. Vi la televisión sin problema alguno y, cuando me sentí aburrido salí de la habitación. Como de costumbre la casa era solitaria y no porque no hubiera nadie, sino porque todos se encontraban en sus habitaciones. Entré a la cocina y tomé un vaso de agua con la idea de que después iría a la terraza. Y justo cuando me dirigía, Leonel paso junto a mí con una cara de muy, muy pocos amigos.

Me volví para con él y deseché la idea de ir a la terraza. Entró a la cocina y tomó un refresco del refrigerador mientras a su tiempo me observaba.

—¿Cómo estás? tiene mucho que no sé nada de ti —dice a la distancia con voz fuerte. Sonreí, por un momento pensé que estaba enojado conmigo, pero parecía que no era así, así que me acerqué.

—Bien, ¿Y tú? —respondí mientras me recargaba en la puerta.

—Igual, igual no me quejo —responde sin ánimo aparente— ¿Viste el partido de los Red Sox?

—No.

Su negatividad me había dejado en claro todo. Esboqué una sonrisa y luego asentí comprendiendo que debía irme. Justo cuando di el primer paso, lanzo la botella de refresco contra el piso haciendo que me volviera.

—Te diré algo desde ahora —dice mientras se me acerca como una bestia enfurecida—. No me gusta que las personas se rían de mí, lo detesto.

Estaba mirándome cara a cara y si sus ojos pudieran hacerlo me fulminarían. Lo miré de forma tranquila y desconociéndolo por completo, mientras él lo hacía con el enojo y el rencor más grande del mundo. Era increíble que su enojo lo controlara de tal forma, parecía que estallaría del coraje.

—Lo único que quería era platicar —le digo mirándole de frente sin intimidarme— ¡Quítate! —me grita en la cara, para después empujarme mientras sale de la cocina haciendo que terminara resbalándome y golpeándome la espalda y la cabeza con la puerta.

Jamás hubiera esperado que hiciera lo que hizo. Y a pesar de que me tomó totalmente desprevenido el dolor físico era totalmente nulo, en realidad sentía sensaciones confusas entre enojo y frustración. Apoyé las manos en suelo para poder reincorporarme, pero antes de que pudiera lograrlo me pateo los brazos frustrando mi intento. Me dio un par de patadas hasta que por un mero impulso de coraje logré levantarme, en cuanto estuve de pie, Leonel se quedó congelado para luego lanzar un golpe con su mano derecha, llevaba tanta fuerza que lo noté lento y justo cuando intentaba esquivarlo el ardor de ojos regreso haciendo que los cerrara. El golpe termino impactándose en mi ojo izquierdo, me cubrí el cuerpo y la cara con los brazos mientras Leonel siguió golpeándome hasta que se cansó... o mejor dicho hasta que las mujeres de la casa salieron.

—¡Deja a mi hijo!

—¡Suéltalo, hijo!

Leonel dejo de golpearme y de inmediato alguien acerco para auxiliarme.

Me costó bastante poder abrir los ojos, pero pude hacerlo, pude ver que la persona que me ayudaba era mamá. Que Leonel se dirigía hacia el garaje y escaparía hacia un lugar donde nadie le cuestionaría, mientras que Valentina auxiliaba a mi tía quien comenzaba a temblar sin ninguna explicación.

—Tienes sangre en la cabeza —masculló mamá mientras seguía examinándome. ¿Sangre?, no tenía idea de que estuviera sangrando, en realidad no sentía ninguna clase de dolor—. ¿Dónde están las llaves de la camioneta? —pregunta con el ceño fruncido.

—Mamá, no tengo nada.

—¿Dónde están, carajo? —replica alzando la voz.

—En el buró izquierdo de mi habitación —antes de que pudiera terminar, mamá desapareció dando pasos agigantados.

—¿Qué fue lo que paso? —pregunta, Valentina quién era la única que no había hablado.

—Nada, tuvimos un malentendido...

Sin tardar demasiado, mamá regreso con el rostro totalmente enfurecido y con la vista clavada en mí.

—Camina que vamos al hospital.

—Mamá por favor, no están grave...

—¡Tienes abierta la cabeza! —replica.

Nadie dijo nada.

La tía Diana se hizo la sorda y Valentina estaba avergonzada. Caminamos hacia la escalera que llevaba al garaje y dentro de la camioneta comenzó el interrogatorio. No tenía nada que ocultar con respecto a lo sucedido, por lo que terminé diciéndole la verdad. Pensé que solo así se calmaría, pero, fue todo lo contrario. Mamá comenzó a decir un sin fin de cosas de las cuales alcancé a escuchar solo una.

—El fin de semana nos mudaremos —dejé mirar por la ventanilla y de inmediato la miré— no quería decírtelo porque no estaba segura de elegir esa casa porque es demasiado grande para nosotros. La empresa me la está dando a un buen precio, es demasiado costosa pero después de esto no tenemos otra opción más que irnos.

De cierta manera me alegra el saber que nos iríamos, pero de igual forma el irnos de casa de la tía de esta forma me inquietaba lo suficiente.

La atención en el hospital fue rápida, además que mis heridas no eran la gran cosa. Era cierto que el ojo izquierdo me aquejaba y que tenía una pequeña abertura en la cabeza, pero en realidad todo era un capricho sobreprotector por parte de mamá. Lo que en verdad me dolía no eran los golpes sino el corazón, tenía un dolor que no podía explicar, aun no podía creer que me había peleado... mejor dicho que me había golpeado el que supuestamente dice ser mi hermano.

El regreso había sido silencioso, no habíamos cruzado palabra. A pesar de que el coraje de mamá poco a poco se diluía aún se le notaba pensativa, como planificando todo. Cuando pusimos un pie en casa, la tía estaba sumamente apenada y aun no teniendo absolutamente nada que ver llego a disculparse por lo sucedido. Crucé muy pocas palabras, en realidad nadie pregunto directamente sobre lo sucedido. Quizás se lo guardarían para cuando Leonel llegara o, qué sé yo. Mientras iba a mi habitación escuché como mamá quitaba de cualquier responsabilidad a su hermana y, además les informaba que el sábado nos iríamos. Tanto la tía como Valentina replicaron que no podíamos irnos y justo en ese momento dejé de escuchar.

No encendí ninguna de las lámparas de los burós de mi habitación, únicamente me acosté en la cama. Estaba triste, enojado y frustrado, comencé a pensar que todo había sido un error de esos grandes, que suceden sin avisarte y que cuando menos te lo esperas llegan, logran su cometido y se van. La habitación me pareció silenciosa, tanto que me pareció excesivo. Comúnmente lograba escuchar el ruido de los televisores, el ruido de los carros de afuera y una que otra voz, pero ahora era diferente, únicamente había silencio.

Cerré los ojos y de a poco comencé a escuchar unos pequeños murmullos los cuales me era imposible el comprender, las voces no pertenecían a las mujeres de la casa o a alguien conocido, eran voces extrañas. De pronto me quedé congelado, traté de moverme o gritar, pero fue inútil, los escalofríos

iban y venían. En menos de nada, mi cuerpo era gobernado por el miedo.

Aquellas voces comenzaron a volverse más continuas, más cercanas y más terroríficas.

—No temas —dijo una voz fuerte y al mismo tiempo débil. Distorsionada, como si en realidad fuesen varias personas las que hablaban al mismo tiempo. Mi respiración y corazón iban a mil por hora—. ¿Por qué has dejado que te tratara de semejante manera? apuesto a que quieres venganza. Tan solo mávalo, mávalo...

Como si mi cuerpo hubiera sido liberado por el miedo salí corriendo de la habitación aun cuando me era casi imposible respirar y dejar de temblar.

La puerta principal se abrió.

—Ahí estás —dice Valentina después de haber encendido las luces y encaminarse hacia mi— cálmate, ¿Qué tienes?

En cuanto la vi pensé por un breve momento que quizás ella me había jugado la broma, pero su sincera preocupación parecía ser de buena fe.

—Nada —respondo en tono seco, para no tener que darle explicaciones.

—De seguro soñaste con la pelea de Leonel —dice en tono burlón.

—¿A qué viniste?

—A preguntarte si vas a cenar.

Negué con la cabeza.

Todas las noches era la misma respuesta a la misma pregunta.

Aun sabiendo que no cenaría salí junto con Valentina, lo que menos quería era estar solo dentro de la casa. La dejé y me fui a la terraza haciendo lo que justamente deseaba hacer antes de enfrentarme a Leonel o, mejor dicho; antes de que me golpeará.

Estando ahí, el frío aire de New Hampshire parecía acariciarme y lograba que dejara de pensar en todo lo sucedido. Aunque por leves momentos logré escuchar a mi tía preguntar; ¿Dónde estará Leonel? Increíblemente nadie le respondía, creo que a nadie le interesaba saberlo.



Nunca había sido de las personas que temían a algo, o puntualmente a alguien, siempre había enfrentado mis miedos a la mayor brevedad, pero hoy no me era posible, hoy si temía y no sabía cómo enfrentarlo. Armado de valor regresé a mi habitación, encendí las luces y me puse los audífonos del iPod y escuché música a todo volumen.

A la mañana siguiente me despertó el estruendoso ruido que había sido generado por un choque de autos medianos cerca de la casa. Mi sueño había sido muy ligero, mi descanso fue básicamente nulo e incómodo teniendo miedo todo el tiempo. Me hubiese gustado mucho dormir con mamá, pero me vería estúpido y más estúpido me vería diciéndole lo que ocurrió.

Al llegar al colegio, justo como lo tenía previsto y como era de esperarse llame mucho más la atención por el golpe en el ojo. Era bien sabido que la vida en New Hampshire es de lo más tranquila, que un robo o algún incidente donde alguien terminara golpeado era algo a lo que no estaban acostumbrados y por lógica mi ojo y parte de mi rostro hinchado, eran la novedad del día.

El llegar a mi primera clase no había sido sencillo, esquivando las miradas y los murmullos y de a poco las preguntas no se hicieron esperar.

—¿Qué coño te paso? —pregunta Bruno con sincero interés.

—Tuve una discusión con mi primo y estos son los resultados —respondí sin ganas, sin si quiera mirarle.

—¿Tu primo? —pregunta admirado.

—Si...

—Vaya... que bonita familia —dice sarcásticamente a lo que sonreí irónicamente.

Me encogí de hombros y preferí no responderle, ¿Qué podía decir?... ¿En mi familia así nos demostramos afecto? Lo dejé parado y caminé al lugar donde casi siempre me sentaba a escuchar la clase, pero fue detrás de mí y tomó asiento junto a mí.

—Sé que lo que diré será raro de escuchar, pero no debes de tomarte las cosas por lo personal, algún problema debe de tener tu primo para hacer lo

que hizo. Tampoco te tomes personal lo de las miradas, nadie aquí está acostumbrado a ver a alguien golpeado —sonríe y me contagia, tiene razón—. Anotaré en un papel los medicamentos para que se te baje la inflamación, Guido sabe mucho sobre el tema.

Al medio día me dirigía a las gradas de la cancha de fútbol para desayunar solo. Sinceramente estando en el comedor tal vez no soportaría los comentarios y terminaría haciendo algo de lo que quizás me arrepentiría. Cada que veía que alguien venía de frente terminaba agachando la cabeza para evitar que me vieran.

Sin darme cuenta choqué.

—Perdón —dije medio alzando la cara.

Era Alessandra.

—¡Por dios! ¿Qué te paso? —pregunta sinceramente preocupada queriéndome tocar.

—No quiero hablar con nadie, me han preguntado lo mismo todo el día.

—No has pensado ¿Qué a esas personas les interesa lo que pasa contigo? —replica y sigue su camino.

«Soy un estúpido», digo para mis adentros.

—No, espera —le detengo por el brazo—. Discúlpame, no tienes la culpa de nada de lo que me ha sucedido.

Aquellos ojos que parecían tener el universo dentro, me miraban y trataban de decir algo, pero los labios retenían de manera excepcional el pensamiento.

—¿Ya desayunaste? —le pregunté y sin responder, se limita a negar con la cabeza— ¿Quieres desayunar conmigo?

—No, no quiero molestar.

Nuestro primer drama, vamos bien.

Esboqué una sonrisa, se ve preciosa, pero sé que si sigo haciéndolo me dejara y no quiero que eso suceda.

—Tú nunca me molestaras.

Hizo una diminuta sonrisa que me había bastado para saber que iría conmigo, así que sin saber la respuesta la tomé de la mano.

Estando ahí sentados en las gradas sin que nadie nos viera y sin darnos cuenta terminamos por dejar a un lado el desayuno. Era la primera ocasión que podía verla libremente durante tanto tiempo, la primera ocasión en que conversábamos hasta cierto punto libres. Intercambiábamos miradas de forma discreta y otras no tanto, el juego no solo me parecía entretenido, sino que maravilloso, aunque por lógica. No tanto como ella. Una de tantas miradas se desvió hacia mi ojo lastimado, me observo con sublime atención y luego me acaricio con las suaves yemas de sus dedos. Sin con tan solo verla a los ojos me hacía sentirme somnoliento con su caricia me fue prácticamente imposible mantener el control y el nerviosismo.

Tragué saliva.

Un instinto que nunca había sentido y que sinceramente desconocía, hizo que nos acercáramos sutilmente. Hizo que una de mis manos tocara la suya, mientras que la otra sin un control aparente se anclara en su rostro de porcelana. Respiré de forma pausada, pero al mismo tiempo natural, lo que permitió que inhalara su cálido aroma. El cruce miradas se volvió pausado y se dividían viendo nuestros labios, pero no dejaban de enlazarse, al contrario, se volvían más profundas. Sin darnos cuenta aquel instinto desconocido hizo que cerrara los ojos y que mis labios se reposaran sobre los suyos.

Cuando nos separamos me sentí perdido, como si hubiera ido muy rápido y de pronto no supiera mi nombre o como si todo se hubiera detenido. De eso es capaz un beso, «de detener el tiempo» pensé.

Seguimos viendo nuestros labios muy de cerca, no decíamos nada... al menos yo no podía, únicamente terminé por sonreír y ella hace lo mismo.

Me acerqué un poco más a su párvula boca y la tomó por la barbilla.

—Ha sido hermoso —susurra y vuelvo a besarle despacio, esta vez mordiendo levemente su labio inferior.

Nos miramos felices por lo sucedido y luego nos abrazamos.

—Demasiado —susurro a su oído.

En cuanto el abrazo termino volvimos a besarnos, luego observo su reloj y su rostro se entristeció. Y justo cuando preguntaría por qué, sus labios se abrieron.

—Tengo que ir a mi clase.

Esas palabras hicieron que me tensara en automático.

—Está bien —acepté y me doy cuenta de que nuestras manos estaban entrelazadas. Se levantó y por lógica nos soltamos, me dio un beso como despedida. Se encamino y mientras lo hacía se volvía para verme cada que podía hasta que dejé de verla.

La mañana siguiente, me quedé sorprendido en cuanto me vi en el espejo. Mi rostro estaba intacto de los golpes, como si no hubiera sucedido nada. No había tomado los medicamentos para la inflamación que me habían dado en el hospital y, aquel consejo de Bruno sobre ungüentos y medicamentos jamás lo tomé. Era cierto que el golpe no era tan grave pero aun así me sorprendía. Tampoco tenía puntitos negros o las espinillas. Me sentía lleno de energía, pero como de costumbre nuevamente el conciliar el sueño se me había hecho un poco imposible y la idea de hablar de esto con alguien poco a poco dejaba de ser algo descabellado, creo que lo necesitaba. En cuanto llegué al colegio, Alessandra me esperaba recargada en la Voyager de Sophia, justo como me lo había dicho por mensaje. La tarde de ayer me la había pasado empacando y a su vez enviándole mensajes hasta que la llamé y terminamos hablando durante horas.

Después de haberme bajado de la camioneta caminé hacia ella mientras me seguía con la mirada y me era imposible no sonreír de forma nerviosa.

—Buenos días, ¿Esperas a alguien? —le rodeé los hombros con mi brazo y le doy un beso en la mejilla y todos se nos quedan viendo. Sus mejillas se ponen coloradas y nos sonreímos, luego mira directamente mi rostro y me acaricia.

—Se te quito la inflamación. Te ves mejor sin golpes.

Asentí y sonreí, no tengo nada que decir, más que avergonzarme.

De una forma tranquila y normal caminamos hacia su clase. La duradera, pero limitada llamada de ayer había servido para enterarnos de un par de cosas sobre ambos y hoy permitía que fuéramos más naturales, Alessandra se notaba tranquila ya no tan forzada, aunque de vez en cuando se ruborizaba.

Me confesó que Sophia la traía a la escuela porque su camioneta tenía un problema y que probablemente no volvería a usarla, con curiosidad y sin haberme dado cuenta le pregunté; ¿Qué tenía la camioneta? No sé mucho sobre mecánica, pero sí lo esencial. Ella respondió algo que era inventado y que probablemente no existía, comprendiendo todo me limité a decir algo más sobre mecánica y me ofrecí a traerla y llevarla todos los días, en cuanto escucho que lo que le dije, me percaté de manera muy rápida que su rostro había contenido la sonrisa. Había obtenido lo que quería.

Cuando dejé a Alessandra en su salón me encaminé hacia mi clase de historia, para llegar debía de atravesar casi toda la escuela por lo que tomé el camino menos concurrido. Aceleré el paso porque sabía que iba un tanto retrasado, pero de pronto un potente aire frío y a su vez cálido me hizo mirar atrás.

Era Bruno.

—¿Qué te pusiste en la cara? se te bajo muy rápido la inflamación —me dice de forma extraña y hasta cierto punto hostil. Era una realidad que me había extrañado el verle, comúnmente cuando iba a esa clase lo hacía en compañía de él y Joel, y nunca tomábamos este camino ¿Y luego aparece aquí de pronto?

—¿Qué mierda haces aquí?... ¿Siempre apareces de la nada?

—Venía atrás de ti, vi cuando dejaste a Alessandra en su clase. En realidad, los vi desde el estacionamiento, quería preguntarte cómo te has bajado la inflamación... es que un primo se ha llevado un golpe —responde sonriente y encantador, muy a su estilo, pero nervioso. No me consideraba el mejor mentiroso del mundo, pero vamos, podía hacerlo mejor.

Según sabía de boca de Joel la única familia cercana a Bruno era una tía en Fall River ¿Entonces cual primo?

Jugaría su juego.

—Ya te había dicho que en el hospital me dieron pastillas para la inflamación.

Bruno respira aliviado... rarísimo.

—Si es verdad, lo había olvidado —sonríe forzadamente— me darás el nombre para comprárselas a mi primo

Asentí sin tomarlo mucho en cuenta y seguimos caminando. Era evidente que ambos ocultábamos algo.

El resto del día se tornó diferente al de otros. Alessandra y Sophia se unieron a la mesa donde comúnmente siempre desayunábamos Bruno, Joel y yo. La pasamos muy bien, aunque a lo lejos las miradas de recelo por parte de Damien eran evidentes, a excepción de eso todo había ido muy bien.

Me encontraba recargado en la camioneta y veía como poco a poco los alumnos se iban. Había quedado con Ale de esperarla para luego llevarla a su casa, pero aún no salía de su clase de trigonometría, esa clase siempre demoraba mucho más que cualquier otra, según los que conocían a la profesora Ginger decían que es alguien especial, severa en cuanto a sus métodos.

—No tarda en llegar, galán —dijeron mis espaldas a lo que solté una risa. Era Bruno.

—Ojalá, ¿Esperas a alguien?

Me volví y lo observo acercarse

—No, estaba con el director.

—¿Todo bien?

Asiente.

—Si, pequeñeces. Bueno, te dejo en buena compañía. Nos vemos mañana.

Me da una palmada en el hombro y se encamina a su auto. Sabía que hablaba de Ale, pero no la veía por ninguna parte. Arranco el Mustang y luego sin tardar demasiado se despidió a la distancia mientras conducía. Cada que pasaba más el tiempo me daba cuenta de que él no era alguien normal, parecía que en general su vida era un misterio al igual que el misterioso miedo y respeto que Damien le tiene, quien siempre terminaba sumiso como un cordero... como si supiera algo que los demás no.

—¿En qué piensas que ni me notaste? —dijo una voz dulce y ampliamente conocida que me hizo despertar y salir de mis pensamientos. La miré y observé su risa, era por mucho la niña más hermosa que había en este

mundo... a pesar de que se burlara por verme distraído. Recordé las palabras de Bruno «te dejo en buena compañía», ¿Cómo carajos sabía que ya venía?... bueno, igual y pudo verla.

Le sonreí.

—En nada ¿Nos vamos?

Ale asiente.

—Si.

Abrí la puerta del copiloto para que entrara y cuanto estuvo arriba la cerré. Su casa se encontraba a unos diez minutos del colegio, cerca del Derryfield Park. Era diferente a cualquier otra casa, moderna y elegante. Si bien no era tan lujosa como la mansión de Bruno, si era grande y bella. Contaba con unas vallas y un portón eléctrico que la protegían haciendo prácticamente imposible que alguien pudiera ver la casa, a menos que fuese un cordial invitado.

—Pues aquí vivo —dice sonriente después de haber pasado el portón eléctrico mientras doy la vuelta en el camino de piedra rodeado por flores— ¿Quieres pasar a tomar algo?

Aparqué la camioneta casi frente a la casa.

—Si, claro.

Después de abrirle su puerta, en cuanto Ale puso un pie en el piso, lanzó una sonrisa agradable dirigida hacia alguien que estaba detrás mío.

—Hola, mamá —dice y me vuelvo. La señora se encontraba trabajando en el jardín y en cuanto me vio sonrió de forma amable. Compartía con su hija un gran parecido, tanto que no dudé en pensar que en su juventud arrebató suspiros. De aspecto amigable y familiar, de facciones correctas y agradables —. Él es Evian, Evian ella es Brigitte, mi mamá.

Esboqué una sonrisa y de inmediato me acerqué con la mano extendida.

—Mucho gusto, señora.

—El gusto es mío Evian, llámame Brigitte: todos los amigos de mi hija lo hacen.

«Yo no soy amigo, señora. Yo beso a su hija», pensé para mis adentros.

Asentí sonriendo

—Está bien, Brigitte.

—La comida ya está hecha —dice dividiendo miradas entre su hija y yo —. Si, es que quieren comer.

Ale me mira y me toma por el brazo.

—¿Te quedas a comer?

Sinceramente no esperaba que su madre me recibiera con semejante amabilidad, lo más real que llegué a pensar fue que traería a Ale y luego me iría.

—Yo creo en otra ocasión, no quiero incomodar.

—No incomodaras a nadie, además hay suficiente —responde Brigitte y se dirige a la cocina haciendo que Ale y yo sonriéramos.

Como era de esperarse cedí. Estando adentro Ale, no me dejó un solo instante, si bien no me tomaba por la mano o el brazo no se separaba estando completamente al tanto de lo que pudiera necesitar. Brigitte se percató de ello, era fácil darse cuenta de que no éramos amigos, que tanto mis intenciones como las de hija no eran de ese modo, sino que íbamos más allá y quien sabe a dónde llegaríamos. Tan sencillo era percatarse que cada que nos mirábamos salían chispas de nuestros ojos y reíamos como tontos. Terminé explicando el trabalenguas de mi origen; Los Ángeles, los últimos dos años Andover y la parte de Texas. Ambas se mostraron llenas de curiosidad y me escucharon atentamente y digo, es lógico, Brigitte necesitaba saber en realidad con quien estaba su hija. Después de aquel leve pero sano interrogatorio, Ale y yo salimos y continuamos conversando. Me contó un poco sobre su familia, que tiene dos hermanos mayores y que ambos trabajan con su padre en Londres. También increíblemente me ofreció una disculpa por la actitud tan curiosa de su madre, a lo que de inmediato le dije que no tenía nada que disculpar. Brigitte se me hizo una muy buena persona.

Luego sin darme cuenta el frío de Manchester me hizo comprender que el tiempo había pasado y que debía irme. En cuanto llegué a casa me arrepentí de haberlo hecho. Todos, incluyendo a Leonel se encontraban en el comedor. El último encuentro con él me había enseñado que podía esperar cualquier cosa de cualquiera, aunque fuéramos familia. Me limité a saludar a la



distancia, como de costumbre me negué a cenar y desde donde me encontraba vi como Leonel me observaba de la forma más repugnante posible, esa mirada con recelo y odio, me recordó a Damien, quien a diario me miraba de la misma forma.

La mañana del sábado, mamá me permitió ir a ver el partido del equipo de fútbol de la escuela —donde militan Bruno y Joel—, en compañía de Ale y Sophia. Y digo permitió, porque más tarde nos mudaríamos. Mamá se había pasado los últimos días comentándome sus planes de irnos el sábado después del mediodía, aunque seguía haciendo un verdadero misterio la ubicación de la casa. Durante esas noches, me había parecido escuchar aquella voz de mi habitación, pero, como ya me he acostumbrado a dormir con los audífonos quizá fue una alucinación.

En cuanto el partido termino, Bruno notó que tenía un tanto de prisa y de inmediato pregunto la razón. Le conté sobre la ligera mudanza y de inmediato se ofreció para ayudarme. No tenía ningún problema en que me ayudara, quien lo viera siendo rico y cargando las cosas de alguien.

Al llegar a casa de la tía y después de haber dejado a la señorita Lanz en su domicilio, estacioné la camioneta como de costumbre en el mismo lugar, mientras que Bruno lo hizo en la calle para no molestar. Las maletas habían sido empacadas con anticipación y un poco más de cosas que mamá había comprado durante sus viajes, aun así, con la ayuda de Bruno todo fue muy rápido y únicamente esperábamos a que mamá, la tía y Valentina terminaran de conversar en la cocina.

Le di una botella de agua a Bruno y mientras bebía de forma repentina movió los ojos abajo a la izquierda en dirección a la cochera. Hice como si no hubiera visto nada y miré a mamá, quien se levantó de la silla de donde se encontraba, luego sin tardar demasiado se escucharon los pesados pasos de un Leonel que venía totalmente ebrio.

—¿Por qué se van? —pregunta mirándome, como si no supiera nada mientras pasa junto a mí para llegar a la casa. Antes de que pudiera responderle las tres mujeres salieron de la cocina.

—¡Mira, nada más como vienes! —le reclama la tía Diana, pero no él no

la toma en cuenta y clava la mirada en mamá.

—Porque esto era temporal hijo. en lo que encontrábamos donde vivir — responde mi mamá con voz dulce, haciendo evidente que siente lastima en ver el pésimo estado en el que se encuentra.

—¿Falta algo más? —me pregunta, Bruno casi como un susurro a lo que negué. Era todo, ya podíamos irnos.

Leonel se queda callado y se notaba pensativo mientras le es imposible quedarse mediamente quieto.

—Mamá, hay que irnos —digo y mamá asiente, mientras que Leonel sale de su transe y me mira con su ya recurrente odio.

—¿Y tú que te crees?, ella puede irse cuando lo desee —replicó de inmediato, haciendo que mamá retrocediera, mientras que la tía y Valentina se pusieron delante de él para controlarle.

—Hace un momento le preguntaste a mi mamá ¿Por qué nos íbamos? Pues ahí tienes la respuesta.

—No trates de ser como Michael, ¡Que no te queda!

Fruncí el ceño, «¿Qué coño había dicho?».

—Nunca he tratado de imitarle, jamás podría ser como él. Desgraciadamente la familia siempre hace comparaciones estúpidas entre él y yo, y ahora me da tristeza saber que haces lo mismo.

Nuevamente se quedó pensativo, momento que la tía y Valentina aprovecharon para llevarlo dentro de la cocina, seguido de esto mamá comenzó a bajar las escaleras.

De pronto Leonel apareció como una bestia.

—No tienes ningún derecho de hablar de Michael, nunca le trataste como yo —grita y da un salto con la clara intención de golpearme.

—¡Leonel! —grita la tía de forma inmediata, pero ante el ágil movimiento de su hijo se había visto más bien lenta.

Caminé hacia él, me sentía demasiado seguro de mí mismo. Mi respiración siguió tranquila y, vi como Leonel lanzaba un puñetazo con todas sus fuerzas que nuevamente a mi manera de pensar carecía de velocidad y de forma automática, justo cuando estaba lo suficientemente cerca le pateé la rodilla. Un instante después estaba en el suelo retorciéndose de dolor. La

escena se había visto brutal y escandalosa, teniendo en cuenta que desde que bebía demasiado había engordado y no había metido las manos para amortiguar la caída.

Lo miré y me quedé pensando si debía golpearlo o no, pero en cuanto vi que todos me miraban sorprendidos y temerosos tomé la decisión de únicamente acercarme.

—Ojalá algún día te des cuenta que si continuas así terminarás quedándote solo.

Leonel se retorció de dolor por lo que no sé si llego a comprender, o a tomarle el más mínimo sentido a mis palabras.

Ofrecí disculpas a la tía y luego bajé junto a Bruno quien daba muestras de felicidad. Pensé que era una burla hacia Leonel, pero no, esa sonrisa era diferente, con otro significado.

Mamá se negó a decirme algo al respecto y únicamente me pidió las llaves de la camioneta, solo quería irse. Condujo por un camino que de a poco se fue volviendo conocido y, que incremento mis dudas por saber en realidad a donde nos dirigíamos. Salimos de Manchester en dirección Auburn y luego entro en la misma calle donde vive Bruno, en realidad parecía que íbamos a su casa, hasta que detuvo la camioneta a las afueras de la casa de en medio, la que es parecida a la mansión de Bruno.

Me rasqué la cabeza y me mecí los cabellos. Observé a mamá quien sonreía de oreja a oreja. Tomó su bolso y sacó una llave con la que jugueteo como si fuera una campanita y se carcajeo.

—¿Es en serio? —pregunté. Sentía que la única posibilidad de vivir en lugar como éste solo existía en sueños y quizá cuando entrara a la casa terminaría despertándome.

Mamá no tomó en cuenta mi pregunta, bajo de la camioneta, se estiro y camino a la casa.

—¿Te gusta? —me pregunta con singular alegría.

—¿Tú que crees, mamá? Claro que me gusta, ¿Cómo la vas a pagar?

Esa era la mayor interrogante de todas, la casa no costaba dos dólares. De pronto Bruno, quien nos venía siguiendo con su auto se nos une con una sonrisa de oreja a oreja igual a la de mamá.

—La compañía me la ha dado a un buen precio y los pagos son accesibles. Preferí no responderle y mejor guardé silencio, igual no me tomaría en cuenta ya que abrió la puerta de la casa y me presumió los nuevos y antiguos muebles de nuestra antigua casa, logrando que por fin me alegrara.

—Entonces seremos vecinos —dice Bruno, a lo que ladeé la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¿Tú dónde vives? —pregunta, mamá.

—Ahí... —señala Bruno. Mamá observa la casa y se sorprende, luego regresa la mirada hacia él.

—¿Entonces eres un Grimaldi?

Bruno esboza una pequeña sonrisa y asiente.

—Así es, señora.

—Quién lo hubiera imaginado, eh.

Bruno se echó a reír hasta cierto punto avergonzado y no dijo nada más. Posteriormente nos dedicamos a bajar las cosas de la camioneta y en cuanto terminamos, mamá le dio las gracias y ofreció una disculpa inmensa por el bochornoso espectáculo en casa de la tía.

—No tengo nada que disculpar, señora. Si llega a necesitar algo ya sabe dónde encontrarme, lo que sea que necesite. Con su permiso, paso a retirarme.

—Gracias por todo, hijo y en serio una disculpa.

Bruno inclina un poco la cabeza y de nuevo esboza una sonrisa, después sale de la casa y le acompaño.

—Gracias por todo —le agradezco.

—No, ni lo digas. Por cierto, que buena patada le metiste —se echa a reír y me contagia. No quería decir que me alegraba el hecho de haber lastimado a mí primo, pero viéndolo desde otro punto de vista sentí que me cobré lo que me hizo.

Bruno se despide y después se marcha en su auto. En cuanto entré a la

casa, la actitud de mamá se tornó diferente.

—¿Por qué no me habías dicho que conoces a un Grimaldi?

—No creí que fuera importante, en realidad tú y yo apenas y cruzábamos palabra en casa de la tía.

Mamá se queda callada y aunque sabía que yo tenía la razón jamás lo aceptaría.

—Sucede que los Grimaldi son los dueños de la empresa donde trabajo y no tenía idea que uno de ellos viviese aquí, tenía entendido que vivían en Europa.

Me quedé callado y recordé las expresiones en el rostro de Joel y Bruno, cuando jugamos soccer y dije que mamá trabajaba en Vinci Construction.

—¿Qué? —pregunta, mamá.

—Nada —respondí ocultando mis pensamientos.

Cerca de que entrara la noche y para sorpresa de mamá: me arreglé de una forma cuidadosa, pero manteniendo mi informalidad habitual y salí de la casa. Recogí a Alessandra en la suya justo como habíamos quedado por la mañana y fuimos a un pequeño restaurante, que si bien no llevaba mucho tiempo de haber sido inaugurado poco a poco comenzaba a volverse conocido gracias a la delicadeza con la que preparaban todo.

Conversamos de manera natural y tranquila. Y cada que se daba la oportunidad había caricias sutiles tanto arriba como debajo de la mesa. Parecía que no ocultábamos nada, que decíamos lo que aparentemente pensábamos, que la timidez se había marchado a pesar de que las risas nerviosas saltaban a la vista de vez en cuando. No podía ser serio, callado y pensativo junto a ella, aunque cuando me daba por mirarla no había poder humano que lograra hacerme apartar la vista.

Después de haberle abierto la puerta como de costumbre, en el transcurso que ella entraba a la camioneta, obtuve como recompensa varios besos de aquellos maravillosos labios. Y justo cuando me encaminaba hacia mi puerta, mamá me llamo por teléfono, de inmediato contesté y pensé que era una emergencia por que nunca me llamaba.

—Leonel está en el hospital —dijo con seriedad.

—¿Qué... que le paso?

—Se fracturo la rodilla —respondió con aspereza. A lo que se me vino a la mente el momento en el que lo pateé—. Ven por mí que iremos a verlo, creo que no necesito decirte que te apresures —añadió para luego colgar.

Me mecí los cabellos, jamás había querido que esto pasara. Cuando entré a la camioneta Ale no me quitaba la mirada de encima.

—¿Pasa algo?

No quería explicarle el proceso de lo sucedido y además ni si quiera sabia como explicarlo. Me quedé callado un par de segundos pensando, mientras que para ella parecían ser siglos de eterna duda.

—Un primo está en el hospital y debo ir a verlo —solté.

—¿Quieres que te acompañe?

Esboqué una sonrisa y negué levemente.

—No es necesario, cielo, prefiero que conozcas en otras condiciones a mi familia... la más importante desde luego es mi mamá y justo ahora no está del todo feliz.

«Además no quiero que veas un espectáculo», añadí para mis adentros.

Afortunadamente, Ale comprendió. Por fortuna no había tenido que decirle mucho y al parecer le había bastado ver mi cara de preocupación...

¿Cómo era posible que tuviera rota la rodilla? Mi preocupación se aligeraba cada que veía Alessandra, no sabía cómo explicarlo, pero era como si todo lo malo se fuese y cuando entrelazábamos nuestros dedos ella me daba fuerzas. Era como una especie de contrapunto o soporte... sentía que si me caía ella evitaría la caída. Jamás había sentido eso.

La llevé a su casa, no hubo mucho que decir, pero si un profundo beso y un honesto abrazo.

Cuando llegamos, Valentina y la tía Diana estaban en la sala de espera, cuando la última de éstas me ve, si hubiera podido me mata. Preferí no tomármelo por lo personal, era algo normal.

—Cuando ustedes se fueron —explicaba la tía—, él no podía levantarse y

nosotras pensamos que era porque estaba borracho. Pero, en cuanto tratamos de levantarlo dijo que su rodilla le dolía. Estaba hinchada y le trajimos aquí. El doctor ha dicho que tiene una ruptura total de la rodilla.

Esas palabras habían sido escalofriantes, jamás hubiera pensado hacerle daño a alguien y mucho menos a un miembro de la familia. Sentía que aquel golpe no había llevado la fuerza suficiente como para tirarlo, incluso pensaba que se había caído más bien por todo el alcohol que había ingerido.

—¿Puedo verle? —pregunté para sorpresa de todas.

Valentina prefiero mantenerse callada, mientras que la tía se notó pensativa y luego después de un par de segundos asintió.

—Si, está en la habitación setenta y siete; por el pasillo, sube las escaleras y a mano izquierda.

Asentí comprendiendo.

En realidad, necesitaba verlo con mis propios ojos, confirmar que lo había lastimado. Di unos cuantos pasos y sin darme cuenta, la tía me tomó por el brazo de forma extraña haciendo que me volviera.

—No quiero una pelea campal allá dentro.

Apreté la mandíbula y la miré de forma seria.

—Si no lo recuerda fue su hijo quien comenzó todo esto.

Me parecía increíble que, ahora Leonel fuera el inocente.

No hubo respuesta por lo que comencé a caminar, me di el tiempo de rechazar la compañía de mamá. Prefería ir solo. Mientras caminaba por el pasillo con un andar casi lento, ligeramente comencé a escuchar algunos lamentos que inmediatamente supuse que eran de los enfermos. Sin darle importancia seguí caminando, pero conforme subía por la escalera una risa burlona, similar a la voz que había escuchado en casa de la tía se hizo presente. Me detuve en seco para tratar de ver al dueño de la voz, pero provenía de distintos lugares, aunque se intensificó en el segundo nivel por lo que terminé de subir las escaleras con cierto temor. Fue entonces cuando vi una silueta caminando a toda prisa hacia el final del pasillo, corrí detrás de ella, pero en cuanto di un par de pasos desapareció.

Volteé a ver la puerta que había a mi izquierda, tenía un letrero con el número setenta y siete. Respiré profundamente y con la mano temblorosa toqué la puerta.

—¡Adelante! —escuché de voz de Leonel. Aun sabiendo que no sería fácil verle, abrí la puerta y entonces lo vi.

Estaba acostado con su bata de enfermo.

—¿Cómo estás? —esa pregunta había sido más bien obligada por la situación, cuando a todas luces podía verse que estaba mal, tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Se arranca las lágrimas de los ojos con el antebrazo y evita mirarme.

—Bien... ¿Qué haces aquí?

Luce avergonzado, no puede ni verme.

—Solo quería saber cómo estabas y si necesitabas algo —agaché la mirada—... nunca fue mi intención lastimarte.

—No te preocupes, creo que me lo merecía... —responde con aparente sinceridad—. Quiero estar solo, gracias por venir... hermano.

Respiré profundamente y asentí

—Vale...

El recorriendo de vuelta fue complicado teniendo en cuenta que me sentía culpable. Esperé a que mamá también lo visitara y luego cuando salió con un par de lágrimas en sus ojos decidimos irnos. En cuanto estuvimos en casa me sentía cómodo y hasta cierto punto relajado. Por fin dormía en la que había sido mi cama en las vacaciones los últimos años, pero no había dejado de hacerlo con los audífonos y el terror de poder escuchar de nuevo aquella voz.

Los días posteriores, mi vida había regresado un poco a como lo era en los Ángeles antes de ir al internado. Mamá estaba un poco más en la casa, salía a trabajar por las mañanas y regresaba cerca de las dos o tres de la tarde, a veces cuatro. A veces le daba tiempo de preparar el desayuno y, mayormente siempre preparaba el almuerzo y la cena. Leonel había salido exitoso de sus operaciones... según mamá habían sido varias. Me limité a no visitarle y únicamente envié con mamá un cordial saludo y un sencillo detalle.

Bruno se volvió alguien recurrente en la casa al igual que yo en la suya. Terminé convenciéndome de ir a Fall River para visitar a su tía, ya que tanto



mamá como yo sentíamos que le debíamos un favor. Por las tardes visitaba a Ale, conversábamos afuera a su casa durante largos ratos, íbamos al cine, por un café o sencillamente a caminar al lago o por ahí y siempre el tiempo me parecía escaso, y siempre me despedía un poco antes de las diez. Y siempre, Brigitte se asomaba disimuladamente por la ventana de la estancia.

Justo como lo había hecho desde el lunes, la mañana del viernes: llevé a mamá al trabajo y después recogí a Ale para irnos al colegio. La mayoría de los estudiantes daban muestras de que aún no se acostumbraban a vernos juntos, nos miraban y a su vez cuchicheaban.

—Te veo más tarde, cariño —dije despidiéndome después de haberle besado.

—Con cuidado, no te vayas a perder —vacila, Ale.

Asentí sonriente para luego soltar su mano y encaminarme para aquella ruta solitaria hacia el salón de historia.

Conforme avanzaba comencé a sentirme observado y perseguido, como reacción automática me volví con la intención de ver quién venía detrás, pero no había nadie. De un instante a otro el ruido de la escuela comenzó a desaparecer mientras que mi visión iba oscureciéndose hasta que definitivamente no veía otra cosa que no fuera oscuridad. Sentí como un delicioso escalofrío recorrió mi cuerpo, como si fuese una especie de sensación natural que poco después se transformó en un temor que se apoderó de mí.

Traté de detenerme, pero sentía como mis pies seguían avanzado, como si no me pertenecieran. De pronto sentí un apretón en el corazón como si trataran de detener sus latidos. Intenté llevarme la mano al pecho, pero fue inútil, no había respuesta, era como si mi cuerpo estuviese congelado o fuese controlado por alguien más. Parecía que lo único de lo que era capaz era sentir agonía y desesperación.

De golpe sentí como alguien me tocó la frente y de inmediato aquella oscuridad que rodeaba mis ojos comenzó a extinguirse. Fue como si abriera los ojos después de una horrible pesadilla.

—¿Estás bien? —escuché muy a lo lejos, mientras veía como el suelo se hacía visible de a poco.

Alcé la vista, vi que una persona me sostenía, era un muchacho vestido de negro. Era Bruno.

—¿Estás bien? —insiste a lo que asentí, no podía hablar y mi respiración iba a mil por hora como si hubiera corrido un maratón— ¿Estás seguro?

—Creo que si...

—Tengo que sacarte de aquí.

—No...

«¿Qué demonios había sido eso?».

Miré alrededor y vi que no había avanzado demasiado, quizá gracias a ello Bruno pudo verme. No había dejado de sostenerme por el brazo y me miraba con muchísima preocupación, quizá me vi muy mal o quizá sabía lo que me había ocurrido.

Lo miré y tragué saliva de lo nervioso que aún me encontraba, no dijo nada y únicamente tenso la mandíbula, luego hizo una seña con la cabeza indicando que continuáramos caminando.

—Tienes agallas, muchacho —dijo aquella voz de la habitación, haciendo que ambos nos detuviéramos en seco.

Sentí como si me hubieran lanzado un balde de agua helada y de no ser por Bruno —que continuaba tomándome por el brazo para caminar— quizá me hubiese caído. Observé a mi amigo; también se había detenido, lo había escuchado. Se notaba tenso y a su vez preocupado, su expresión era fría y parecía estar alerta, aun así, me ofreció una cálida sonrisa, muy a su estilo.

Bruno se mantuvo preocupado el resto del día y no volvimos a cruzar palabra. Aquella voz comenzaba a preocuparme, de ello no había duda, sin embargo, cada que estaba con Alessandra todo cambiaba, parecía ser la única aparente solución.

En cuanto la llevé a su casa no tarde demasiado en marcharme. Días antes le había revelado que viajaría con Bruno y Joel, aun así, no dudó en decirme

que no fuera. Lo tomé con gracia y le dije que en cuanto llegará le hablaría por teléfono, pero aun así parecía que nada le contentaría hasta que le dijera que no iría.

Al llegar a casa me di el tiempo de descansar mientras que mamá repetía constantemente que debía cuidarme.

Tanto Alessandra como ella exageraban, ¿Qué podría pasar?... nada.

En cuanto dieron las cuatro de la tarde, Bruno llegó puntal como de costumbre. Tomé mi pequeña maleta y la llevé a la puerta, regresé mirando a mamá e increíblemente sentí miedo y unas ganas inmensas de llorar. La abracé con fuerza y me cobijé sobre ella como si fuera un niño pequeño. Cuando me iba al internado pasaban casi seis meses para poder verla y ahora que me iba por más o menos tres días ¿Sentía esto?

—Por favor cuídate, cuídense —dice cuando la suelto.

Pongo los ojos en blanco sarcásticamente, aunque en realidad si, siento cierto temor.

—Mamá, no tienes de que preocuparte, nada malo va a pasar ¿Verdad, Bruno?

Lo observó, demora un instante y asiente.

—Despreocúpese señora, todo estará bien —responde y yo observo a mamá.

—Bruno va a pensar que soy una niña, mamá.

—Me vale...

Nos echamos a reír, pero en el fondo ella luce preocupada, no puede evitarlo. Tomé mi pequeño equipaje y al estar afuera vi que viajaríamos en la camioneta que Bruno nunca utilizaba, una Cadillac negra. Saludé a Guido quien a su vez se despedía de mamá a la distancia, después tomó mi equipaje y lo acomodó en la parte trasera de la camioneta. Bruno toma asiento en el lugar del copiloto y Guido hace lo propio al volante.

—Joel me cancelo —dice Bruno, volviéndose para verme mientras Guido hace avanzar la camioneta

—¿Porqué? —pregunté mientras me acomodaba junto a la ventanilla del

lado izquierdo.

—Acudiré a un evento, de..., no sé qué con sus padres.

Me encojo de hombros.

—Pues, ni modo...

«Me da igual», añadí para mis adentros.

## Revelaciones.

Dos horas más tarde habíamos llegado. Me había llevado una gran sorpresa al ver un lugar diferente con un ligero toque a Manchester; pintoresco pero modesto, agradable pero silencioso y con una extraña sensación.

Tomé el celular y le envié un mensaje de texto a Alessandra y a mamá, avisándoles que ya habíamos llegado y que no había nada de qué preocuparse.

—Pues bienvenido —dice Bruno, a quién miré y sonreí levemente—. La verdad es que no es una ciudad grande e imponente, pero me agrada. Este lugar guarda muchas cosas.

—Me parece bien, pero como que hay algo que hace que se sienta extraño. Desde que entramos se siente como una especie de hostilidad.

Bruno lanza una risa.

—Te presentaré a mi tía y después saldremos a conocer un poco el lugar ¿Te parece?

Asentí.

Similar al recorrido que tenía que hacer todos los días para llegar a casa. La casa de la tía de Bruno se encontraba en las afueras, la carretera era rodeada de muchísimos árboles, o mejor dicho de un bosque que se veía por demás tétrico. Era imposible ver algo que no fuesen árboles hasta que avanzamos lo suficiente como para ver las luces y la casa que era quizás dos o tres veces superior en tamaño a la de Bruno.

Guido se detuvo frente a un portón que era vigilado por cuatro sujetos y cuando éste bajo la ventanilla de la camioneta se saludaron.

—Joven Bruno... Guido, es un placer tenerles de visita. Adelante por

favor

Bruno los saluda con un movimiento leve de cabeza y sonrió de forma amigable, luego miró Guido.

—Pues parece que todo está en orden.

—Así es, joven

Bruno se volvió para conmigo con suma alegría.

—De antemano te agradezco que hayas venido, créeme que jamás olvidarías este fin de semana.

Sonreí. Me preguntaba qué es lo que no olvidaría, quizá había preparado algo.

—No tienes nada que agradecer, Bruno.

Bajamos de la camioneta y Guido siguió conduciendo para estacionarla en algún lugar detrás de la casa. Había frío, demasiado, me llevé las manos a los bolsillos mientras Bruno me observaba como si nada ocurriera, después se pone un poco serio.

—Antes de entrar a la casa, debo confesarte algo —dice manteniendo la seriedad y de forma preocupada asentí—. Mi tía se llama Isabelle... no sé cómo decirte esto, digamos que ella, no es muy normal que digamos.

—¿A qué te refieres con eso?

—Es una bruja —confiesa y abrí los ojos como platos—. No es mala, al contrario, es la persona más buena que puede existir, tiene un corazón enorme.

Me quedé callado.

—¿Entonces porque me adviertes?... ¿De qué debo cuidarme?

—No, de nada. No debes preocuparte por nada, lo que quería decir es que ella es diferente.

Me encogí de hombros, básicamente me daba igual. Seguí observando la casa que quizá era tan grande como su edad, no era difícil darse cuenta de que tenía entre cien o doscientos años... quizá más.

—¿Por qué vive en una casa tan grande y alejada? —pregunté y Bruno se encoje de hombros.

—Desde hace mucho ella renunció al mundo porque éste le asfixiaba.

Fruncí el ceño.

Caminamos hacia la puerta, donde antes de que Bruno la tocara alguien la abrió. Por un instante, estúpidamente pensé que la puerta había sido abierta con los poderes de la tía.

Me reí entre dientes.

En cuanto entramos me percaté que eran personas del servicio doméstico, que de seguro habían estado observándonos. Bruno fue recibido con muchísimo respeto, respeto que éste mismo agradecía. Pregunto por su tía y en cuanto le respondieron que se encontraba en su dormitorio, subió por aquellas grandes y vistosas escaleras de mármol blanco. La casa constaba de una elegancia natural que resaltaba por doquier, que de cierto modo me hacía sentir como si estuviera en la casa blanca.

Caminé hacia la enorme estancia y justo cuando estaba por sentarme en uno de los sillones vi que había un par de cuadros colgados en la pared, si había algo que me gustaba hacer, pero que desde hacía mucho no hacía era eso. Pintar. Los observé a detalle y un tanto maravillado, al percatarme que eran obras originales y por tanto costosas, sin darme cuenta de Guido apareció.

—¿Le parecen bonitas?

—Impresionantes, Guido. No hay mejor que un cuadro para resaltar la excelencia de un sitio a niveles extraordinarios.

—¡Evian!, ¡Evian! —grita, Bruno desde la tercera planta hasta que me acerqué.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Mi tía quiere conocerte, ha insistido con ello. Sube.

Me quedé en silencio hasta que asentí y sin darme ya cuenta subía por las escaleras. Bruno me observa hasta que me tiene junto a él y esboza una sonrisa. Luce despreocupado, tranquilo como si se hubiera liberado de una gran carga, en realidad solo recuerdo haberle visto así el día que me conoció. Mientras que yo me encuentro absolutamente temeroso, nervioso.

—¿Por qué quiere verme?

Se encoje de hombros.

—Solo me dijo que quiere conocerte. Quiere ver si eres como ella te vio.

«¿Cómo ella te vio?», lo observé y me quedé así por un rato hasta que él sonrío de forma cálida, a su estilo, animándome.

Seguimos caminando sobre el pasillo repleto de puertas que parecía más el pasillo de un hotel. Fue hasta la penúltima de estas que aquella pesadez que había sentido comenzó a diluirse; mi cuerpo se puso ligero, como si todo fuera paz y tranquilidad.

Bruno reposo la mano sobre el mango de la puerta y antes de abrirla me miró y tomó aire. Abrió la puerta y sentí que una fuerza increíble aguardaba por nosotros. Di los primeros pasos dentro del dormitorio y sentí como si más de mil personas me miraran a su vez, la presión era tan descomunal que no tarde más de medio segundo en encontrar a la mirada. No eran más de mil personas, se trataba de una sola: se encontraba sentada en la cama y con la espalda recargada en el respaldo de esta. Mis ojos se dividieron entre los suyos y su cabellera totalmente blanca.

Ladeé la cabeza. Sentí una sensación maternal y a su vez familiar, no era precisamente como me había imaginado a una bruja, parecía ser todo menos eso. Tez blanca y lunares cafés que eran visibles en brazos y partes de su rostro. Complejión media, y no tenía un sin fin de arrugas como cualquier señora de su edad al contrario se veía muy bien para su edad. Facciones inmensamente agradables y con una sonrisa por demás contagiable.

No deja de verme y tampoco de sonreírme... también le sonreí.

—Hola Evian, ¿Cómo has estado? —dice con voz tierna y alegre, como si ya me conociera.

Me quedé sin habla y totalmente quieto, mientras Bruno me deja y tomaba asiento en una silla de madera rústica con cuero que había junto a la cama. Toma la mano de su tía y la acaricia con mucho respeto y cariño mientras me observa.

—Creo que me he saltado el protocolo —interviene Bruno—. Evian, te



presento a mi tía Isabelle Grimaldi, tía te presento a Evian, Evian Barnes.

—Un gusto señora. Me encuentro bien, gracias... ¿Y usted? —respondí, con cierto tono de duda mientras la observaba.

—Me encuentro muy bien —responde conservando la sonrisa—, mis días en esta vida están contados y, digamos que a mi edad lo que menos podría decir, es mal. Dime algo ¿Eres su mejor amigo? —pregunta refiriéndose a Bruno, quien únicamente sonreía.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, desde que lo conocí parece que nos llevamos muy bien... pienso que sí.

—¿Crees en el destino? —pregunta de forma inmediata a lo que asentí, aun cuando no sabía exactamente la respuesta.

—Pues... creo que sí.

—El destino es lo que te ha traído hasta aquí. Bruno y tú, llegaron a ser muy buenos amigos porque comparten muchísimas cosas en común... como la fuerza y la inteligencia, el carisma y la polivalencia.

Arqué las cejas. Mi visión sobre las cosas era demasiado limitada como para poder ver y comprender lo que salía de boca.

—Ambos nacieron con el... toque especial —concluye y en definitiva no comprendía.

—¿A qué se refiere con todo eso?

—Ven, acércate y dame la mano. Es hora de que sepas de que hablo —dice en tono sereno esperando por mi mano mientras que Bruno se muestra confiado.

—Dásela —me incita me dice.

Respiré y me quedé pensando en la nada durante un par de segundos. Sinceramente nunca hubiera imaginado que darle la mano a alguien me resultara tan complicado... ¿Qué más podría pasar? me acerqué a paso lento y no por miedo, había visto sombras y escuchado voces y cosas, y en el fondo algo me decía que quizá no había visto todo, pero no eran cosas fáciles de asimilar.

Bruno se levantó e Isabelle hizo una seña para que me sentara en ese

lugar. Cuando lo hice sin dejar de mirarla le di la mano.

Sus ojos se tornaron completamente negros y de pronto todo comenzó a moverse lentamente, alcancé a ver como Bruno tomaba cierta distancia y luego todo comenzó a oscurecerse. Me sentía cansado, como si ella se robara mi existencia. Una película de mi vida comenzó a reproducirse a una velocidad extremadamente rápida, mientras escuchaba relámpagos a mi alrededor. Por fracciones de segundo pude ver a ciertos integrantes de mi familia, pude sentir las emociones que había vivido en aquel instante. Mis emociones colgaban de un peldaño, entre lo triste y lo feliz. Para luego comenzar a ver cosas que no eran partes de mi vida, vi como alguien trataba de ser asesinado por el portador de aquella voz que había escuchado los últimos días, en un escenario oscuro, repleto de lágrimas y soledad... en un bosque. Era yo.

Como por un mero impulso la solté y nuestras manos hicieron el ruido y el brillo de un corto circuito.

Mi respiración estaba acelerada, como si me hubiese despertado de un mal sueño. Y aun complementé agotado observé maravillado a Isabelle. Su cabello había dejado de ser totalmente blanco para verse un tanto cobrizo ¿Qué había sido todo eso? ¡Había sido increíble! me sentía tan extasiado y con un sin fin de sensaciones que no sabía lo que en realidad sentía. Lo que, si sabía, es que me sentía liberado como de una gran presión, me sentía totalmente diferente.

—Es como tú, Bruno —puntualiza, Isabelle quien luce seria y con unos años menos. Me di tiempo de mirar a Bruno y luego regresé la vista hacia ella. Parecía que se hablaban con las miradas.

—¿Cómo Bruno?... ¿A qué se refiere?

Ambos me miran.

—A que él ha pasado por los mismos síntomas que has tenido últimamente: curaciones increíblemente rápidas, fuerza desmedida, las voces y sombras —afirma Isabelle y en cuanto termina de hablar agaché la cabeza. No sabía que decir o que hacer. En cuanto alcé la cara observé que ambos están felices y no me quitan la mirada de encima, luego se observan—. Lo

que no entiendo es el ¿Por qué? —culmina, Isabelle.

Ellos se miran y parece que ese es su idioma preferido. Es evidente que se entienden a la perfección, mientras que yo no sé cómo reaccionar, ni que pensar de todo esto.

—¿Cómo sabe todo eso? —pregunté. Isabelle me mira con cierta firmeza y frialdad.

—En cuanto toqué tu mano, pude ver por todo lo que has vivido.

Tragué saliva de forma nerviosa.

—¿Entonces trata de decirme que no soy normal?

Esboza una sonrisa tierna y comprensiva, justo como al principio.

—No, no, en este mundo existen personas diferentes, personas con genes poco humanos y quizás, fuera de esta realidad, como nosotros —mover el dedo refiriéndose a nosotros tres— no es una enfermedad o que se trate de ser normal o, no. Es un don, un don que quizá ha viajado en tus genes todo el tiempo y lo que has vivido apenas es el comienzo.

Nuevamente me quedé callado y ahora pensaba en la palabra "Don".

—¿De qué don habla?

—Le trituraste la rodilla a Leonel de un solo golpe —interviene, Bruno—, tu condición física y musculatura han cambiado, ¿Eso no te dice nada o no te habías dado cuenta?

Bruno no sabía que le había roto la rodilla a Leonel, aunque mamá pudo habérselo dicho.

—Eres diferente al resto —volvió hablar Isabelle de forma tranquila—, estás en proceso de despertar tus verdaderas cualidades y por eso quieren hacerlo ahora.

—¿Viene en mis genes? ¿Quieren hacerlo ahora? —las preguntas salen de mi boca como estampida— ¿Quién quiere? ¿Soy como Bruno? ¿Y qué es Bruno?

Isabelle asiente.

—Por lo poco que vi, es tu abuelo materno el portador principal.

Observé a Isabelle y de pronto me da un fuerte dolor de cabeza. Sentía como mi cabeza procesaba poco a poco recuerdos que ni si quiera sabía que existían. Cuando era pequeño en ciertas vacaciones visitamos al abuelo y éste

físicamente no aparentaba ser alguien de su edad. Recuerdo que tenía más de ochenta y se notaba mucho más joven y lleno de fuerza que cualquier tipo de mi edad. Quizás tenía entre cuatro o cinco años, cuando le vi levantando frente a mí un tractor como si fuera un carrito de juguete.

—¿En qué piensas? —me pregunta Isabelle.

—Recordaba algo, señora, algo que ni siquiera sabía que estaba en mi memoria.

—Eso es normal hijo, acabo de entrar a tu mente y tus recuerdos seguirán fluyendo. Y, no me digas señora, dime tía.

Guardamos silencio durante un breve tiempo y estos me miraban.

—¿Qué hay de mi mamá?... ¿Es mi mamá? —pregunté.

Isabelle esboza una sonrisa y asiente.

—Si hijo, claro que es tu mamá, todo está bien —toma una pausa y se pone hasta cierto punto seria—. Aunque, en realidad estás aquí por otra cuestión.

—Hay algo que debes saber —dice Bruno y su voz había sonado tan grave y fría que un escalofrío temeroso recorrió mi cuerpo. Se dio un ligero tiempo para respirar—. Te he traído aquí para mantenerte a salvo, alguien quiere matarte.

«La revelación del final...», pensé. Cuando solté la mano de Isabelle, me vi tirado en el bosque bañado en sangre.

Escuchó a Bruno, pero mi mente procesa de una forma distinta las cosas.

Divido miradas entre la tía y él.

—¿Quién quiere matarme?

«Soy un buen muchacho, tengo buenas notas y feo al extremo no soy, soy casi tan atractivo como Bruno», añadí para mis adentros.

—No sabemos por qué —responde Bruno—, lo único que sabemos es que aquí estarás a salvo porque podré defenderte.

—¿Pero por qué quieren matarme?... ¿Qué hay de mi mamá? ¿Estará bien?

—Si, ella estará bien, te lo aseguro.

—Al que quieren es a ti —interviene la tía con cadencia y de inmediato la miré.

—¿Porqué?

—Cuando toqué tu mano ¿Pudiste ver un asesinato? —tardé un poco en captar y luego asentí— eso fue una visión —prosiguió—, una especie de sueño que tuve hace tiempo. No pude ver quién intentaría matarte, pero si pude verte a ti. En aquel momento por lógica no sabía quién eras, pero, al paso de los días tuve una nueva visión y ahora estabas con Bruno. Le pregunté sobre ti y me dijo que eras el chico nuevo y que aparentemente eras normal. Le dije que se acercara a ti para que no corrieras peligro y al mismo tiempo para que lograra descifrar por qué quieren matarte. Me llamaba todos los días diciendo que eras normal, pero poco a poco las llamadas fueron cambiando. Tal vez si ocultabas algo y no querías que nadie lo supiera, o quizá, ocultabas algo que ni tú mismo sabías. Sin darte cuenta, te percatabas de las extrañas apariciones de Bruno, tus rápidas curaciones y tu cambio físico. Eso hizo que ciertas dudas se aclararan, pero no lo de tu asesinato. por eso estás aquí. Debías saber la verdad y estar al tanto de todo, ya no había tiempo para saber los porqués, solo podemos protegerte.

Guardé silencio y me quedé pensativo. De algún modo su explicación me había entrecomillas tranquilizado, aunque en la revelación estaba tirado en un bosque y aquí hay uno, quiere decir que solo vine a morir.

—Evian, debes de estar lo más cerca posible de Bruno —volvió a explicar la tía— en lo que despiertas tus poderes, somos los únicos que podemos protegerte.

Asentí comprendiendo y observé a Bruno, ¿Qué es lo que él podía hacer para protegerme?

Esto era muy complicado de procesar... me dolía la cabeza.

—Tengo muchas dudas, ¿De dónde vienen los poderes?

—Eso te lo contara, Bruno, hijo. Estoy agotada, prometo que mañana aclararé todas tus dudas. Entrar en tu mente me ha dejado exhausta y tú, mírate, estás como si nada.

De nuevo asentí, era verdad que hasta cierto punto había rejuvenecido, pero se notaba cansada.

—Mañana seguiremos hablando, ahora vayan afuera, tomen aire y, Bruno. Mantente alerta.

Bruno ayudo a la tía a recostarse y la cobijo sobre las sabanas de hilo egipcio. Salimos de la habitación y sin decirnos una palabra llegamos hasta la escalera.

—¿Guido sabe algo? —pregunté.

Bruno asintió, tan tranquilo como de su costumbre.

—Si, sabe todo. Él está conmigo desde que yo era un niño.

Estando abajo, Guido nos preguntó si cenaríamos, pero le rechazamos. Lo cierto es que Guido sabía perfectamente que había entrado un Evian y había salido otro totalmente distinto de esa habitación. Bruno y yo subimos a la camioneta en la que habíamos llegado y condujo hacia un puente donde el tráfico era escaso. Aparcó la camioneta en el mismo puente y nos recargamos en la barandilla y observábamos el agua.

—Es extraño —dice mientras mira hacia el frente— he conocido personas especiales y sinceramente nunca pensé que fueras uno... es cierto mi tía se fijó en ti por algo, pero no sé.

—¿Cómo te disté cuenta? —pregunté y éste se echa a reír.

—Cuando le rompiste la rodilla a tu primo. No me asombro lo que hiciste, sino como lo hiciste. Tus movimientos fríos, rápidos, notándose tu superioridad. Sonreía porque mi tía tenía razón, ocultabas algo... eras... eres como yo.

Bajé la mirada y luego lo miré.

—¿Qué es lo que eres?

Aquella risa que le gobernó se fue es fumando, poco a poco y me miró con seriedad.

—Te contaré una historia un tanto larga, te diré exactamente lo mismo que me contó mi tía cuando me encontraba igual de agobiado a cómo te encuentras ahora y como también supongo lo estuvo ella en su momento —volvió recargarse en la barandilla e, inhala el aire suficiente para proseguir—. Hace muchos años atrás, cuando quizás gran parte de Italia pensaba en abandonar el país porque las cosas no iban bien económicamente hablando, mi familia pensó que lo mejor era ir a Francia y no venir hacia América, como todo el mundo hacía. Justo cuando pensaban irse las cosas se pusieron aún más difíciles de lo que ya habían sido, no había empleos, no había nada.

Y poco a poco la desesperación y el hambre les hizo comenzar a robar, esto comenzó a resultarles y con las ganancias fueron avanzando poco a poco hacia Francia, justamente al llegar a un pueblo fronterizo los dos hombres que eran cabeza de familia decidieron salir y robar como ya era su costumbre. Pero, en cuanto estuvieron afuera se percataron de que había poca gente y que nadie valía la pena hasta que apareció frente ellos una soberbia tentación: una anciana que llevaba consigo anillos y pendientes de oro. Dudaron en robarle, pensaron que lo mejor era dejarla por tratarse de una señora mayor, pero la ambición les hizo caer en la tentación.

Hicieron su trabajo, corrieron entre calles, y cuando se encontraron lo suficientemente lejos y solos abrieron el bolso de la anciana en donde habían guardado el oro. Y cuando echaron el vistazo se dieron cuenta de que solo había serpientes. Se sorprendieron tanto que nunca se percataron que la anciana estaba frente a ellos, ésta los observaba fríamente y a su vez sonreía como un mero síntoma de empatía. Sin que ellos se dieran cuenta, quizá en un parpadeo, la anciana les arrebató el bolso y dejó entrever que su velocidad no era de este mundo. Exigió una explicación por los actos y al ver que estos eran incapaces de hacerlo debido al miedo que les gobernaba, sus ojos tomaron un tono completamente oscuro e, hizo exactamente lo que mi tía hizo contigo: tomó sus manos para entrar a sus mentes y cuando hubo terminado se echó a reír. Les reveló que era una bruja, pero nunca dijo su nombre, de esa manera ellos la olvidarían más rápido. Según ella...

Les pidió que se tomaron de las manos y éstos aun con el miedo que les gobernaba, obedecieron sin dudarlo, nuevamente los ojos de la anciana se tornaron oscuros y éstos sintieron un tanto de dolor y a su vez sensaciones maravillosas que acabaron tirados en el suelo completamente exhaustos. Aun con cierto delirio, ellos observaron a la anciana y quien había envejecido aún más, se notaba cansada y frágil, atrás había quedado la anciana un tanto demoniaca. Se limitó a sonreírles con cierta ternura y les dijo que de ahora en adelante ya no pasarían hambre, tendrían demasiada salud. Que debían ir hacia América, ocultar lo sucedido y lo que llegara a suceder. Les deseó suerte y se marchó. Ellos perdieron el conocimiento y jamás volvieron a saber sobre ella. Al paso de los años, justo como ella lo había anticipado; la suerte había cambiado, la salud de la familia pasaba de eso, salud, para

convertirse en una bendición. Se volvió normal que todos los que nacían tuvieran cuerpos torneados y casi perfectos. La inteligencia fue más allá, pero muy pocos pudieron despertar un talento especial, según mi tía; solo ella y yo lo hemos hecho.

—Vaya, es una historia... Increíble —dije. Bruno me mira, esboza una sonrisa y asiente—. ¿Qué talento? Además de desaparecer y aparecer cuando te da la gana.

—Mi fuerza se incrementó de manera drástica, al igual que mi velocidad y, por obvias razones mis reflejos están más allá de lo normal.

—¿Y cómo es que puedes actuar como si nada?

—Crecí creyendo que era igual a todos y cuando me di cuenta de que no era así, tuve que adaptarme, aprendí a controlarlo desde pequeño.

—¿Entonces seré igual a ti? —pregunté mirándole con duda.

—No lo sé, amigo... en realidad, nunca había conocido a alguien en tu estado.

«Más dudas», pensé.

Por la mañana me sentía de maravilla, había dormido de manera natural y fluida, en una habitación cercana a la Bruno e Isabelle. Hacía mucho tiempo que no dormía de ese modo, además de ser la primera vez que dormía en una cama tan espaciosa, cómoda y rica. Los millonarios podían quejarse de todo menos de sus sábanas y camas.

Desayunamos en el imponente comedor y para sorpresa de la gente de servicio, Isabelle nos acompañaba, según ellos la señora casi nunca bajaba y su comida casi siempre se le era llevada al dormitorio. El tono de su cabello había vuelto hacer del mismo blanco de antes, aun así, se mostró radiante. En la biblioteca dio instrucciones muy claras a Guido que pasadas las cuatro de la tarde no quería recibir llamadas y mucho menos visitas. No quería escuchar un solo ruido que no fuera hecho por Bruno, él, la cocinera o yo. Éste en su papel de jefe, al llegar la hora hizo que la gente del personal se fuera a sus casas con la noticia de que regresarían hasta mañana por la mañana. Únicamente se quedaron los guardias de la entrada, quienes estarían al tanto de no dejar pasar a nadie, y la cocinera. Todos, absolutamente todos



teníamos prohibido salir del perímetro de la propiedad, si alguien desobedecía no volvería a entrar hasta mañana por la mañana. Esas habían sido las ordenes de la señora.

El resto de la tarde. Bruno y yo la pasamos viendo el televisor, jugando cartas y billar en compañía de Guido. La pasábamos bien, pero sin duda comenzaba a aburrirme. Observé el reloj de madera que se encontraba en la estancia y éste marcaba las diez de la noche, luego me encaminé hacia la puerta que había permanecido cerrada desde que se ocultó el sol, necesitaba aire, un respiro, eso era todo.

Aproveché que Bruno se encontraba en el dormitorio de la tía, llevaba varios minutos tratando de convencerla para que cenara un poco, pero Isabelle era bastante testaruda. Y Guido estaba en la cocina, supervisando todo como siempre.

En cuanto puse un pie fuera, vi que los árboles parecían danzar con el viento que estaba helado. Rápidamente cerré los ojos y respiré profundamente, para cuando los abrí me sentí mareado y un tanto somnoliento. Aquellos árboles que danzaban se abrieron como indicándome un camino a seguir. Mis ojos volvieron a cerrarse sin que yo lo quisiera y a su vez comencé a caminar, traté de contener el paso, pero me era imposible. Mi cuerpo parecía no pertenecerme. Sin haberlo querido, parpadeé de forma muy lenta y me percaté de que me encontraba en el bosque.

Sabía que esto estaba mal, todo era idéntico a la escena que vio Isabelle sobre mi muerte. Traté de gritar y así pedir ayuda, pero los esfuerzos eran en vano, estaba congelado, atrapado en mi propio cuerpo. Y sin ninguna aparente salida. Abrí los ojos y me di cuenta de qué me encontraba acostado entre las hojas secas de los árboles. Estaba sediento y con el corazón acelerado, como cuando te despiertas por una mala pesadilla.

A lo lejos escuché el crujir de las hojas secas y de inmediato observé hacia aquel punto y lo poco que veía me permitía ver que no había absolutamente nada. Aun así, me sentía observado, tenía miedo y sentía como mis cinco sentidos estaban a tope.

Como pude me puse de pie.

—¿Qué sucede?... ¿Tienes miedo? —pregunta aquella voz extraña, la que había escuchado los últimos días, haciendo que mi cuerpo se erizara en cuestión de nada.

No podía responderle, estaba tan asustado que me era imposible si quiera cerrar los ojos. El crujir de las hojas se hizo constante y cada vez las pisadas se escuchaban más y más cerca.

—¿En qué demonios piensas? —volvió a preguntar, haciendo que prácticamente me hundiera en el terror, sabía que moriría y su voz era la muerte llamándome. Mi mandíbula temblaba sin parar y mis ojos se hundieron en lágrimas de impotencia— ¡Maldita sea, responde! —grita con voz espantosa, para que después una extraña fuerza me lanzara.

Mi cuerpo parecía un costal de papas, no reaccionaba por nada. Sabía que debía sentir dolor, pero el miedo lo impedía.

—Aborrezco que las personas no respondan mientras estoy eliminándoles, pero a su vez es divertido verlas gobernadas por el miedo. Veo en ti a tu abuelo y a tu hermano, ambos igual de estúpidos.

No había terminado de hablar cuando sus palabras me hirvieron el alma ¿Qué tenían ellos que ver en esto? Mi odio parecía liberarme del miedo, coloqué las manos en el suelo e intenté ponerme de pie como por un mero impulso.

Un extraño sentimiento de valor fusionado al odio brotaba de mí. Mi cuerpo y mente parecía que volvían a la normalidad, al igual que los latidos de mi corazón mientras que mi respiración era fría y pausada. Comenzaba a acostumbrarme. Cerré los ojos y los abrí con fuerza para buscar a mi enemigo. Pero, poco después un aire completamente gélido recorrió el suelo y se reunió a escasos metros frente a mí, formando una sombra oscura en forma humana. Los vellos de mis brazos se erizaron de manera incomprensible. Apreté los dientes y fruncí el ceño haciéndole frente.

—¿Piensas enfrentarme? —pregunto en tono burlón, riéndose horriblemente como solo un demonio lo haría.

En cuestión de segundos y sin darme cuenta, fui lanzado un par de metros detrás estampándome en uno de los árboles. Me dolía todo, quizás tenía un par de costillas rotas, mi respiración se volvió dolosa. Se había terminado.

Sin poder o querer moverme, únicamente rodeé mi torso con mis brazos para cubrirme.

—¿Qué te he hecho?... ¿Por qué quieres matarme? —pregunté con voz parcialmente adolorida, respirar me costaba cada vez más.

—Yo no quiero matarte, no me has hecho absolutamente nada, pero tu familia... o parte de ella tiene la culpa de ponerte en esta situación —respondió, como conteniendo la risa.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver mi familia?

—Eres joven y estúpido como para comprender algunas cosas, como nuestros tratos.

«¿De qué carajos hablaba?». Inhalé aire por la boca a pesar de que el dolor era inhumano.

—¿Qué clase de tratos?

—Tu familia ha vendido a varios de los suyos a un precio sumamente bajo y repugnante. Abrazaste y besaste a los que te pusieron aquí, te falta un camino largo por recorrer y que desgraciadamente no recorrerás. Te veo en el infierno, chico —concluye en tono afirmante.

Acabaría conmigo.

De pronto parecía que me había quedado solo. El ambiente se tornó tranquilo, el aire, ruidos y demás se habían esfumado. La tranquilidad era tal que alcé la vista y observé que no había absolutamente nada, pero únicamente pasaron un par de segundos para que aquella tranquilidad desapareciera. Aquel aire gélido comenzó a rodearme con fuerza y formo una especie de remolino que cada vez se hacía más grande y en un instante logró levantarme del suelo. Comencé a sentir rasguños por doquier y estos eran tan fuertes que me arrancaban la piel. La tortura no tardo demasiado, pero si lo suficiente como para dejarme completamente inmóvil.

Me quedé boca arriba observando el cielo justo como en el sueño de Isabelle. Sentía como mi sangre empapaba mi ropa y caía sobre las hojas cecas. Estaba en el límite físico y mental, mientras las palabras «Familia» y «¿Por qué?» daban vueltas en mi cabeza una y otra vez.

El aire se había terminado, parecía que aquella cosa que intentaba matarme había preferido dejar que me muriera por mi propia cuenta, quizá era cuestión de segundos.

De repente escuché unos pasos exageradamente pesados que me hicieron abrir los ojos como platos. Miré de reojo y la poca luz de la luna me hacía notar que el ruido provenía de los arbustos. No tardó demasiado para que saliera de entre estos con suma sutileza. Era una especie de jabalí extremadamente grande, quizás los dos metros. Fuerte, completamente negro y de unos ojos completamente rojos y horripilantes. Carecía de orejas, pero sus colmillos eran tan grandes que lograban sobresalir de su hocico.

Se acerco con una frialdad impresionante y se detuvo frente a mí para observarme con detenimiento. Luego miró el cielo e hizo un feroz rugido que retumbo la tierra... y antes de que pudiera percatarme unas nuevas pisadas se hicieron presentes. El jabalí me ataco con sus colmillos dándome un fuerte golpe que me hizo salir disparado. Mientras a un rodaba por las hojas cecas, otra enorme sombra dio un salto de igual forma de entre los arbustos y se detuvo junto al jabalí.

Tragué saliva mientras los observé, era un perro. Ambos eran idénticos en cuanto al tamaño, color oscuro y en la carencia de orejas, la única diferencia estaba en los ojos. El perro los tenía tan oscuros como la noche.

Corrió hacia mí de forma violenta haciendo un sinfín de ruidos espeluznantes, como un león rugiente. Y en menos de un parpadeo sus dientes se incrustaron en mi cuerpo, que crujió. Sus gruñidos eran idénticos al devastador sonido de los relámpagos. Sabía que era el final de mi existencia y que no opondría resistencia.

Mantuve los ojos cerrados, supuse que lo mejor sería esperar la muerte de

ese modo.

De pronto todo desapareció.

Estaba en un lugar en el que no recuerdo haber estado jamás: observé mi cuerpo y estaba intacto, no había heridas, ni mucho menos sangre. Había un ruido, pero no sabía de donde provenía y tampoco me interesaba... a lo lejos apareció un punto de luz blanca que en una fracción de segundos se agigantó, era precioso, tan majestuoso como ninguna otra cosa. No hablaba, pero la luz me llamaba, me pedía ir con ella... sin embargo, una cálida voz que hablaba diferentes lenguas comenzó a llamarme desde otro punto.

—¡No te rindas! —gritó la voz, retumbándome los oídos.

Abrí los ojos con violencia y mi cuerpo se desgarró, explotó de arriba abajo. El perro dejó de mordirme y retrocedió. Comencé a retorcerme de dolor... de odio. Mi corazón parecía hervir, quemaba al igual que la sangre que bombeaba. Podía sentir cada flujo de sangre recorriendo mi cuerpo, que en cuanto llegó a mis ojos, parecía que los fundió como la lava.

Grité del dolor y anclé mis manos en la tierra y estas se ensanchaban al igual que todo mi cuerpo. Comencé a convulsionarme, mientras todo mi cuerpo quemaba, principalmente las heridas. De pronto los síntomas extraños comenzaron a disminuir, pero el odio se incrementaba... y parecía gustarme. Mi corazón era el único que no se controlaba, daba brincos agigantados como queriendo escapar de mi pecho y esa sutil sensación que recorría mi cuerpo me pedía matarlos a como diera lugar. Me puse de pie observando el suelo y después miré al cielo, cerré los ojos y con severa calma inhalé un aroma que me pareció exquisito y que provenía del perro y del jabalí... era miedo

Los observé y mi calidad visual era sin igual, parecía que toda mi vida había estado ciego y ahora por fin veía con claridad. Estaban estáticos, temerosos, atrás habían quedado los estruendosos rugidos y la frialdad del jabalí. Corrí hacia donde estaba el perro y en fracción de segundo me encontraba frente a él, dio un salto impulsado por el miedo a lo que sonreí orgulloso mirándole a los ojos. Miré hacia atrás, al lugar en donde me

encontraba y era una distancia considerable, como para llegar en tan poco tiempo.

Sonreí maravillado. Extasiado de poder.

Golpeé al perro en el hocico con toda la fuerza posible y de inmediato hizo un ruido poco común. Cayó de forma violenta un par de metros delante de mí. Con severa frialdad miré al otro, las patas le tambaleaban y sin que pudiese esperarlo lo golpeé de igual forma, el impacto había sido igual de brutal. No podía creer nada de lo que estaba sucediendo, esta fuerza es maravillosa. Un minuto había bastado para dejar a las bestias en esas condiciones... retorciéndose de dolor.

Lentamente caminé hacia donde el perro. Lo miré y vi el gran sufrimiento por el que pasaba, los papales se habían invertido. Aplasté una de sus patas delanteras y disfruté el momento en el que el hueso se rompió. Se retorció aún más del dolor y comenzó a llorar justo como lo haría un perro ordinario.

De inmediato hice oídos sordos y mientras me encaminaba hacia el otro animal, sentí que alguien me observaba. Corrí hacia el jabalí y lo pateé con fuerza en el estómago mientras de forma magistral, en un pequeño rango visual encontré al espectador que yacía entre los arbustos.

¿Un niño?... no, era una cosa espantosa.

Era como un niño regordete como de tres o cuatro años y quizá media menos de un metro. Tenía el rostro quemado y envejecido, su piel se notaba áspera y quizás más dura que el mármol, mientras que sus amarillos ojos ponían la letra final a lo horripilante. Por increíblemente que fuera no me dio miedo verle, me dio asco. Parecía no darse cuenta que lo miraba por el rabillo del ojo.

Lentamente lo observé y le dediqué una sonrisa, comprendió que debía huir.

Mientras él giraba para escapar, corrí lo más rápido posible y justo cuando termina de dar el giro me encuentro agachado frente a él, cara a cara,

conservando la sonrisa. Su rostro pálido, se empapo de un miedo sin igual y, vociferó un quejido temeroso que termino acrecentando mi ego.

Su admiración era tal que parecía no creerlo ¿Acaso un ser como él podía sentir pavor?

—Te has vuelto veloz —dice con sonrisa apática y voz temerosa, la misma voz que me había aterrorizado y que me había llevado al borde de la muerte.

Fruncí el ceño y apreté la mandíbula dejando atrás las sonrisas y los egos.

—¿Quién eres? —pregunté.

Parecía que diría algo, pero mi enojo y anhelo por golpearle termino interrumpiéndole. El impacto termino siendo brutal tomando en cuenta su diminuto tamaño y, hacerlo con semejante fuerza me había dolido, incluso sentía que los nudillos de mi mano palpitaban.

Salió volando en dirección totalmente recta y antes de que lograra caer al suelo, lo alcancé para nuevamente golpearle con mucha más violencia, haciéndolo estrellarse en el suelo. Continúe golpeándolo y éste poco o nada hacía por defenderse. Lo tomé por el cuello y comencé a apretujarlo con toda la fuerza posible, para luego estrellarlo en unos de árboles.

—¿Qué mierda es lo que tienes que ver con mi familia?... ¿Quién es el traidor? —pregunté con aspereza.

—Amanda... Evelyn... —logró decir en tono bajo. En cuanto escuché aquellos nombres mi enojo se quedó vagando entre la incertidumbre ¿Las hermanas de mi mamá?... ¿Mis tías?—. Ellas solo son los pilares conspiradores, las que forjaron una iniciación y responsables de que la palabra "traición" se haya multiplicado a gajos y se haya esparcido muy, muy adentro de las arcas. Tu vida y la vida de los demás les importa un comino, les vendieron como a un producto a cambio de dinero, de todo el que posee tu familia ¿Jamás te preguntaste de donde había salido el dinero? ¿El poderío?

La impresión congelo mis fuerzas y, me hizo perderme en pensamientos. Eso sirvió para que éste intentara escapar, pero de inmediato volví a retenerle.

Hacer eso le había costado un brazo roto.

—¿Y entonces tú nos matas? ¿Por qué querías que matara a Leonel? ¿Por qué me lo pedías? ¡Habla! —le pregunto y vuelvo a estrellarlo contra el árbol y lo alzo para verlo cara a cara.

—Te equivocas, no hay necesidad de hacerlo con todos. Únicamente maté a tu abuelo y hacerlo fue sencillo: el viejo estaba acabado, no podía hacer nada. Contigo las cosas eran distintas, te volviste digno de admiración, quería que mataras a Leonel para que fragmentaras tu alma y... fueras de los míos.

Cada vez mi enojo se volvía más incontrolable. La mano que apretaba su cuello comenzó a cerrarse cada vez más y ante ello trataba de liberarse.

—Yo no maté a tu hermano, lo hizo alguien de muy, muy adentro —confiesa desesperadamente mientras se retuerce.

Su rostro comenzó a tornarse de un color distinto, mientras que su cuello iba desapareciendo poco a poco en mi mano. Me encontraba tan excitado con la idea de matarlo, que a penas y pude darme cuenta por el rabillo del ojo que una de las bestias me atacaría por la espalda.

El jabalí da un salto hacia nosotros y totalmente confiado regresé la mirada al duende que en un intento por liberarse quiso enterrarme sus uñas en mi brazo, pero la dureza de mi piel acabo por romperlas... una fracción de segundo después, una especie de silbido extremadamente fino atrajo mi atención. Se escuchaba cada vez más cerca y los arboles se tambaleaban. Fue entonces cuando logré ver una silueta, y esta superaba por mucho mi velocidad, tanto que el solo tratar de alcanzarle con la mirada se me volvió un verdadero calvario. En cuanto logré ver lo que era, sonreí aliviado. Era Bruno.

Lancé al duende contra el jabalí y medio segundo después, antes de que éstos tocaran el suelo, Bruno los golpea con muchísima violencia mandándolos a volar y causando un gran alboroto.

Bruno me observa a la distancia y esboza una sonrisa como llena de orgullo, sonrisa que jamás le había visto. Utilicé mi velocidad y en un instante me encontraba junto a él y, ante ello se sorprende. Pero, basto muy poco para que el sorprendido terminara siendo yo, ahora mediamos



exactamente lo mismo.

Se encoge de hombros y mientras observa mi ropa ensangrentada suspira.

—Perdón por la tardanza, el lugar estaba hechizado, di un sin fin de vueltas por el mismo lugar hasta que pude entrar. Me alegra que estés bien.

—No te preocupes.

—¿Qué es lo que tienen ... —hace una seña con su dedo mostrándome sus ojos— tus ojos?

Fruñí el ceño de manera confusa.

—No, sé ¿Por qué?

—Ya no son del mismo color, son grises o plateados —fruñí el ceño y me encojo de hombros, no tenía ni idea de lo que hablaba— es por tus poderes. Es increíble que hayas peleado contra ellos todo este tiempo.

Dejé de ver a Bruno y centré mi atención al frente. El duende estaba con una rodilla en el suelo con la mirada clavada en Bruno, lucía desesperado mientras de su boca emanaba un líquido similar a la grasa quemada.

—Hay que acabar con esto, Bruno.

Bruno corre hacia el jabalí mientras yo lo hago hacia el duende quien apoya sus diminutas manos en el suelo para después ponerse de pie mirándome con semblante serio.

—Tú y tu poder son increíbles —dice—. No imaginé que fueras capaz de dejarnos en estas condiciones y créeme que te arrepentirás de haberlo hecho. Oberón no falla dos veces.

—¿Quién mato a mi hermano?

—Pregúntaselo a Evelyn, aunque no sin haberle dado antes unas cuantas monedas. Su adicción al dinero le hará hablar, y si no lo hace intenta matarla, así obtendrás respuesta a todas tus preguntas.

De pronto sus piernas se desvanecen y ante ello, Bruno corrió para golpearlo, pero lo demás de su cuerpo se lo lleva el viento como si fuese una silueta de humo.

Oberón había desaparecido.

Un segundo después las hojas cecas crujieron, entonces nos volvimos para ver que así mismo las bestias se habían ido con él.

Di un grito y después golpeé la tierra de impotencia.

—¡Cálmate!, todos pagan por sus actos.

Miré a Bruno enfurecido, quien en un rápido movimiento me tocó la frente con los dedos de su mano, y de pronto sentí como poco a poco todas las sensaciones comenzaban a marcharse junto a la calidad visual.

—¿Qué fue lo que me hiciste? —pregunté. De pronto siento que los ojos se me cierran y las fuerzas se me escapan.

Abrí los ojos desesperadamente y lo primero que veo es a Isabelle sentada casi frente a mí anotando algo en una especie de diario.

—Tranquilo hijo, estás a salvo —dice para tranquilizarme, dejando de lado lo que escribía.

Me encuentro acostado en el dormitorio de su mansión. Mi cabeza trata de procesar como llegué aquí, pero mi atención la obtiene Bruno quien aparece al pie de la cama tan rápido como un suspiro.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Bruno con sincero interés, a lo que únicamente asentí. Me siento demasiado cansado, con muchísimo sueño y sin ánimos de nada, aun así, sé que debo preguntar muchas cosas.

—¿Cómo llegué aquí?

—Te desmayaste después de que te liberé, ya habrá tiempo para enseñarte eso... te traje y te recosté para que descaras. Es normal lo que te paso debido a que tu cuerpo no está acostumbrado a un cambio tan repentino.

De nuevo asentí. Moría de hambre. Para sorpresa de ambos sonreí.

—¿Qué ocurre, hijo? —pregunta, Isabelle.

—Tengo hambre...

Se echan a reír.

—Daté un baño y cámbiate de ropa —comenta Bruno—, no queremos que las personas del servicio te vean así —me observé, me encontraba completamente sucio y con la ropa llena de sangre—. Te vemos abajo —añade y sale de la habitación junto a Isabelle.

Salgó de la cama y observó las sabanas llenas de tierra y sangre... que vergüenza.

En el baño de la habitación me doy el tiempo de observarme en el espejo. Me quité la playera y observé mi cuerpo; mi piel parecía tan virgen como la de un recién nacido, no había un solo golpe, cicatriz o marca... parecía que mis diecisiete años los había pasado envueltos en una manta protectora. Había crecido al menos unos diez centímetros y con ello mis músculos se habían estirado y crecido considerablemente, era otro, completamente fuerte y definido por doquier.

Sonreí.

Tampoco tenía marcas de acné, ni nada que se le parezca, solo me hacía falta ver algo... aquellos ojos. Cerré los ojos y totalmente consiente de que debía controlar mi enojo, comencé a recordar lo sucedido con Oberón; palabra por palabra y suceso por suceso. Y de pronto aquel ardor llegó detonando una sensación de odio que recorrió mi cuerpo y se estancó en mi pecho haciéndome sentir un millar de sensaciones hasta que el ardor llegó a los ojos y me hizo abrirlos.

Lucían extraños, raros... por no decir que tenebrosos. Las pupilas habían desaparecido y, en vez de ello parecían tener cráteres. Habían dejado de ser oscuros para ser profundamente grises. Era como ver la luna en mis ojos.

El desayuno me pareció sensacional teniendo en cuenta el hambre que tenía. Comí como nunca lo había hecho, por momentos pensé que Isabelle diría algo, pero solo escuchaba sus risas. Cuando terminamos, al igual que ayer nos llevó a Guido, Bruno y a mí a la biblioteca para que nadie más escuchara lo que diría.

—Hijo, ahora más que nada debes de estar alerta —dice dirigiéndose a mi—. Ahora eres una persona invencible y especial, pero eso tiene un significado mucho mayor. Ahora no solo debes proteger a tus seres queridos, sino también a los que te rodean. No importa si la persona es bonita o fea,

debes protegerlos con tu vida porque ellos no fueron bendecidos con tus habilidades. He pensado que puedo hacerle un hechizo de protección a tu madre, con ello nadie será capaz de tocarla... Claro, si es que aceptas.

Asentí.

—No tengo problema

—Otra cosa, no puedes presumir tus poderes, nadie debe enterarse de que lo que eres ahora... no es conveniente.

—¿Y qué es lo que soy? —pregunté.

—Una pequeña luz en la oscuridad.

## Sensaciones.

El viaje de regreso a casa había sido tranquilo con Isabelle abordo. Un poco antes de ello, cuando apenas y salíamos de la propiedad un hombre con el brazo vendado nos miró con demasiada atención a pesar de que los vidrios de la camioneta eran polarizados, el tipo parecía verme a los ojos y, de algún modo esos ojos se me eran conocidos. Tenía un presentimiento, un pensamiento barato inducido a una ligera casualidad, pero no dije nada... me guardaría para mi esa extraña casualidad.

Durante el trayecto, Isabelle hablo sobre el hechizo de protección que le haría a mamá, me parecía buena idea, sin embargo, toda mi atención termino sumida por completo en el celular, había olvidado por completo a Alessandra. Habían pasado tantas cosas que nunca recordé encender el celular y llamarle. Cuando lo encendí había un sinfín de llamadas perdidas y mensajes tanto de ella, como de mamá.

El último mensaje de Alessandra textualmente decía; «*No me llames y no vuelvas a buscarme*».

Me mecí los cabellos y comencé a sudar. Escuché una risita y es Bruno quien me observa.

—Es Ale, ¿Verdad? —pregunta, a lo que asentí—. Tranquilo, estamos por llegar ya sabrás como salir de esta.

Poco después y justo como había dicho Bruno, llegamos. Isabelle se alegró de saber que Bruno y yo vivíamos cerca, cosa que encontré por demás actuado, cuando había dicho que Bruno le hablaba para contarle sobre mí ¿Se le olvidó mencionar que vivo unos metros de distancia?

Lo primero que vi al entrar a casa fue a mamá leyendo, sentada en el sofá de la estancia con los pies arriba de la mesita. Me miró de reojo, atreves de

sus lentes y sonreí, me acerqué y la abracé como si no la hubiera visto en años... me dieron unas ganas inmensas de llorar porque no sé qué hubiera pasado con ella si yo hubiera muerto aquella noche.

—Parece que el viaje te ha sentado bien —dice mientras me abraza y nos es imposible soltarnos.

—Creo que debo de llevármelo más seguido, ¿No cree? —vacila, Bruno, y de inmediato nos volvimos para verle. Se encontraba con Isabelle a pocos pasos de la puerta, esperando a que alguien les dijese que pasaran.

Mamá ofreció disculpas por no percatarse de que se encontraban ahí, y les pidió que por favor entraran.

—Ella es mi tía Isabelle —presenta Bruno y de inmediato mamá hizo un gesto de esos que haces cuando crees reconocer a la persona—. Tía ella es la señora Aurora, la madre de Evian.

Mamá extiende su mano y se saludan.

—Mucho gusto señora.

—El gusto es mío —corresponde Isabelle de forma sonriente.

—¿No le he visto antes en algún sitio? —pregunta mamá, como para salir de dudas.

Isabelle se encoge de hombros y niega manteniendo la sonrisa.

—No, lo creo —responde y después se mueve a un costado mientras mamá seguía hablando como si Isabelle siguiera frente a ella. Isabelle me mira—. Es hora de que comenzar...

Me quedé perplejo.

—La ha hechizado, sin darnos cuenta solo ha bastado ese saludo para que la atrapara en una ilusión —explica Bruno, en su intenso por tranquilizarme.

Dividí miradas entre él e Isabelle.

—¿Estará bien, cierto? —pregunté.

Isabelle asiente.

—Te lo puedo asegurar hijo, lo he hecho así porque no es el momento de que ella sepa la verdad sobre nosotros y de este modo ella no recordara nada.

—No quiero que nada le pase.

—Tampoco quiero que le pase algo, es por eso por lo que estoy aquí. Vayan afuera, el hechizo será demasiado fuerte —me mira—. Veas lo que

veas no interfieras o todo habrá sido en vano.

Isabelle y yo nos miramos seriamente, no tenía idea de que lo haría, pero es mi mamá, lo que me pedía, me era básicamente imposible. Aun así, asentí para después salir de la casa con Bruno. Desconocía hasta donde podían llegar los poderes de ambos —Bruno e Isabelle—, lo único que si sabía, es que si algo le pasaba a mamá no me pesaría dos veces el matarlos.

Bruno y yo nos quedamos cerca de la puerta. Isabelle unió sus manos y provoco un sonido que retumbo la tierra, como estruendo, las froto y las mantuvo unidas hasta que de ellas emano una luz verde; separo sus manos y la luz fue expandiéndose haciéndonos retroceder hasta que cubrió por completo la casa... a lo lejos vi como mamá flotaba en el aire frente a Isabelle.

Un impulso que nunca había sentido me hizo encaminarme hacia ellas, pero sin esperarlo salí rechazado por la barrera. Caí tan lejos que Bruno corrió para auxiliarme. Eso había bastado para que sintiera el cosquilleo en las venas hasta llegar a los ojos. Bruno decía muchas cosas tratando de detenerme, pero no presté atención; reposé lenta y tranquilamente la mano sobre la barrera de luz verde y para mi sorpresa comencé a avanzar, de un momento a otro estaba viendo de cerca como mamá seguía flotando con los ojos cerrados y la boca abierta, de la que salía una especie de humo.

No era algo bonito ver a mamá en ese estado, tampoco ver a Isabelle con el ceño fruncido y sus ojos completamente negros.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta en cuanto me ve y me encojo de hombros por qué no supe que decir— no hagas ruido, estoy por terminar.

Asentí y me quedé en silencio viendo como de la nada una especie de humo comenzó a brotar de las manos de Isabelle. En cuanto las separo logré ver unos extraños jeroglíficos, que parecían hervir como la lava en la palma de su mano derecha. Colocó su mano sobre la frente de mamá y de inmediato la barrera verde comenzó a adentrarse en ella a una gran velocidad. Cuando la luz verde desapareció, Isabelle retiró su mano y el jeroglífico hirviendo color verde era visible en la frente de mamá, quien seguía flotando. Un instante

después, mamá se desploma y corrí hacia ella para tomarla y mientras la dejaba en el sofá me doy cuenta que a Isabelle le ocurrirá lo mismo. Justo cuando iba a por ella, Bruno aparece para tomarla entre sus brazos.

Observé la frente de mamá y un par de segundos más tarde los jeroglíficos desaparecieron. Bruno dejó a Isabelle en uno de los sillones a quien le costaba respirar, se veía agotada, incluso sudaba. Pero después abre los ojos.

—Estoy bien —dice para tranquilizarnos, pero era evidente que no lo estaba, ese hechizo es demasiado desgastante.

—¿Segura? —preguntamos Bruno y yo al instante y ella asiente.

—Despertara mañana por la mañana —dijo refiriéndose a mamá—... como si fuese un día normal, te dirá que la hemos pasado bien, que cenamos, bebimos café y conversamos hasta tarde, esa es la ilusión que he sembrado en su mente... por cierto, dijo que la camioneta se descompuso y mañana iras a la escuela con Bruno —esboza una sonrisa—. Voy a quedarme un par de días para cerciorarme que todo haya salido bien.

Asentí.

—Gracias...

Bruno tuvo que llevarse a Isabelle en brazos hasta su casa, hice lo mismo con mamá hacia su habitación. Me recosté en la cama y Alessandra bombardeaba mis pensamientos, le llamé en más de una ocasión, pero no respondía, no era tan tarde, sabía que aún estaba despierta... cuando me di cuenta estaba saltando la valla de su casa que terminaron por parecerme pequeñas. Volví a llamarle por teléfono, pero no respondió, y justo como había imaginado la luz de su habitación estaba encendida.

Seguí llamando hasta que finalmente respondió.

—Hola, antes de que digas algo déjame hablar —digo—. Sé que he sido un tonto al olvidar el celular y que no tengo excusas, créeme que no lo he hecho con el afán de lastimarte o hacerte enojar, es solo que he perdido hasta la razón (literalmente) y si me das una sola una oportunidad créeme que nunca volverá a pasar.

Se quedo tan callada que hizo que el silencio se volviera ensordecedor. Me



quedé viendo la ventana tan directamente que ni siquiera sabía si existía otra cosa, hasta que una pequeña sombra atreves de la cortina se fue haciendo cada vez más grande y entonces la vi. No tardó mucho en darse cuenta de que alguien la veía y de que ese alguien era yo, de pie un tanto escondido entre los arbustos de flores de su madre.

Di un paso al frente.

—¿Qué estás haciendo ahí? —pregunta, sorprendida ahogando el grito en un susurro.

—Esperando a que te asomes.

—¿Cómo llegaste ahí sin hacer ruido?

Me encogí de hombros, «llegué corriendo, saltando techos y luego brinqué al patio de tu casa», dije para mis adentros. Esboqué una sonrisa porque era chistoso verla hacer señas y que siguiera susurrando al teléfono.

—Es una larga historia —respondí, para no tener que contar detalle por detalle—. Y estoy aquí porque sé que he cometido una estupidez.

—Varias —replica haciéndome sonreír, pero en cuanto vi su ceño fruncido a la distancia me puse serio.

Asentí.

—Tienes razón... varias, varias, por esa razón estoy aquí afuera pidiéndote una disculpa.

No dice nada. Se produce un silencio sumamente incomodo, tan incomodo que lo único que escuchaba eran los latidos de mi corazón, que comenzaba a doler ante su rechazo.

Asentí.

—Está bien... lamento haberte molestado —colgué. Me encaminé hacia lo más oscuro para brincar, pero me detuve al escuchar como bajaba las escaleras a pasos agigantados. Mientras tan tanto, seguí caminando a paso lento, muy lento, porque añoraba que saliera, añoraba tenerla en mis brazos.

De pronto abrió la puerta de su casa y corrió hacia mí. Me volví para verla y de pronto sentí una inmensa felicidad, me sentí querido... amado. Se veía preciosa aun en pantalón de franela y blusa blanca.

—¿Tan rápido te das por vencido?... ¿No te dijeron que contentar a una mujer es más difícil que escalar el Monte Everest?

Esboqué una sonrisa y me encogí de hombros.

—No suelo rendirme, pero te estas convirtiendo en mi debilidad y eso

implica que ganaras siempre.

Se detiene, así que me acerco con la mirada clava en sus ojos, parecía que no la había visto en años y parecía que ella sentía algo similar. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca se pone de puntitas y pone las manos tras mi nuca, mientras yo la tomé por la cintura para llevarla hacia mí. Nos dimos un beso bonito y silencioso, pausado y con amor. Después la abracé despacio por temor a lastimarla y no la solté durante un buen rato. Sentí una paz absoluta, tan profunda y virgen que me perdí en el aroma fresco y dulce de su piel.

—No vuelvas a hacerme esto —dice a mi oído. La solté y me incliné un poco para tomar su cara entre mis manos y verla a los ojos.

—Lo prometo.

Cierra los ojos y aprovechando que mis manos siguen en su rostro de porcelana se acaricia.

—Quizás exageraré, pero la noche del sábado tuve un mal presentimiento, no pude dormir y solo pensaba en ti... fue horrible sentir eso.

No supe que decir, así que de nuevo la rodeé con mis brazos para abrazarle.

—Pero no pasó nada malo, estoy aquí contigo —la suelto y toco mi corazón—. Estás aquí. Esboza una sonrisa y se ruboriza, se veía preciosa... tan ella, tan cálida, tan bonita.

Le di un beso y de nuevo la abracé.

—Ya es tarde, cielo, tengo que irme —le digo y como no queriendo asiente.

—Por favor ve con cuidado y avísame cuando hayas llegado.

Esbozó una sonrisa y asentí.

—Primero entra, por favor.

Se acerca y de nuevo se pone de puntitas para darme el beso de despedida, luego entra a su casa y cuando escucho que va subiendo las escaleras aprovecho para saltar la valla. Al llegar a casa le envié un mensaje de texto diciéndole que había llegado con bien, así mismo le comente que no podría pasar por ella temprano por que la camioneta estaba descompuesta. Vigilé a mamá, pero todo estaba bien, dormía plácidamente.

Antes de irme al colegio, me asomé al dormitorio de mamá para ver si se encontraba bien, pero ya se había ido. En la mesa del comedor debajo de unas monedas y unos billetes, había una nota.

«Recuerda que la camioneta esta descompuesta, Bruno hará el favor de llevarte».

Bruno no tardó mucho en pasar por mí, en el camino aproveché para llamar a mamá para darle los buenos días, aunque la clara intención era ver si se encontraba bien después de lo ocurrido anoche. Afortunadamente si, estaba como si nada ocurriera.

En cuanto llegamos al colegio las miradas de antes se volvieron muy poca cosa comparadas a las de hoy. Bruno bromeo sobre ello y después se dio el tiempo de recordarme que actuara con naturalidad. Con Alessandra las miradas se volvían disimuladas porque ella fulminaba a las muchachas con la mirada... me sacaba una risita.

Al medio día, rechacé la oferta de Bruno para llevarme a casa y acepté la de Ale que había llevado su camioneta, que extrañamente ya funcionaba. Fui guiándola para llegar a casa. Cuando llegamos y bajamos de su camioneta se tomó un par de segundos para apreciar los campos y el bosque de la entrada.

—Es increíble, es un lugar muy bello ¿Qué hacen tres mansiones tan apartadas de la ciudad?... ¿Por qué están escondidas? —pregunta y me encojo de hombros.

—No lo sé —señalé la casa de Bruno— ahí vive Bruno y yo pues aquí.  
Sonreí.

—No sabía dónde vivía —confiesa—. Todos aquí saben que su familia tiene una gran fortuna, pero no sabía que vivía en un lugar tan grande... ¿Cuántas personas viven con él?

—Stella, Guido... su mayordomo y él.

Ale, niega con la cabeza y hace una pequeña mueca.

—Que desolación, es una casa tan grande solo para ellos.

Asentí de a poco. Nunca había pensado en ello, ni si quiera me había pasado por la cabeza.

Tomé a Alessandra de la mano y entramos a la casa. Le preparé el almuerzo y cuando terminamos de comer le di un pequeño recorrido por los patios traseros, admiro la belleza de los grandes árboles que había a lo lejos y después me hizo mostrarle mi habitación.

—Pensé que era juvenil, moderno, que sé yo —dice mientras camina hacia la ventana y se vuelve para verme.

Sonreí encogiéndome de hombros.

—Nunca he decorado una habitación, siempre me intereso más un televisor para compañía, un libro, mis cosas para pintar y una buena cama.

Se toma su tiempo y señala el closet junto a la ventana con una sonrisa soñadora.

—Mis hermanos hubieran despedazado el closet —me muestra la pared de la cama. Esbocé una sonrisa, mientras la observo porque sus pasos son tan sutiles que parecen los de una bailarina— ahí hubieran puesto un poster de *Guns N' Roses*, *Metallica*, pero tú eres distinto...

Mira al rincón de la izquierda en el que había un sinfín de lienzos. Parecía que se había olvidado de mi presencia: caminó hacia los cuadros, los tomó y los observo uno a uno, con paciencia, detenimiento y admiración. Luego de varios minutos me miro, no me había movido, estaba de pie en el mismo lugar admirando su belleza, sus gestos y manías... quizá podía hacer esto todo el día.

—Eres el mejor pintor del mundo —dice, haciéndome esbozar una sonrisa.

—No soy el mejor, pero es algo que me gusta, quizá podría hacerlo todo el día... así como también podría mirarte toda la eternidad.

Deja los lienzos y se acerca, parece que dirá algo, pero se contiene mientras divide miradas entre mis ojos y mis labios... me pone nervioso. Jamás había visto esa expresión ardiente, ni esa pasión para acercarse a mi boca. Tomé su rostro con mis manos y la besé tan profundamente que hundí mi lengua en su boca haciendo que gimiera. Metí las manos entre su pelo, mientras ella acariciaba mi espalda hundiendo sus uñas. La tomé por las

nalgas y sin hacer el mínimo esfuerzo la cargué para llevarla a la cama. Caí encima de ella devorándole la boca, mientras mi respiración se aceleraba. Llevé mis manos al comienzo de su blusa y en un impulso se la quité para que después mis labios recorrieran su cuello, sus hombros, hice a un lado el ajustador negro para seguir besando y de nuevo Alessandra gimió.

Me levanté un poco para quitarme la playera mientras Alessandra clavaba la mirada en las líneas de mi abdomen y pecho para acariciarlas con sus dedos. Comenzó a quitarme el cinturón, y entonces escuché el sonido del motor de un carro que me hizo detenerle las manos.

—¿Qué pasa? —me pregunta con las mejillas coloradas y las pupilas dilatadas. Se ve realmente hermosa y le sonrió.

Escuchó como apagan el motor del carro, le sigue un caminar en tacones y por último un aroma familiar. Es mamá.

—Llego mi mamá —respondo, para que ella como reacción inmediata de un salto alejándose de mi para ponerse la blusa y arreglarse el cabello. Luce preocupada, muchísimo más roja de las mejillas. Me acerco a ella y le tomé las manos—. Tranquila mi amor, que no hemos hecho nada malo.

Besé sus manos, le tomó la mejilla y le doy un beso en su párvula boca. Alessandra esboza una sonrisa. Recogí mi playera que está en el suelo y me la pongo, mientras a la par escucho que mamá ya camina por el piso de madera de la casa.

—¡Ya vine! —grita, mamá para hacer triunfal su llegada haciéndome sonreír. No podía verla, pero escuchaba claramente como dejaba las llaves en el bol para luego lanzar su bolso al sillón y al ver que no le había respondido era cuestión de segundos para que volviera a gritar— hijo, ya llegué —insiste y me rio entre dientes ante la mirada de Alessandra.

Evité responder al menos hasta ver que Alessandra se encuentre lista. En cuanto asiente, la tomé de la mano, le doy un beso en sus nudillos y después vuelvo a darle un beso en la boca.

—Ya sé, mamá —respondí mirando a Ale, mientras caminábamos a la escalera para bajar.

—Hijo, ¿De quién es esa Jeep?

—Es mía, señora —responde Ale, antes de que yo pudiera decir algo, inundando con su bonita voz la casa.

Mamá deja a un lado el sobre que leía y nos observa bajando las escaleras. Se percata de que la llevo tomada de la mano y sonrío. Es la primera vez que me ve con alguien y parece a verle sentado bien.

—Mamá, ella es Alessandra, mi novia. Alessandra, ella es Aurora, mi mamá.

Mamá mantiene la sonrisa y se acerca para recibirnos al comienzo de la escalera.

—Mucho gusto, hija —le da un beso en la mejilla a Alessandra y le dedica una tierna sonrisa— ¿Quieren que pidamos algo de comer? —pregunta dividiendo miradas entre ambos.

Alessandra se encoge de hombros y me mira.

—En realidad yo ya tengo que irme, es un poco tarde —se avergüenza— no he llegado a casa.

Mamá se encoge de hombros, respira profundo y sonrío.

—Bueno es una pena, maneja con cuidado hija. Cuídate.

Ale siente y le sonrío.

—Fue un gusto, señora.

De nuevo se dan un beso en la mejilla como despedida y Alessandra camina a la puerta tirando de mi mano. Le sigo y al ver a la calle veo detrás de su Jeep un Mercedes negro de lujo.

Me vuelvo para ver a mamá.

—Iré a dejarla, no tardo —mamá asintió— ¿Y ese auto?

Mamá hace más grande la sonrisa.

—Te cuento más tarde —respondió haciéndome sonreír.

Al salir para mi sorpresa, Ale me entrega las llaves de su camioneta. Le abro la puerta y después entré a la Jeep ante la mirada y sonrisa de mamá que termina por contagiarme. Durante el trayecto, Ale hablo acerca de lo

sucedido y de lo apenada que se encontraba, pregunto en varias ocasiones si mamá le había visto bien o mal. Le respondí que tanto se había avergonzado, que ni siquiera se percató que mamá había quedado encantada con ella.

Una vez que dejé a Alessandra en su casa, volví en taxi para que mamá comenzara con el interrogatorio durante la cena. Debido a que la casa y la mayoría de las cosas eran grandes, mamá y yo compartíamos los alimentos en el enorme comedor de manera distinta al resto... en vez de que ambos ocupáramos las cabeceras comíamos en el centro, de ese modo nos veíamos de frente. Tampoco teníamos cerca los celulares, era nuestro momento más sagrado, por así decirlo.

—¿Y bien, no vas a decirme dónde la conociste?

—En la escuela.

Mamá sonríe.

—Es muy bonita, sus ojos...

Esboqué una sonrisa. Alessandra es preciosa y más desnuda. Asentí.

—Lo sé, mamá. Es hermosa.

—¿Es tu primer novia?... ¿Por qué no me la habías presentado?

De nuevo asentí.

—No y no te la había presentado por que no había llegado el momento.

—¿Entonces ya habías tenido novia?... ¿Si o no?

Fruncí el ceño, esto me era incómodo.

—Había salido con algunas chicas, pero nunca surgió nada. Sabes, no me gusta hablar mucho de esto contigo, podemos...

—¿Y por qué ella entro a esta casa o, mejor dicho, por qué me la presentaste?

—Ay mamá, digamos que vale la pena ¿Eso te basta?

—Espero y no te rompa el corazón, porque parece que le quieres demasiado.

Asentí sabiendo que existía esa posibilidad. Todo hombre está destinado a amar y a sufrir.

—Ese es un riesgo que he decidido llevar conmigo... ¿Qué hay del auto?  
—pregunté, cambiando el tema.

—En la mañana mi jefe me vio llegar en un taxi que pedí y al medio día me pidió que fuera a verlo, entonces me entrego las llaves del auto.

Hice un gesto sarcástico. Imposible no pensar que Bruno e Isabelle tuvieron algo que ver.

Una vez que terminamos de cenar salí de la casa y a la distancia vi que Bruno subía un par de cosas a la camioneta. Me aseguré de que mamá no me viera y corrí hacia él.

—¿Vas a viajar? —pregunté y niega con la cabeza. Se ve cabizbajo, es evidente que algo le afecta.

—Mi tía, se va mañana en la mañana.

—¿Tan pronto?, pensé que se quedaría más tiempo —Bruno ladea la cabeza, pero no dice nada— ¿Qué ocurre?

Deja de meter las cosas en la camioneta y me mira.

—No lo sé, es solo que quizás esta sea la última ocasión en que pueda verla —me quedé callado al no saber que responder, después de ciertos segundos recordé algo que una persona especial me había dicho.

—Debes de aprovecharla y quererla ahora que está contigo. No tiene caso reprimirte, eso déjaselo a las personas que no aprovechan en vida a sus seres queridos —le di unas ligeras palmadas en el hombro— ¿Puedo verla?

Bruno guarda silencio de forma pensativa, como procesando mis palabras y después asintió.

—Está en la estancia.

Mientras caminaba para ver a Isabelle, pensé en Bruno. Sinceramente cuando tienes la fortuna de hablar o ver a tus seres queridos por última vez, es algo que va a estar en tus recuerdos toda la vida. Recuerdo que mi hermano converso conmigo, lo noté tan extraño que en aquel momento no comprendí el sentido de la plática, su mirada era calmada como tratando de apaciguarme y cuando falleció lo comprendí todo, se había despedido. Fue él, quien me dijo las palabras sobre aprovechar y querer a la gente cuando está con uno... después no tiene sentido.

La tía empacaba y se le notaba ocupada, en cuanto se percató que me encontraba ahí, me miró sonriente.



—¿Cómo esta? —le saludé.

—Evian, hola. Eres un buen chico y ha sido muy grato el haberte conocido, Aurora y tú podrán contar conmigo siempre.

—... Muchas, gracias ¿Por qué dice eso?

Isabelle no dice nada, solo sonrío, está sumida en sus pensamientos mientras dobla y acomoda ropa. Me pregunto por qué lleva tanta, por qué Bruno sube tantas maletas y cajas a la camioneta y por qué ha dicho que mamá y yo podemos contar con ella siempre. Su actitud me pareció extraña, hasta que algo que no era yo atrajo su atención. Observo con cierta curiosidad hacia uno de sus costados y como si hubiese visto algo impensable se aterrorizo. De inmediato se puso pálida y las manos le temblaron.

Miré hacia ese lugar, pero no había nada... o, mejor dicho, no se me era permitido ver lo que a ella sí. Aun sabiendo que no era un experto en el arte de la liberación —por así decirlo— de mis tétricos ojos, lo intenté: cerré los ojos y busqué dentro de mí una especie de chispa que se encontraba oculto entre laberintos, cuando lo encontré abrí los ojos.

Isabelle le temía a un par de sombras humanas. No tenían rostro, eran totalmente oscuras... como si una persona llevara puesta una túnica. Las sombras rondaban a Isabelle, como vigilándola.

—¿Qué son esas cosas? —pregunté.

Isabelle abre los ojos como platos.

—¿Puedes verlos?

Asentí, dividiendo miradas entre las sombras y ella, que no dejaba de verme a los ojos.

—Se les llama recolectores. Su misión es vigilar a las personas que están próximas a morir para llevarse su alma.

—¿Desde cuándo las ve?

Isabelle se encoge de hombros.

—Hace no mucho. Había dejado de verlos desde el momento en el que toqué tu mano y tomé prestado un poco de tu energía, básicamente mi tiempo se acorta.

Ahora comprendía porque me había sentido hasta cierto punto cansado

cuando tomó mi mano. La miré con cierta tristeza, era una lástima que siendo una persona tan buena fuera fallecer y que además lo dijera sin tantos rodeos. Eso hablaba de su enorme valor como persona.

De pronto me percaté que una de las sombras intenta tocarla por la espalda. Corrí hacia ella para impedirlo y encararla.

—¡No! —grita, Isabelle dándose cuenta de mis actos, pero había sido inútil. Extendí los brazos para impedir que pasara y el recolector parecía mirarme a la cara, como reconociéndome, pero esa cosa no tenía rostro, en ella solo había una profunda oscuridad.

El recolector retrocedió y un instante después desapareció.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunta, Isabelle sorprendida, asustada.

La observé mientras Bruno aparecía.

—¿Qué paso?... ¿Por qué gritaste? —pregunta, Bruno notablemente asustado.

—No es nada, hijo —responde Isabelle para tranquilizarle, mientras prosigue observándome—. Vimos un recolector, pero Evian se encargó de hacerle frente.

Bruno me mira preocupado, con duda y no era para menos no había visto y tampoco escuchado nada. Esbocé una sonrisa de forma sincera y él asintió de forma agradecida.

—Gracias, hermano —agradece.

Negué levemente.

—No hay nada que agradecer —miré a Isabelle— espero verla mañana antes de que se vaya.

Asiente. Me acerco a ella para darle un beso en la mejilla y le doy un abrazo.

—Así será, hijo.

Por la mañana caminé a la casa de Bruno, a la distancia pude ver como éste ayudaba a Isabelle a llegar a la camioneta. Parecía haber envejecido varios años en solo una noche, se veía cansada y en extremo débil. En cuanto vio que me acercaba, esbocé una sonrisa ocultando mi tristeza, en realidad no podía creer lo que veía. Una vez cerca de la camioneta, se recargó en la puerta y cuando me encontraba más cerca me sonrió.

—¿Quieres qué le diga algo? —me pregunta— ¿Algún recado? Anoche pude verlo y por el parecido en los ojos no fue difícil adivinar que era él — me quedé en silencio tratando de entender sus palabras, luego el chispazo llegó... ¿Hablabas de Michael?

Hablar de mi hermano era un tema que me dolía, que me estrujaba el corazón y mis lágrimas comenzaron a caer. Negué con la cabeza y sin decirle nada la abracé.

—Gracias por mostrarme una realidad que quizá solo existía en la imaginación y que sin usted no hubiera visto jamás. Gracias por salvarme la vida, si no hubiese sido por usted y Bruno, estaría muerto y en estos momentos estuviesen enterrando mis restos. Sin usted nunca me hubiese enterado de la familia que tengo, de mis habilidades... gracias por proteger a mi mamá. Gracias por todo.

Bruno me da una ligera palmada en la espalda mientras Isabelle me da un beso en la mejilla y me mira.

—De nada, hijo. Únicamente hice lo que creí que era correcto. Puedes estar seguro de que nunca estarás solo —me acaricia la mejilla— dime algo; ¿Qué es lo que se siente?... ¿En verdad todo es blanco?

Me quedé callado, hablaba del momento exacto que tuve antes de despertar mis poderes, de mi muerte.

Asentí.

—Si se trata del mismo proceso, puedo decir que es hermoso y tranquilizante.

Ladea la cabeza y se encoge de hombros.

—Suenan interesantes. Todos tomamos decisiones, algunas buenas y otras no tanto. Acepta la realidad de las cosas, no te opongas a nada que sea bueno, tómalas, hazlas tuyas y progresa —divide miradas entre Bruno y yo—. Si algo no te gusta, muévete y nunca te rindas ante ninguna adversidad. Cuídate, cuida a tu madre, cuida a Bruno... cuídense entre ustedes, como familia. La vida les ha unido y jamás volverán a sentirse solos. Es hora de marcharme — me da un beso en la mejilla y otro en la frente. Después le hizo una seña a Bruno para que se acercara un poco más y entonces di un paso atrás. De igual forma lo besa en mejilla y en la frente—. Adiós hijo, no tienes la más mínima

idea de cuanto te amo.

Bruno asiente, cierra la puerta y de sus mejillas caen lagrimas parecidas al cristal finamente cortado. Mira a Guido quien se encuentra a la distancia y quien comprende la señal. Sube a la camioneta y se marcha con Isabelle provocando el llanto inconsolable de Bruno.

Alessandra, Bruno y yo: caminábamos hacia el estacionamiento entre alguna que otra risa, aunque éste, se había tranquilizado en el transcurso del día me negaba a dejarlo solo. Conforme avanzábamos, un sin fin de gritos y ruidos extraños llamo nuestra atención, por un momento Bruno y yo pensamos que éramos los únicos en escucharlo, pero al llegar al estacionamiento supimos lo que pasaba.

Los estudiantes observaban temerosos e inmóviles, como temiendo que algo les fuera a suceder si tan solo llegaran a pestañear. El show era Damien golpeando a un chico. Lo primero que vi fue la sangre que había en gran parte del suelo, luego el rostro de Damien que era el odio en persona. Golpeaba sin piedad a su rival (rival que ni siquiera oponía resistencia), mientras lo insultaba a gritos. Me costó reconocer a quien golpeaba (tenía la cara y parte de su ropa ensangrentada), en cuanto vi la chaqueta del equipo de fútbol recordé a verlo visto saludando a Bruno.

Los dos ayudantes de Damien estaban convencidos de que quería matarlo y aunque lo desaprobaban con la mirada, vigilaban inmóviles dispuestos a intervenir si alguien decidía interponerse. Fue entonces cuando solté la mano de Ale y cuando menos me di cuenta me encontraba deteniéndole el brazo a Damien, o de lo contrario quizá mataría al muchacho. Se volvió y en cuanto me vio deteniéndole, su rostro adquirió un tono rojizo y su respiración era poco menos que feroz, señal del indomable coraje que sentía.

—¿Quién demonios te crees?... ¡Suéltame hijo de perra!, ¡No es asunto tuyo! —grito, mientras Bruno y Ale se encaminaban frente a los otros dos para auxiliar al chico y, estos daban pasos agigantados para deslindarse.

—Si, si es asunto mío. Has ganado, ahora vete.

Lo suelto con un poco de fuerza para no llamar la atención. Su mandíbula se tensa e hizo medio movimiento hacia atrás —como si en verdad se fuera a ir— para luego lanzar un puñetazo directo a mi cara. Logré ver clara y lentamente cada instante, pero de pronto su puño estaba en mi cara.

El golpe impacto en lado izquierdo y había dolido. Era muy extraño, si bien Bruno e Isabelle, habían dicho que era prácticamente imposible que alguien lograra lastimarme, incluso Oberón termino siendo poca cosa ante mí. Pero, Damien había demostrado lo contrario. A sabiendas de que esto no era normal, miré fijamente a Damien mientras mi sangre comenzaba a hervir. Fue entonces cuando recordé a los alumnos que nos observaban, debía calmarme sí o sí.

Bruno percatándose de lo que pasó dejó al chico y de inmediato se acercó para interponerse entre nosotros. Ale hace lo propio y rodea mi brazo con el suyo para alejarme.

—¿A dónde vas marica? —me grita Damien— ¿Por qué lo defiendes? —le recrimina a Bruno con quien se mira.

—Quítate de mí vista, no querrás verme enojado —responde Bruno y Damien no dice nada, únicamente grita de impotencia, después se marcha como si nada hubiera pasado.

Lo que siguió fue inexplicable ante mis ojos. La ambulancia se llevó al chico en mal estado, y cuando el director escucho quien había sido el responsable, se cruzó de brazos y eso había sido todo. La influencia de la familia de Damien lo había salvado de ser expulsado.

Por la tarde cuando estaba cerca de anochecer llegué a casa. Había pasado el resto del día en casa de Ale, ella consiguió que olvidara por un momento lo sucedido con Damien. Y cuando estaba por marcharme, rechacé su ayuda y la de Brigitte para llevarme a casa, preferí caminar. Lo necesitaba.

Mientras caminaba hacia la puerta, noté que Bruno me observaba a la distancia. Lo saludé y éste hizo una seña para que fuera con él.

—¿Qué fue lo que paso con Damien? —pregunta en cuanto llegué.

—No pude ver cuando me golpeo... bueno, sí, pero de un momento a otro su puño ya estaba en mi cara. Ese tipo me hizo daño cuando me golpeo.

Bruno se echa a reír.

—Eso es imposible. Nosotros ni siquiera podemos ser tocados por personas normales.

Negué con la cabeza.

—Te equivocas en eso de; ni siquiera podemos ser tocados por personas normales... Si pueden tocarnos, no somos seres perfectos o dioses, somos comunes y corrientes.

—Con habilidades sobrehumanas —replica.

—Si, pero eso no significa que seamos intocables.

—¿Qué fue lo que sentiste?

Puse los ojos en blanco.

—Dolor, su puño era extremadamente duro... Quizás exageró, pero nunca había sentido semejante cosa. Créeme que esto me ha puesto a pensar y te diré algo que no quise decir frente a Ale; si intenta hacerlo algo, no tendré piedad y lo destruiré. Es un completo animal. No sé de lo que pueda ser capaz, hoy hizo esto... ¿Mañana?

Bruno pone las manos al frente para tranquilizarme.

—No hará nada y tú tampoco, no puedes ir por la vida pensando que por un golpe puedes matar a cualquiera. Pero, si, debemos estar alertas.

Suspiré. No pienso discutir con él, así que intento cambiar el tema.

—¿Por qué es que te respeta tanto?

—Por increíble que parezca, en el pasado coincidimos en un hospital psiquiátrico de Canadá.

—¿Psiquiátrico? —interrumpí sorprendido—. De él lo podría esperarías ¿Pero de ti?

Asiente.

—Psiquiátrico. Llegué a parar ahí porque mis padres pensaban o, piensan que tengo problemas mentales. Cuando tenía diez años comencé a notar que algunas de mis actividades comenzaban a volverse sencillas y esto ocurría porque parte de mis poderes comenzaban a surgir poco a poco. Yo estaba emocionado y como cualquier niño en mi posición a la primera oportunidad corrí a decírselo a mis padres, ellos pensaban que era un juego de esos que hacen los niños. Intenté mostrarles, pero mi control era tan escaso que nunca lo conseguí. Las primeras ocasiones se les hizo divertido, pero con el paso del

tiempo se hartaron y terminaron internándome. En ese lugar le salvé la vida a Damien, es por eso que me respeta y, por lógica sabe acerca de mis poderes. Cuando recién llegué a ese lugar, me pasaba observando todo a mi alrededor: Damien pasaba mucho tiempo llorando sentado en una de las bancas del jardín. Y cuando se daba cuenta de que alguien lo miraba prácticamente se arrancaba las lágrimas del rostro. Me di cuenta de que posiblemente al igual que yo no estaba loco, sino que estaba ahí involuntariamente y por eso lloraba. Una mañana unos trabajadores llegaron he hicieron una especie de balcón exactamente arriba del lugar de donde Damien se sentaba, éste sin haberle importado se sentó y como la construcción estaba hecha de un día para otro se vino abajo. Mis piernas se movieron solas y tampoco me hubiera perdonado si algo le hubiese ocurrido.

Asentí dándole la razón.

—Te entiendo, creo que yo hubiera hecho lo mismo. Lo que no entiendo es ¿Dónde estaban Guido y la tía para impedir que llegaras a ese lugar?

—Desde el principio traté de convencer a Guido de que decía la verdad, pero era inútil porque la decisión la tomaron mis padres y mi tía creo que se encontraba en New York. En cuanto se enteró de que estaba en ese lugar corrió a verme, fue ella quien me sacó de ahí.

—... Vaya —dije entre dientes.

—Aún recuerdo que antes de sacarme de ahí, mi tía menciona; «Tu único error fue decírselo a tus padres e insistir sobre ello. De ahora en adelante lo guardarás como un secreto y deberás estar tranquilo. Yo creo en ti, sé que eres rápido, fuerte y que, a pesar de ser tan pequeño, tu inteligencia está por encima de cualquiera. Resiste un poco más y te sacaré de aquí, es necesario mover un par de hilos».

—¿Y en qué momento Guido se dio cuenta de que decías la verdad?

—Tiempo después al igual que a Damien le salvé la vida —confiesa—. Guido se detuvo a cargar gasolina en Chicago, mientras lo hacía y a su vez hablaba por teléfono. Un tráiler perdió el control y termino volcándose. Guido trato de sacarme de la camioneta, pero el cinturón de seguridad y su nerviosismo se lo impidieron, mientras seguía intentándolo, no se percató de que la carga del tráiler comenzaba a rodearse de fuego. Quizá había 15 personas, pero ninguno parecía darse cuenta de que debían huir, fue entonces cuando observé a mi alrededor y un sin fin de ideas comenzaron a llegar a mi cabeza... fue increíble. Sin hacer esfuerzo alguno arranqué el cinturón y sin

que la gente se diera cuenta los golpeé en los hombros y brazos para enviarlos lo suficientemente lejos, luego regresé por Guido y salimos de ahí. La explosión fue el estruendo más horripilante de mi vida. Segundos después, Guido me miró y al darse cuenta de que estábamos lejos, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pidió perdón por no haberme creído. La noticia termino dándole la vuelta al mundo, un incidente tan grande sin ningún herido no era poca cosa.

—¡Guau! ¿No te captó ninguna cámara?

Negó.

—La resolución de las cámaras de antes era baja y solo pudieron captar la explosión. La gente lloraba y decía que había sido un milagro. Poco les importo que tener un brazo roto por el golpe que les había propinado, no tuve otra alternativa —sonreímos—. Regresando a lo de Damien, tienes razón, debemos de estar alertas. Hay que vigilarle sin que logre darse cuenta.

Asentí, al menos el discurso había cambiado de tono.

—Lo sé, no pienso dejar que ese tipo logre hacer algo y si te metes en mi camino para nuevamente salvarle la vida, no responderé Bruno, no responderé.

Bruno observa al frente de forma pensativa y esboza una sonrisa cálida.

Los días pasaban soberbiamente rápido, tanto que me costaba percatarme de ello. Alessandra tenía mi atención, tiempo y dedicación en su totalidad, aun así, no perdía de vista a Damien quien había cambiado de actitud y parecía centrarse en otras cuestiones, tal era su cambio que de las pocas veces que nos encontrábamos ya no hacia sus típicos gestos de aborrecimiento.

Alessandra y yo "estudiábamos" los fines de semana. La verdad es que no lo hacíamos, aunque si detuvimos un poco nuestras escapadas y tratamos de centrarnos. La pasábamos en casa de Bruno debido a que extrañamente él quería estudiar, al principio me costó entender el porqué, pero poco después comprendí todo. Ale, había partido como cupido entre él y Sophia. Estaban fascinados el uno con el otro y hablaban a solas hasta el cansancio. Según Ale, llevaban tiempo preguntándole por el otro, pero ninguno de los dos cedía, hasta que ella termino por unirles. Por otra parte, Ale y mamá parecían



llevarse bien, a veces comíamos juntos o salimos por ahí.

## Hasta pronto.

Me acababa de despertar y extrañamente lo primero que hice fue ver la hora y la fecha en el celular; 6:20 am. 4 de octubre del 2007 «Qué extraño», pensé. Sinceramente nunca lo había hecho. Siempre me había bastado con que el despertador sonara.

La mañana era fría y mientras abría como de costumbre la ventana para que entrara un poco el aire, los recuerdos de una muy mala pesadilla iban y venían: había soñado que un recolector —las sombras que vigilan a Isabelle— estaba aquí en casa. Buscaba algo o, a alguien, le perseguí hasta llegar a casa de Bruno y ahí ambos le hicimos frente para que luego terminara desapareciendo. Terminé cerrando nuevamente la ventana al ver que todo estaba cubierto de neblina.

El trayecto hacia casa de Ale en la camioneta fue rápido y diferente. Como supuse, la neblina hacía que la gente no pudiera ver con claridad y habían provocado ya varios accidentes menores, y con ello tráfico. Lo que no entendía era porque había tantos cuervos en los techos.

Me bajé para abrirle la puerta y así Alessandra pudiera entrar.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, cielo —corresponde mi saludo. Nos saludamos de beso ante la mirada de Brigitte que observa desde la puerta— ¿Es un poco extraño no?

Alessandra echa un vistazo a su alrededor y luego me mira encogiéndose de hombros.

—¿La neblina?... pues sí.

Esboqué una sonrisa, le daba igual.

—Vamos, sube, se nos hace tarde —dije, para luego despedirme de su madre a la distancia.

Mientras caminaba hacia mi puerta, observé que los cuervos ahora estaban en el techo de su casa.

Arranqué y mientras conducía, observé por el retrovisor como los cuervos se quedaban ahí.

—¿Pasa algo? —pregunta.

Negué con la cabeza

—No...

Se inclina hacia el frente, como si intentara ver algo muy lejano y después me mira riéndose.

—¿Cómo es que puedes manejar con toda esa neblina? Yo no veo nada.

Sonreí y ladeé la cabeza mientras me invento algo, pero no deja de mirarme.

—Tomé un curso en Andover... y no ves por qué no tienes experiencia al volante... yo si tengo —vacilé y afortunadamente se carcajea. Disminuí la velocidad y freno al darme cuenta de que el semáforo cambia a rojo. Tiempo que aprovecho para ver lo preciosa que se ve Alessandra riéndose, me percató que en el edificio de junto comienzan a juntarse varios cuervos. Me cuesta trabajo creer lo que veo, pero regreso la vista hacia ella—. Amor, ¿Qué hay ahí? —le pregunto señalando el techo.

Observa y regresa la vista hacia mí.

—Nada.

—¿Qué es nada?...

—No hay nada —puntualiza un poco irritada.

—Que extraño, me pareció ver algo —comenté. Sé que esta irritada, la conozco y se ve hermosa con esos ojos aceitunados. Tomé una de sus manos y le doy un beso.

En cuanto llegué a la primer clase, lo primero que hice fue buscar a Bruno.

—Te estaba buscando —dije sorprendiéndolo con mi actitud.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, creo que me estoy volviendo loco. Desde que salí de casa veo un sin fin de cuervos que parecen perseguirme. Incluso hay varios...

—Enfrente, viéndonos directamente —interviene, tan tranquilo como si nada ocurriera.

Asentí.

—¡Exacto!

—Tranquilo —dijo palmeándome el hombro y sonriendo— también puedo verlos —se acerca para susurrarme algo— somos distintos al resto. No sé qué es lo que está sucediendo, incluso lo de anoche fue extraño.

Fruncí el ceño.

—¿Anoche?... ¿Qué ocurrió?

Bruno se admira.

—¿No recuerdas?

Negué con la cabeza.

—No, únicamente recuerdo una especie de pesadilla, sobré una sombra.

Niega.

—No fue una pesadilla. Fue real... Hablamos más tarde, ahí viene Joel. Debemos comportarnos —susurra, ante el acercamiento del rubio.

Ahora me encontraba peor que al principio ¿Había sido real?

En cuanto llego la hora del desayuno se me hizo por demás extraño que Sophia nos acompañara a mí y a Ale, algo raro tomando en cuenta que de un tiempo para acá únicamente lo hacía en compañía de Bruno, quien parecía que había desaparecido ya que nadie sabía en donde se encontraba.

Al llegar al salón de clases esperé a que Bruno llegara, pero nunca lo hizo y a la profesora parecía importarle muy poco, dando a entender que estaba al tanto de todo.

Al concluir la clase, un escalofrío recorrió mi cuerpo, tan tremendo que termino por dejarme parado y con el presentimiento de que algo no andaba bien. Comencé a buscar a Bruno mientras a su vez le llamaba por el celular.

Me acerqué a Joel.

—¿Has visto a Bruno?

Se tomó un minuto pensando y en cuanto recordó sus labios se abrieron.

—Si, se fue hace como 2 horas más o menos. Por cierto, se veía algo extraño.

—Gracias...

Debía irme, debía ir por Ale. Para ir al salón de clases en donde ella se

encontraba tenía que atravesar del final de la escuela hacia comienzo en donde se encontraba una pequeña plaza. Antes de llegar el timbre de la escuela sonó y esto hizo que todos los alumnos saliesen de sus respectivas clases, haciendo que inevitablemente se ocasionara una especie de caos. Esquivaba alumnos, cuando en tan solo un parpadeo, en el centro de la plaza: el recolector se manifestó.

Me quedé congelado por diversas circunstancias, pensé en mis ojos grises ¿Los liberé sin siquiera darme cuenta? Solo de ese modo había logrado verlo en casa de Bruno, pero una fracción de segundo después comprendí que, si eso hubiese ocurrido, todos ya se hubieran dado cuenta y hubiesen hecho un alboroto. Al igual que yo, recolector se quedó estático, como si nos viéramos a la distancia, mientras a nuestro alrededor todo se movía. De un momento a otro desaparece y consigo se lleva la neblina. Miré desde lejos y no fue necesario llegar al salón para percatarme de que Ale se encontraba haciendo una especie de examen. Fue entonces cuando un tanto a lo lejos observé que Sophia se acercaba. Y sin que terminara de acercarme, termino dándose cuenta de que algo no andaba bien.

—Sophie, necesito que me hagas un favor —dije adelantando algo que quizás ya veía venir.

Arquea las cejas.

—Si, ¿Qué pasa?

—Es muy raro de explicar, pero necesito que lleves a Ale a su casa, no puedo esperarla y parece que tardara.

—¿Tiene Bruno algo que ver?

Sabía que debía responder lo más rápido posible para que no se procurara, terminé tomándome el tiempo suficiente para responder. Si decía que sí; terminaría preocupándose aún más. Y aunque dijera no; terminaría dándose cuenta de la verdad. Aun así, si Bruno no le había dicho nada, sus razones tendrá.

—No lo sé —respondí a ludiendo al "si" y al "no"— ¿Me harás el favor?... Prometo llamarte explicando todo, pero ahora debo irme —añadí en un intento por reconfortarla.

Sophia mira al costado y toma su tiempo para darme una respuesta. De

pronto asiente despacio, sin verme a los ojos. Ladeé la cabeza y cuando por fin me vio le dediqué una sonrisa a modo de disculpa.

Mientras conducía a casa comencé a llamar al celular y a la casa de Bruno, pero no respondía. En el fondo sabía que algo le había sucedido a Isabelle.

Seguí llaman hasta que Bruno contesto.

—Hasta que por fin contestas —dije elevando la voz.

—No joven, soy Guido —respondió éste con paciencia.

—¿Qué paso?... ¿Y Bruno?... ¿Está contigo?

—Si, él está conmigo, pero por el momento no puede hablar. Desgraciadamente la señora Isabelle falleció —dice con la solvencia necesaria para que la noticia me apretujara el corazón, haciendo que de inmediato me estacionara.

—... Vaya

No sabía que decir aun cuando de cierto modo ya me las olía.

—Estamos en Fall River ¿Quiere que mande el helicóptero por usted y su madre?

—No, iremos por nuestra cuenta. Solo quisiera pedirte que llamas a la empresa para que mamá falte lo que dure el funeral.

Suponiendo que estaba por demás seguir callando que ellos son los dueños.

—Por supuesto joven, no se preocupe —responde, Guido casi de inmediato.

—Gracias Guido, los veo en un par de horas —colgué mientras miraba al frente y literalmente pensaba en la nada.

Con el Mercedes el trayecto a Fall River termino siendo por mucho más rápido de lo que hubiese imaginado. No era ningún secreto que la casa de Isabelle se encontraba cien veces más oculta que la mía y la de Bruno... al grano Barnes, estaba perdido. El semáforo se puso en rojo. Me aflojé la corbata y mientras esperaba el cambio de luces algo relativamente raro sucedió. Observé que arriba de los edificios seguía el sinfín de cuervos en línea recta, los mismos que había visto desde la mañana. Todos y cada uno de ellos tenía extendida el ala derecha, como señalándome el camino a seguir.

Confiaría en ellos, si me equivocaba llamaría a Guido, pero no hubo

necesidad de ello: llegamos al portón de la entrada, en cuanto los hombres de vigilancia me vieron nos dejaron pasar. Detrás nuestro, los cuervos volaban siguiéndonos y para cuando la casa se hizo visible comprendí todo. El techo, las ventanas, los balcones, cada estructura de la mansión estaba abarrotada de cuervos, era eso lo que habían tratado de mostrarme desde el principio.

Me fue inevitable contener las lágrimas.

Mamá se vio sorprendida al ver el tamaño de la mansión y de lo congestionada que estaba por personas de la elite social, que buscaban presentar sus últimos respetos a la gran señora, haciendo evidente el poderío de los Grimaldi. Cuando por fin encontramos un lugar en donde estacionarnos, me puse el saco y me acomodé la corbata, tanto mamá como yo vestíamos de negro. La casa estaba repleta de personas, coronas y flores. Y conforme caminábamos, mamá saludada a ciertas personas que conocía, hasta que vi a Guido y nos acercamos.

Nos abrazamos.

—¿Dónde está Bruno? —pregunté. Miró a su alrededor y con la mirada me muestra que Bruno está recibiendo las condolencias. Me da una palmada en el hombro y esboza una amena sonrisa.

Mamá y yo guardamos distancia, todos querían expresarles sus condolencias. En cuanto vi que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, se me hizo un nudo en la garganta, jamás hubiera llegado a pensar que lo vería en ese estado. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Mamá lo saluda, lo abraza, le dice unas palabras de aliento y en cuanto termina, él y yo nos vemos a los ojos y nos abrazamos con fuerza. No dijimos nada, únicamente lloramos.

—Gracias por venir hermano, agradezco que hayan venido —dice cuando nos hemos soltado y de pronto Guido aparece.

—Joven, su familia ha comenzado a llegar —anuncia. Bruno lo miró y asiente comprendiendo que debía ir.

—Anda, ve —le digo con la con la voz entrecortada—. Te veré después.

Bruno camina y Guido se toma un tiempo.

—Su habitación esta lista, si es que gustan descansar —nos dice a mamá y a mí con sutil amabilidad.

Asentí agradeciendo.

—Gracias, Guido —agradezco y éste sigue a Bruno— ¿Mamá quieres subir?

Mamá estaba tan exhausta que aceptó la invitación. Mientras era llevada por una de las señoras del servicio, salí para conocer desde lejos a la demás de la familia Grimaldi. Después me encaminé hacia el lugar que había visto el despertar de mis poderes. En cuanto llegué me quedé enmudecido viendo como todo seguía tal a como lo recordaba: algunos árboles caídos y huecos en la tierra.

¿Qué es lo que hubiera sucedido si hubiera muerto? Sinceramente no me lo hubiera perdonado. Observé todo a mi alrededor y agradecí a Dios por aun mantenerme con vida.

Caminé hacia el lugar en donde había muerto, de pronto escuché sutiles pasos similar a los que haría una bailarina.

—Me alegra que hayas sobrevivido —aunque en el momento reconocí su voz, me volví para ver a Bruno—. Eres mi mejor amigo —prosiguió— y aunque nunca supuse tener uno, sé que puedo confiar en ti. Ella al igual que tú, fue la única que me comprendió, que me acepto tal y como soy. Quiero agradecerte por estar aquí, significa mucho para mí. En verdad gracias.

Di un salto para llegar a él y nuevamente lo abracé. Lo comprendía en su totalidad, yo hubiera querido que alguien hubiese estado conmigo cuando pase por un momento similar.

Poco antes de llegar a la mansión, Bruno dijo que tenía la intención de presentarme con ciertas personas. Se trataba de cuatro ancianas y un hombre, parecían ser personas normales, pero no lo eran, su presencia imponía, irradiaban un enorme poder incluso a la distancia.

—Son capaces de aniquilarnos en un santiamén —confiesa, Bruno y lo observo. No lo dudo, si algo me enseñó el golpe que Damien me dio es que no puedes subestimar a nadie. Bruno esboza una media sonrisa—... si se lo



propusieran, claro.

—¿Quiénes son?

—Fueron amigos de mi tía. Cuando ella me sacó de la clínica me llevo con ellos para que aprendería a controlar... ya sabes qué. Pero, un mes después Guido me sacó de ahí —baja la mirada y hasta cierto punto se avergüenza— se negaba a verme sufrir. A mi favor puedo decir que era muy pequeño para soportar todo eso. El señor se llama Vincent Lombardi, es quizá diez o quince veces más fuerte que nosotros... puede que más, nunca he visto su poder en máxima expresión.

Me reí entre dientes, sonaba descabellado.

Tener frente a frente a esas cinco personas era realmente un conflicto que los demás nunca comprenderían. Bruno tenía razón, de todos Vincent era el que más presión me generaba. Era una persona correcta, educada y bien vestida. Cuando Bruno nos presentó fue él quien tendió su mano primero y cuando apretujo mi mano comprendí la realidad de las cosas, estaba fuera mi alcance.

A pesar de que en cuanto me apretó con fuerza hice lo mismo para evitar que me doliera, los resultados continuaron siendo los mismos. Si él hubiera querido pudo haberme triturado la mano.

—Te digo la verdad —dijo Bruno después de alejarnos—. En varias ocasiones me demostró que sus poderes están fuera de nuestra imaginación. En una ocasión mi tía menciona que él es el único que ha salido con vida del único sitio donde nunca sales. El infierno —lo miré admirado, en realidad siempre pensé que el infierno era parte de los cuentos de fantasía— temó decirte que aún no has visto nada —añadió al ver mis gestos.

Conversaba con mamá inventándole algo de lo que no había hecho en este lugar, hasta que Guido se acercó acompañado por un hombre elegante que sobresalía de entre los demás. Y cuyas facciones agradables y a su vez frías, de algún modo lograron inquietarme.

—Joven, el caballero desea hablar con un usted —anticipa, Guido en

cuanto estuvo lo suficientemente cerca.

Arqueeé las cejas.

—¿Conmigo? —pregunté ligeramente sorprendido.

—¿Es usted Evian Barnes?... ¿No es así? —responde el hombre con voz grave y con un notable asentó italiano.

Afirmé y de inmediato Guido se retira. Me puse de pie para educadamente extenderle mi mano y éste corresponde. No era muy alto, pero media lo suficiente como para imponerse ante cualquiera y no porque tuviese facha de matón, sino porque se notaba sabio, extremadamente pensante. Alguien que generaba e imponía respeto.

—Antes que nada, lamento mucho su pérdida —dice de forma sincera—. Mi nombre es Lucios Darnell, soy el encargado de que los bienes de la difunta señora Grimaldi, lleguen con bien a su destino. Ustedes son parte de los herederos —lo miré confundido— y deberán quedarse al terminar el funeral puesto que se les serán entregados sus bienes.

Mamá y yo dividimos miradas con el señor Darnell que seguía observándonos inamovible, como una roca, no era una broma, era cierto.

—... Está bien, es usted muy amable —respondí aun confundió—. Gracias.

Lucios Darnell esboza una sonrisa, asiente y después se retira.

—¿Herederos? —murmura, mamá de forma atrabancada en cuanto vuelvo a sentarme junto a ella. No supe que decir, no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

Al funeral siguieron acudiendo diversos tipos de personas: empresarios, abogados, senadores, amigos y sin fin de trabajadores. Incluso cuando menos lo esperaba, la familia Lanz, la familia de Joel —los White— y la de Damien —los Lane— terminaron acudiendo. Y ya cuando el reloj marcaba más de las cuatro de la mañana, los padres de Bruno hicieron su aparición proveniente de Australia —según escuché—. Eran personas notablemente diferentes, e incluso actuaban como si no compartiéramos el mismo oxígeno. Creo que ni los reyes de Inglaterra llegaron a actuar de semejante manera.

La familia Grimaldi parecía estar dividida en dos partes: los ambiciosos que únicamente hablaban sobre dinero, negocios y otras cuestiones —ahí estaban los padres de Bruno—. Y la parte selecta, en donde estaban los que quisieron y respetaron a la difunta Isabelle, estaba por demás decir que entre ellos se encontraba Bruno.

En cuanto el funeral dio por terminado y hubimos regresado del cementerio. Lucios Darnell pidió a los herederos que fueran a la biblioteca puesto que nadie ajeno a estos podría ver o escuchar lo que sucedería, esto termino provocando el enfado de los padres de Bruno, quienes armaron un escándalo diciendo que pasara lo que pasara, impugnarían el testamento. El Sr. Darnell, les explico las cosas con suma cortesía, elegancia y notable tranquilidad, mientras que su propio hijo, harto de éstos, fue quien termino por acercarse para pedirles respeto.

—Sencillamente ustedes no harán nada, porque no tienen ningún derecho —dijo Bruno, con la suficiente frialdad para lograr que sus padres terminaran por marcharse. Dejando en evidencia el increíble temor que sentían hacia éste. Su propio hijo.

Por otro lado, el padre de Alessandra, George, termino llevándose un buen disgusto al ver que su hija no se separó de mi un solo instante desde que llegaron. Y para cuando estaban por volver a Manchester y solo faltaba despedirme de él, me dejo con la mano en el aire, se dio vuelta y caminó, acto que desaprobó todas las personas que lo vieron, incluyendo a mamá que en fracción de segundos tacho de estúpido a George Lanz. El incidente no paso a más, tampoco me lo había tomado por lo personal... y hasta cierto punto digamos que lo comprendía, Alessandra es la niña de sus ojos, la menor. Aunque claro, no podía negar que me desconcertaba su actitud.

En la biblioteca, Lucios Darnell tomó asiento detrás de aquella mesa imponente en la que en su momento Isabelle Grimaldi daba instrucciones a sus subordinados. Los herederos, Bruno, Guido, mamá y yo le mirábamos sentados: comenzó lamentando la muerte de Isabelle y agradeciendo que estuviéramos ahí. Luego abrió una carta que fue hecha por la propia Isabelle y que era dirigida hacia nosotros, en la que hablaba de lo mucho que nos

apreciaba y, anticipo un perdón por sus decisiones. Y justo como ella lo había dejado entre ver, lo que siguió fue regio.

Bruno heredo todo con respecto a las acciones de las empresas de Isabelle. Lucios Darnell revelo que Bruno, paso de tener un cinco por ciento de acciones en Vinci Constructions a un ochenta, convirtiéndose así en el accionista mayoritario. Se le unieron otros bienes; sin fin de propiedades, barcos, aviones, joyas, autos.

Lucios Darnell dejo de ver a Bruno y sacó de su portafolios un libro, tomó un par de documentos nuevos y rápidamente echó un vistazo a mamá, para luego regresar la vista a los documentos.

—Sra. Aurora —dijo— la Sra. Grimaldi, ha dejado para usted este libro. Pero, como bien dijo en la carta, usted no quedara desamparada —volvió a sacar documentos del portafolios y de igual forma a como hizo con mamá me miró de forma rápida—. Y por último... Evian Barnes —prosiguió, haciéndome sentir un extraño hormigueo en el estómago—. La Sra. Grimaldi, dejo para usted; once libros, una carta y todo el dinero que llego a tener en vida.

Sus palabras retumbaron en mi cabeza e hicieron que mis ojos se dirigieran en automático hacia Bruno, quien estaba de perfil pues permaneció mirando al frente esbozando una sonrisa sincera. Sin duda me encontraba confundido, ¿Por qué a mí y no a Bruno?

Regresé la vista al frente y continúe así, pero la mirada de mamá se volvió agobiante, pesada.

Como era de esperarse, Guido y mamá firmaron por Bruno y por mi respectivamente. Bruno se acercó y me dio un par de palmadas en el hombro, conservando la sonrisa, como para aliviar lo que sucedía en mi cabeza. El Sr. Darnell me entregó la carta y los libros para luego volver a lamentar la muerte de Isabelle y concluir la reunión.

—Gracias a todos. —finalizo.

En cuanto estuvimos afuera me acerqué a Bruno.

—Bruno, no sé qué está pasando, pero, si te molesta lo de la herencia te lo

regreso, yo no tengo nada que ver en tu familia y siento que...

—No, no, no relájate —interviene dándome una palmada en el hombro—. No me molesta, ya lo sabía y no tengo ningún problema con ello —observa los libros que llevó debajo del brazo y me dedica un gesto— creo que tienes mucho que leer.

Observé a mamá quien en realidad no había podido conciliar el sueño en este lugar y por lógica se notaba cansada.

—Creo que debo irme, mamá no lo dice, pero está cansada.

Bruno la observa y asiente.

—Está bien.

—¿También te vas? —pregunté y Bruno niega con la cabeza.

—No. Tengo que arreglar un par de asuntos con la casa, los empleados y quiero estar solo, lo necesitó.

Asentí comprendiendo y nos dimos un abrazo.

—Lamento mucho todo esto.

Me da unas palmadas en la espalda.

—Gracias por venir, y no, no te sientas mal por el dinero —me mira a los ojos— ha sido su voluntad.

Cerca de salir de la propiedad, miré por el retrovisor y vi la mansión: agradecí lo que Isabelle había hecho y a su vez le pedí a Dios que nunca más me volviera a traer a este lugar.

El regreso a Manchester fue relativamente más tranquilo, conduje con suma calma y mamá aprovecho para dormir. Al llegar dejé el auto en el garaje junto a la camioneta, tomé los libros de los asientos traseros y entramos a la casa. Mamá estaba tan cansada que ni siquiera tuve que disimular la inmensa curiosidad que sentía por leer la carta y los libros. Me quité el traje y en cuanto me recosté en la cama abrí la carta. Explicaba detalladamente las instrucciones de como tenía que leer diez de los once libros. Me advertía, que de no hacerlo en ese orden jamás entendería muchas cosas, ya que los libros estaban hechizados y las hojas terminarían por quedarse en blanco. Los once libros llevaban por nombres títulos extraños. El único que podía leer de forma libre llevaba por nombre; *Carminibus*. Era el libro más grueso, de tapas negras y desgastadas. Tenía hojas aún más desgastadas introducidas manualmente, como apuntes extras. Dentro del

libro, había un colgante de oro con diamantes y una piedra ovalada de color verde, muy bella.

Tomé el primer libro de la lista llamado Lectio:

*"Decisiones; es una palabra la cual dudo salga de tu mente. A lo largo de nuestra vida debemos tomar decisiones ya sea para bien o para mal. Y espero de corazón no haberte molestado con las mías, lo he hecho creyendo que es la mejor opción. Sé que tú y tu madre no son personas que ambicionen el dinero, pero como todos en esta vida, lo necesitamos. No existe alguna cláusula que dicte que debas hacer algo por mí, lo único que simplemente te pido es que seas feliz y que cuides de los que te rodean. Quizás pase por tu mente el por qué mi sobrino no obtuvo un monto económico y es sencillo; tiene lo suficiente para vivir tres generaciones con lujos y comodidades, además de que las empresas seguirán produciendo. Por otra parte, es hora de que tu madre dejé de trabajar y se libere de tanta presión, no debe ser fácil sufrir un divorcio, la muerte de un hijo y volver al trabajo después de un leve retiro. Haz que se libere, que viaje por el mundo, que conozca otras culturas y que en especial, sea feliz. Encárgate de ello.*

*Como especifico en la carta, me gustaría que leyeras los libros en el orden indicado. Cada uno contiene información que te será de gran ayuda y creo pensar que puedes conseguirlo. Te preguntaras ¿Qué?, y lo responderé; hay personas que nacen destinadas a obtener el posible éxito mundano y desarrollan cualidades excepcionales dentro de su ramo. Hay otras que nacen siendo privilegiados, tanto que nada se les dificulta. Yo he visto eso en ti, sé que tienes el potencial suficiente para convertirte en alguien aún más especial y posiblemente prepararte para el futuro. Yo nunca desarrollé las habilidades que Bruno y tú poseen, pero si desarrollé magia, magia que aprendí desde muy pequeña. Traté de llevarla a un nivel superior por ego y satisfacción personal y mira como acabé... destruida. Un día me di cuenta de que estaba mal y que debía cambiar mi perspectiva de vida, ese día conocí a alguien que me enseñó un camino, alguien que podía controlar ambas partes —magia y fuerza— sin ninguna dificultad y creo que tú también puedes hacerlo. Cuando Bruno era apenas un niño y me percaté de sus grandiosas habilidades, traté de enseñarle a controlar la magia, pero mis esfuerzos*

*fueron en vano, jamás pudo y es porque sus cualidades se limitan a la fuerza, rapidez e inteligencia. Mientras que tú y tus ojos te permiten ver cosas que otros solo al borde de la muerte podrían, fuiste capaz de penetrar mi barrera sin ninguna dificultad, eso me hace pensar que puedes llegar a otro nivel. Es por eso que he dejado los libros a tu nombre, te serán de gran ayuda hacia un futuro incierto y lleno de dudas.*

*Te confesaré algo que creo debes saber: algunos meses antes de conocerte comencé a tener un par de visiones un tanto bizarras, en ellas aparecía una mujer que mientras dormía era visitada por un Recolector que trataba de tocarla, pero había algo que se lo impedía, como si algo o alguien la protegiera. Comencé a preguntarme los porqués, y lo único que obtenía como respuesta, eran más visiones, en estas pude darme cuenta de que ella trabajaba para la constructora y con esos únicos datos en mi mente, comencé una exhaustiva búsqueda dentro de la empresa. Miles de documentos de muchas mujeres se me fueron enviados, pero ninguna de estas era ella. El tiempo siguió su curso, hasta que por fin su rostro apareció frente a mí. Leí su currículum, solicitaba empleo en Manchester, New Hampshire, en donde nuestras oficinas estaban por abrir. Contaba con muy buenas referencias, pero hacía varios años que no trabajaba, tenía un hijo menor de edad. Solicité aún más información y para entonces, me dijeron que ya había sido contratada y que comenzaría a laborar en un par de días. Decidí conocerla y viajar a Manchester".*

Dejé de leer y observé al frente, mientras mi cerebro indagaba en un profundo recuerdo que salía a la luz. Ahora recordaba que una tarde, mamá había mencionado que conoció a uno de los dueños de la empresa, «una señora dulce y de formas sabias».

Continúe leyendo:

*"Estando ahí unas nuevas visiones llegaron y esta vez el protagonista eras tú. Cuando llegué a las oficinas, pedí conocerla sin que ella se enterara, la miré un par de segundos y comprendí que se trataba de una persona bondadosa con las agallas suficientes para proteger a sus seres queridos. Me acerqué para saludarla y ese solo apretón de manos me hizo sentir algo que fue inexplicable. Inmediatamente solicité que fuera muy bien recompensada*

*según sus logros y que tuviera un trato preferencial. Nunca había confiado tanto en mi instinto y ahora algo me decía que debía confiar en él. Por la noche, cuando ya dormía, una nueva visión apareció; aquella mujer tenía un parentesco con aquel joven que sería asesinado, hice mis conclusiones y era inminente que ella era la madre, ambos necesitaban protección y el único que podía hacerlo, era Bruno.*

*La compañía asigna a ciertos trabajadores la posibilidad de obtener una casa con un crédito y lo indicado en esta situación era que ustedes estuvieran a salvo, fue por eso que seleccioné la casa más cercana a Bruno. Al principio tu madre se negaba rotundamente alegando que nunca podría llegar a terminar de pagarla. Por mi parte, presentía que el tiempo se agotaba y que debíamos actuar lo más rápido posible, pero para fortuna nuestra las aptitudes de tu madre bastaron para escalar de puesto y con ello se abría la posibilidad de aceptar la casa. Al final no hubo marcha atrás y terminé aceptando, todo estaba listo. Un poco antes ya había puesto los ojos en ti, día a día me preguntaba, ¿Por qué alguien querría matarte? Pensé que lo que ocultabas era algo relativamente malo, pensé en tantas cosas que al final en cuanto te vi, hiciste que recordara a alguien muy especial: con un toque de pena, sonriente, alegre y por momentos enojado. Con una mirada que refleja tantas, tantas cosas y a su vez nada, alguien completamente indescriptible. En cuanto toqué tu mano, me percaté que al igual que tu madre eras especial ¿Por qué?... No lo sé. Lo único que supe es que la sensación de sobreprotección se incrementó.*

*Esos días no han sido exactamente los mejores de mi vida. Aquella sombra que viste conmigo, me perseguía muy a menudo, siempre estaba en cualquier lugar a cualquier hora. Disimulaba no verla, pero siempre estaba conmigo. La noche que le encaraste me dejaste sin palabras, sinceramente creo que jamás lo olvidare ¿Sabes por qué? Hubo muy pocas personas que me defendieron y puedo presumir que fuiste una de ellas. Aun así, espero y no quiero que vuelvas a retar a esos seres, no debes hacerlo bajo ninguna circunstancia. Ellos pertenecen a otra dimensión, a una tan lejana de nuestra realidad que incluso tú con tu talento no podrías hacerles frente. Puedes poner en peligro no solo tu vida sino también la de tus seres queridos... algo innecesario. Dejando tus poderes a un lado, en cuanto la sociedad se entere*



*de ti y de la fortuna, te convertirás en alguien poderoso y, conociéndolos la bomba no tardara en explotar, comenzaran a llegar amistades y familiares dispuestos a servirte la copa de vino y encender el cigarrillo. Deberás estar alerta, si la vida nos ha enseñado algo es que el dinero siempre termina siendo el veneno de las personas. Sabiendo ello te pido de corazón que no cambies, por favor lo hagas. Al contrario, sigue preocupándote por los que te rodean, tienes el don. Haz con el dinero lo que te plazca; compra, vende, invierte, regala..., pero por favor no cambies. En cuanto a Lucios Darnell, sé que por obvias razones no necesitas que alguien cuide de ti, pero no está demás que tengas a alguien que complementa tu mano derecha. Es alguien ciego, sordo y mudo en cuanto a las cuestiones de negocios se trata, por lo que te garantizo que podrás confiar plenamente en él. Y si algún día llegaras a necesitar algo, lo que sea. Acude a él..."*

Continúe leyendo tanto de noche, así como de día. Cuando comía y cuando bebía. Prácticamente no soltaba los libros, cada una de sus letras me habían hecho apreciarle demasiado. Me encontraba en una deuda que sería eterna.

Había leído tanto que increíblemente terminé perdiendo la noción del tiempo. En realidad, no sabía si era de día o de noche, si mamá estaba o no en casa. Cerré el cuarto libro, había sido suficiente para mí. Y justo como ella había dicho, me sentía plenamente diferente y con la mente libre de dudas.

Tomé el celular y al darme cuenta de que estaba descargado lo conecté a la corriente. En cuanto lo encendí y vi que era lunes doce del día, recordé que había fallado a una promesa. Bastaron muy pocos segundos para darme cuenta que mamá se encontraba abajo. En cuanto bajé totalmente aseado la miré sentada en el sofá.

—Buenos días... ¿No fuiste a trabajar? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No, mis servicios no fueron requeridos... ¿Y tú no tienes clases?

Me encogí de hombros.

—Me quedé dormido —respondí sin verla.

—Deberías ponerte más al corriente, tienes buenas notas, pero no debes relajarte. Es momento de que pienses seriamente en ir Stanford, sobre todo

ahora que puedes darte una buena educación sin miramientos.

De nuevo me encojo de hombros. Ahora no, mamá...

—Mamá...

—Piénsalo, solo piénsalo.

—¿Podemos hablar de esto luego?

—Si, pero las pruebas deben de enviarse un poco antes de que comience el año. y debes mejorar.

—En estos momentos no sé ni lo que quiero hacer, dame un poco de tiempo y hablaremos seriamente, lo prometo.

Gracias a la fortuna que Isabelle nos dejó tenía miles de posibilidades, podía hacer lo que me viniera en gana. Tenía resuelta la vida incluso de mis tataranietos, ¿Para que seguir estudiando? Aun así, era consciente de que cualquier cosa podía suceder.

Mamá asintió.

—Por lo menos inténtalo, nadie asegura que podrás quedarte, las probabilidades son setenta, treinta y si al final apruebas y no quieres ir, tendrás la última palabra.

En el fondo sabía que asistiría a Stanford, mis excelentes notas en Andover era un plus muy grande... demasiado grande. Tomé un vaso de la cocina y me serví jugo de naranja, mientras hice oídos sordos, pues mamá persistía con lo mismo hasta que las noticias del televisor terminaron llamando nuestra atención.

Me encaminé hacia la estancia para ver la noticia.

“El día de hoy el nombre de Evian Barnes, un joven estudiante, ha figurado en el sitio de internet [forbes.com](http://forbes.com) como uno de los nuevos millonarios en el mundo al ser el heredero de la fortuna de la ahora difunta, Isabelle Grimaldi. Barnes paso de ser un joven normal a uno de los jóvenes más ricos del mundo... vaya fortuna, literal”.

Concluye en tono de broma la señorita que daba la nota. Dejé ver el televisor y observé a mamá, quien me miraba preocupada. De nuevo Isabelle

tenía razón.

—Creo que debemos contratar personal de seguridad. Habrá que hacer la casa más segura o más de uno atentará contra nosotros.

Negué con la cabeza.

—Nada nos pasara, yo te protegeré, créeme que esa es una de las razones de mi existencia. Nadie te tocara, lo prometo.

—Hijo, contigo o sin ti las personas que quieran hacer daño lo hacen.

—Mamá, Bruno es aún más rico que nosotros ¿Y acaso él tiene seguridades? Este lugar es seguro y aunque no lo fuera, daría mi vida por protegerte, puedo asegurarte que estaremos bien. Ahora debo irme.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

—¿Adónde vas?

—A la ciudad... —añadí mientras caminaba rumbo al garaje.

Conduje a la escuela, le había prometido a Alessandra que le llamaría al llegar a casa y de nuevo había fallado. En cuanto llegué vi que la Jeep de Ale no estaba, justo como había pensado luego con Sophia. Me estacioné junto a la Voyager y esperé a que salieran. Cuando dejé de ver el celular las vi a lo lejos, venían acompañadas de un sujeto al cual desconocía, que quizás le había visto por ahí un par de veces, pero que aun así no me caía en gracia que abrazara a la mujer que lleva tatuado mi nombre en la frente.

—Ahí está, Evian —le secretea Sophia a Alessandra en el oído. Un poco más cerca el sujeto se despide de ambas con un beso en la mejilla, mientras me observaba con ligero temor.

—¿Por qué ni Bruno ni tu han venido a clases? —pregunta, Sophia en cuanto llegan.

—Decidió quedarse y yo tuve un ligero inconveniente —como había esperado, Ale miraba todo, menos a mí. Miré a Sophia y con los ojos le hice un par de señas respecto a Ale, a lo que me dejó entre ver que estaba molesta —. Yo la llevaré, no te preocupes —añadí sonriendo.

Sophia esbozo una sonrisa y paso a despedirse, mientras Ale le susurraba que no se fuera. Mientras Sophia se iba deseándome suerte, un silencio incomodo se apodero del ambiente hasta que Alessandra me mira.

—¿Por qué la has tratado de forma tan grosera?, ella se toma la delicadeza de estar siempre junto a mi —me dice y arqueó las cejas.

—¿Perdón? —pregunté confundido.

—¡Que has sido un grosero con ella...! —responde en voz alta.

—Perdóname —dije calmado y moderando el tono de voz. Si algo había aprendido viendo a mis amigos con sus novias, es que una mujer enojada es capaz de todo—. Perdóname, comprendo que estás molesta y con muchísima razón, pero créeme que hay un por qué.

—¿Un perdóname crees que solucionara las cosas? Tus promesas son igual a olvidarme y dos o tres días, después apareces para solucionar las cosas.

¡Auch! Ese golpe había sido directo.

Alessandra se cruza de brazos y me da la espalda. No podía decirle que tenía poderes, pero si lo que había ocurrido después del funeral, antes de que se enterara por terceros.

—Sinceramente nunca he sido de los que ha tenido todo en el momento que lo pida. Mi hermano intento y me dio lo mejor cuando estuvo con vida e incluso me trato como a un hijo —se vuelve para verme—, cuando menos lo esperábamos su corazón dejo de latir. Aun así, esto no evito que tuviera que ir a Andover y estar lejos de mamá, según era lo mejor para mí. Un día ella me dice que debía regresar, supuse que regresaría a casa, pero al final de cuentas sus planes eran otros. Venir aquí. En muy poco tiempo conozco a un tipo que se convierte posiblemente en mi mejor amigo y, de igual forma, un día menos pensado aparece alguien que no tenía idea de que existía, que mueve mi centro y eje y lo hace suyo a una velocidad impensable dejándome parado a la deriva. Sin poder defenderme... tú. Y así como si nada, poquito a poco, vas mostrándome una realidad que no sabía que existía. Me haces sentir cariño y amor, aun cuando me siento un muerto viviente. Pero atrás, muy atrás, hay alguien que sin que alguien se lo pida se convierte en un benefactor, un protector que no da la cara pero que hará hasta lo imposible por ver el bienestar mío y de los míos. Pero, de repente, de igual forma a como sucedido con mi hermano su corazón deja de latir, ya no estará, jamás volverá y, por lógica jamás le agradeceré lo que hizo. Si te preguntas porque

te cuento todo esto, es sencillo. Isabelle Grimaldi dejó toda su fortuna a mi nombre, ella era la protectora —Alessandra se sorprende—. Cuando me enteré de ello puse la misma cara que tú, no sabía qué hacer, que pensar y aunque disimulaba mi frustración, exigía una explicación. Me dejó un par de documentos donde explicaba todo y creo que comprenderás que tenía que leerlos, necesitaba hacerlo —me encogí de hombros— me atrapo tanto en sus letras que terminé por no ver más allá de mis dudas. Lamento no haberte llamado, sé que no tiene justificación, pero soy nuevo en esto del amor y tiendo a cometer muchos errores... yo no nunca había visto a alguien como te veo y tampoco alguien me había visto de la forma en la que tú lo haces. Sé que para esto no se estudia, pero si tú quieres podemos aprender juntos, te prometo un ambiente libre de estrés... —esbocé una sonrisa— quizá a veces te enojas porque soy bastante torpe, pero juro que me esforzaré. Tampoco sé a dónde llegaremos, ni cuando dure, pero te prometo que te seré fiel y que seremos eternos.

Aquellos labios rosas y perfectos dejaron a un costado la molestia y regresaron a la felicidad abundante, ahí donde tienden a dominarme. Alessandra me dio un par de besos bonitos, de esos que no se piden y solo se dan. También la besé y luego la abracé para llevarla de la mano a la camioneta. Terminamos en un restaurante en donde además de comer, su risa regreso para complementarme. Donde me di el lujo de hacerle una diminuta escena de celos por aquel sujeto que la había abrazado, a quien de inmediato catalogo como un amigo. En realidad, me daba risa, confiaba en ella y sin querer sonar presumido, los demás me dan igual.

Pagué la cuenta y nos pusimos de pie.

—Hasta luego —dicen. Me vuelvo y era el gerente del lugar, que se despedía a la distancia. Me doy cuenta de que en una de sus manos sostiene el periódico. Agradezco el gesto con la mano, mientras Alessandra y yo caminamos a la salida. Al llegar a las últimas mesas me percaté que un señor dividía miradas entre el periódico y mi cara, cuando llegamos a la puerta me vuelvo un poco y el rango de visión me permite ver lo que el periódico decía.

"Nuevo joven millonario —llevaba por título la nota junto a una fotografía que recuerdo haberme tomado exclusivamente para el colegio al que asisto—

¿Qué haría usted con billones de dólares?".

Una vez más la tía Isabelle tenía razón. Ya no solo era Forbes, sino también periódicos locales.

Al llegar a casa noté que había dos autos lujosos en la acera. Aparqué la camioneta atrás de estos y caminé hacia la casa. Delante de Alessandra lo había disimulado, pero estaba molesto por el asunto de las fotografías, tanto de Forbes como la del periódico. Me detengo en seco al ver que en la estancia de la casa se encuentra Lucios Darnell y otro sujeto, ambos con trajes soberbiamente elegantes.

—Buenas tardes —saludé, mientras mamá y los otros dos me observan.

Lucios se pone de pie y me tiende la mano para saludarme.

—Joven Barnes, buenas tardes —dice mientras estrechamos nuestras manos. Se notaba distinto, más relajado en comparación al primer encuentro y era comprensible puesto que Isabelle le había dejado un trabajo enorme y en su funeral—. Hemos venido hacer entrega de las nuevas tarjetas y chequeras que les corresponden, tanto a usted como a su madre —explica, para luego mostrarme al señor que lo acompañaba—. Él es el Sr. Joe Green, representante del banco BNP Paribas, en donde se encuentra su dinero.

Le extendí la mano a Green para saludarle, pero su nerviosismo llamo mi atención.

—¿Por qué esta tan nervioso? —pregunté, mientras apretaba su mano.

—Es la primera ocasión que visitó a un magnate —confiesa de forma sincera, aunque sus gestos más bien cómicos me habían causado risa, lo disimulo esbozando una sonrisa.

—No pasa nada, despreocúpese —observé a Lucios— ¿Tengo que firmar algo?

—Solo sus tarjetas, lo demás ya lo ha hecho su madre —responde Lucios—. El día once de noviembre, cuando cumpla la mayoría de edad vendremos para hacer los cambios correspondientes y dispondrá de todo, sin la necesidad de que su madre firme algo.

Asentí comprendiendo y observé como Green guarda los documentos dentro de su portafolios.

—Lo mío aquí a terminado —dice y se acerca a mamá—. Ha sido un

placer, señora —se despide de ella, después hace lo propio con Lucios y conmigo— Lucios, joven. Con su permiso.

Green sale de la casa, sube al Cadillac que estaba afuera y después se marcha. Tomé el bolígrafo que había en la mesa y firmé las tarjetas ante la mirada de Lucios y mamá.

—¿Qué tipo tan raro no? —digo y Lucios se ríe.

—Es uno de esos menores de treinta que cree que se pueden comer el mundo de un solo bocado, pero aún no superan sus temores —responde haciéndome sonreír. Tenía razón—. ¿Han leído los periódicos? —pregunta poco después a lo que mamá y yo hicimos una negativa—. Tanto estatales, nacionales e internacionales, además de la televisión, consiguieron una fotografía suya. Dudo mucho que el Phillips Academy se atreva a enfrentar una demanda y perder su prestigio en el intento.

Arqueé las cejas. Su comentario había sido finamente acertado, no había sido el PA (Phillips Academy) pero ¿Cómo sabía qué estudié ahí?

—¿Cómo sabe usted que estudié ahí?

—Su madre me lo ha dicho. Además, alguien que estudia en una escuela de tanto prestigio no logra pasar desapercibido. El que vendió la fotografía es...

—Sé muy bien quien lo ha hecho —interrumpí mirándole a los ojos. Eso había bastado para que comprendiera que mamá estaría lejos de cualquier imprudencia. Lucios se pone de pie y mamá me mira con cierta molestia.

—Es hora de irme. Estoy a sus órdenes para cualquier situación, tienen mi tarjeta en las copias de los documentos que firmo. Señora, joven nuevamente un gusto.

—Gracias —responde mamá, para después revisar las tarjetas que firmé.

—Lo acompaño —digo y Lucios asiente. En cuanto estuvimos afuera se volvió para verme—. Alguien me ha dicho que le mantenga cerca y que confié en usted —esboza algo parecido a una sonrisa—. Sé exactamente lo que usted hacía para la tía Isabelle y quiero que siga exactamente igual, no cambiaremos nada. Por otra parte, no confié en ese tal Green, quiero que le vigile y usted se haga cargo de todo... sino es mucho pedir.

Lucios sonríe.

—Está bien, comprendo ¿Qué hay del director?... ¿Quiere le haga una breve visita?

Lucios hablaba del director del colegio al que asisto. Directa o indirectamente, él había sido el que vendió la fotografía.

Asentí.

—Hágale entender que sabemos lo que hizo, pero que no tomaremos cartas en el asunto, al menos aun no. Lo único que quiero es discreción, seguir con una vida normal.

Lucios asiente y me tiende la mano despidiéndose.

—Mañana mismo le visitaré.

—Quiero que esto se quede entre nosotros, mi madre estará al margen de cualquiera de mis decisiones.

Asiente de nuevo para mi tranquilidad.

—Por supuesto joven, se hará lo que usted diga. Llámeme cuando lo crea necesario, esta es mi tarjeta.

Eran poco más de las cinco con treinta de la tarde, esperaba a Ale, en la cafetería donde la había conocido. Habíamos quedado en vernos, tomar un café y después improvisar un plan. Sugerí ir por ella, pero termino negándose y ahora estaba arrepentido de no haber insistido, llevaba esperando poco más de diez minutos. Observaba el celular a cada momento y nada, si esperar a cualquiera me causaba un conflicto con ella la situación se tornaba relativamente peor.

El celular vibro y rápidamente eché un vistazo, era un mensaje de texto suyo.

*«Tranquilo no desesperes, estoy por llegar»*, decía.

Lo primero que pensé fue que tardaría otros diez o quince minutos, pero no, había llegado.

Descendió de un taxi al otro lado de la calle, inmediatamente me despojé de los lentes de sol. No había duda, era ella. Sería un idiota si no reconociera a la mujer más bella. Mira el suelo por ligeros momentos mientras el aire jugueteaba con su cabello, para después recogerlo, me miraba y sonreía —de seguro yo hacía lo mismo—. Era increíble que aun estando sentando



tambaleaba al verle. Me puse de pie poniéndome los lentes y caminé hacia ella.

—Hola, ¿Buscas a alguien?... Porque puedo ser tu compañía —dije a lo que sonrió.

—Dudo mucho que a mi novio le guste, no te conviene. Es grande, fuerte y atractivo.

Me eché a reír y la tomé entre mis brazos para darle un beso profundo, lento, de los que te quitan el aliento. Al terminar me quedé viendo sus labios y Alessandra suspiro, abrió los ojos, me observo y sonrió.

Volví a besarle y al terminar me faltaba el aire.

—¿Vas a comprar algo? —pregunté a cuatro centímetros de su boca— hoy nos perderemos por ahí.

Asiente y esboza una sonrisa tan tímida, tan noble que me dan ganas de comerme su boca, pero me resisto porque la gente nos ve raro, quien sabe cuánto tiempo llevábamos besándonos.

La tomé de la mano y entramos a la cafetería para que la misma señorita volviera a atendernos. Nos observa como recordándonos y sonríe, pero a Alessandra no le agrada. Se pone por delante de mí, como marcando su territorio, mientras yo espero a un costado con la billetera en mano y aguantándome la risa. Después pide algo cuyo nombre podría ser de cualquier cosa menos de un café, luego me mira un tanto seria.

—¿americano? —me pregunta y afirmo con la cabeza.

La señorita dice el monto y cuando me acerqué para pagar, Alessandra me quita el dinero de la mano. Arqueé las cejas confundido, pero luego me percató que la señorita —quien lleva una placa con el nombre de Claudia— no me quita la vista de encima. Alessandra también me observa por el rabillo del ojo izquierdo para percatarse si veo o no a Claudia... así que veo a mi novia.

Después de haber salido del lugar, nos dirigimos al Crystal Lake Park, sitio que solo una ocasión había visitado. Es un lugar bonito con preciosas estampas con sus enormes árboles y su agua que parece un gran espejo.

Caminábamos por la orilla del lago.

—¿Por qué siempre tomas americano? —me pregunta Alessandra, mientras divide miradas entre mi cara y las piedritas de la orilla.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, me gusta.

—Quiero saber de ti, de lo que eras antes de conocerme, todo...

Esboqué una sonrisa y asentí.

—Está bien, pero harás lo mismo —asiente. Nos sentamos en la orilla del lago observando el agua y me mira esperando a que le diga algo—. Como sabes nací y crecí en los Ángeles, hasta que me enviaron a Andover. A veces en vacaciones venía aquí... o, a Texas en donde se encuentra el resto de la familia de mi mamá.

—¿Qué hay de tu papá?

—Yo era muy pequeño cuando se fue, pero lo recuerdo con una mirada fría y poco tacto para conmigo y Michael.

—¿Lo extrañas?

Negué con la cabeza.

—No, nunca. Michael lleno su espacio aun cuando no tenía por qué hacerlo.

—¿Y no extrañas los Ángeles?

Ladeé la cabeza e hice una mueca.

—La primera vez que fui a Andover sí, siempre que haces un cambio drástico supongo que extrañas todo... te toca.

Toma aire llevándose las manos a las rodillas como sobándose las y sonrío como pensando en las palabras adecuadas.

—Nací aquí, pero por el trabajo de papá pasaba un año en Londres y otro aquí. Desde que tengo uso de razón mi padre siempre ha trabajado allá. Y al igual que tú, acudí a un internado solo que en Oxford.

—¡Guau! —dije maravillado— ¿Por qué viven aquí y no allá?

—Fue mamá quien le puso un alto a mi papá, ella es de aquí así que eligió el lugar para que creciéramos. Papá se quedó solo un tiempo hasta que mis hermanos eligieron trabajar con él.

Esbocé una sonrisa, George Lanz, aquel hombre malhumorado que se negó a darme la mano fue dominado por su esposa... no imagino el carácter de Brigitte.

La plática termino yéndose más allá de lo normal, tanto que no pudimos darnos cuenta de que llovería. Cuando las gotas comenzaron a caer, tomé su mano y corrimos a la camioneta mientras escuchaba como se reía a los cuatro vientos. Dentro de la camioneta completamente empapados, Alessandra tomó unos mechones de su cabello y comenzó a exprimirlos. Sabía que no había nada en la camioneta para que se secase, así que me quité la playera y se la di.

La toma y sonrío.

—Gracias... —dice sin mirarme. No digo nada y me centré en la lluvia. Pienso en irnos, pero de inmediato deseché la idea, no me perdonaría si algo le pasara. De pronto siento que Alessandra me acaricia la nuca, está observándome tan directamente que me pone nervioso.

—Eres hermoso, Evian —dice con voz sensual, mientras prosigue mirándome.

A penas y pude negar. No quería moverme y perder el ángulo perfecto de su cara.

—Los hombres no somos hermosos.

—Tú, si —replica—. Eres perfecto.

—Soy el más mortal de los mortales, Alessandra.

Mi mano derecha se ancla en su pierna y ella la tomó para besarla, poniéndome colorado. No dije nada, ni ella tampoco solo nos mirábamos hasta que me abalancé tomándole el rostro para comerle la boca. Me seguí por su cuello y tiré de su blusa para llegar al hombro y lamerle la clavícula. La respiración de Alessandra estaba acelerada, mientras que mis manos recorrían su cintura... de pronto me alejé.

Me mira deseosa, quiere más y yo también. Pero, aquí no, afortunadamente comprende. Le besé la frente y con las yemas de sus dedos me quita el labial que había alrededor de mi boca, después sonrío.

—¿Te había dicho que besas delicioso? —me dice.

Sonreí.

—¿Y yo te había dicho que sabes deliciosa?

En cuanto llegamos a su casa, Brigitte me ofreció una toalla y Ale, subió a su habitación a cambiarse.

Brigitte estaba molesta. Me pasé la toalla por la cara y la miré.

—Disculpé que hayamos llegado de esta manera, la lluvia estuvo fuerte y para cuando llegamos a la camioneta ya estábamos empapados.

—Entiendo hijo, no te preocupes solo procura que Ale no se vuelva a mojar, tiende a enfermarse.

Asentí comprendiendo.

—Pierda cuidado, no volverá a ocurrir... —termino de hablar, pero Brigitte prosigue observándome—. Quiero decirle algo que para mí es de suma importancia —asiente y me pide tomar asiento—. Me hubiera gustado hacer esto cuando estuviera su esposo, pero Ale me ha dicho que no volverá en un tiempo y como podrá darse cuenta quiero a su hija, la quiero de una forma en la que no sé... nunca imaginé. Por todo ese cariño y a su vez respeto para con usted y su familia quiero pedir su aprobación para formalizar nuestro noviazgo.

Brigitte esboza una sonrisa y luego sonrío de oreja a oreja.

—Me da mucho gusto que hagas esto. Pensé que nunca lo harías —me da unas palmadas en la rodilla y sonrió avergonzado—, conozco muy bien a mi hija y desde que te vio en la cafetería no dejo de hablar de ti —sonreí, no había esperado ese comentario—. Te mira diferente, has causado algo en ella y esto que acabas de hacer hablaba muy bien de ti y por supuesto que tienen mi aprobación, solo cuídala, respétala y quírela. Haz que dure lo suficiente.

Asentí sonriendo.

—Así será señora, gracias.

—En cuanto a mi esposo, como comprenderás es alguien protector que ama a sus hijos, lo del otro día no fueron más que celos. Alessandra es su única hija y además la menor, pero sabrá entender que la quieres.

De nuevo asentí comprendiendo. Yo también esperaba que comprendiera.

Platiqué un tiempo más con Alessandra y luego terminé marchándome antes de que hicieran la amable propuesta de quedarme cenar. Mientras conducía, Lucios Darnell me llamo con el motivo de que tenía información

que darme, así que terminé cambiando de ruta hacia el hotel donde se hospedaba.

En cuanto le vi en el lobby nos saludamos cordialmente y me lleva a uno de los restaurantes.

—Tengo información sobre el director —comienza sin rodeos— que nos podría ayudar en caso de que no quiera colaborar —observé su rostro y vi como de un momento a otro se tornaba frío—. El tipo ha cometido delitos que se han quedado en el pasado y todo gracias a sus influencias. Tengo pruebas y testigos que le incriminan por fraude, pero a fin de cuentas sus voces no son nada comparadas a la de él, por lógica se mantienen en silencio.

—¿En verdad crees en ellos? —pregunté.

—Se lo puedo asegurar, mi fuente es confiable. Pero aparentemente las amistades del director le permiten pasar por encima de casi cualquiera, pero si nosotros movemos un par de hilos le pisaríamos de forma sencilla.

Me quedé callado, pensando que tal vez era demasiado solo por una simple fotografía. Ante mi evidente silencio, Lucios me observa como tratando de adivinarme el pensamiento.

—Si le preocupa el escándalo, puedo hablar con el Sr. Hennessy, quien se alegrará de saber que alguien con un futuro tan prometedor como usted, quiere formar parte de Stanford...

Hennessy era el actual presidente de Stanford University.

—¿Cómo sabe usted, sobre mis planes de ir a Stanford?

—Debo recordarle que trabajé para la señora Grimaldi, alguien que iba muy por delante de los demás —respondió sin dejarme de ver a los ojos. Sonreí admitiendo que tenía razón.

Era evidente que Isabelle le había dado mucha información sobre mí.

—Si llego a hacer el proceso lo haré como cualquier otro, y si llego a entrar lo haré por mi cuenta —digo en tono sereno, a lo que él se encoge de hombros.

—No, ha sido mi intención...

—Despreocúpese —interrumpí— haga lo que le había dicho, visítele y si no coopera entonces ya veremos qué hacer. Ah, y mantenga cerca a los testigos, mañana le entregaré un cheque para que estén contentos por si

acaso.

Lucios esbozo una sonrisa y asintió comprendiendo.

Me encontraba escuchando la clase, cuando uno de los que dice ser asistente del director abrió la puerta del salón y entro como si fuera su casa. El tiempo que llevo aquí, en la escuela me había permitido ver que el director casi siempre se encontraba acompañado de dos sujetos, sus aparentes auxiliares. Los había visto cumplir ciertas labores escolares e incluso sacando copias, pero sinceramente tenían pinta de todo, menos de ser auxiliares escolares.

El tipo echó un vistazo al salón y su mirada se clavó en mí, se acercó a la profesora y — me di el lujo de escuchar— le secreteo que el directo quería verme con urgencia y la profesora asintió y me miró.

—Evian, el director quiere verte —soltó en voz alta, haciendo que todos me miraran e hicieran ruidos y burlas como si en realidad hubiera hecho algo malo.

Salí del salón con el sujeto del cual desconocía su nombre.

—Haz de haber hecho algo muy malo —dice mientras caminábamos— para que el Sr. Leyden este vuelto loco. Si dejas caer un par de billetes le diré, que no has venido a clases y el problema terminara. Él es bondadoso con sus alumnos.

Me reí entre dientes. El tipo era un poco más alto que yo, gordo.

Lo miré fríamente.

—Haz tu trabajo y a mi déjame en paz —dije provocando lo que esperaba, frunció el ceño a más no poder y me tomó por el brazo.

—Esa actitud no te llevará a ningún lado, ¿Crees que por rico se te dará un trato especial, marica? —mantuve la vista en sus ojos y luego jalé mi brazo con la facilidad esperada, su rostro se tornó sorprendido al ver mi reacción.

Seguí caminando y en cuanto llegamos a la oficina del director vi a Lucios sentado en una de las sillas delante del escritorio y a Leyden fumando de

forma desesperada, mientras en la pared había un cuadro que decía; no fumar. El auxiliar cerró la puerta y el director dejó de ver por la ventana y se volvió para verme. Estaba sudando, lucia preocupado.

—¿Qué esperas?... ¡Lárgate! —le grita al auxiliar y le dediqué una sonrisa sarcástica mientras sale de la oficina. Luego regresé la vista al Sr. Leyden que me muestra la silla disponible, que hay delante de su escritorio, junto a Lucios— por favor toma asiento, ¿Has enviado al caballero para decirme que yo vendí una fotografía a los periódicos?

Asentí.

—Así es —respondí mientras me sentaba.

—Me acusas de algo de lo no tienes pruebas.

—¿Entonces porque suda y fuma desesperado? —pregunté.

—¡Yo hago lo que se me venga en gana! —dice golpeando el escritorio con brutal aspereza. Hago una mueca exagerada desaprobando lo hace—. Has heredado una fortuna ¿Y eso te hace pensar que puedes enviar a tu abogado y amenazarme? Teniendo unos de los mejores promedios ¿No pensaste que esto es un error?... ¿Qué puedo hacer que tu futuro se vaya a la mierda?

Fruncí el ceño.

—¿Quién hablo de futuro?... —pregunté de forma tranquila— de ser así, el mío está resuelto como para cinco o seis generaciones.

El Sr. Leyden no dice nada, solo mira todo en su escritorio.

—Usted ha roto el acuerdo de confidencialidad de la escuela —intervine Lucios de forma tranquila—. Lo único que queremos es llegar a un acuerdo donde él tenga una vida común y corriente, sin otro mal entendido. Es todo.

Leyden sigue mirando todo de una forma un tanto pensativa y a su vez incomoda. Toma aire como para armarse de valor y cuando se sintió lo suficientemente listo, regresa la vista hacia nosotros encogiéndose de hombros.

—Tengo hijos y debido a mi mal economía me han tentado y he sido incapaz de rechazarles —confiesa.

—Comprendemos que la economía está mal —responde, Lucios—, también comprendemos que lo hecho, hecho esta y por eso le pedimos que amablemente no vuelva hacerlo —Lucios saca unos documentos de su

portafolios y se los entrega—. Firme estos documentos por favor.

—¿Qué es esto? —pregunta, Leyden de inmediato.

—Como puede ver —le muestra Lucios el documento con el dedo— es un acuerdo de confidencialidad. Algo sin importancia.

Lucios mira al director a los ojos, pero éste no puede darse cuenta que debajo de esa mirada amable hay un frío pensamiento dispuesto a conseguir lo que sea, de la forma que sea. Leyden firma sin que nadie le obligue, mientras que ante mis ojos Lucios dejó en evidencia que ese documento era más que un simple acuerdo. Aun estando de más, Leyden juro sin detenimiento que esto no volvería a ocurrir.

—¿Qué es lo que le has dado a firmar? —pregunté cuando ya estábamos afuera.

—Un acuerdo —responde, Lucios de inmediato mintiéndome a la cara.

Era obvio que mentía, pero el tipo estaba de mi lado y debía confiar en él. Me llevé la mano al bolsillo del pantalón y saqué un cheque.

—Tenga, entrégaselo a esa gente —asintió— en cuanto a sus honorarios...

—Usted no debe pagarme nada —responde—. Mis servicios han sido pagados con mucha anticipación.

Esboqué una sonrisa.

—¿Isabelle? —pregunté, a lo que asintió—. Bueno, yo debo irme a clase ¿Regresara a su casa?

—Así es, pero mantendré todo vigilado. Llámeme cuando lo considere necesario.

Asentí y estrechamos nuestras manos.

—Gracias por todo y, buen viaje.

La mañana del sábado varios ruidos y gritos terminaron por despertarme. Cuando me asomé por la ventana, logré ver que los autos de Bruno se encontraban afuera y que en gran parte de la casa se encontraban trabajadores, parecía que harían remodelaciones. Salí con la intención de ver a Bruno y a su vez saber qué es lo que harían.

Me acerqué a Guido, quien daba instrucciones al personal.



—Buenos días, Guido ¿Y Bruno?

—Buenos días, joven Barnes —me toma por el brazo y me aparta lo suficiente para que nadie escuche.

—No sabría decirle con exactitud, desde hace un buen rato desapareció solo dijo; que necesitaba estar solo. Luego corrió por la parte de atrás y desde entonces no le he visto.

Asentí comprendiendo. Atravesé a velocidad humana la casa de Bruno hasta llegar al patio y cuando supe que nadie me veía liberé aquellos ojos grises. El rastro era diminuto, a penas visible pero no había duda de que eran de Bruno. Corrí siguiendo el rastro hasta que llegué a las montañas blancas. La cima estaba cubierta de nieve. El aire era gélido, pero no molesto, al menos en este momento me era agradable... rico. Bruno estaba en la sentado en el borde, admirando el paisaje. Me acerqué a paso lento a un sabiendo que el ruido de mis pasos me delataría, y así fue, Bruno se volvió para verme.

—No esperaba menos de ti —dice y vuelve a centrarse en el paisaje. Lleva una playera igual de ligera que la mía, pero en azul mientras que la mía es blanca. Y Jeans azules.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, para luego detenerme casi junto a él, la vista era imponente.

—Siempre vengo a este lugar cuando siento que necesité recargarme, ayuda mucho —se toma un tiempo para seguir viendo, para recibir el aire gélido y prosigue—. No dormí en tres días pensando en mi futuro, no sabía lo que iba hacer y comprendí que lo mejor será alejarme de aquí. Inglaterra es y parece que será la mejor opción para mí, además Cambridge me ha aceptado.

Suspiré. No había mencionado nunca de eso... ¿Inglaterra?... ¿Cambridge? Según sabía el proceso de admisión era incluso más largo y tedioso que Stanford.

—¿Qué hay del proceso?

Bruno me mira, pero sus ojos no están viéndome. Se ve perdido, sigue dolido, demasiado.

—Somos inteligentes y ricos, Evian. A partir de ahora nadie te dirá que no, obtendrás lo que quieras y yo quiero Cambridge.

«Quería distancia, no Cambridge», pensé.

Agaché la cabeza, no sabía que nos tenía preparado el destino, pero lógicamente me dolía saber que se iría.

—Comprendo, ¿Y por qué hay tanta gente en tu casa?

—Harán unas pequeñas remodelaciones.

Había querido evitarlo, pero no podía, debía preguntarle.

—¿Por qué te vas? —pregunté. Casi de inmediato y con suma rapidez se paró junto a mí, extendiendo su brazo por mi clavícula como abrazándome.

Tengo que mover un poco el cuello para mirarle la cara y darme cuenta de que no es el mismo Bruno. Había dejado de ser cálido y se había vuelto frío, oscuro.

—Cuando llegué aquí lo hice con la intención de estar cerca de mi tía y ahora que ya no esta no tengo porque quedarme, además ya puedes defenderte solo.

—¿Qué hay de Sophia?

—Ira conmigo, le quiero y le quiero bien, queremos estar juntos. Lamento no haberte mencionado nada de esto, pero surgió de forma rápida.

Asentí para luego darle unas palmadas en el estómago. Me suelta y prosigue viéndome.

—Te entiendo, yo no sé lo que haré —dije encogiéndome de hombros—. Quiero a Ale y cuando toqué el tema de Stanford de inmediato me pidió que hiciera el proceso, aunque sinceramente ni tengo fe en quedarme. Y si quedo, no pienso dejarla.

—Debes de confiar en ti, si no lo intentas nunca saldrás adelante por ti mismo.

—¿Y tú confías en ti? —me mira con expresión sorprendida, una expresión que en realidad nunca había visto en él—. Sé lo que se siente, sé lo que sientes. Y puedo imaginar lo que piensas, sé que es horrible que alguien quien piensas que jamás se ira, un día se va y jamás regresa. No hay vuelta atrás, esa es la realidad que nos tocó vivir. Al final todos vamos al mismo sitio, donde incluso estos poderes serán insuficientes.

—Es diferente, tú y yo tenemos vidas distintas. Cuando tu hermano falleció lo viste por última vez ¡Cuando llegué solo había cenizas! —grita explotando en lágrimas y la nieve que había alrededor sale volando ante su poder— ¡Fue por eso que nadie pudo verla! —se llevó la mano al rostro—.

La única persona en el mundo que logró quererme, lo más cercano que tuve a una madre fue ella y ahora ya no estará.

Me quedé totalmente callado al no saber que responder. Al final de todo, el poder termina destruyéndote, pensé. Respiré profundamente y me acerqué para darle un abrazo que Bruno claramente necesitaba. Se dejó caer en mis brazos como un niño y lloró hasta que ya no pudo.

—Nunca me habías hablado de este lugar —le digo y me suelta para observar el paisaje.

Se queda callado un momento.

—No es un lugar al que pueda venir un humano —sonríe, como lo haría el Bruno de antes— es muy raro cuando alguien sube.

Cuando regresamos, los trabajadores ya habían hecho lo suyo y Bruno se notaba ligeramente mejor. En el transcurso de vuelta, menciono que deseaba hablar conmigo y mamá sobre un tema relacionado con Isabelle, por lo que se detuvo en su casa a tomar una carpeta. Cuando ve a mamá le da un beso en la mejilla y ella le da un brazo.

—¿Cómo ha estado, señora? —pregunta Bruno, para luego entregarle la carpeta con los documentos que llevaba en la mano.

—Bien, hijo ¿Y tú? ¿Y esto?

—Si, he estado bien... —sonríe, para luego observar la carpeta—. Seré un tanto breve porque debo hacer otras cosas. Estos documentos acreditan que la casa es totalmente suya, en pocas palabras ya no debe pagar un solo centavo —explica manteniendo la sonrisa.

Mamá se quedó hasta cierto punto confundida.

—¿Por qué haces esto hijo?, sabes que bien que ahora podríamos pagar la casa con lo que nos dejó tu tía.

Bruno se encoge de hombros.

—No es una decisión mía, solo hago lo que se me pidió. Ahora debo irme —se despide de mamá dándole un beso y un abrazo—. Nos vemos, hermano.

## Deseo.

La madrugada del once de noviembre cambiaron dos cosas. La primera era que a partir de hoy soy oficialmente mayor de edad y oficialmente sería un heredero. Más por lo primero que por lo segundo, celebré con mis amigos y Alessandra en un bar de la ciudad. Había bebido con moderación y en ningún momento me había sentido mareado.

Por la mañana cuando aún dormía, mamá comenzó a realizar una especie de aplausos y gritos en la habitación, que en cuestión de segundos me pusieron de malas. Abrió las cortinas para que entrara la luz y se acercó para darme un beso en la mejilla y un abrazo.

—¡Feliz cumpleaños! —me da unas palmaditas en la mejilla y añade—. Lávate la cara y baja por que el señor Darnell esta abajo esperándote.

Esboqué una sonrisa y asentí.

No me importo bajar con mi pantalón de franela y una palayera manga larga. Y parecía que al impecable Lucios tampoco, quien me felicito de forma muy mesurada, a su manera. Me mostró los documentos sobre la mesa y explicó lo que tenía firmar, cuando terminé se marchó y mamá comenzó a pedirme que saliera para ver lo que había afuera, pero no le hice caso.

—¡Asómate! —grita, mientras yo había comenzado a subir las escaleras para seguir durmiendo.

—Está bien ya... —dije admitiendo mi derrota y me asomé por la puerta, había un Audi A4, negro con un gran moño rojo, aparcado justo afuera de la casa. Silbé, era increíble, vaya si lo era—. Vaya mamá —la miré— es increíble, muchas gracias.

Deseaba seguir durmiendo, pero mamá tenía un brillo en la mirada que pocas veces veía. Así que tomé las llaves, arranqué el moño y la llevé a dar

un pequeño recorrido, en donde me recordó que más tarde haría una pequeña reunión por mi cumpleaños. Cuando regresamos, ya Guido esperaba a mamá para ir de compras. Me senté en el sillón de la estancia para hacerle compañía.

—¿Bruno está durmiendo? —pregunté.

—No, él ha salido —arqueé las cejas. Qué raro, pensé. A Bruno no se le da eso de salir los domingos por la mañana.

—Necesitó el favor más grande del mundo —dije y Guido asintió— quiero ir a Texas, pero creo que es muy temprano para andar corriendo por ahí —reímos— ¿Crees que puedas prestarme el helicóptero?

Las hélices del helicóptero hacían que un nerviosismo extraño surgiera en mí interior. Nunca había temido a las alturas o lo que eso conlleva, en esta ocasión era el destino al que iba quien lo causaba. El sol y el calor de Texas era justo tal como le recordaba; como una gran fogata.

Una camioneta de lujo aguardaba por mí junto al helipuerto y la gente me observaba como si fuera un famoso de Hollywood con mis gafas negras ¿Quién hubiera pensado que regresaría a este lugar siendo un millonario al que tratarían con tanta exclusividad?

Le dije al chofer que me llevara al cementerio nacional, en donde se encuentran todos los que han perecido en mi familia. El lugar estaba vacío, tanto que me di el tiempo de recordar la última ocasión que estuve aquí. Su sepultura no era difícil de encontrar, al menos no para mí.

Cuando la tuve frente a mí me agaché.

—Hola Mike, la última vez que vine fue cuando te metieron ahí para jamás salir... ese día fue el más triste de mi vida. Recuerdo que un día antes dijiste «todo estará bien, no tengas miedo». Pero, te equivocaste, un segundo después ya temía. El internado en Andover fue bueno, aprendí mucho, incluso toqué a una mujer, era de esas millonarias que me vio como un trofeo, nada personal. Ahora las cosas parecen cambiar, creo saber lo que es el amor, salgo con una mujercita que me hace feliz con solo verle a los ojos. Mamá la ha recibido muy bien y parece agradarle, creo que ahora comprendo

un poco de lo que sentías por Emma... Por cierto, mamá se enteró del rumor, sobre que tuviste una hija con ella, sé que solo son rumores, pero aun así la buscaré y me haré cargo justo como hiciste conmigo. Hablando de mamá, dejará de trabajar, aunque ella no lo sabe.

Detuve la conversación al percibir una mirada que era hasta cierto punto fuerte y de inmediato la encontré: era un don de quizás unos sesenta que rondaba el cementerio.

Se acercó y me miró con ligera frialdad.

—¿Pertenece a los Barnes no es así?

Lo miré fijamente y sonreí.

—Sí, pero soy alguien muy lejano ¿Por qué?... ¿Hay algún problema? — pregunté y me puse de pie.

Niega y sonríe.

—En absoluto, es solo que llamo mi atención ver a alguien tan parecido al difunto Benjamín Barnes —mi abuelo— usted es su viva imagen: grande, fuerte y habla con las sepulturas.

Me carcajeé. El don reflejaba humildad y un ser de buen corazón.

—¿Usted es el encargado?

—Así es, me encargo de que todas —señala las sepulturas— estén presentables para ese grandioso día, aunque no sé si estaré presente.

Esbocé una sonrisa.

—¿Quiere ganar un dinero extra?

—Por supuesto —responde rápidamente.

—Quiero que no le falte nada, que siempre este limpio. Tenga —saqué unos dólares que traía conmigo y se los entregué.

De inmediato se asombró.

—Es... usted... muy generoso —respondió ligeramente sorprendido viendo el dinero.

—Vendré cada que pueda, ah y no diga nada sobre mi ¿Estamos? — asintió— si alguien pregunta porque hace esto, responda que él —señalé la sepultura de mi hermano Mike—. Lo merece.

—Despreocúpese.

A mi llegada ya había varios autos aparcados afuera y enfrente de la casa.

Mi entrada fue como triunfal, sonreí en general, pero solo conocía a tres personas: Guido, mamá y Bruno. Pensaba que esto sería un poco más íntimo, pero me equivoqué. Mamá me presentó uno a uno con los invitados y rápidamente comprendí que debía vestirme para la ocasión.

En cuanto entré a mi habitación, la cama estaba repleta de regalos. No fue difícil darse cuenta de que en su mayoría eran relojes, perfumes, billeteras y corbatas. En el tocador había tres regalos. El primero era una botella de whisky mal amarrada a una caja de habanos Montecristo de número 4, que llevaba una nota;

*«Felicidades, hermano» Bruno.* Esboqué una sonrisa.

El segundo era de Sophia y el otro de Alessandra, inmediatamente tomé el de mi novia, que era una canasta de tamaño mediano con dieciocho diminutos regalos. Velozmente me acerqué a la cama y mandé a volar la sabana con todo y regalos. Como niño me recosté para observar con delicadeza cada uno, de entre todos los que más llamaron mi atención, fueron una piedra en forma de corazón y un pergamino envuelto con un listón rojo.

El pergamino decía;

*«Llegaste a mi vida en un momento en el cual siendo honesta no esperaba nada... mucho menos el amor. Llegaste sin avisar y te plantaste sin pedir permiso y sin importarte el tremendo caos que había en mi vida, caos que has acomodado pieza por pieza como un rompecabezas y lo has hecho con una paciencia sobre humana que solo he visto en ti. Llegaste para mandar a la mierda la soledad y apoderarte de mis pensamientos como un huracán que arrasa con todo a su paso... hasta mi pasado. Tu llegada llegó para alterar mis planes y mi idea sobre las cosas. Tu llegada fue magia, magia bonita que no cambiaría por nada en la vida porque te has convertido en algo esencial, porque antes de dormir tengo que escuchar tu voz a través del teléfono y después de colgar, la sonrisa invade mi rostro mientras que el recuerdo de tu cara somete a mis pensamientos. Al despertar necesito verte, escucharte y afortunadamente puedo verte... tocarte, besarte... probar tus labios de miel. Inhalar el perfume de tu ropa, el aroma fresco de tu piel, de tu cabello. Soy*

*afortunada también porque me tomas de la mano, acaricias mi cintura, mi cara y tus dedos rozan despacito mis labios. Ver tus ojos leyéndome el corazón a través de las pupilas y verte sin que te percatas es una delicia inigualable.*

*Eres algo que llegó para hacerme sentir viva, loca y un extraño, pero necesario sentimiento de paz y tranquilidad. Sé que llegaste para quedarte, cuidarme y para volver las mañanas, tardes y noches algo distinto... cálidas con esa esencia única que te caracteriza y que sueles dejar aun cuando te has ido a tu casa.*

*Tu llegada significa ese extra que necesitaba mi vida y que no sabía, hasta el día en que te vi por primera vez y moviste mis cimientos.*

*Te amo Evian Barnes, gracias por haber llegado»*

*Atentamente: Alessandra Lanz.*

Me mecí los cabellos, había sido hermoso. No había duda de que soy un hombre afortunado.

Entré a ducharme y cuando salí del baño solo llevaba puesto el bóxer. Estaba aún secándome el cabello de camino a la cama y cuando retiré la toalla, vi que Alessandra estaba frente a mí, observándome de pies a cabeza. Me detuve en seco, no la había escuchado subir las escaleras ni tampoco entrar, mi super oído había sido burlado con facilidad. Aquel vestido negro y ese escote ligeramente pronunciado me hicieron delirar en fracción de segundos. Esboqué sutilmente una sonrisa para que se acercara y lo hizo sin miramientos. Sus ojos se veían diferentes, ardían, como si el fuego brotara de ellos.

No lo pensó y tampoco dudo... se acercó a mi boca para besarme con pasión y recorrer mi cuerpo con sus manos. Dejé caer la toalla y la cargué tomándola por la cintura y un instante después caímos sobre la cama. Abrió las piernas y en cuanto me sintió encima, gimió por lo duro que ya me encontraba. Su cuerpo ardía, mientras mis labios recorrían de su boca a su cuello y le sujetaba las muñecas con una mano para que no me tocara y



tampoco se moviera.

—¡Apresúrense, que todos los están esperando! —grita una voz conocida, que en menos de nada supe que era de Sophia.

—Ya vamos —respondí en voz alta. Me dejé caer una vez más en Alessandra y acerqué mi boca a su oído— te salvaste... —susurré. Se pone colorada y se ríe de nervios. Me eché a reír. Le suelto las manos y me acaricia la espalda, evidenciando que ansiaba hacerlo.

Volvemos a besarnos y me levanto.

—Vístete, que te vas a enfermar —dice y me nalguea—. Te espero abajo.

Asentí, mirándola salir de la habitación... bueno, viendo sus curvas.

Me pongo un pantalón color beige, cinturón y zapatos café y una camisa manga larga negra. Al bajar todos me miran sonrientes, Alessandra me toma de la mano y se da el tiempo de preguntarme si me ha gustado su regalo a lo que respondí que sí, pero la forma en la que me mira, tan ella, tan única, termina haciendo que me sonrojé.

—¿Por qué te sonrojas? —pregunta a lo que sonreímos. A mi favor podía decir que era mi primera chica y era válido.

—Me pones nervioso —confesé y después miró a lo lejos en un intento desesperado por salir vivo de allí. Pero, en vez de ello vi a Brigitte conversando con mamá, Bruno y Sophia—. Vino tu mamá ¿Por qué no me habías dicho?

—Iba decirte, pero un chico semidesnudo me detuvo —vacila y me eché a reír.

Nos acercamos a ellos.

—Hola, ¿Cómo esta? —dije saludando a Brigitte.

—Muy bien, hijo —me da un beso en la mejilla y me abraza— feliz cumpleaños ¿Cómo te la estas pasando?

—Muy bien gracias, por cierto, ella es mi madre —digo mostrándole a mamá, pero es evidente que ya se conocen.

—Ale nos ha presentado —interviene mamá, a lo que asentí comprendiendo—. Ven, voy a presentarte a unas personas —añade mientras me toma del brazo.

—Se quedan en su casa.

En el patio trasero de la casa había dos mesas grandes y redondas e iluminación con pequeños foquitos, todo muy bien montado. Debía reconocer que jamás me habían celebrado un cumpleaños y este para ser el primero, tenía una estampa muy bonita. En las mesas se hallaban personas las cuales no tenía ni idea de quienes eran, en su mayoría amigos y conocidos de mamá, y amigos lejanos de la familia Barnes. Mamá me los presento a todos.

Los invitados de mamá alababan lo bonito que era el lugar, la casa y la tranquilidad que había. Me daba el lujo de escuchar alguno que otro comentario aun sabiendo que no era correcto. Y el vino ayudo a que las pláticas fluyeran, me preguntaba ¿Cómo caímos aquí? Bruno: un tipo que al igual que yo, desciende de una familia lo suficientemente extraña y aun así lo oculta con naturaleza. Que ama, respeta y adora a Sophia: una aparente chica normal con un sentido del humor muy marcado. Y por otro lado esta Alessandra: la mujer de los sueños de Morfeo, capaz de doblegarme con la mirada y hacerme sentir cosas que en la vida había sentido. Y por último yo: una especie de... ¿Hombre demonio?, que cuando pierde el juicio brotan sus raíces demoniacas, pero que estando cerca de ella el mundo se le olvida y que piensa en la posibilidad de decirle verdad, pero que tiene miedo. Muchísimo miedo al rechazo.

Sophia bromea con lo ocurrido en mi habitación y Bruno se disculpa por ello, añadió diciendo que intento de detenerla, pero sencillamente no pudo. Entre broma y broma, Ale se acercó a mi odio preguntando si deseaba probar el pastel que había preparado para mí, a lo que asentí esbozando una sonrisa.

Alessandra abrió la puerta del refrigerador y sacó un pastel de cajeta, que parecía una obra de arte, realmente lucia increíble.

No sé qué cara pongo, pero sonrió.

—Se ve delicioso —digo de forma sincera, mientras deja el pastel en la barra de la cocina y se da vuelta hacia el trincherero, mientras yo me pienso dos veces meterle el dedo al pastel.

Alessandra toma un cuchillo y regresa evitando mis intenciones. Corta un pedacito, se acerca y me lo da en la boca.

—¿Te gusta? —pregunta, mientras se recargaba en el borde de la barra y analiza mis gestos.

Asentí guiñándole el ojo.

—Demasiado —respondo sonriéndole. Se acerca de nuevo para darme un beso y me acaricia la mejilla con ternura—. Todo ha sido grandioso, gracias.

Instantes después aparece mamá acompañada de Bruno y Sophia y nos observan sonrientes. Mamá avanza hacia uno de los cajones de la barra y saca unas velitas para el pastel, sin borrar esa sonrisa de su rostro.

Me mira jugueteando con ellas.

—¿Compartirás el pastel? —pregunta. Esa pregunta únicamente tenía dos opciones de respuesta "si" y "no". Al responder que si: le pondrían las velas al pastel, pastel que me pertenece, que con mucho esfuerzo preparo mi novia y que además tendría que compartirlo con personas a las cuales no conozco y que aun no bastando lo dicho, me cantarían "feliz cumpleaños". Si respondía no: mamá de igual forma se sacaría otro pastel de la manga, le pondría las dichas velas y de todas maneras terminarían cantándome esa canción la cual apena a cualquiera.

—No.

—Te lo dije... —responde mamá sonriendo, dirigiéndose hacia Ale, quien me regaña con la mirada.

—No seas egoísta, prometo prepararte otro solo y exclusivamente para ti. Me encogí de hombros.

—No, no quiero, quiero éste. Además, mamá debe de tener otro por ahí y no quiero pararme frente a todos y que me canten.

—Tienen que hacerlo, es una tradición... —interviene una voz conocida. Era Valentina, quien llegó acompañada de la tía Diana.

Alzó las manos en señal de impotencia.

—Todos están en mi contra, ¿Tradición? ¡Por favor! —se acercaron y me felicitan de una manera muy cordial. Lucían un tanto diferentes, por no decir que radiantes— ella es Alessandra Lanz, mi novia. Ale ella son mi prima Valentina y mi tía Diana —las presento y la expresión en el rostro de la tía al decir "novia" se lleva la noche.

Se saludan cordialmente y tanto Valentina como la tía, se sorprenden con

la belleza de Alessandra.

—Hasta que te conozco una novia, cabrón—vacila Valentina, y Alessandra sonríe sabedora que es el primer amor.

Al final de todo terminaron cant ndome "feliz cumpleaños" y embarr ndome el rostro de pastel. Alessandra tampoco se había salvado ya que mientras me quitaba el pastel, le embarraba un poco y se lo quitaba a besos. Las suegras habían reído y parecía que se habían caído bien. Todo había sido bonito ante mis ojos. Los invitados comenzaron a retirarse, entre ellos Ale y su madre. Bruno y Sophia lucían un tanto ansiosos, caminaban de un lado a otro. Guido por otra parte había desaparecido, algo que no era muy común en él, mientras que Valentina pedía mi compa a para disfrutar de un cigarrillo.

Ella había comenzado el vicio del tabaco a temprana edad, quiz a a los catorce. Y un año más tarde le seguí, pero de inmediato lo dej , ya que, en sí, jams le encontr  algo bueno, cosa contraria a Valentina quien necesita al día entre siete y ocho cigarrillos. La acompañe a las afueras de la casa, en donde encendió el cigarrillo y le dio una desesperada chupada.

— Sigues fumando? —pregunta ofreciéndome sus cigarrillos, mientras se recarga en su coche.

Negó, no recordaba la última vez que lo hice... quiz a en el internado.

— Qu  tal sigue Leonel? —pregunt .

—Mal —responde a secas.

—Sabes que no quería hacerlo... aunque creo que mis explicaciones est n de más.

— Cu ndo creciste tanto? Has cambiado demasiado —dice cambiando el tema de la conversación.

—Bueno, eso es algo normal tomando en cuenta que alcancé la mayoría de edad.

Asiente, pero en realidad no toma en cuenta mis palabras... como siempre.

—Por cierto, es muy bonita.

Sonreí.

—Si, lo s .

—Pero mírate, de la nada sonr es y hasta te brillan los ojos —lancé una

risa nerviosa y me guardé las manos a los bolsillos un tanto apenado— se ve que es especial.

—¿Alguna vez has visto a alguien que no pensabas que existía y justo ahí se convirtió en una necesidad? —negó con la cabeza—. Pues a mí me sucedió: resulta que cuando sentía que me caía a pedazos y pensaba que no podía querer a alguien llevo ella.

Le dio una nueva chupada al cigarro y miró hacia el frente.

—Estas enamorado, eso le sucede a cualquiera.

Agaché la cabeza.

Estos momentos los aborrecía, ¿Para qué quería mi compañía si todo lo que le decía le daba igual? Aun así, guardé compostura.

Camina hacia el Audi y me mira.

—¿Lo compraste?

Ladeé la cabeza. Desconocía el capital con el cual mamá lo compro, pero lo más probable es que lo hizo con el que Isabelle me dejó, así que digamos que me lo autorregalé. Pero, como a Valentina le va a dar igual, mi respuesta será breve.

—Si...

—Por cierto —se acerca con suma curiosidad— ¿Me vas a contar la historia de la herencia esa? Se dice que...

Fruncí el ceño.

—No —interrumpí de forma fría y Valentina da un respingo—. Me molesta que las personas inventen cosas, así que prefiero que te calles y te vayas a la mierda.

Me doy vuelta hacia la casa dejando a Valentina sola y antes de que pudiera entrar, mamá me detiene en la puerta con una mirada fría y autoritaria, algo poco común en ella. Lo primero que se me viene a la mente es que la tía Diana acaba de decirle algún chisme, así que la observo con el ceño fruncido, pero es incapaz de sostenerme la mirada. Cuando Michael tomó la decisión de vivir en Texas, la familia o para ser exactos las hermanas de mamá, hablaban de que mi hermano trabajaba para alguien con mucho poder en los Ángeles y que no era del todo legítimo. Crearon demasiadas incógnitas y la única persona que hacía frente a todas estas era mi madre, mientras que Michael no le daba importancia, pero conmigo las cosas son distintas.

—Necesitó que vayas a comprar un par de cosas —dice mamá para mi sorpresa.

—Mamá, por si no te has dado cuenta, el minisúper más cercano está a quince minutos, puedo ir mañana.

—No —dijo con voz autoritaria— quiero que vayas ahora, necesitaré las cosas para mañana en la mañana y quiero que vayas en éste preciso instante.

¿Por qué lo necesitaba ahora? ¿Por qué lo pedía de esa forma?

—Iré mañana, tendrás tus cosas a primera hora.

—Ve ahora —insiste.

—Pasaste no sé cuánto tiempo con Guido haciendo las compras ¿Y algo se te olvidó?

—Si, se me ha olvidado y quiero que vayas ahora. Ve en tu auto nuevo, así tardaras menos de quince minutos —dijo elevando el tono de voz.

—No voy a ir, mamá —sentencié y pone los ojos en blanco, pero me deja entrar a la casa. ¿Qué culpa tengo de su enfado?

—¡Toma las llaves del coche y ve por lo que te he pedido!

Hice oídos sordos al acomodarme en uno de los sillones de la estancia. Como era de esperarse los gritos e intentos desesperados de que me largara atrajeron rápidamente a Bruno y a Sophia, el primero se notaba preparado para cualquier situación en caso de que ni yo mismo pudiera controlarme, algo que era absurdo.

—Te acompañamos —interviene éste—, debo ir a dejar a Sophia a casa, sus papás no le responden el teléfono.

Ahora comprendía el nerviosismo de ésta, asentí y me puse de pie.

—Bien vamos ¿Qué compraré? —pregunté, mientras veía como las expresiones de mamá, Bruno y Sophia denotaban alivio.

Mamá se acercó a unas de las mesitas en donde estaba el teléfono y una libreta de bolsillo. Escribió algo, arranco la hoja y me la entrego. Tomé las llaves del coche y nos fuimos. Conduje directamente a casa de Sophia en donde las luces estaban pagadas y los novios lucían nerviosos, algo no andaba bien. Bajamos del coche y al acérmanos a la puerta, Bruno y yo

intercambiamos miradas, era evidente que algo o alguien estaba dentro. Había ligeros murmullos. Bruno inserto la llave de forma protectora para con Sophia mientras yo me quedé detrás para cuidarles las espaldas. Toma una ligera pausa antes de completar el giro de la llave, entonces cerré los ojos y tomé aire, inhalé un sin fin de aromas, entre ellos el de Alessandra.

Abrí los ojos y rápidamente Bruno abrió la puerta, pero aquella última sonrisa nerviosa les había delatado.

—¡Sorpresa! —gritaron. Las luces fueron encendidas y aquellos murmullos se convirtieron en risas pertenecientes a casi toda la generación del último grado. Al frente de todos estaba Alessandra quien corrió hacia mí para abrazarme.

—¿No te lo esperabas verdad? —pregunta Bruno riendo, mientras era abrazado por Sophia, la nominada a mejor actriz, quien se reía.

—Todo ha sido idea de Ale —puntualiza, Sophia.

Sonreí.

El plan había resultado y la fiesta desde luego dio su comienzo. Alessandra me tomó sutilmente por el cuello y por acto final me beso manteniendo la sonrisa.

—Este ha sido nuestro último regalo, espero y te guste. He invitado a todos sin excepción, ¿Te gusta? —pregunta mientras me muestra todo.

—Por supuesto que me gusta. Gracias, ¡Gracias a todos! —era inevitable sonreír. Esta mujer me había obsequiado quizás el mejor día en mucho tiempo y no podía quitarles el mérito a mis amigos— en verdad gracias.

—Bueno, hay que pasarla bien —dice Bruno— disfruta tu noche hermano, ¡Felicidades!

Recibí abrazos de todos y brindé con todos a la distancia agradeciendo su presencia y la pasamos bien. Después, Alessandra me llevo a una terraza, en donde nadie nos molestaría. Una vez en la terraza me suelta de la mano y camina hacia una mesita en donde había una cubeta de acero inoxidable y de la que sobresalía una botella de Moët. Sirve el champagne en dos copas de flauta y vuelve conmigo.

—Salud, por muchos cumpleaños como este —dice y chocamos nuestras copas.

—Salud.  
Brindamos.

La vista que ofrece la terraza me parece maravillosa e inconscientemente me tomó un tiempo para apreciarla de nuevo. La casa de Sophia es muy grande, cuenta con varios balcones y esta terraza que ha sido hecha estratégicamente en un punto en el que se puede apreciar la maravillosa vista de las luces de Manchester. Y eso era lo que veía. Me tomé otro tiempo para observar el sofá que había junto a la mesita, en donde estaba el champagne y de pronto me quedé sin pensamientos, hasta que sentí la mirada de Alessandra, quien estaba viéndome con una sonrisa preciosa.

Sonreí.

—Tienes una sonrisa, hermosa —dice y me gana la risa de la vergüenza. Me guardo las manos en los bolsillos y entonces siento la nota de mamá y recuerdo que debía hacer las compras. Al desarrugarla esta decía; «*Felicidades hijo, disfruta tu noche*». Sonreí y se la enseñó a Ale, había sido un buen plan—. Me dijeron que te pusiste rejego.

Me encojo de hombros y me eché a reír. Me acerqué y le doy un beso en la boca y posteriormente otro en la frente.

—Muchas gracias por hacer que este día dejara de ser algo normal.

Ale reposa su rostro en sobre mi pecho, se queda ahí un par de segundos y luego volvió a mirarme.

—¿Por qué eres tan diferente? —pregunta y ladeé la cabeza esbozando una sonrisa.

—Todos lo somos.

—No, tú eres distinto. Tu mirada, tu voz, todo te hace diferente. Cada que estamos juntos me siento segura, siento que harías cualquier cosa para protegerme.

Asentí.

—Y lo haría —respondí.

—Has traído algo más a mi vida y puedo sentirlo día a día con cada mirada. Me he vuelto admiradora de tu sonrisa, de tus labios. Sé que he dicho demasiadas palabras, quizá porque estoy un poco ebria, pero te amo — exclama y de sus ojos brotan algunas lágrimas— nunca había sentido esto y tengo miedo de perderte, de que te vayas.



La abracé, luego tomé su cara y con las yemas de mis dedos le quité las lágrimas que caían de sus ojos.

—Yo también te amo, mi amor. Soy consciente de lo que sientes porque desde el primer instante en el que te vi te ofrecí mi amor aun sin haber cruzado palabra. No me iré, puedo prometértelo porque siendo honestos, no sé lo que pasaría conmigo sin tu presencia.

Nos sentamos en el sofá y ella toma mi pecho de almohada, la rodeé con mis brazos y de ese modo esperamos el amanecer.

—Gracias por darme el mejor cumpleaños —agradecí, cuando los pequeños rayos del sol comenzaban a salir. Me mira y esboza una sonrisa cansada, hermosa... tan ella.

La tomé entre mis brazos y la llevé al auto, y antes de recostarla en su cama le quité los tacones y así la observé dormir hasta que tuve que desaparecer por que Brigitte entro.

Transcurría la primer semana de diciembre. Días antes había cumplido con el tedioso proceso de admisión a Stanford, las entrevistas y todo lo correspondiente. No tenía ninguna aparente preocupación, aunque algo iba y venía en mi mente una y otra vez. Y mientras esto ocurría, mis amigos planeaban hacer un pequeño viaje con motivo del cumpleaños dieciocho de Joel.

—Esto se realiza desde que Joel cumplió quince años —me explicaba Bruno entre risas—. Su madre deseaba hacerle una fiesta en donde le vestirían de traje, invitarían a todo el mundo y bailarían el vals. Pero se negó —«y no me extraña», pienso irónicamente—... le daba vergüenza. Entonces decidimos viajar, pero nos divertimos tanto que decidimos hacerlo cada año.

El rubio Joel, era considerado alguien alegre, casi siempre aportaba el extra en cada fiesta. Pero bebía demasiado y la mayoría de las ocasiones terminaba sumamente mal. Al comienzo pensé que quizás era parte de la diversión, pero aquellos excesos iban en aumento. Alessandra y Bruno le cuidaban, decían que sus problemas en casa eran demasiado grandes como

para un chico de diecisiete.

Estar en casa de Bruno termino convirtiéndose en algo habitual, nos encontrábamos —Joel, Giuliana una amiga de ellos, Bruno, Sophia y Ale— organizando el viaje (o trataban de hacerlo), mientras un servidor estaba recostado en el sofá limitándose a reír. Joel muy a su manera explicaba que deseaba, necesitaba ir a Las Vegas, pero Bruno pensaba que no era necesario.

—He ahorrado durante un tiempo y debemos ir —expresa, Joel con seriedad.

—Denver está bien, ¿Para que ir a las Vegas si no podremos apostar como se debe? —le responde Bruno, ya un poco harto... la negociación se había extendido y me echó a reír.

—Eso, al igual que todo tiene solución, falsificaré credenciales, aunque para ello necesitaré fotografías de todos —replica Joel y todos nos echamos a reír.

—¿Crees que podrás engañarles? —pregunté—. No es como aquí que puedes comprar cerveza y cigarrillos desde los trece.

—Todo el mundo sabe que en Las Vegas a nadie le interesa saber quién o que eres. Lo único que importa es el dinero que puedas dejar en el casino —ladeé la cabeza, tiene razón—. Además, ninguno de nosotros parece menor... sobre todo ustedes dos —concluye refiriéndose a Bruno y a mí, que nos observamos y las chicas analizan lo dicho por Joel.

Llegar a un acuerdo no fue sencillo, pero al final del día todo estaba planeado. Por la noche, pensaba en aquello que me daba vueltas en la cabeza, fue entonces cuando marqué el número telefónico de la única persona que podría ayudarme, Lucios Darnell. Tenía que admitir que desde mi cumpleaños solo pensaba y pensaba en reivindicarme con Alessandra. A esto había que añadir que el asunto de ocultarle mis poderes me tenía con un remordimiento enorme... no podía esperar a Julio para darle un regalo, debía de ser en navidad, sin embargo necesitaba ayuda.

—Buenas noches, habla Evian Barnes —dije al teléfono— disculpé por llamarle tan tarde.

—No se preocupe aun leía —respondió, Lucios con la calma que le

caracterizaba.

—Me alegra saberlo.

—¿Ha surgido algún problema? —pregunta sinceramente preocupado.

—No, no para nada, le he llamado para pedirle un favor.

—Le escucho.

Isabelle contaba maravillas de Lucios, al grado de considerarle su más fiel amigo. Explico que no es una persona a la que deba contarle mil historias sobre lo que necesito; «sus raíces sicilianas lo hacen todo mucho más sencillo», decía Isabelle.

Hace no mucho mientras me encontraba con Ale en su habitación, me percaté de su gran fanatismo hacia The Beatles, y digo sinceramente ¿Quién no? Desde ese instante pensé en comprarle un disco, pero un disco sería solo eso: un disco. Ella merecía algo especial, exclusivo y diferente. Y todo eso se encontraba en un solo sitio.

—El día diecisiete una persona en Dallas realizara una subasta, y entre los artículos hay uno que me interesa demasiado, su nombre es Sgt. Pepper's Lonely...

—Lo tendrá —interrumpió entre una diminuta risa.

—Hágalo de favor con la mayor discreción —añadí.

Presentía que esa subasta llamaría la atención de muchísimas personas. Treinta mil dólares era el precio de salida, pero ese disco es considerado una reliquia (Ale y yo diríamos que es un patrimonio de la humanidad) por lo que el precio aumentaría, sin dudar.

—Entiendo, no tenga cuidado.

—De antemano gracias y buenas noches.

—De nada, e igualmente —Darnell colgó.

El día había llegado, las vacaciones comenzaron oficialmente por lo que nos dirigimos al aeropuerto donde nos esperaba un jet. Estando cerca de la pista, Bruno y Guido conversaban con el piloto, quien por cierto es gran amigo de los Grimaldi, mientras que Joel y yo éramos espectadores a la distancia. Sophia, Giuliana y Ale murmuraban dentro de la camioneta, pero

esta última me miraba sonriente. Aquella conversación era muy clara... bastante, pero hice oídos sordos, al fin y al cabo, eran cosas de chicas...

Cuando despegamos, todos lucían radiantes. Creo que en otro tiempo me hubiera reído en sus caras, tanto amor me hubiese empalagado, pero ahora me daba gusto haber encontrado a estos amigos. En el transcurso, Ale confirmo algo que ya sabía: iría a Londres el día del cumpleaños de Joel. Su padre tendría una serie compromisos y deseaba tener cerca a su familia, por lo que volvería a verla hasta el día veintitrés de diciembre. La noticia no me tomó por sorpresa, días antes lo habíamos platicado, pero aún no había nada en firme. Debía admitir que se me formaba un nudo en la garganta solo de pensar que no la vería durante varios días.

Eran las seis de la tarde cuando el avión aterrizó en Denver, Colorado. En cuanto llegamos al hotel, un sujeto elegante y de facciones agradables nos recibió.

—Sean bienvenidos, es todo un honor recibirles —dijo con gesto alegre. Se acerca a Bruno y se dan corteses apretones de mano y un efusivo abrazo— cuando dijo que venía, no lo podía creer —prosiguió—. En verdad es un honor recibirle de nuevo.

—El honor es nuestro, Tom —respondió en apariencia un halagado Bruno. Quien se tomó el tiempo de presentarnos—. Evian, él es Tom Geary, Tom, él es Evian Barnes.

Me sonrío. Geary y yo estrechamos nuestras manos.

No tenemos que registrarnos ni nada por el estilo, aparecen dos señoritas y dos muchachos y nos guían a nuestras habitaciones en donde ya se encuentra nuestro equipaje. Cada quien se instala con su pareja. Bruno cumplió con lo solicitado; «reserva lo mejor, quiero que se sienta cómoda», le dije en su momento y cumplió con creces. La habitación es impresionantemente bella, espaciosa y cálida.

Conversábamos con Tom Geary en uno de los restaurantes del hotel mientras esperábamos a las chicas. Bruno le comentaba los deseos de Joel por

celebrar su cumpleaños en Las Vegas.

—Por supuesto, no habrá ningún problema —respondió, Geary encogiéndose de hombros de forma relajada—. Tres o cuatro años de diferencia no causaran una negligencia mundial, menos en las Vegas.

Nos echamos a reír.

En uno de los libros que heredé de Isabelle, ella describe —parte de Lucios— a ciertas personas las cuales, digamos podrían ayudarme en ciertas cuestiones en caso de tener alguno que otro problema; banqueros, fiscales, gobernadores, cenadores, policías, ingenieros, arquitectos, abogados, contadores, agentes inmobiliarios y hoteleros, en esta última lista solo había un nombre, Tom Geary. Tom posee varias propiedades hoteleras que obtuvo gracias a la financiación de los Grimaldi... puntalmente de Isabelle. Por ello éramos tratados con muchísimo respeto.

Observé la entrada del restaurante y a parecen Sophia y Giuliana, pero no Alessandra.

—¿Por qué no ha bajado? —le pregunté de manera impaciente a una Sophia que no paraba de mirar a Bruno.

—Contrólate, se está arreglando para ti —responde, para después volverme a ignorar, me reí entre dientes.

Geary se retira al darse cuenta de Bruno pone toda su atención en Sophia, al igual que Joel en Giuliana, mientras que yo me encuentro solo y me empiezo a desesperar. Los minutos transcurrían lentamente, tan lentamente que era increíble. No había una sola señal de Ale y sin darme cuenta caminé hacia la salida. Pero, una ligera risa me hizo ver atrás, era Sophia quien me sonreía.

Una vez frente a la puerta de la habitación le di unos ligeros golpecitos, pero no hubo respuesta, así que terminé entrando. Las luces estaban apagadas, pero había una que provenía de la habitación principal.

—¿Ale? —dije mientras buscaba. Pero la búsqueda fue sumamente breve. Estaba parada al pie de la cama y traía puesta una diminuta bata transparente

color azul.

Una luz tenue iluminaba la habitación y Alessandra se veía hermosa, sensual. Me quedé callado y tragué saliva. Su hermosísimo rostro brillaba, y sus mejillas eran rojizas, quizá como los atardeceres de abril. Sonríe nerviosa, pero hermosamente. Aquella belleza bloquea mi respiración, para después acelerarla. Mi notable nerviosismo no evito que nos acercáramos como somnolientos de la impresión. Sus pasos eran livianos, tanto que asemejaba que el viento la cargaba. Pone una mano en mi pecho y otra en mi mejilla e inhalamos nuestro aroma, besé su mano, la que estaba en mi cara y después besé sus labios y sus mejillas. Aquel imán de sensaciones unía nuestros labios de forma sutil, besarle era algo que la delicia no comprendería. Desabrochó lentamente los botones de mi camisa blanca, e introdujo su mano acariciando mi torso de arriba abajo, observando las líneas y nos acariciamos sin temor alguno, como títeres controlados por la pasión. Extendí mis brazos y me quito la camisa. Hizo lo mismo con el pantalón y entonces la tomé de la cara para besarla con pasión y hundir mi lengua en su boca y ella gimió arañándome la espalda. Abrí la boca y hundió su lengua, entrecortando mi respiración. De manera veloz, sencilla e inexplicable llegamos a la cama. Abrió las piernas y me dejó caer sobre ella y mientras seguía recorriéndola con mis manos. Le besé la boca, la cara, la oreja, el cuello hasta llegar a sus pechos. Llegué a su ombligo y mi lengua bajo hasta llegar a sus bragas, se las quité y después alcé las manos para tocar sus pechos y sentir como se elevaban y endurecían. Alessandra jadeo y cuando abrió los ojos me vio de nuevo encima de ella metiendo mis dedos entre su pelo para sostenerla. Hundí de nuevo la lengua en su boca y cuando me sintió ahogo su grito en mi boca, abriendo los ojos.

Por la mañana, los ligeros rayos de sol que escapaban de la cortina hicieron que terminara por despertarme. Estaba exhausto y ella durmiendo reposada sobre mi brazo, tan dulce y noble que detonaba su hermosura a niveles inexplicables. Nunca había hecho algo sin igual a lo de anoche, ese sin fin de sensaciones, tan extrañas, tan extraordinarias, sin lenguaje y que solo el corazón podía comprender. No cabía duda, ahora pertenecía al grupo selecto del tan llamado primer amor, de esos que nos entregamos por completo, con todo el amor posible aun sin saber cuál será el resultado final.

Me ardía y dolía gran parte de mi cuerpo, como rasguños y golpes. Mientras que mis labios estaban por demás mordidos. En cuanto Alessandra abrió los ojos, me observo con un brillo extraordinario, entonces nuestras sonrisas brotaron como el agua de los ríos, mientras que las mariposas atacaban mi estomago sin piedad alguna.

—Buenos días... —dije mientras se estiraba. Se acerca amorosamente y me da un beso en la boca.

—Buenos días, mi rey —respondió entre mis brazos. Cálidamente acaricia mi torso de arriba abajo observando mi abdomen y después me mira a los ojos—. Te amo.

—También te amo, mi amor.

Acerca su mano a mi rostro y observa mis labios.

—Lo siento, no ha sido mi intención.

Negué levemente.

—No te preocupes —acaricié su rostro, dándole a entender que no pasaba nada y ella lo comprende. Sigue acariciándome el torso, mientras observa con cierta curiosidad mis hombros, cuello, pecho y brazos.

—¿Acaso no tienes cicatrices?

Sonreí, era cierto: mi cuerpo no tenía cicatrices.

—De seguro si —respondí, mientras su mirada curiosa daba un giro desconocido.

Reposa su cara en mi abdomen sin dejar de mirarme.

—Eres alguien muy bello —suelta en tono cálido.

—Por Dios, mírate. Tu belleza es impresionante —repliqué acariciando su mejilla y reposa su mano encima de la mía de forma pensativa, tanto que anhelaba poder saber lo que pensaba.

—A sucedido —exclama— has entrado a lo más profundo de mi corazón, he perdido la virginidad con alguien a quien amó con todas mis fuerzas, me has llevado al cielo —sonreí un tanto apenado. Nuevamente beso mis labios y se bajó de la cama con la intención de recoger sus prendas. Pero, mi camisa fue lo más cercano— ¿Cómo me veo?

—Hermosa —respondí sonriente. Me paré de la cama y tomé mi reloj del suelo y éste marcaba las 7 de la mañana. Lo dejé en el buró y Ale tomó su equipaje para seleccionar lo que se pondría. Me acerqué a su espalda

velozmente sin que se percatara, besé su cuello y la abracé—. Voy a ducharme.

Se dio vuelta y asintió acariciando mi rostro y me regalo uno de esos besos con un te amo marcado.

En el baño me observé desnudo en el espejo y comprendí porque me ardía la espalda, estaba totalmente aruñado. Era increíble que las marcas aun estuvieran, las ultimas que había recibido habían sido sanadas en segundos, pero estas increíblemente no.

El agua caía sobre mi cuerpo. Mis emociones y limitadas frustraciones me permitían comprender que era el momento adecuado para entregarle el colgante, el mismo colgante que se encontraba dentro del libro *Carminibus*. Su forma y calidad asemejaban que se trataba de un colgante cualquiera, de esos costosos que van de generación, en generación dentro de una familia. Pero, éste era especial.

*"En el mundo existen cosas diferentes. Al igual que tú, éste colgante no es la excepción, ya que protege al portador. Solo hay cuatro personas que poseen estos amuletos; Aurora, Guido, Bruno y tú. Deberás elegir muy bien al portador, una vez que lo hayas hecho no hay marcha atrás. Tómallo entre tus manos y susúrrale; «De ahora en adelante deberás proteger (seguido del nombre)». El colgante reconocerá tu voz y jamás volverá hacer tuyo, ya que solo reconocerá a su dueño. Encárgate de ponérselo",* decía Isabelle en uno de los libros.

El agua seguía cayendo, cuando la puerta se abrió tan inesperadamente que aún no lo creía. Alessandra entro libre de prendas, con ese caminar sutil y distinguido que erizaba mi piel. El agua caía en su cuerpo perfectamente moldeado a dimensiones exactas. Guardamos silencio perdidos en nuestro mundo, convirtiendo las palabras en besos y saltándonos el cortejo.

Cuando terminamos de amarnos por segunda ocasión y nos arreglábamos para ir a desayunar con los demás, me alejé hacia el balcón. Saqué el colgante del bolsillo del pantalón y lo llevé cerca de mi boca.



—De ahora en adelante, deberás proteger a Alessandra Lanz —susurré y seguido de esto un ligero brillo verdoso recorrió el colgante y sus incrustaciones, señal de que había reconocido mi voz.

—Ya estoy lista, vamos —dice.

Guardé el colgante de nuevo en el bolsillo y entré a la habitación mientras Alessandra revisa su bolso, tan despreocupada, tan entretenida que me quedé viéndola tomándole una fotografía mental.

—Ale —le dije e inmediatamente me observa curiosa.

—¿Qué pasa? —pregunta, y me la quiero comer a besos, se ve preciosa. Me la quedo viendo quien sabe por cuánto tiempo y se ríe de nervios—. ¿Qué ocurre?

Sonreí. Me acerqué sacando el colgante del bolsillo, ella lo ve y se ríe.

—Soy, no sé un poco malo con las palabras, pero debí haber hecho esto desde que despertaste y decir; amor, con esto siempre tendrás un recuerdo de lo maravilloso que fue nuestra primer noche —sonríe y sus mejillas se ponen coloradas—. Pero, no he encontrado el momento adecuado, aunque sé que a tu lado cualquier momento es maravilloso —me coloqué detrás, mientras ella levantaba su cabello y le entregué lo que desde hoy le pertenecería. Le di un beso lento en la parte trasera del cuello y luego se vuelve para que vea como le queda el colgante. Aquel brillo verdoso del colgante regresaba ahora reconociendo a su dueña— esto complementa los recuerdos —añadí esbozándole una sonrisa

Las horas en Denver fueron básicamente pocas. Salimos de la ciudad —en una camioneta asignada por Tom Geary— a la que sería nuestra siguiente base, Aspen Colorado. El recorrido había sido verdaderamente sublime, el paisaje en blanco con el marco de las montañas, los arboles dorados y la sensación hogareña culminaban aquella estampa. Nos instalamos en un hotel del centro de la ciudad donde la vista seguía sorprendiéndonos.

Nadie interrumpía la privacidad de nadie. Por las noches nos despedíamos y nos volvíamos a ver las caras en el Hickory House, un restaurante que se volvió nuestro punto de reunión y lugar indicado para desayunar. Visitamos Maroon Bells, Silver Queen Gondola, Independence Pass. Todo daba como resultado la palabra increíble, ya que en verdad era un lugar fantástico.

Estábamos de un lado al otro, las caminatas resultaban un tanto extremas para las chicas, por lo que nosotros no tuvimos problemas en llevarlas en nuestras espaldas. Al final del día, a excepción de Bruno y yo, todos terminaban agotados. Aun así, Alessandra y yo disfrutábamos los amaneceres y anocheceres, sin una ley y sin ninguna obligación hacíamos el amor en cuanto cerrábamos la puerta de la habitación. Nos amábamos con intensidad.

El día diecinueve de diciembre Joel cumplió sus dieciocho años y con ello llego el día en que Alessandra y yo tuvimos que despedirnos con lágrimas en los ojos por un par de días. Los cinco días en Aspen resultaron maravillosos, quizá extraordinarios y a su vez pocos. Aspen se encargó de poner en su lugar a él empedernido de Joel, que en las últimas horas se notó arrepentido con la intención de marcharse ya que había liberado sus sentimientos para con Giuliana. Aun así, esto no evito seguir con los planes de celebrar su cumpleaños en Las Vegas.

Los días restantes en Nevada, fueron apáticos para mí, aunque desde luego me sentí afortunado de poder sumar un lugar nuevo a la lista de lugares por conocer. Me divertí con mis amigos quizá como nunca lo habíamos hecho, pero era normal que en el fondo extrañara a mi Alessandra.

En el aeropuerto de Manchester, Guido nos recibió junto a la camioneta de forma educada y servicial, algo a lo que siempre hacia honores. Joel, Sophia y Giuliana habían dormido en todo el vuelo... digamos que la estancia en Las Vegas los dejo en muy malas condiciones, como de costumbre los únicos en pie éramos Bruno y yo. Las Vegas había hecho que el amor de Bruno y Sophia se mantuviera tan firme como el de una roca, mientras que a Joel y a Giuliana les había durado muy poco el amor.

En cuanto a mí, tres días y sus noches habían sido necesarias para darme cuenta de cuanto necesitaba a Alessandra; la amaba, la quería y la extrañaba.

—¿Ha disfrutado del viaje? —me pregunta, Guido disipando mis pensamientos, haciendo que deje de ver por la ventana y lo observé, esta tarde soy su copiloto mientras él conduce.

—Si, Guido ha sido increíble ¿Qué tal lo ha pasado, mamá?

—Al parecer bien, han llegado familiares a visitarle, pero no se han quedado en casa.

¿Familiares?... No sabía de quienes se trataba, pero me aliviaba el hecho de que no compartiría el techo de mi casa, y no por egoísta sino porque en verdad la mayoría mi familia, es... despreciable.

Después de haber dejado a Sophia, Giuliana y a Joel sanos y salvos en sus respectivas casas, Guido le informo a Bruno que parte de los Grimaldi habían llegado para pasar Navidad y año nuevo con él y éste reaccionaba de buena forma, cosa contraria a mí. Necesitaba y anhelaba estar solo, no escuchar nada. Pero, en cuanto la camioneta se detuvo frente a casa me percaté de que las palabras de Guido se hacían realidad. Sin esforzarme demasiado, observé que todos comían y disfrutaban del domingo en el jardín, como una familia relativamente unida.

Agradecí a Guido y Bruno todo lo que habían hecho. Y en cuanto puse un pie en casa, mamá no tardo en recorrer el jardín y la casa para recibirme. Detrás de ella caminaba un rostro conocido, Stephanie a quien desde hace mucho no veía y a quien que por lógica abracé con entusiasmo.

En poco tiempo todos se acercaron a saludarme, a mi alrededor se encontraban; la tía Diana, Valentina, Leonel —increíblemente—, Víctor y Thomas —primos, treinta años más grandes que yo— y sus respectivas familias. Ellos al igual que mamá y Michael, decidieron vivir lejos de los beneficios económicos de los Barnes ¿Las razones?, superarse por sí mismos y dedicarse a lo que aparentemente les gusta.

La familia de Víctor consta de dos hijos varones —que son mis sobrinos y que son de mi edad—, y su esposa. La de Thomas tres hijos —dos varones y una mujer, de igual forma son mis sobrinos y casi de la misma edad—, y su esposa. A pesar de no ser hermanos ambos son parecidos, regordetes, pero eso no limita su fuerza, de tez moreno claro. Cabello oscuro, ondulado, pero con ligeras canas, y ambos con personalidades totalmente distintas.

Víctor es hijo de la tía Evelyn —la misma que Oberón nombro— y es

catalogado; como un alegre innovador, ambicioso, capaz de persuadir a quien crea conveniente para obtener lo que necesita, en pocas palabras un arma de doble filo.

Hace unos años cuando recién nos instalábamos en Texas, a Michael poco le importo gastar en una casa enorme y en lujos, sin querer, esto llamo demasiado la atención de la familia. Una tarde la tía Evelyn se acercó a Mike con la intención de ayudar a mamá a encontrar un colegio adecuado para mí, éste le respondió de manera ecuánime; «No es necesario que se moleste tía, él no vivirá aquí. Su futuro está asegurado en un internado». Estas palabras permanecieron poco tiempo en ella, y en menos de no sé cuánto, toda la familia hablaba de que estudiaría en un costoso internado. Inmediatamente Víctor —quien radica en Miami—, voló a Texas, se acercó a Mike y le propuso miles de negocios sin dejar de repetir; «Mike, tu dinero estará a salvo», «tu inversión será devuelta en... menos de un mes, como máximo». Michael de forma educada, pero tajante respondió; «Agradezco mucho que hayas venido desde tan lejos, pero no tengo intención de invertir en nada, además que ni siquiera me alcanzaría —le había confesado humildemente—. Deberías hablar con el tío Thomas, de seguro le interesara tu plan».

Pero Víctor jamás se acercó, sabía muy bien que al tío —a quien le sobra sabiduría— no confiaría en él. Según mamá y la tía Diana, desde su juventud, Víctor había sido alguien beneficiado por su atractivo, pero lo problemático, impulsivo y cobarde, jamás se apartaron de él. Por otra parte, Thomas Barnes Jr. Es quizás más similar a Michael, es de esas personas que ayudan aun cuando no poseen los recursos, que se preocupa por el de junto y mantiene unida a su familia. Como su nombre lo dice es hijo del tío Thomas, el hombre que controla los negocios de los Barnes. Si Thomas Jr. hubiese querido pudo haberse quedado en Texas y disfrutar de todo lo que su padre le ofrecía. Pero, no. Decidió hacer una vida lejos de todo y de todos. Acude junto con su familia a la iglesia todos los domingos e incluso entre semana, su humildad le ha canjeado el respeto de las personas.

El año pasado, igual en estas fechas. Thomas Jr. me llamo la atención de forma muy fuerte, todo había sido ocasionado por un par de cervezas y cigarrillos, los cuales me observo consumiendo. Por aquel tiempo me vivía

obsesionado con el hecho de que hiciéramos lo que hiciéramos, todos terminaríamos muriendo —y aun pienso igual—, por lo que disfrutar de lo que nos ofrece la vida no cambiara nada. Si algo me enseñó la muerte de Mike, fue que debemos disfrutar de todo esto, porque aun cuidándonos de no consumir grasas, una noche sin avisar se nos detendrá el corazón. Nos caerá un rayo, un auto nos atropellará o en mi caso un duende, un perro o un jabalí gigante intentará matarme. Thomas no compartía el mismo punto de vista y con la autoridad que mamá le dio, se paró frente a mí y me llamo la atención. Y como cualquier adolescente estúpido le respondí que no se metiera en mi vida, suficiente tenía con vivir lejos de casa, convivir con gente de mi edad y maestros que nunca te daban una sonrisa. El respondió que pensara en mamá, a lo que estúpidamente grité; «¿Crees que le importe perderme? Vivo en un internado a kilómetros de aquí», aún recuerdo el rostro de mamá y siempre me arrepiento de lo que dije. Hoy me doy cuenta de que ella solo continuo con los planes que mi hermano tenía para mí, sin importarle quedarse sola.

Saludé a todos de forma sonriente y sin excepción, atrás había quedado mi ligero enojo. Sinceramente era una relativa sorpresa verlos reunidos en casa.

—¿Tienes hambre? —pregunta, mamá— Porque hay asado.

Negué con la cabeza. Rápidamente todos se digirieron al jardín y siguieron con lo suyo, no era difícil darse cuenta de que los efectos del alcohol comenzaban a hacerlos reír por cualquier pequeñez.

—No mamá, gracias... ¿Ha llamado Lucios? —pregunté al quedarme a solas con ella.

—No, pero si ha enviado un paquete para ti. Esta en tu cuarto.

Asentí sonriente. Cumplió con lo solicitado.

—Bien, en un momento bajo. Ve con ellos.

El paquete se encontraba sobre la cama. Rápidamente lo abrí, tenía sobre mis manos quizás el mejor disco de la tierra y firmado. Y aunque no sería para mí, me gustaba la idea de apreciarlo. Junto al disco se encontraba una nota que decía; «*El precio se excedió un poco, digamos que se salió de nuestras manos. Pero, justo como lo ha pedido todo se ha mentido en secreto. Disfrute su adquisición, saludos cordiales. Lucios Darnell*».

Bajé y antes de reunirme con todos en el jardín, tomé una botella de agua

del refrigerador. Debía admitir que la vista familiar me gustaba. Me senté en la cabecera de la mesa que habían montado y desde ahí observé a todos, las mujeres parecían felices frente al asador, Thomas me miraba sonriente y pasivo, muy a su manera. Mientras que Víctor, lo hacía con cautela, pero con una especie de odio, como si me maldijera. Prosigue viéndome, hasta que se me acerca bebiendo su cerveza y se sienta junto a mí.

—¿Cómo has estado?... ¿Qué tal las Vegas? Nos dijo mi tía que fuiste con uno de tus amigos o, ¿Fue a Denver? —me pregunta con una sonrisa arrebatadora y esbocé una sonrisa, parece que ha estado planeando esto desde hace mucho. Pero, me es imposible negar que hasta cierto punto me siento incomodo, ya que jamás habíamos entablado una conversación.

Quiere dinero, puedo olfatear sus intenciones.

—Estoy bien, gracias. Si, Denver y Nevada —respondí dividiendo miradas entre él y la familia.

—¿En qué hotel se quedaron? Me hubieras dicho, tengo un par de contactos en Las Vegas y te hubieran dado una rebaja.

Fruncí un poco el ceño.

—Víctor, tú y yo jamás hemos hablado ¿Por qué te hablaría para pedirte ayuda?

—Chico, siempre han vivido lejos de la familia y después te metieron en un internado, no es mi culpa.

Ladeé la cabeza.

—Buen punto —le digo esbozando una sonrisa.

Se echa a reír y me da un golpecito en el hombro.

—Estás todo lleno de músculos —vacila y me rio entre dientes— ¿Cuándo creciste tanto?

—Herencia familiar, supongo.

Mantiene la sonrisa.

—Claro eh, claro —me da otro golpecito en el hombro— ¿Cómo va la escuela?... ¿Cuándo regresas a Andover?

Lo miro a los ojos y después sonreí.

—Todo va muy bien, regreso el dos de enero.

Víctor asiente.

—Que bien —se acerca aún más—. Quiero decirte, que cuentas conmigo para lo que sea. Desafortunadamente la última vez que nos vimos fue en el funeral de Mike y fue un golpe muy duro para todos. Más de uno quedo impactado con la noticia, se fue cuando menos lo esperábamos —asentí observando al frente, dándole la razón— y no pude decirte que cuentas conmigo y ahora lo hago, cuenta conmigo para todo. Lo que sea, sin portar que, aquí estaré para ti muchacho.

Asentí, mientras hago un gesto irónico, pero como no me conoce no se da cuenta del sarcasmo.

—Gracias, es bueno saberlo.

—Dime algo, ¿Tienes a alguien de confianza manejando tus finanzas? Te diré algo y espero no lo tomes a mal: sé que tu madre es alguien muy inteligente y todo eso. Pero, al fin de cuentas es mujer, no tiene lo que se necesita para llevar algo semejante a lo que tienes. En sus manos en poco tiempo te iras por la borda.

Lo observé de forma tranquila, pero la realidad de las cosas es que quiero tomarlo del cuello y estrangularlo. En el fondo me da tristeza tener a gente a si en mi familia.

—¿Tu podrías hacerlo? —pregunté y Víctor asiente, tan seguro de sí mismo que le es imposible no esbozar una sonrisa.

—Por supuesto —responde inmediatamente, con el brillo de la ambición reflejada en los ojos.

Asentí.

—Ven, acércate —dije a penas con voz oíble. Víctor se acerca como un manso cordero—. Si yo estuviese perdido en algún lugar y en ese lugar solo hubiese un guía y ese guía fueses tú. Preferiría morir, antes de acudir a ti — abre los ojos como platos—. No vuelvas a mencionar a mi madre en ninguna conversación por el resto de tus días, porque yo no soy como Mike que toleraba todo. Yo si quitaré las piedras del camino ¿Entiendes? Ahora quítate de mí vista.

Me recargué de nuevo en la silla y de inmediato se alejó, como si hubiese visto un demonio. Luego me paré con la intención de alejarme, si no lo hacia

las ganas de golpearle se incrementarían. Sin que aparentemente nadie se percatase de mi enojo salí y encendí un cigarrillo.

Le daba la segunda chupada al cigarro cuando no fue difícil darse cuenta de que alguien venía, era Thomas.

—¿Me vas a regañar? —pregunté mientras se acercaba. Sonríe y niega con la cabeza, un gesto muy típico de él y mi hermano.

—Ya tienes dieciocho, te falta poco para los veintiuno, haz lo que quieras —responde sonriente y me echo a reír— ¿No vas a comer? —pregunta y niego con la cabeza mientras fumo—. Lo hiciste bien allá dentro, en este mundo hay personas a las cuales solo les interesa el dinero. No importa que tengan que hacer o sobre quien tengan que pasar para obtenerlo —tiene toda la razón y mi atención— llega un momento en que solo el dinero les corteja. Cuida muy bien de tu patrimonio porque no solo dependes tú, si no también tu mamá. Contrata a alguien que lleve muy bien todo, que sea justo, transparente y sobre todo que tú puedas confiar en él.

Asentí, sabiendo muy bien la responsabilidad.

—Tengo gente muy capaz, Thomas, créeme. Pero, sé que si debo apoyarme en alguien, al primero que llamaría sin dudarlo sería a ti.

Thomas esboza una sonrisa un tanto admirado y se prolonga un silencio, no sabe que decir ni qué hacer ante mis palabras.

—Vaya, no sé qué decir...

Esbocé una sonrisa.

—Te quiero mucho, hermano.

Me acerqué y le di una palmada en el pecho para luego entrar de nuevo a la casa.

Lo poco que restaba de la tarde, fue fácilmente sobrellevada por todos. Los aparentes jóvenes —incluyendo a Leonel—, compartimos tragos en el jardín, como solíamos hacerlo en las vacaciones (aunque en aquel entonces no bebíamos). Leonel sonreía como lo hacía antes, como si hubiese dejado su estupidez atrás. Las mujeres hablaban del arduo trabajo que les esperaba mañana, pues prepararían un banquete como cena de navidad. Y entre ellas la tía Diana, se mostraba más que contenta por ser la anfitriona

—¿Cómo va la pierna? —le preguntó a Leonel.



—Bien, en realidad ya no necesito las muletas, pero ya sabes cómo son — dice en referencia a la tía Diana, Valentina y ahora a Stephanie. Asentí sonriendo, sabía que las tres tenían un carácter de esos, que suelen ser insoportables.

—Lo siento —me disculpo de forma sincera.

Agacha la cabeza.

—Creo que necesitaba un golpe que me hiciera comprender que estaba en picada.

Pensaba en una respuesta, pero mi atención la atrajo el sonido de mi celular. Corrí a velocidad humana a sabiendas de que había gente mirándome. Era increíble que durante todo el día había observado el celular esperando una llamada, un mensaje y ahora que dejé el celular, como por arte de magia me llamaba.

—¿Ale? —respondí más que acelerado, sabiendo que era ella.

—Hola mi amor, llamé para decir que estoy en casa, porque no vi...

—Voy para allá —interrumpí, provocando su risa— ¿Estás en tu cuarto?

—... Si.

—No te muevas de ahí.

—... Está bien —dijo riéndose.

Bajé y me despedí de mamá. Estaba desesperado, deseaba ver a Alessandra.

—No llegues muy tarde —dice mamá con una sonrisa mientras me acaricia la mejilla.

Esbocé una sonrisa. No tenía ni idea de la hora a la que regresaría o si regresaría.

—Si, mamá.

Estacioné la camioneta en la parte trasera, junto a la valla de la residencia Lanz, y sin mucho esfuerzo las brinqué. La basura del patio llamo mi atención, habían tenido una fiesta. A sabiendas de que nadie me miraba, llegué a su ventana en un salto. Y ahí estaba, sin querer dándome la espalda con un nuevo color oscuro en el cabello, cualquier otro se hubiera preguntado si en verdad era ella. Pero, yo no, conocía perfectamente bien ese cuerpo, con ese diminuto short y esa blusa, esas piernas, esos pies, esos lunares, esas pecas.

Ligeramente le di unos golpecitos a la ventana e inmediatamente se volvió, me vio, me sonrió y totalmente sorprendida dio pasos agigantados hacia la puerta para ponerle seguro y después hacia la ventana para abrirla.

—¿Cómo subiste? —pregunta como un susurro para nadie la escuche.

Entré, la tomé del rostro y le di un beso atrabancado que se volvió lento, suave y tierno. En cuanto nos separamos la observé muy cerca de los ojos y me sonríe un tanto sorprendida. Por último, la abrazo.

Inhalé su aroma.

—No sabes cuánto te extrañé, mi amor —susurré.

—Yo también te he extrañado —respondió sonriente. Me alejé un poco, sin soltarle de las manos y la miré de pies a cabeza apreciando su nuevo look, ¿Qué podía decir si estaba con la boca abierta?

—Te ves hermosa... —confesé y se ríe entre dientes un tanto avergonzada — ¿Por qué hay tanta gente?

—Todos llegaron para pasar navidad y año nuevo —responde a lo que asentí comprendiendo.

Mi familia había hecho lo mismo, pero me parecía algo raro que no me avisara que ya había llegado.

—Mi familia ha hecho lo mismo —dije sentándome en su cama—, no sé cuándo llegaron, pero se han puesto felices, han tomado y ya sabes esas cosas típicas que hace la familia.

Se sentó junto a mí, mirándome con las cejas arqueadas para luego sonreír.

—¿Cuáles cosas típicas? —pregunta y su gesto me hace reír entre dientes — ¿Por qué no me has dicho que vendría tu familia?

Me encogí de hombros.

—No sabía, ni si quiera pasaba por mi cabeza.

—¿Qué pasa, no te caen bien?

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo —replica.

—Son diferentes, es todo.

—Todas las familias son diferentes, me gustaría conocerlos.

Negué con la cabeza, sabía muy bien que si la familia decía algo para con ella, explotaría en segundos.

—Ya conoces a mamá, ella es mi familia.

—Lo sé, pero quiero saber más de ti. Entrar en tu mundo, por favor...

—Con una condición —dije sonriente.

—¿Cual?

—Me quedo a dormir.

Pone los ojos en blanco y sonrío.

—No necesitas negociar eso. Sabes que puedes hacerlo, aunque me matarían si te ven.

Negué con la cabeza.

—No, en cuanto salga el primer rayo de sol me iré, no sin antes haberte besado, claro está.

Le guiño el ojo y se ríe. Se puso de pie y apago las luces.

Mi escape de casa de Ale había sido por demás exitoso, incluso mamá tenía la firme convicción que había pasado la noche en casa y eso me alegraba. Aunque minutos después comprendí que se había dado cuenta de todo. Durante toda mi vida, mamá nunca ha terminado de decirme lo mucho que valen las mujeres, que debo respetarlas, que salir con muchas y romperles el corazón si hace la diferencia porque te convierte en un idiota y un sin fin de cosas más. Pero aun así nunca se había metido en mis asuntos hasta el día de hoy. El camino a casa de la tía sirvió para recordarme exclusivamente que debía respetar a Alessandra y por obvias razones a su familia. Que la hiciera feliz porque sin duda, es demasiado especial, y tenía razón. Básicamente dormir en su casa había estado mal.

Al medio día, la movilización y sincronía con la que se desempeñaba la familia, me provocaba risa. Me hacía recordar a un grupo de hormigas, pero cuando Valentina se acercó pidiendo mi ayuda para preparar el postre, la risa se marchó. En lo personal no sé mucho sobre la cocina... o nada, y no es que no me guste, es solo que, no tengo el don del cocinero, aunque por supuesto como todos en la tierra tengo mis platos preferidos.

Valentina se encargaba del postre, era su misión navideña. Se le había encomendado preparar algo rico y entrecomillas sencillo. En cuanto todos se marcharon de compras, Valentina encendió su cigarrillo.

—Solo así puedo cocinar tranquila —puse los ojos en blanco—. Anda ven, te va a tocar cortar eso —señala las manzanas—, no te vayas a cortar porque me mata mi tía.

Me eche a reír. Tomé el afilado cuchillo mientras Valentina se recargaba de codos en la mesa, observando todo en primera fila.

—¿Qué haces ahí? —pregunté.

—Viendo como lo haces —sonreí y negué con la cabeza. Comencé a cortar la primera manzana de forma rápida— ¡Despacio! —grita.

Corté en cuadritos la primera mitad de la manzana y mientras corto la segunda no logro percatarme de que el cuchillo al tocar mi dedo se parte en dos y una de las mitades va en dirección al rostro de Valentina. Reaccioné a tiempo para atrapar la parte rota del cuchillo.

Valentina fue a parar al suelo y su rostro era el vivo ejemplo de la incertidumbre. Mira mi mano y se da cuenta de que sostengo la parte del cuchillo rota, como si fuera todo menos algo cortante. Me recorre con la mirada hasta llegar a mis ojos, se pone de pie de forma atrabancada, me toma de las manos y las examina, al darse cuenta de que no hay un solo rasguño me suelta.

Me siento avergonzado... culpable.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta en tono apenas oíble. Sus manos temblaban y jadea de forma extraña.

Me quedé en silencio, tratando de pensar en una coartada, pero ya no había posibilidad de una. Solo quedaba decirle la verdad.

Me encogí de hombros.

—Nuestra familia no es tan normal que digamos —respondí.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, aún más confundida.

—Es algo difícil de explicar... solo pudo decirte que el abuelo era igual y quizá, de él lo heredé.

Se queda callada como tratando de comprender mis palabras.

—¿Por qué lo ocultas? —pregunta y me rio entre dientes.

—¿Qué quieres que vaya divulgándolo? No puedes decirle esto a nadie, a

nadie. Aun cuando tu lengua quiera soltarlo debes guardar el secreto — asintió de forma lenta, viendo al costado—. Debes de preparar el postre, o se darán cuenta de que no hemos hecho nada.

Basto solo de un par de segundos para que comenzara a calmarse y aunque de todos modos se preparó un té, parecía comprender todo con mente fría. Su curiosidad fue saciada, entendí que si no le contaba terminaría hablando del tema con alguien. Y eso sería malo para todos ¿Quién le creería?, nadie. Ocurriría exactamente lo mismo que paso con Bruno... directo al manicomio.

Recogí los pedazos del cuchillo, mientras ella continuaba preparando el postre y haciendo preguntas. La respuesta más grande que pude haberle dado, fue mostrarle mis habilidades, pensé que temería al ver mis ojos grises. Pero, al contrario, termino sonriendo. Me limité a decirle muchas cosas: como que los duendes existen y que uno intento matarme, que la tía Evelyn no es tan inocente como aparenta, no tenía caso.

No paso demasiado para que los que habían ido de compras regresaran —a excepción de mamá—. La emoción y adrenalina de Valentina parecía haberse esfumado, permitiéndole actuar con naturalidad, aunque de todos modos me miraba constantemente.

Antes de que preguntara por mamá, la tía Diana se acercó y de forma radiante me relató que mamá se había marchado poco después de haber recibido una llamada por parte de Alessandra.

¿Nervios? Era la quinta o sexta vez que me veía en el espejo para acomodarme la corbata. Y no era para menos, visitaría la casa de Ale, aunque claro, no sin antes haber pedido la aprobación de su padre, quien por cierto no es mi mejor fan. Me puse un traje italiano azul oscuro con una cortaba del mismo tono. Con pisa corbata y botones de plata, un regalo de mamá.

Al darme cuenta que mamá tardaría todavía más, salí de la casa y guardé los regalos de Alessandra en la cajuela del Audi y posteriormente caminé a

casa de Bruno, en donde la familia Grimaldi se había reunido quizás como nunca (sin contar el funeral). La muerte de Isabelle sin duda había sido el golpe más fuerte en mucho tiempo, recordándoles que como humanos el tiempo de vida es extremadamente corto. Tal había sido el cambio que se notaban humildes, no llamaban tanto la atención y parecían comprender que todos sin importar religión, raza o posición social, compartimos el mismo oxígeno.

En cuanto entré, el recibiendo fue lleno de sonrisas, invitándome a cenar y beber del buen vino italiano y, por supuesto terminé aceptando una copa. Bruno estaba más que feliz, su familia estaba reunida, había un gran cambio en ellos y además tenía junto a él a la mujer que lo hace feliz.

—¿Entonces el plan es estar con tu familia un tiempo, después ir a su casa, hablar con su padre y regresar con tu familia? —pregunta, Bruno.

Asentí.

—Si, básicamente.

—Debes tener cuidado de sus primas, son algo quisquillosas —advierde Sophia, uniéndose a la conversación.

—Si, lo sé. Lo mismo me dijo, Ale —respondí sonriendo.

—Su papá es bueno, créeme, no se opondrá y menos después de ver a su hija tan radiante —añade Sophia, a lo que asentí, si alguien conocía a la familia Lanz esa era ella.

A lo lejos escuché que mamá repite mi nombre como buscándome.

—Debo irme, mamá me llama —dije y me despido de mis amigos con un fuerte abrazo—. Hasta luego —añadí en voz alta, despidiéndome de los Grimaldi a lo lejos y ellos me corresponden.

—¿Y cómo sabe que su mamá lo está buscando? —le pregunta Sophia a Bruno, mientras salgo de la casa.

—Está loco —responde, Bruno sacándome una sonrisa.

Suspiré.

Debía tener más cuidado al hacer comentarios de ese tipo.

La tía Diana, Valentina y Leonel, se habían tomado el tiempo suficiente de adornar cada rincón de su casa, desde muy lejos las luces navideñas señalaban la extravagante casa. En cuanto detuve el auto dentro de su

cochera, aquella sensación extraña similar a la de Fall River regreso, casi podía jurar que algo muy oscuro andaba cerca.

Disimuladamente observé a mamá, quien increíblemente también parecía percibir algo.

—¿Pasa algo? —pregunté.

No dice nada ni tampoco hace nada. Se toma su tiempo para responder lo que dirá y aunque trata o incluso logra disimular, para mí no es difícil darme cuenta de que algo le ocurría, de que algo ocultaba: es como si un balde de agua helada le hubiese caído. Finalmente niega con la cabeza y me regala una sonrisa de esas que dicen "todo está bien".

—No, nada.

—Te abriré la puerta —le digo. Bajo del coche y antes de que rodeé el Audi, ella abre la puerta y sale.

La miro seriamente. Ambos sabemos que algo no anda bien. Subimos las escaleras que llevan a la casa y parecía que mientras más dentro estuviéramos, más aumentaba la pesadez. La familia nos recibía de forma cordial, como si no nos hubiésemos visto en muchísimo tiempo.

«Lo que hace el dinero», pensé.

Uno a uno nos fuimos saludando hasta que llegó el turno de Valentina, quien me abrazó de forma única, nunca había sentido un abrazo tan cálido viniendo de ella, parecía que lo sucedido en la tarde tenía algo que ver. Aun así, ni siquiera eso pudo evitar que el ambiente se tornara aún más extraño, no había duda, las sensaciones eran similares a cuando peleé en contra Oberón, era como si se encontrara cerca.

Justo antes de que abriera la boca para conversar con Valentina, percibí un ruido que parecía provenir de una de las habitaciones.

—¿Hay alguien dentro de las habitaciones? —pregunté, a lo que rápidamente asintió.

—La tía Evelyn.

Mis dudas eran resueltas, ahora comprendía el porqué de todo.

Aquella noche cuando Oberón dijo; «Amanda y Evelyn», una ligera parte de mi creía en la esperanza y esperaba que no fuese cierto. Pero, esto aclaraba muchas cosas.

La tía Evelyn es una mujer anciana de unos setenta u ochenta, nadie sabe con exactitud su edad. Es la madre de Víctor y la hermana mayor de mi madre. En su mayoría todos comentan que desde los treinta y tantos posee esa cabellera totalmente blanca. Tiene aspecto de abuelita tierna, pero casi siempre se le acusa de ladrona, debido a que las cosas materiales desaparecen justo cuando ella está cerca y tiende a llorar de la nada para causar lastima y obtener dinero, todo un personaje.

—Está en la última habitación, ¿Verdad? —pregunté de forma seria, aunque después entendí que debía guardarme el coraje y actuar de forma natural o, quizás ya no solo Valentina sería la única en saber sobre mis poderes. Valentina asiente—. Iré a saludarla.

Caminé directo al lugar de donde provenía la negatividad y no era la última habitación, sino la de Valentina. Sabía que en cuanto mirara a la tía Evelyn ya jamás sería mí tía, sino la traidora más grande del mundo. De forma increíble mi corazón latía velozmente, aunque ya no sentía ese nerviosismo y miedo por el que era gobernado en el pasado. Sabía muy bien que no podría declararle la guerra en el primer instante, sabía que debía mantenerle cerca y demostrarle afecto, como siempre. Pero, también sabía que ahora poseo el poder para detenerla si intenta algo contra con mis seres queridos.

Y ahí estaba, sin haber liberado mis ojos grises podía ver esa extraña oscuridad a su alrededor. Revisaba un bolso que sin que hiciera demasiada memoria sabía que es propiedad de Stephanie. Inmediatamente me percaté de sus intenciones, Isabelle decía que cuando una bruja esparce maldiciones tienden a liberar esa oscuridad, pero para que esas maldiciones surjan efecto se debe tener al menos una pertenecía del maldecido y colocar un par de velas negras



—Hola, tía ¿Cómo esta? —dije de forma tranquila y ella pega un brinco al no haberse dado cuenta de mi presencia.

En cuanto me mira directo a los ojos, recordé las palabras Oberón; «Pregúntaselo a Evelyn ofreciéndole unas monedas». Evelyn estaba asustada, de tal forma que la cabellera blanca parecía erizarse, mientras que sus ojos se mostraban un tanto aterrados. Sonreí conteniendo el enojo porque no había duda de que era una bruja y todos los aquí presentes debíamos de tener cuidado.

Me acerqué conservando la sonrisa para abrazarle y besarle en la mejilla como siempre.

—Hijo... hola —respondió seguido de un pequeño suspiro de alivio— no te escuché entrar —tratando de ser disimulada hizo a un lado el bolso. Dejé que me besara la mejilla— ¿Tu mamá está afuera? —pregunta a lo que sin decir una sola palabra asentí—. Entonces hay que ir afuera.

En mi vida le vi caminar a esa velocidad, sin quejarse de algún malestar, ansiaba escapar.

—Debo ir al baño, por eso entre. La veo afuera —dije sonriendo al ver su actitud.

En cuanto me quedé completamente solo, liberé mis ojos y como suponía esas maldiciones estaban esparcidas por todas las habitaciones. Utilizando mi velocidad me dirigí a cada punto, y para sorpresa mía eran velones negros con los nombres de la tía Diana, Valentina, Leonel y Stephanie. Lo poco que había leído del libro *Carminibus*, me permitía saber que esto estaba sumamente mal. Debía retirar los velones, envolverlos y destruirlos, o de lo contrario su efecto podría ser catastrófico, ya que básicamente consumen el alma hasta matarte.

De forma rápida tomé la funda de una de las almohadas de la tía Diana para levantar y envolver todos y cada uno de los velones. Cuando los tuve entre mis manos, salteé al terreno baldío de junto desde la ventana de una de las habitaciones y sin hacer demasiado esfuerzo los destruí. Al entrar por la ventana me dirigí al baño la intención de lavarme las manos y verificar que mis ojos grises desaparecieran. Aquella negatividad se había esfumado, el

ambiente se mostraba tranquilo y las risas que venían de afuera daban un tono diferente.

Me daba un enojo terrible saber que esta mujer hacia esto, ¿Qué ganaba? Era estúpido maldecir a tu propia gente, a tu propia sangre. Pero, viene el recuerdo de lo que Oberón confeso y todo cambia.

Para cuando me reuní con la familia a excepción de Evelyn, todos se mostraban felices. Había momentos en los que la veía a los ojos y ella me evitaba, algo le preocupaba, quizá ya se había dado cuenta que destruí los velones o, quizá pensaba en que jamás me escucho llegar.

Este año, esta noche yo era el centro de atención. Todos, a excepción de Stephanie, Valentina, la tía Diana y por supuesto mamá, trataban de satisfacerme en lo más mínimo, en lo que fuera, creo que si pidiera el capricho más estúpido tratarían de hacerlo realidad. Encontraba divertido ver como el dinero genera semejantes reacciones. Siendo sincero en mi vida pensé tener la atención de la familia de esta forma, debía de ser realista y decir que no me gustaba.

## Aprobación.

Valentina revisaba el celular de manera constante, su nerviosismo brotaba con naturaleza ¿Motivo? Haría oficial su noviazgo con Héctor, un tipo al cual no conocía pero que, después de que Valentina vio mis poderes no dudo en contarme sobre él. Héctor es estudiante de ingeniería y al mismo tiempo labora en una empresa la cual no recuerdo. Valentina y él llevan ocultando su amor por un tiempo ¿Razón?... él es cuatro años más grande.

Cuando el reloj marcaba las diez en punto, Valentina recibió la llamada que había estado esperando. Bajo las escaleras, abrió la puerta y se encontró con el que quise pensar era Héctor.

—¿Me veo bien? —pregunta el personaje después de haberse comido a besos a mi prima y mientras caminan hacia las escaleras.

Me fui imposible no esbozar una sonrisa mientras todos en el comedor conversaban y me daba el lujo de escuchar lo que valentina y su novio decían.

—Te vez muy bien amor, lo harás bien —responde Valentina, animándolo... en mi vida la había escuchado hablar así y me es imposible contener la risa, llamando la atención de mamá.

Suben las escaleras y poco a poco se van acercando hasta que los vi por el rabillo del ojo, de pie junto a la entrada del comedor. A simple vista y sin tomarme demasiado tiempo, no era difícil percatarme de que Héctor por lo menos me llevaba diez o quince centímetros de altura y varios kilos demás. Un tipo con gestos agradables.

—Buenas noches —saluda éste tomando por sorpresa a la mayoría, menos a Evelyn.

Todos miramos al dueño de esa voz un tanto timbrada y a su vez nerviosa, mientras a su lado tomándole del brazo y brindándole seguridad se encontraba Valentina.

—Buenas noches —pronunciamos la mayoría.

—Adelante —añade Leonel poniéndose de pie invitándolo a pasar.

—Él es Héctor, mi novio —dijo Valentina en tono nervioso. Sin esperar demasiado me puse de pie y sin abotonarme el saco extendí la mano dándole la bienvenida.

—Evian Barnes —me presenté.

Héctor y Valentina me miraron sonrientes, como agradeciendo lo hecho. Posteriormente Valentina comienza con las presentaciones uno a uno.

Stephanie, Leonel y la tía Diana se dieron el tiempo de hablar a solas con la pareja y como conclusión aceptaron la relación, aunque lo cierto es que estaban molestos. La cena se había vuelto rara (por así decirlo) y todos los allí presentes nos dábamos cuenta, además de que los habían bombardeado con preguntas estúpidas. Ambos lucían apenados con las formas extrañas de bromear de Víctor, quien parecía no comprender que debía callarse... Valentina lo quería matar.

Me puse de pie y a excepción de mamá (a quien le doy un beso en la mejilla) todos se sorprenden.

—Te veo más tarde, mamá —me acaricia la mejilla—. Nos vemos —añadí despidiéndome de todos.

Con las ventanillas del coche totalmente cerradas, llegué a casa de la familia Lanz, en donde por primera vez sus enormes puertas estaban abiertas, pareciéndome extraño. Avancé a velocidad moderada con la intención de buscar a Ale, pero al parecer lo que único que conseguí fue llamar la atención de las personas que no dejaban de mirar el sospechoso auto y a su conductor.

Observé el celular con la intención de llamarle —copiando la brillante idea de Héctor—, pero cuando observé hacia la puerta como por décima ocasión, la vi. Aun abrumado por su belleza que resaltaba con ese vestido verde, me bajé del coche con su regalo —el disco envuelto— en mano. Caminé hacia ella tratando de disimular el terrible nerviosismo que me

causaba verla.

—Te ves hermosa, mi amor.

Alessandra sonríe de forma amorosa y camina hacia m ı.

—T u no te quedas atr as —responde y me da un beso en la boca a su estilo; bonito, dulce.

—Esto es para ti —dije entregándole el disco.

Me mira con una sonrisa apenada, y es que en la tarde me había dejado en claro que no deseaba ninguna especie de regalo, a menos que fuera en ocasiones especiales como cumpleaños.

—No debiste hacerlo, hablamos de esto en la tarde. Solo en los cumpleaños —puntualiza, pero no deja de ver el regalo.

Estaba mal, pero le gustaba... Mujeres, pensée. Pude haberle hecho caso en su decisión y terminar por no entregárselo, pero en la tarde cuando toqué el tema de hablar con su padre se le hizo muy complicado ocultar su estrés, por lo que si llevarle la contraria una sola vez haría que las cosas se calmaran un poco lo haría.

Me encogí de hombros.

—Lo s e, pero este regalo lo tengo desde antes de que habláramos —su expresión me decía que le faltaba convencimiento y lo que menos deseaba era que terminara disgustada— la verdad es que no podía esperar para d rtelo, te aseguro que después no te obsequiará nada. Si lo desprecias me causaras un gravísimo daño psicológico —vacil e, sacándole una sonrisa.

—Solo esta vez,  Vale?

Asentí.

—Lo que usted diga y mande.

Toma el regalo con cierta cadencia y lo observa curiosamente para después sonreír de forma nerviosa. Me mira como tratando de descifrar el contenido, mientras sus dedos comenzaban a quitar el papel.

—No puede ser... —murmura, sacándome una inevitable sonrisa—  De dónde lo sacaste?

—Eso no importa, solo disfr talo —dije disimulando mi felicidad.

 Le gusto!

Como olvidándose de los que nos rodean se acerca y me da un abrazo

profundo. Reposa su rostro sobre mi pecho, mientras cálidamente la rodeo con mis brazos.

—Tengo miedo de que se oponga —murmura.

—Todo saldrá bien —respondí seguro de mí mismo. Me mira con un poco de inseguridad, bajando la mirada de forma pensativa, pero de pronto asiente y me sonrío.

Nos tomamos de la mano y de forma casi sincronizada entrelazamos nuestros dedos. Entramos a la casa y casi de inmediato encontramos a sus padres, quienes parecía que aguardaban por nosotros. Brigitte Lanz me miró de forma amable y como de costumbre sonrió con quizás el mismo carisma de su hija. Su padre me miró y lanzo una ligera sonrisa, como aliviando el ambiente. Ambos sabían lo que sucedería, y como no queriendo que la plática fuese al público presente, caminaron hacia nosotros.

Tendí mi mano para saludar a George.

—Buenas noches —saludé.

—Buenas noches —responden a la par. Brigitte sonriente y George por educación, aun así estrecha mi mano para sorpresa de todos,

—No sé si sea el momento indicado, pero quisiera hablar con ustedes a solas, si es posible, claro —dije y ambos miraron a Alessandra para después dividir miradas entre ellos hasta que asienten.

—Claro, vayamos a la biblioteca aquí hay demasiado ruido —responde George. Caminamos a la biblioteca y al llegar a la puerta se vuelve para conmigo de forma fría—. Solo entraras tú.

Asentí.

—¡Papá! —replica Alessandra de inmediato, a lo que su padre prosigue mirándome como si no hubiese escuchado voz alguna, esperando mi reacción. De nuevo asentí. Solté la mano de Ale y la miré sonriente, para que no se preocupara.

George y yo entramos a la biblioteca y después cierra la puerta.

—Toma asiento —menciona mostrándome la silla—. Primero que nada, te debo una disculpa —ligeramente se encoge de hombros haciendo gestos para sí mismo. Se nota que esto le es difícil— por haberme comportado de tan mala manera en nuestro primer encuentro, no suelo ser así. Pero, no ha sido sencillo ver como mi hija abrazaba a alguien con tanto cariño.

Negué ligeramente.

—No, no se preocupe.

—Conozco muy bien a mis hijos, trato de mimarles en lo más mínimo. Trabajo por ellos y pensando totalmente en su futuro me he alejado para darles lo mejor, pero eso no significa que no sepa como estén. Sé que mi hija es muy feliz desde que te conoce —confiesa como no queriendo—. Le tratas con respeto, no te ocultas. Cualquiera otro después de mi desplante no hubiera regresado, pero tú tienes valor y eso es admirable —si supiera que peleé con un duende para sobrevivir, pienso para mis adentros—. Eres el primero que viene aquí y lo has hecho bien, no puedo oponerme a la felicidad de mi hija, lo único que te pido es que no le rompas el corazón, es lo único.

—Jamás haría algo que la lastimara —respondí mirándolo directo a los ojos— se lo puedo asegurar.

Tarda un poco, pero George asiente.

—Bien, de ahora en adelante no me digas señor, a mi edad no me gusta —dijo de forma sonriente mientras se levantaba del asiento— solo George ¿Estamos? —añade, para después darme la mano de forma cordial.

Esbocé una sonrisa y asentí.

—Claro, George —dije, mientras nos dábamos el apretón de manos—. Aprovechando el momento quisiera que Alessandra, conociera a mi familia, algunos han venido desde lejos y me gustaría que...

—Está bien —interrumpe asintiendo... no tan convencido, como si más bien no le quedara de otra, pero cede.

—Será breve, lo prometo —añadí, para reconfortarlo.

Camina hacia mí.

—Está bien, muchacho —aprobó dándome una ligera palmada en el hombro.

Salimos de la biblioteca de forma tranquila, como si de lo que hubiéramos hablado hubiese sido cualquier otra cosa. En la estancia, Ale y su madre nos esperaban junto con sus aparentes familiares. Ale, lanzaba miradas de duda para conmigo y su padre, pero en cuanto le sonreí comprendió que todo había salido como esperábamos. Para sorpresa de todos (incluyéndome), George comienza a presentarme como su yerno, algo que nadie esperaba.

La estancia en casa de Ale había sido positiva y tranquila. Conocí a todas

las personas que aparentemente son importantes para ella y parecía que yo y mi rara forma de ser habíamos encajado muy bien.

Llegamos a casa de la tía Diana, tomados de la mano donde la cena había llegado a su fin y algunos ya daban muestras de haber sobrepasado cierto límite de alcohol. Las carcajadas de la familia terminaron en cuanto nos vieron, o mejor dicho en cuanto vieron a Ale. Los hijos de Thomas y Víctor no paraban de mirarla, aunque cuando vieron mi fulminante y espeluznante mirada dejaron de hacerlo. Sin que me percatara del momento y de sus intenciones, mamá tomó por el brazo a Ale y prácticamente se la llevo de mi lado, comenzando a presumirla hasta en lo más mínimo. Y aunque Ale parecía estar un poco apenada, era como si estuviese en su habitud natural, su risa, su mirada fija prestando atención mínima a cualquier comentario y su actitud alegre para con todos, me hacían comprender que sería difícil que la dejara ir.

Inmediatamente después de que abrí la puerta, Ale bajo del auto con mi saco puesto y en cuanto cerré la puerta se recargo sobre ésta, mientras su rostro de felicidad reflejaba lo bueno que había sido la noche. Me había costado un poco el convencerle de que nos teníamos que ir y es que vaya que si lo estaba pasando bien con mamá, Stephanie y Valentina.

—Te lo preguntaré una vez más y puedes responder las peores cosas que quieras. Créeme no pasa nada, seguiremos exactamente igual ¿Qué piensas de mi loca y maniaca familia? —pregunté haciéndola reír.

—No es una familia loca, es como todas ¿Tú que piensas de la mía?

—Exactamente lo mismo, que es una familia como todas. A pesar del pasado, tu papá me ha tratado bien, tus hermanos como siempre, bastante relajados sin meterse y ni hablar de tu mamá... me adora —vacilé nuevamente haciéndola reír.

—Si, te quiere. Es extraño porque desde que te vio le caíste muy bien, incluso te defendió de mi papá —confiesa causándome una sonrisa nerviosa.

—Ya es tarde... —digo quedito.

—Aún es temprano —replica.

—Son las cuatro de la mañana, además hace frío y no quiero que te



enfermes. Anda es hora de que entres —me mira con cara de muy pocos amigos. Si algo le disgustaba más que cualquier cosa, es que alguien le diga lo que tiene que hacer.

Niega con la cabeza.

—No tengo sueño.

—Amor, debes descansar, mañana saldremos y necesitaras energía, no pienso cargarte —vacilé de nuevo haciéndola reír y aparentemente cambiar de parecer.

Arquea las cejas de forma interrogante y me hace sonreír.

—¿Adónde iremos?

—Mañana lo sabrás... si descansas, claro.

—Está bien... —se acerca para besarme y de forma seductora me muerde un poco la oreja y añade más besos en el cuello— ¿Por qué no te quedas esta noche? —susurra.

Me es casi imposible resistirme, pero tengo que hacerlo.

—No puedo, hay mucha gente y todos me verían —mentí sonriente sabiendo que, si podía hacerlo—. Pero, prometo que después lo haré.

De forma comprensiva asiente. No había obtenido lo que quería y lógicamente no estaba feliz.

—Te amo —dice mientras se encamina a la puerta.

—Te amo más.

En cuanto Alessandra cruza la puerta, Carlo —su hermano— sale de forma sonriente levantando el pulgar, todo había salido bien, a lo que correspondí de igual forma agradeciendo el favor.

Darle un pequeño detalle a Ale me había dado vueltas en la cabeza durante un tiempo. Y aunque siendo sincero no me llevo mucho tiempo planear lo que haría, entendí que necesitaría la ayuda de alguien ya que si lo hacía solo podía correr el riesgo de que no solo ella descubriera el regalo, sino que la demás gente se diera cuenta de mis poderes. El secuaz debía ser alguien que entrara y saliera de casa de los Lanz. Y del que por supuesto nadie sospechara. El mejor y mayor posicionado termino siendo Carlo, uno de los hermanos mayores de Ale, alguien a quien pareciera darle igual todo el universo, menos su hermana.

Durante mi tiempo en Andover, descubrí y afiné diferentes talentos: como tocar un instrumento, nadar, dibujar y pintar. Estas dos últimas, por momentos convirtiéndose en mis adicciones. El regalo de Alessandra consistía en una especie de libro (especie porque es de un tamaño poco anormal) hecho a base de carteles con dibujos y letras que describen el momento y las sensaciones que sentí desde el primer instante en que la vi. Había dejado muchas hojas en blanco que serían escritas y dibujadas por ambos, y dentro de esas hojas se encontraba incrustada la piedra en forma de corazón que me había obsequiado.

La única tarea de Carlo era dejar el libro sobre la cama de su hermana, y parecía que lo había hecho bien. No habían pasado ni treinta minutos, cuando Alessandra me llamo, se le escuchaba feliz, pero no fue difícil percatarme de que había llegado al borde de las lágrimas.

## Punto ciego.

Habían transcurrido seis meses y sin ninguna duda mi vida había cambiado. Mi relación con Alessandra se basaba en la lealtad, seguridad, confianza y sobre todo amor. De vez en cuando dormíamos juntos, a veces ella le mentía a su madre diciendo que dormiría con Sophia, o yo terminaba por entrar a escondidas por su ventana. Compartíamos demasiado tiempo juntos, no había momentos aburridos y aunque por momentos discutíamos, al día siguiente o incluso minutos después estábamos riéndonos. Le hice alguna que otra metáfora sobre mis poderes, pero jamás me logré explicar y comprendí que lo mejor sería ocultar esa parte de mí. Hacer el amor y verla con mi camisa puesta termino volviéndose algo habitual que nunca dejó de ser hermoso.

A principios de enero, mamá leía algo que en verdad jamás pensé que llegaría o que al menos no estaba en mi mente: la carta de aceptación de Stanford. Mamá no cabía en alegría y aunque siempre tuvo fe en mí, no lo podía creer. Por mi parte ese tema estaba resuelto desde mucho antes, no iría a Standford. Sin perder demasiado tiempo hablé con Ale, y aunque ella quizás pensando en mi futuro dejo entrever que no podía desperdiciar una oportunidad como esta, de inmediato le dejé en claro que no iría, que en verdad no me interesaba y que solo ella es y será mi prioridad. No deseó separarme de ella, ambos podríamos seguir estudiando en el país o incluso fuera, pero juntos y creo que hay tiempo para ello.

Isabelle había especificado que solo continuara leyendo sus libros en el momento indicado, ya que solo yo sabría cuando proseguir. Decidí hacerle caso y únicamente leí parte del libro *Carminibus* —hechizos en latín— ya que era el único libro al que tenía acceso sin ninguna especie de restricción... por así decirlo. Como siempre, Isabelle termino teniendo la razón y aprendí varios hechizos, entre ellos dos muy interesantes “*Patet memoriae*” y “*Silentium*”. El primero borraba los recuerdos y era mayormente utilizado

como un último recurso, sobre todo cuando una persona veía algo que no tenía que haber visto... como lo que ocurrió con Valentina.

El segundo permitía que te pudieras comunicar con alguien a la distancia sin necesidad de gritar y sin que nadie más pudiera escucharlo, ya que todo en el alrededor se detenía por un corto periodo de tiempo, que dependía sobre todo del poder y la concentración del hechicero. Cuando Bruno tenía tiempo me ayudaba a practicar, era divertido ver como todo a nuestro alrededor se congelaba, mientras que a mí se me complicaba incluso el moverme mientras mantenía la concentración: era como ver a la izquierda e intentar ver a la derecha al mismo tiempo. Algunos hechizos eran más fuertes que otros, pero todos eran iguales en cuanto a la dificultad de ejecución, en mi caso primero que nada tenía que liberar los ojos grises, contener el enfado y por último concentrarme en localizar la magia, la cual no podía ver, pero que sabía que estaba ahí. Mi forma actual de sentir la magia era como una gran mansión en la cual hay muchas puertas y en una de ellas se encontraba el poder para realizar los hechizos. El detalle era saber en qué puerta se encontraba.

Ahora mismo era algo que se me dificultaba enormemente.

Comprendí muchas cosas: como que los hechizos son como candados, todos tienen su respectiva llave y en su mayoría siempre es el amor. Por ese motivo los rasguños y golpes de Alessandra o cualquier persona que me quiera o ame, no sanaran rápidamente cosa contraria a las demás heridas.

Los días en la escuela estaban relativamente contados, por lo que asistir ya no era muy importante que digamos. Aun así, la mayoría de los estudiantes continuábamos llegando, sabedores de que serían los últimos días junto a nuestros amigos. Joel se marcharía a Barcelona, mientras que el futuro de Bruno y Sophia era bien sabido que se encontraba en Cambridge. Algunos otros viajarían, trabajarían o sencillamente descansarían.

El último día de clases había terminado y parecía que con ello los sucesos extraños se marchaban. La noche anterior no había podido conciliar el sueño y por la mañana cuando estaba por irme, el Audi y la camioneta no encendieron. Por último, si es que se le puede decir extraño, Alessandra me

había dicho que Brigitte la traería, pero termino por nunca llegar a la escuela.

Bruno y Sophia se despedían del último grupo de conocidos en el estacionamiento, habían hecho planes de fiesta para antes y después de la graduación.

—¿Vienes a comer con nosotros? —me pregunta Sophia en cuanto se acercan.

Negué.

—No, iré a casa de Ale, se me hace muy extraño que no haya venido —respondí.

—No es extraño —intervine Bruno— es el último día y además si algo malo hubiera pasado ya te habrías enterado.

—Lo sé, pero aun así iré. Cuídense.

Me di vuelta y comencé a caminar, no quería ser pesimista, pero presentía que algo no andaba bien.

—Al menos deja que te llevemos —dice Bruno en voz alta.

—Caminaré, gracias...

Por increíble que fuera, la escuela estaba vacía, solitaria, nunca la había visto así. Comúnmente la mayoría de los alumnos se quedaban a platicar, pero parecía que hoy eso ya no tenía sentido. En cuanto crucé la puerta del estacionamiento, las risas y bromas de Bruno y Sophia —quienes me habían alcanzado en el Mustang— terminaron al escuchar el tremendo ruido que causaba un camión de carga que pasaría a máxima velocidad frente a nosotros y que parecía haber perdido su estabilidad y frenos.

Seguí su trayectoria y a lo lejos vi que alguien intentaba cruzar la calle, ese alguien era Damien.

Rápidamente me pregunté por qué hacía semejante estupidez, si el sonido que causaba el camión por momentos parecía abrumador, cualquiera se hubiera dado cuenta. Pero, en cuanto vi que tenía los audífonos de su reproductor, sentí que caía en una encrucijada. En poco tiempo había elaborado ciertos escenarios calculando las velocidades y hechizos, pero esta última no era muy viable, ya que me llevaría mucho más tiempo. Mi mente comenzó a traicionarme, me quedé congelado esperando a que Damien se

percatara y corriera, pero aun así sabía que no le daría tiempo y terminaría siendo arrollado. Pensé en Bruno, si yo no hacía algo él terminaría haciéndolo, pero luego pensé en la reacción de Sophia.

Liberé los ojos grises y miré a Bruno con la decisión tomada. Mientras él me miraba comprendiendo, Sophia lo tomaba de la mano de forma temerosa. Dejé de verlos con la firme convicción de salvar a Damien, pero una mirada conocida y asustada, me atrapó. Sin que me percatara de su presencia, Alessandra estaba detrás del Mustang, mirándome totalmente sorprendida... asustada.

No había tiempo para más; corrí a máxima velocidad, mientras pensaba en que ojalá ella comprendiera los porqués.

En cuanto llegué, tomé a Damien, quien para mi sorpresa tenía los ojos cerrados, después miré al conductor que estaba igual. Algo no andaba bien. No fue difícil adivinar que estaban siendo controlados como una vez lo estuve... era el mismo hechizo. Rápidamente dejé a Damien en la acera y después golpeé una de las llantas del camión para que terminara volcándose y se detuviera de una vez por todas. Y antes de que eso ocurriera, rescaté al conductor, que estaba profundamente dormido y lo dejé junto a Damien, después desaparecí.

Como cualquier persona quizás no bien recibida, entré por la parte trasera de la casa de Bruno. Había tratado de liberarme en aquella montaña que es tan del agrado de Bruno, pero sinceramente no causo ningún efecto en mí. La mirada de pavor por parte de Ale me daba vueltas en la cabeza y ahora comprendía que lo mejor quizás hubiera sido decírselo y no mostrárselo con un show que por poco termina en catástrofe.

Caminé hacia la estancia.

—Pobre Ale, si lo de ir a Cambridge la traía fatal ahora con lo de Evian, imagínate —escuché de voz de Sophia, mientras me acercaba.

¿Cambridge?

—Lo que no entiendo ¿Es porque lo oculto? —pregunta Bruno—. Incluso

a ti que siempre has sido su amiga.

—¿Cómo que... ir a Cambridge? —pregunté para sorpresa de ambos, uniéndome a la conversación.

Bruno se pone de pie totalmente desconcertado.

—... No te oí entrar.

—Creo que eso está de moda, me ocurrido lo mismo con Ale ¿No me van a responder?

Alessandra va a dejarme.

Ambos increíblemente me miraban con una especie de lastima y no fue difícil comprender que aquí no obtendría una respuesta. Me di vuelta, debía ir con Ale, debía escucharlo de sus labios.

—¡Espera! No puedes verla, al menos no ahora —dice Sophia. Me volví y la miré preocupado.

—¿Porqué?

—Tuvo un ataque nervioso... se encuentra bien, no paso a mayores, pero ahora esta descansado. Creo que le has causado una gran impresión y lo mejor sería que la veas mañana cuando ya haya aclarado sus ideas.

Me senté en el sofá llevándome las manos la cara. No puede ser...

Bruno se acerca, se inclina y me da un abrazo, increíblemente Sophia se une.

La noticia del accidente circula por todos los medios americanos tomando en cuenta que fue frente a una escuela, que además es privada y que se encuentra en una zona de alta sociedad. El conductor ha sido detenido y de Damien no se sabe nada.

Saqué el celular del bolsillo del pantalón ante la mirada de Sophia y Bruno.

—¿Qué haces? —pregunta éste, como intentando que no me ponga en contacto con Alessandra.

Jamás me había sentido tan vigilado, tan frustrado, pero no digo nada.

—Llamaré a Lucios para que envíe a un abogado que defienda al conductor.

Bruno arquea las cejas.

—¿Intentas salvar al tipo que casi mata a Damien?

—Estaba dormido... —observé a Sophia, quien no me pierde de vista— es difícil hablar de esto con ella aquí.

Bruno se encoje de hombros comprendiendo y mira a Sophia.

—Amor, Evian y yo no somos muy normales que digamos —dice. Sophia cruza los brazos y recarga su peso en un solo pie esperando a que Bruno prosiga—. Espero que podamos hablar de esto en otro momento, cuando estemos a solas, pero él y yo somos iguales.

Bruno corre hacia uno de los muros y ante la mirada de Sophia desaparece, me mira y con la cabeza le muestro en donde se encuentra su novio.

Sophia sonrío maravillada.

—¿Quién es más rápido? —pregunta, Bruno y yo nos miramos. No lo sabíamos.

Bruno se acerca rápidamente frente a ella.

—Prometo que hablaremos de todo, te tengo la confianza.

—Si no te borraré la memoria —vacilé y Bruno me mira con el ceño fruncido— ¡Es broma!

Los novios se besan y por el momento todo sigue como si nada.

—El señor ese —interrumpí—, el conductor no quería matar a Damien, estaba hechizado, era el mismo hechizo que me hicieron en Fall River.

Bruno me mira, guarda silencio y después asiente.

—Está bien, yo me encargo de enviarle a mis abogados.

Sophia le hizo caso a Bruno y no hizo preguntas, aunque era claro que necesitaba respuestas al millar de preguntas que tenía en la cabeza. En vez de ello trato de explicarme de la mejor manera posible lo poco que sabía sobre Alessandra, quien había ocultado lo de Cambridge desde hace ya unos meses, incluso a ella, incluso a mí. Por otra parte, Bruno trataba de comprender que es lo que había sucedido con ella, le costaba creer que haya roto nuestro campo de visión. Menciono que Damien se encontraba despierto y no dormido, incluso se había marchado caminando como si nada hubiera ocurrido.

Lo poco que restaba de la tarde transcurrió lentamente, quería ver a



Alessandra, saber si estaba bien y explicarle el porqué de esos pequeños, pero tan enormes detalles. Pero, cada que le hablaba por celular a Sophia —quien se había montado en casa de Ale para informarme— la respuesta siempre terminaba siendo la misma: sigue durmiendo.

Miraba el celular a cada instante y aunque hacerlo me generaba cierto temor y un mal presentimiento, no me detenía. Entiendo que no había llevado muy bien el tema de mis poderes, pero aun así sabía que tenía solución, el ejemplo más claro es Sophia, tan tranquila y sin preocupaciones, lo único que en verdad me preocupaba era el dichoso ataque nervioso.

El reloj había marcado las once con once, cuando de forma repentina Sophia llamo diciendo que Ale estaba completamente bien y que además deseaba verme. De forma inmediata llegué conduciendo uno de los autos de Bruno. Nunca había existido un intermediario entre nosotros, me sentía extraño, tanto que cuando cerré la puerta del coche me estremecí de forma rara.

Sophia es quien me recibe y se acerca para darme un beso en la mejilla.

—Está esperándote en la mesita del jardín.

Asentí.

En efecto, Alessandra me esperaba en el jardín, lugar en el que casi siempre estábamos, a veces por las tardes, a veces por las noches. Caminé de forma casi silenciosa siguiendo el ya conocido camino. No fue difícil verla de espaldas, completamente sola, aunque acompañada de una taza, supongo que de té. Mientras su cabello completamente suelto volaba con el viento, la estampa no era conocida, jamás me había recibido de esta forma.

—Hola... —dije débilmente, acercándome de forma un tanto temerosa.

—Hola —responde entre dientes, apenas volviéndose.

—¿Cómo estás?

Se da vuelta, toma la taza de té y bebe un poco.

—No me quejo.

La miré aun cuando ella evitaba hacerlo. Me di cuenta que se había quitado el colgante y sus manos por pequeños lapsos temblaban.

—Me han dicho que te vas —suelto de forma tranquila, sin poderlo evitar,

necesitando escucharlo de su boca.

—Te lo iba a decir, pero has corrido muy rápido... ¿Pensabas decírmelo?  
—responde y su mirada es fuerte, tanto que me obliga a agachar la cabeza.

—... Pensé que no sería importante.

—Claro, derribas un camión y corres más rápido que quien sabe qué. Nada importante.

¿Y ella qué?

—¿Y qué hay de ti? —repliqué— ¿Pensabas irte y dejarme? ¿Qué pensabas hacer conmigo?

—¡Te lo iba a decir! —grita—. Pero, no había encontrado el momento adecuado —añadió agachando la cabeza— lo pensé durante toda la noche — ahora creía entender porque no pude dormir— ¿Qué hay de ti y Stanford?

—¿Qué tiene que ver eso? Sabes muy bien que jamás pensé en aprobar y mucho menos en ir.

—¡Por favor!, tienes las mejores notas que he visto. Nunca lees o estudias, todo lo comprendes de forma rápida —se toma un pequeño tiempo para ella—. Creo que esto era demasiado bello como para ser verdad —añade y comienza a llorar.

—¿Era...? ¿Acaso tan rápido te piensas dar por vencida? Solo hemos cometido un error y cualquier error tiene solución ¿Qué querías, que lo dejara morir? —me acerqué y la tomé por las manos viéndola directamente a los ojos—. Amor, mírame. Sé que te he fallado, pero si no te lo dije fue porque todo fue muy rápido, tanto que solo pensaba en ti y no en lo que soy o en lo que seré.

De pronto suelta mis manos de forma fría e inexplicable, después agacha la mirada.

—Solo... vete —dice con los ojos cerrados, moviendo las manos un tanto desesperada. Me quedé enmudecido viéndola, mientras sentía cómo se forma un nudo en mi interior— necesitó tiempo.

—¿Tiempo? —murmuré entre dientes.

—Tiempo para mí, tiempo para pensar en lo que esto fue, en lo que eres. Por favor, no me busques, no me llames. Solo... déjame sola.

—... Amor —dije, mirándola con las fuerzas casi perdidas comenzando a

llorar.

Me costaba respirar así que lo hacía por la boca. Se dio vuelta con la frialdad más grande que en mi vida haya visto y caminó hacia su casa, como si tratara de huir. No podía quedarme callado, no me lo permitiría. Corrí hacia ella e inconscientemente la tomé de la mano.

—Ale...

Me mira totalmente asustada con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Suéltame... me das miedo! —grita, viéndome a los ojos mientras tira de su mano soltándose.

Su reacción había sido como el de una puñalada directa al corazón.

Todo, todo se había terminado, no había comprendido de palabras o razones, sino de miradas y hechos. Así la conocí y así parecía irse. Me quedé en silencio congelado viéndola correr, preguntándome ¿Si eso había sido todo? En cuanto cerró la puerta de un solo golpe, el eco me respondió que sí... eso era todo. Comprendí que debía irme, aun cuando ni siquiera podía sincronizar mi respiración.

Subí al auto de Bruno y me recargué en el volante durante no sé cuánto tiempo. El camino de vuelta a casa había sido sombrío con un dolor palpitante en el corazón. Un dolor distinto al de una pérdida, distinto a todo, ajeno a todo.

En el pasado pude ver como a más de uno de mis amigos les rompían el corazón y lloraban, parecían perdidos en un mundo donde parece que nadie les comprende. Este día, este maldito día le salvé la vida a alguien, a una persona la cual en verdad me da igual y que desde que le conocí se comportó quizás de la peor manera y aun así lo he salvado. La mujer que me miró como ninguna, la que confió en mi... me mintió y le mentí. Y no tan solo eso, me teme, hablamos de uno de los días más jodidos de mi vida.

Sus palabras ardían como la lava y presentía que cuando terminaran de arder, las huellas quedarían tatuadas por tiempo indefinido. Necesitaba tiempo.

Cuando entré a la casa, mamá me esperaba, estaba leyendo en el comedor. Desde que no trabajaba se pasaba algunas horas leyendo revistas, catálogos o escribiendo.

Se da cuenta de mi presencia y me mira.

—¿Qué pasa hijo? —pregunta. Me quedé tratando de pensar en una respuesta, pero jamás la conseguí.

Negué con la cabeza.

—Nada...

Observé una de las mesitas que había en la estancia y vi la carta de aceptación a Stanford. Quizá eso era, esa era mi meta y prioridad desde el comienzo, desde mucho antes que todo y todos. Proseguí inmerso en la nada. Stanford fue lo que siempre quise y ahora el destino se había moldeado exactamente para que me largara.

—Iré a Stanford, mamá —solté. Hace unos meses mamá hubiera dado un brinco, pero ahora parecía que poco le importaba.

Asiente.

—Está bien...

—Pero será a mi modo. Ahora no quiero ver a nadie, tampoco iré a la graduación y espero no insistas con ello.

De nuevo, mamá asiente.

## El asesino.

Habían pasado diez días desde que ella y yo terminamos... o, desde que ocurrió lo que ocurrió. Había comido muy poco y dormir volvió a hacer complicado, justo como antes. Mamá, Bruno, Sophia y Guido insistieron con que debía ir a la graduación, que sería algo que siempre estaría en mi memoria y que además podría ser buena oportunidad para reconquistarla, pero termino dándome igual. Salí muy poco de la casa y cuando lo hacía terminaba perdiéndome en el bosque y acostándome en el pasto viendo el cielo por tiempo indefinido. Bruno se había convertido en un oído más, había escuchado mis lamentos y cada que me alejaba de todos siempre terminaba por encontrarme y motivarme, al menos podría decir que mi mejor amigo estuvo ahí. Él y Sophia tenían todo listo para marcharse e incluso habían comprado una casa en Cambridge, mientras que Guido regresaría a Milán.

El insomnio me había hecho pintar, pintar y pintar. En varias ocasiones hasta el amanecer, pintaba para ella, por ella y pensando en ella. Me enteré de que al igual que yo, termino por no asistir a la graduación, no era descabellado pensar que lo hizo para no tener que verme ¿Cómo llegamos a esto? de amarnos a odiarnos, de adorarnos a extrañarnos... que difícil es esto del amor. El tiempo no había pasado en balde, Lucios se había encargado de todo y parecía que todo estaba listo para irnos. Nos habíamos despedido de la familia cercana y nos habíamos olvidado del resto y podría asegurar que nunca regresaría a este lugar.

Bruno y Sophia me hacían compañía viendo el televisor, ambos trataban de no separarse de mí y parecía que no lo harían hasta que mamá y yo partiéramos. Sin querer —aunque lo había hecho a propósito— había escuchado una de las conversaciones de Bruno y Sophia, ellos querían hacer lo mismo con Ale, pero ella prefería estar sola. Mamá hablaba por teléfono en su recámara con una de sus antiguas amistadas de los Ángeles, le contaba que

regresaríamos en pocos días y que yo asistiría a la universidad. Segundos antes había pensado en beber una soda, pero me centré demasiado en la conversación que se me había olvidado. Me levanté del sofá y de forma rápida llegué al refrigerador ante la mirada de Bruno y Sophia, a quien le regalé una sonrisa y le guiñé el ojo.

Sophia se ríe.

De pronto la sintonía del televisor cambia.

Lamentamos la interrupción de su programa favorito: «Se han encontrado los cuerpos sin vida de una de las familias más importantes de New Hampshire. La familia Lane ha sido cruelmente asesinada en su totalidad. Informes de vecinos y amigos allegados a la familia revelan que se desconoce el paradero desde hace unos días del joven Damien Lane, informaciones pertinentes revelan que puede tratarse de un secuestro. Le pedimos discreción ante las siguientes imágenes».

—... Damien —murmura, Bruno entre dientes.

Me quedé pasmado viendo las imágenes. El crimen había sido espantoso, pero no era eso lo que más me sorprendía, sino un breve recuerdo del libro de hechizos de Isabelle, que menciona la forma en la que un humano normal —por así decirlo— puede acceder a un poder desconocido. Para ello tiene que hacer un sacrificio o asesinar a alguien de su propia sangre y marcar los cuerpos con las insignias del mal. Los tetragramas estaban marcados en los cuerpos y a su alrededor. Alguien había firmado el contrato con las fuerzas oscuras.

Quería pensar que había sido una casualidad, una terrible casualidad. Damien no pudo haberlo hecho, el solo hecho de pensar en matar a alguien suena descabellado, matar a tu familia suena aún más que demente. Rápidamente pensé en Ale, no podía esperar a saber si esto había sido una casualidad o no, debía ir por ella y protegerla.

—¿Qué te pasa? —pregunta Bruno, preocupado, sin saber lo que me había comenzado a dar vueltas en la cabeza.

—Debo ir con Ale —dije, mientras caminaba hacia la puerta—, te encargo a mi mamá. Mantén los ojos bien abiertos, mantente alerta y por más que quieran salir, no lo hagan, esperen a que llegué, ¿Entendiste?

Bruno asiente.

—... Si, está bien.

El portón que unía las vallas de casa de Ale estaba cerrado como de costumbre. Por un muy breve lapso pensé que quizás había llegado tarde y había sucedido una catástrofe, pero de forma inmediata percibí el ligero sonido del televisor acompañada de unas breves risas, parecía que su padre y hermanos no habían vuelto de Londres. Toqué el interruptor de la entrada, no tarde mucho en recibir una respuesta positiva de parte de Brigitte, a quien le pedí ver a Alessandra.

Esperé durante un par de minutos, había preferido no entrar. Por primera vez poco me interesaba que alguien me hiciera esperar, pensaba tanto en lo de Damien que lo demás me daba igual.

Alessandra abrió la puerta de forma lenta. Estaba más delgada, señal evidente que había dejado de comer, pero aun así no dejaba de ser hermosa. Tragué saliva inconscientemente al ver sus jeans deslavados que resaltaban la perfección, mientras que su blusa blanca me hizo perder la cordura. Apenas llevaba cinco segundos viéndola y ya me había puesto contra las cuerdas.

Respiré de forma rápida para poner frialdad a mi mente, debía de ser rápido y conciso.

—... Hola —dije, un poco nervioso.

—Hola —respondió de forma tranquila, sin duda muy diferente a la última ocasión.

No podía dejar de mirarla, quería lanzarme sobre ella y besarla, abrazarla y jamás soltarla.

—¿Has visto la televisión? —pregunté y ella asiente de forma pensativa —. Ale, comprendo que lo nuestro esta entendido y que quizás no quieras estar cerca de mí, pero tengo un mal presentimiento, las muertes de la familia de Damien me tienen preocupado, más de lo que debería. No me puedo

permitir dejarlas solas a ti y a tu madre, pero tampoco puedo dejar a la mía. Quiero que tú y tu madre tomen sus cosas, vayamos a mi casa. Ahí estaremos seguros, ahí las protegeré.

Su reacción al escuchar mis palabras no era precisamente la que me hubiese gustado ver.

Alessandra frunció el ceño de forma inmediata.

—¿Quién coño te crees para venir a darme ordenes? —explota con severa aspereza.

—¿Qué?

—No va a suceder nada, la gente siempre exagera ese tipo de cosas. Todos moriremos en algún punto de la vida ¿Por qué vendrían a mi casa los supuestos asesinos? Nosotras no le hemos hecho nada a nadie, estaremos bien. Gracias por preocuparte.

—Ale, no es una situación de ver quien manda a quien. Lo único que quiero es protegerte.

—¿Crees que mi mamá querrá ir? —espeta— ¿O peor aún que yo quiera ir?

La miré fijamente y por momentos me hervía la sangre ¿Adonde había quedado la mujer que amo?

Me mecí los cabellos.

—¿Sabes qué? Tienes razón, quédate con tu terquedad. Disculpa la molestia.

Me di la vuelta y comencé a caminar. Me causaba un conflicto demasiado grande su actitud, trataba comprenderla, pero a la única conclusión que llegaba a mi mente era la misma; me odia demasiado. No tardé demasiado en volver a casa, el correr a esa velocidad entre algunas calles y partes del bosque en definitiva había servido para enfriar mi mente y lograr pensar con claridad. Bruno y Sophia seguían justo donde los deje, mientras que mamá estaba leyendo en el comedor.

—¿A dónde estabas? —pregunta mamá en cuanto me ve.

—Caminando... —murmura Bruno entre dientes, de forma apenas oíble, tanto que parecía que a excepción mía nadie más había escuchado.

—Salí a caminar mamá, necesitaba aire —respondí mirando de reojo a Bruno.



—Deberías ponerte un suéter o una chaqueta, afuera hace frío.

Asentí esbozando una sonrisa.

—Si, mamá.

Miré a Bruno y a Sophia e hice una seña con la cabeza para que saliéramos.

—Hace un momento no pude decírselos. Pero, algo no anda bien —dije cuando ya estábamos un tanto lejos de la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta, Bruno.

Me tomé un ligero tiempo para pensar, ya que no estaba seguro de lo que diría.

—Es extraño porque no estoy seguro, tal vez sea solo cosa de mi imaginación, yo que sé. Pero, las muertes de la familia de Damien me tienen preocupado, tengo un mal presentimiento.

Bruno frunce el ceño.

—¿Por? —pregunta.

—No lo sé, pero la idea de que el responsable este libre me tiene un tanto inquieto.

—Te preocupas de más, si es verdad que ha sido horripilante, pero vamos, sabes bien que nosotros podemos defendernos de cualquiera y además proteger a nuestros seres queridos.

Abraza a Sophia y le da un beso en la frente de forma cariñosa.

—Eso es lo que preocupa, no poder proteger a la persona que amó. Traté de cuidar tanto de ella como de su madre, pero Alessandra me odia. Quiero que pedirles que las cuiden —ambos asintieron de forma sincera— en especial tú —refiriéndome a Bruno—. Sé que podrás pulverizar a cualquiera, aunque también les debo anticipar que quizá ella prefiera estar sola.

—Eso déjame a mí, es pan comido —intervino Sophia, tan segura de sí misma que sonreí comprendiendo que Alessandra y su madre estarían en buenas manos.

—Mantente alerta, Bruno.

—Tranquilo, todo estará bien —responde asintiendo de forma sonriente.

Me quedé de pie sobre la acera observándolos mientras se marchan en el Mustang. La mirada y expresión pensativa de Bruno reflejaba que su inteligencia está por encima de cualquiera, se había percatado del límite de mis palabras frente a Sophia para no preocuparla e incluso termino actuando

de forma tranquila y segura. En lo personal desconozco sus conocimientos sobre hechizos, quizá sabe más que yo, quizá menos, no lo sé. Lo que es una realidad es que se había percatado de que algo no andaba bien.

Habían pasado un par de horas desde que recibí el único mensaje de Bruno diciendo que Sophia había convencido a Alessandra de cenar y platicar como hacía días no lo hacían. En cuanto a mí, no veía otra cosa que no fuera el canal de noticias, la policía no encontraba una sola pista ni de Damien y mucho menos del asesino. Sali un par de ocasiones de la casa y la noche era oscura, triste. Por momentos el viento desaparecía y aquella negatividad que una vez sentí se hacía presente por pequeños, muy pequeños lapsos.

Después de haber escrito como ya era lo habitual en ella, mamá se retiró a dormir, no sin antes insistirme que debía ir a dormir. Días anteriores le había sorprendido verme despierto a primeras horas del día, pero no tardo demasiado en descubrir que en realidad no dormía. Por mi parte sabía que, aunque lo intentara no lograría conciliar el sueño, lo único que en realidad lograba era ver el techo y recordar su rechazo como una terrible pesadilla.

Mientras estaba recostado en el sofá, el teléfono de la casa sonó. Se me hacía inusual que alguien llamara a las tres de la mañana, pero luego pensé en Lucios: últimamente hablábamos una vez al día y puede que haya olvidado mencionar algo. Antes de que timbrase por segunda vez, me puse de pie y levanté la bocina del teléfono, pero antes de que dijera algo colgaron.

Fruncí el ceño y coloqué la bocina en su lugar, ¿Qué ganaban haciendo esto?

Apagué el televisor y subí las escaleras, intentaría dormir. Pero, antes de que llegara al último escalón sonó mi celular. Esta vez no respondería tan rápido, hice un poco de tiempo hasta llegar a mi habitación y entonces vi que el que llamaba era Bruno.

—¿Qué ocurre Bruno? —conteste, para después escuchar su respiración entrecortada— ¿Bruno?... Bruno —repetí, pero lo único que escuchaba era una serie ruidos diminutos, similar al que suelen hacer las ratas— ¡Carajo,

Bruno responde!

—... estamos heridos —suelta en tono oíble, después se escucha un ruido horripilante y la llamada se corta.

Agaché la cabeza y cerré las manos mientras la sangre me hervía del coraje. Si Bruno quedo en esas condiciones, no quería imaginar a Sophia, Brigitte... Ale.

Caminé lentamente al dormitorio de mamá y en el transcurso liberé los ojos grises. Respiré profundamente, había sido Damien. Observé a mamá desde la entrada del dormitorio ¿Y si le hacen daño? ¿Y si jamás la vuelvo a ver? Sabía que tenía un fuerte hechizo de protección, pero aun así dudaba si la protegería. Me acerqué y le di un beso en la frente. Confiaría en Isabelle, no tenía otra opción.

Comencé un recorrido a gran velocidad sobre la oscuridad de las calles. Corría sin pensar en nada, solo miraba al frente sin sentimiento alguno. En cuanto llegué a casa de Alessandra brinqué los muros y el panorama era siniestro. Las luces estaban apagadas, los cristales de las ventanas estaban destruidos, mientras que las puertas estaban abiertas. Parecía una casa abandonada.

Entré: las sillas, mesas y espejos estaban destrozadas mientras que el sofá que estaba frente al televisor aun ardía en llamas, como si algo hubiese explotado cerca. No había rastro de nadie, hasta que escuché unos ligeros quejidos. Rápidamente llegué y lo primero que vi fueron los cuerpos de Sophia, Brigitte y Bruno —éste último se encontraba en muy malas condiciones—. La imagen era devastadora, pero aun así no me guíe por lo visual ya que de inmediato percibí que sus corazones latían.

Me acerqué para moverlas con la intención de despertarlas, pero fue inútil, estaban profundamente dormidas. En ese momento Bruno me miró y en cuanto lo hizo sus ojos explotaron en llanto. Un llanto que me supo a frustración y que sencillamente dijo más que mil palabras, quizá había hecho todo para protegerlas y aun haciéndolo todo, no pudo evitar lo sucedido. Me negaba siquiera a pensar en la posibilidad de que Ale estuviese muerta, pero

cada que veía las condiciones en las que él se encontraba, era imposible no hacerlo.

Me acerqué a él y mientras me inclinaba para auxiliarle, me percaté que gran parte de su cuerpo se encontraba clavado al piso con un metal extraño en forma de astilla, que hacía que su piel se pudriera. En cuanto retiré la primer astilla se convirtió en una especie de arena totalmente oscura y pesada. Cuando terminé de retirar las demás, el cuerpo de Bruno volvió a regenerarse tal cual ocurre conmigo.

Cuando se sintió libré, Bruno se lanzó sobre Sophia de forma desesperada —Sophie, amor. Despierta, ¡Despierta! —grita, mientras la mueve de forma desesperada.

—Están paralizadas Bruno, hazte a un lado para que las liberé.

A lo lejos comenzaba a escucharse la sirena de las ambulancias y patrullas de policía, los vecinos dieron el aviso. Bruno parecía no haber escuchado mis palabras, parecía perdido en el universo paralelo de la desesperación. Me que en silencio observando su desesperación hasta cierto punto de forma masoquista, esa reacción tan desesperada y llena de furia había sido la misma de Ale. Y ahora parecía que comprendía el porqué.

Bruno levanta la mano con intención de abofetear a Sophia, pero antes de que pueda tocarla le doy un puñetazo en el rostro con toda mi fuerza. Se estampa en uno de los muros y cuando se recupera me mira con odio, tal cual me veía Alessandra: me acerqué rápidamente y toqué su frente con los dedos primeros dedos de la mano.

De pronto agacha la cabeza y después me mira, luce perdido, como cuando despiertas después de un largo sueño.

La liberación había funcionado.

La liberación de un hechizo es hasta cierto punto sencillo, consistiendo con tocar la frente del hechizado con el índice y el dedo en medio.

Bruno observa a su alrededor durante un par de segundos y después me

mira avergonzado.

—Lo siento —susurra.

Asentí.

—¿Dónde está Ale? —pregunté de forma seria, mientras caminaba hacia Brigitte— libera a Sophia —añadí.

—No pude reaccionar a tiempo, Damien apareció de repente, lucia muy cambiado y hasta cierto punto tétrico —él es el asesino, pienso—. Nunca me percaté y justo cuando intenté reaccionar algo me detuvo, las luces se apagaron y comencé a escuchar gritos y lamentos. Después no pude moverme, tenía algo enterrado en el cuerpo.

—¿Y Ale? —insistí.

—Ella, estaba ahí sentada —señala el sofá que aun ardía cuando llegué—. Una sombra intento tocarla y ella comenzó a brillar, de pronto todo explota.

—Oberón y el colgante... —deduje.

—¿Y entonces dónde está? —pregunté después de haber liberado del hechizo a Brigitte.

—No lo sé —respondió con voz nerviosa.

Maldita sea. De pronto algo de color verde brilla, me doy cuenta que es el colgante.

Me dirigí al lugar de la explosión y en el suelo había cenizas, sea lo que haya sido que intento tocar a Ale fue reducido a cenizas por el colgante, que se encontraba a un costado. Tomé el colgante, respiré profundamente y tragué saliva... aun había tiempo, aun podía encontrarla, recordé la existencia de un hechizo, el cual rastrea todo lo humano o inhumano.

—Puedo encontrarla —solté mientras apretaba el colgante con la mano. Justo cuando diría algo más, en las cenizas aparecieron unos jeroglíficos extraños que eran del color de la lava ardiente.

Me quedé perplejo ya que era como si alguien los escribiera. No sabía lo que significaban, pero recordé que Isabelle menciona la existencia de una lengua extraña llamada; *sermone tenebris o tenebris*, la cual únicamente es utilizada en por brujos de muy alto nivel, duendes y demonios.

—¿Puedes encontrarla? ... ¿Qué es lo que miras? —pregunta Bruno, a quien ignoré.

Guardé el colgante en mi bolsillo. Mientras a su vez por fin unía el rompecabezas que jamás había comenzado. Solo conocía a alguien capaz de hacer un hechizo similar a los síntomas que Bruno había descrito y lo sabía porque lo había hecho en mí.

—¡Maldición! —grité.

Él mismo me advirtió que atacaría, pero gracias a que me centré en otras cosas y vivir en un mundo despreocupado, no había visto como Oberón permanecía oculto planeando su nuevo ataque. Estaba claro que la tarde del incidente con el camión, controló la mente del conductor, de Ale y Damien. Quizá en aquel instante lo supuse, pero termine centrándome tanto en la reacción de Alessandra, que jamás logré darme cuenta. Quizá controla a Damien desde el comienzo... por eso me odiaba.

Volteé a ver a Bruno y apreté los dientes, sus heridas habían desaparecido y físicamente parecía estar totalmente recuperado. Pero, la realidad es que se le notaba asustado y a su vez preocupado por Sophia, a quien tenía en sus piernas acariciándola.

Oberón había hecho un buen plan: cuando menos lo esperaba y sin percatarme hechizó a Alessandra, me alejó de ella para después atacar y por último pisotea la valentía y confianza de la única persona que podía ayudarme. Debía de ser sincero y admitir que yo solo no podría. No tengo ni la más mínima idea de la magnitud de los poderes de Damien y casi podría jurar que ellos dos —Damien y Oberón— no se encuentran solos, era fácil de suponer que Oberón no llegó tan lejos solo para llevarse a Alessandra, esta vez acabaría conmigo.

De pronto más jeroglíficos aparecieron en el suelo y afuera de la casa en línea recta, como mostrándome el camino a seguir.

—Sé... sé el camino para encontrarla. Pero, no podré solo. Tienes que ir conmigo.

Bruno se queda enmudecido y únicamente mira a Sophia.

—¿Y si, solo es un engaño y vienen por ella? —responde temeroso.

Negué con la cabeza.

—Me quiere a mí. Lo único que le interesa es matarme y por eso se llevó a Ale... para atraerme. No sé lo que hay en ese lugar, no sé lo que planeo, lo único que sí sé, es que te necesitó Bruno, no podre solo. Y si no lo derrotamos jamás estaremos a salvo.

—¿Qué hay de ellas?

—Estarán bien, no tardarán en despertar y los de la ambulancia se harán cargo.

Bruno vuelve a mirar a Sophia durante varios segundos, le da un beso en la frente y posteriormente con delicadeza la deja de nuevo en el suelo, se levanta y me mira. No luce muy seguro, pero ira conmigo.

Los de la ambulancia han llegado en compañía de los policías, están afuera intentando abrir el portón de la entrada. Se escucha que llegan más con la intención de rodear la casa por lo que la única forma de salir es por una de las ventanas rotas y saltar la valla, curiosamente los jeroglíficos se encuentran en esa posición.

Bruno y yo avanzamos hacia la ventana.

—Tráela sana y salva... te lo ruego —dice Brigitte Lanz, apenas en tono oíble.

Giré un poco para verla y asentí.

—Así se será. Se lo juro.

Al brincar las vallas, las luces de la ciudad se apagaron dejando a Manchester, sumergida en la oscuridad.

—¿Puedes verlos? —pregunté a Bruno mientras corríamos.

—¿El *Tenebris*? —responde en tono de pregunta, a lo que asentí— Sí, no sé hablarlo, pero puedo verlo.

Los jeroglíficos indicaban que siguiéramos más allá de la ciudad, justo al entrar en el bosque los arboles comenzaron a moverse de manera extraña dejándonos parados de la impresión. La tierra comenzó a vibrar sin parar y todo parecía ser ocasionado por las raíces de los árboles que hacían la función

de pies, haciendo a los arboles caminar a los costados: unos a la izquierda y otros a la derecha, dejando como resultado una visible línea recta sin obstáculos y el *Tenebris* que enmarcaba el camino a seguir. Al avanzar, los arboles generaron un ruido y un temblor aún más potente, haciendo que inevitablemente miráramos atrás: ahora todas las ramas se unían haciendo una enorme pared de hojas, desapareciendo el camino mientras avanzábamos. No había retorno.

El viento era cada vez más gélido y a su vez la oscuridad más abrumadora. Mi cuerpo pesaba tanto como jamás lo llegué a sentir, respirar se tornó complicado y poco a poco fui quedándome sordo, como un mortal. Recorrer el camino no era fácil, Bruno y yo teníamos que apoyarnos.

De pronto el bosque desapareció. Bruno y yo nos encontrábamos en un lugar distinto, a penas reconoceríamos el lugar, cuando vimos que un bastón gigante nos golpearía. Bruno y yo nos dispersamos esquivando el ataque y vimos que era un anciano gigante, de mal aspecto, pero poderoso en todos los sentidos el que nos atacaba. Nos percatamos también de que nos habíamos movido con enorme facilidad, como si fuésemos mucho más rápidos. Observamos que en efecto no estábamos en el bosque, sino en un lugar rocoso y arenoso. No había brisa de aire, pero era gélido y con un aroma extraño, mas no molesto. Sentí una extraña sensación de libertad, de paz, como si estuviera en mi lugar de origen. Bruno y yo estábamos en nuestro habitat.

El gigante se contuvo de hacer un nuevo ataque y nos observó. Su rostro totalmente horripilante hacía que nos estremeciéramos. Carecía de nariz, no contaba con ningún orificio respiratorio. Sus ojos se movían constantemente a pesar de estar cubiertos por una especie de membrana, mientras que su boca era grande y en apariencia parecía normal. Cejas abultadas, cabello largo hasta el hombro, que apenas y permitía ver que también carecía de orejas.

Guardando total silencio mientras parecía observarnos. Se recargo sobre aquel bastón de acero que de la parte de abajo parecía un martillo especialmente hecho para golpear. Y de sus manos brotaba una especie de humo negro que caía sobre el bastón, llegaba al suelo y ahí se esparcía.



—Increíble, ¿Dos mortales aquí? —dice para sí mismo, con un poderoso timbre de voz— ¡No!, ustedes son diferentes... humanos interesantes... herederos —se queda callado de forma pensante.

—¿Quién eres? —pregunta, Bruno.

—El guardián, no tengo nombre o apellido que me distinga como a ustedes ¿Por qué huelen como ella?... ¿Qué es lo que hacen aquí?... este no es lugar para que los niños jueguen, ¿Sus padres no les dijeron? Ningún ser vivo o mortal entra y sale de esta dimensión... aunque claro, —se carcajea— ustedes no son mortales.

—¿Alguien además de nosotros ha entrado? —pregunté.

Niega con la cabeza.

—Nadie, nadie lo ha hecho sin mi consentimiento. Puedo ver y escuchar cada rincón de este lugar y nadie ha entrado...

En cuanto el feroz sonido de su voz se esparció por doquier, sus gestos alcanzaron el enfado total, y de forma totalmente brusca observa hacia él frente. El suelo rocoso comenzó a vibrar y todo era generado por su poder, poder que recorría el bastón con poderosos relámpagos y estruendos. El guardián ve algo que le sorprende y completamente enfurecido golpea el suelo con el bastón. De nuevo Bruno y yo saltamos esquivando todo y me percaté de que su enfado era el *Tenebris*, que indicaba que debíamos adentrarnos en el horizonte oscuro. De forma inmediata miré a Bruno y le hice una seña con los ojos para que la viera. Observa el suelo y asiente, después regresa la mirada al guardián.

El guardián comenzó a decir cosas las cuales no entendíamos, después nos mira completamente enfurecido. Aquella membrana de sus ojos desaparece y ahora mostraba sus horripilantes ojos negros, que parecían tener como pupilas un gran incendio. Su enojo tenía nombre, no pudo ver y tampoco escuchar el momento exacto en el que Oberón traspasó sus fronteras. Se burlaron de sus habilidades, le habían superado y dejado en ridículo.

Apreté los dientes y continúe mirándole a los ojos sin que me intimidara.

—Esa es la razón por la que estamos aquí —dije con tono serio— es algo muy personal. Sé que eres el guardián, que controlas todo esto, que tus

poderes no están en discusión y por ende sé que puedes eliminarlos, pero nosotros te lo podemos ahorrar, déjanos hacerlo por ti.

Su expresión de odio se torna pensativa, supuse que mis palabras habían sido las adecuadas. Y supuse que si él hubiese querido los habría eliminado desde el momento en el que los detecto, pero algo lo detuvo. Su enfado llevaba también algo de frustración y quería pensar que ese algo es la entrada.

—Imposible, no puedo dejarlos pasar, ni siquiera pueden estar aquí.

—De todas maneras... —replique, para luego cubrirme de forma rápida.

La imagen había sido muy rápida, apenas y pude ver el momento en el que Bruno lo golpeo en el rostro. El polvo y el desastre por el impacto era increíble, el guardián termino estampado en unas de las rocas y parecía no tener reacción.

Bruno sale de entre el polvo totalmente victorioso.

—Ve por ella hermano, me encargaré de él.

Asentí y sonreí.

Me volví hacia las señales que enmarcaban el camino hacia lo más oscuro. Solo esperaba que Bruno me alcanzara con bien, ya que no enfrentaría a cualquier ser.

## Matar o morir.

Corrí a máxima velocidad siguiendo las señales, mientras todo a mi alrededor cambiaba: lo que era oscuridad, se volvía un día soleado. Lo rocoso, en un pasto perfectamente podado. Pero, había algo que no cambiaba: el ambiente gélido y el aroma familiar.

Cerré los ojos con fuerza y en cuanto los abrí, todo regreso a la normalidad por un muy breve periodo de tiempo. Estaba por demás decir que el lugar estaba embrujado hasta la medula. Seguí cerrando los ojos con la misma fuerza para no caer en algún hechizo mientras los jeroglíficos comenzaban a desaparecer. De pronto me hallaba en una especie de bodega sin muros, un lugar espacioso, arenoso y aunque no había nada, daba la sensación de ser un lugar sucio. Pensé haber caído en una ilusión y ante ello abrí y cerré los ojos de forma brusca, pero no. Por fin había llegado.

Alessandra se encontraba a una distancia considerable, sujeta a un poste de tamaño mediano. En cuanto la vi el coraje hizo que me hirviera la sangre. Me acerqué y sus ojos estaban cerrados. Se encontraba atada de manos y pies por unas diminutas serpientes que me mordieron las manos en cuanto me acerqué. Las trituré como si fuesen nada y una vez muertas, Alessandra abrió los ojos, me mira con muchísimo temor, pero de inmediato se lanzó sobre mí echándose a llorar.

—¡Tengo miedo! —suelta desesperada, temblando y ante ello la abracé con fuerza mientras miro a los lados.

—Lo sé, mi amor. Perdóname por meterte en esto.

Nos miramos cara a cara.

—Nunca quise actuar de esa forma, nunca fue mi intención lastimarte, mi corazón estaba lleno de odio.

Tomé su rostro y con las yemas de mis dedos le quité las lágrimas.

—Lo sé amor, lo sé... —repuse con suavidad.

—La noche anterior que salvaste a Damien, me pasé casi toda la noche pensando en lo que es nuestro amor. Antes de conocerte mis planes eran ir Londres, pero tu eliminaste esa opción. Cuando nos despedimos en Nevada me di cuenta de que no podría dejarte nunca más, que no podría hacerlo y que jamás lo volvería si quiera a pensar. Cuando amaneció quería correr y decírtelo, pero perdí el colgante que me obsequiaste. Lo busqué durante horas, pero jamás lo encontré. Cuando te vi, mi corazón explotó de ira, no podía controlarme —explica, llorando desesperadamente.

Había escuchado de sus labios lo que me suponía. Me había devuelto la sonrisa al alma al escuchar que no podía dejarme y al mismo tiempo, me enfurecía todo lo que había hecho Oberón.

La miré a los ojos y de nuevo limpié sus lágrimas.

—Te debo una enorme explicación, pero por ahora no pensemos en ello. Debemos salir de aquí.

Alessandra asintió.

Nos pusimos de pie y la tomé de la mano. La llevaría en mi espalda para llegar lo más rápido posible a la salida, pero justo cuando pensaba decírselo una brisa de aire totalmente gélida rozó mi cuerpo.

Me volví hacia mi derecha y vi que era Damien.

—¿Damien? —dije entre dientes en forma de duda, porque en verdad lo dudaba.

Su tono de piel parecía idéntico al de un cadáver. Su rostro y brazos estaban llenos de llagas y venas —que parecía que estallarían en cualquier momento—. Sus ojos eran totalmente negros igual a los del guardián, aunque sin la membrana. Había crecido considerablemente y a su vez había alcanzado la máxima expresión física, tanto que su cuerpo apenas y parecía soportar tanto poder. Ya no tenía gestos de alguien vivo, en verdad parecía un muerto.

—Él no es quien tú dices —respondió aquella voz cambiante, que no me costaba reconocer.

Alessandra dio un grito y se aferró a mi brazo. Por el rabillo del ojo vi que Oberón estaba a mi izquierda.

Caminé un poco hacia atrás para poder verlos sin tanta dificultad, dejando a Alessandra a mi espalda. La idea de entretenerlos para que ella escapara bombardeaba mis pensamientos, pero recordé las alucinaciones en las que estuve a punto de caer. Tenía que pelear y además protegerla.

Suspiré.

—¿No te basto con la última revolcada que te di? —vacilé y Oberón se ríe — ¿Qué le hiciste a Damien?

—Buenas noches, Evian —me saluda con calma, como si fuéramos amigos—. Nada, no le he hecho nada. Solo le he tentado. Los humanos son estúpidos en su totalidad. Y es normal porque son seres imperfectos, seres a los que es demasiado sencillo tentarles. Por ejemplo, tu familia: les ofrecí salir de la pobreza en la que se encontraban, nunca les haría falta dinero, a cambio tenían que entregarme a uno de ellos, a uno al que amaran con todo su corazón. Amanda, Evelyn y compañía, no me dejaron mal. Cumplieron, se mancharon las manos y con ello realizamos el primer contrato, contrato que se renueva cada cuatro años ¿Ahora entiendes porque cada cuatro años hay un muerto en tu familia? Con él —señala a Damien— las cosas fueron exactamente igual, solo que en vez de dinero fue poder. Después de la muerte de tu hermano, el siguiente en la lista eras tú. Debiste de haber muerto hace unos meses, pero rompiste la secuencia. Hoy pase lo que pase, estarás destruido. Este es mi territorio.

En cuanto termino de hablar se escucharon unos gruñidos escalofriantes que pertenecían a unos perros humanoides de color negro. Los cuales aparecieron detrás de Damien. Los miré de forma fría y rápida, su tamaño era anormal, sus ojos eran color rojo y en vez de cola tenían una serpiente.

—Quédate detrás, todo estará bien. Te protegeré con mi vida si es necesario —le dije a Ale, quien asintió.

Di un par de pasos al frente, mientras los perros se acercaban con cautela. En cuanto Oberón dio un grito en un idioma extraño éstos corrieron hacia mí a una velocidad increíble por lo que corrí hacia ellos para alejarlos lo más posible de Ale. Salté por encima de uno de los perros que había llegado

primero, pero aun así uno de sus colmillos me había rozado el brazo. Lo tomé por la cola de serpiente y lo lancé contra el otro perro que ya estaba a escasos metros. No podía detenerme, debía de actuar y eliminarlos lo más rápido posible.

Me dirigí hacia Oberón, quien venía hacia mí y sin que pudiera esquivarlo, lo golpeé en el rostro con toda mi fuerza. Entonces el cuello de Oberón da una vuelta completa. No tiene reacción, estaba muerto.

El grotesco sonido de las patas de los perros me hace volverme y percatarme de que se dirigen hacia Alessandra. Antes de que pudiera tomar aire, corrí y golpeé al primer perro en las costillas, apenas a un metro de distancia de ella. El segundo se encuentra aún más cerca y lanza la mordida, pero contengo el hocico con las manos para después abrirlo más y más, hasta que escuché el crujido la mandíbula. El perro se desploma y justo cuando pensaba ir por Damien, éste ya se encuentra en mi espalda y me toma del antebrazo. Por el rabillo del ojo miré a Ale y con el brazo que tenía libre, logré empujarla lo más lejos posible. Antes de que pudiera hacer algo más, sentí como una poderosa mordida prensaba mi brazo izquierdo. Damien lo había servido como platillo a uno de los perros. Intenté patear a Damien, pero me golpea varias veces en el rostro hasta que logra tirarme.

Aplasta mi mano derecha y el perro al que acababa de “matar”, se levanta, sacude de lado a lado la cabeza y su hocico estaba como si nada. Después me muerde el otro brazo de forma enfurecida, mientras que las serpientes que llevan por cola se estiran y me muerden los hombros y ahí se quedan.

Es todo, no puedo moverme.

Damien me patea un par de veces más hasta dejarme arrodillado, después se aleja. Intento moverme y en ese instante unas cadenas salen del suelo y se entierran en las palmas de mis manos. Casi de inmediato comencé a toser de forma extraña, mis brazos y venas adquirieron una coloración oscura, podrida.

—Tendrás el placer de verlo morir —se escucha la voz cambiante de

Oberón, quien aparece repentinamente en la espalda de Ale—... mejor que ambos mueran —añade jalándola cruelmente del cabello.

Quería moverme, pero era imposible. Mis extremidades no reaccionaban. Oberón lanzó a Ale hacia el frente, (casi para que ella y yo pudiéramos vernos de frente) y antes de que cayera en el suelo, Damien la vuelve a tomar de los cabellos para arrastrarla.

Oberón se carcajea.

—Quisiera que pudieras verte la cara —desaparece y aparece frente a mí. Me rasga los brazos con sus uñas largas y podridas y en vez de sangre brota algo parecido al lodo— el veneno está haciendo efecto. Te estás pudriendo... ¿Comenzaron las alucinaciones? —comencé a jalar las cadenas y a los perros, pero seguía siendo inútil— esta vez no —añade, para después abrir la mano y dentro de ella se formará una espada de plata.

—¡No! —grita Ale, a quien observé.

Agaché la cabeza y vi que la espada me había atravesado el estómago. Sentía demasiado dolor que ya no distinguía que dolía y que no. Parecía que era demasiado tarde y no cumpliría con el objetivo de salvar a Alessandra. Comencé a temblar y a toser toda la sangre posible, mientras sentía como mis fuerzas se extinguían.

Oberón retira la espada y me toma la frente, haciendo mi cabeza hacia atrás, su mirada lo decía todo; me cortaría la cabeza. Por fin acabaría conmigo. Dejé de verlo y busqué a Ale con la mirada, prefería verla a ella por última vez. Como si fuese cámara lenta, Damien de igual forma a lo hecho por Oberón, abre la mano y se forma una espada. La va a matar.

Aún estando sometidos, nuestras miradas se encuentran por última vez. No dijimos nada, pero sabíamos que nos amábamos y que al menos, (si es que puede ser gratificante) seríamos lo último que veríamos al dejar este mundo.

Me quedé sordo mientras lo único que escuchaba era el latir de mi corazón, que parecía retumbar. Mi sangre empezó quemar justo como en aquella ocasión y en un solo impulso, de forma inconsciente tiré de las cadenas. Los dientes de los perros, las cadenas y cada ligamento de mi cuerpo

hicieron un poderoso estruendo. Estrellé a los perros y las cadenas contra Oberón, mientras una brisa cálida necesitada de venganza por un tema personal, golpeaba a Damien por la espalda, provocando otro estruendo. Oberón se levanta y sin percatarse, Bruno lo golpea poderosamente mandándolo lejos.

—¿Están bien? —pregunta Bruno, mientras ayuda a Alessandra a ponerse de pie—. Lamento haber llegado tarde, pero no fue fácil llegar.

Me quedé hincado, mientras escuchaba como Ale quería correr hacia mí, pero Bruno la detiene.

—Tranquila, su cuerpo se está regenerando.

Los perros siguen por allí queriendo batalla, pero Bruno muestra poderío. Los golpea, les parte el hocico y les arranca la lengua. Por fin están muertos.

Mi cuerpo comenzó a sanar a una velocidad inimaginable. De reojo observé como el duende se acercaba y me miraba enfurecido, con recelo. Parecía que tampoco podía creer que mi cuerpo se regenerara a esta velocidad.

—¡¿Por qué?... ¿Por qué?! —se preguntaba a gritos. Mientras al otro extremo, Damien regresaba caminando a paso lento. Ajeno a todo.

Bruno me observa y en ese instante le hice una seña con los ojos, haciéndole referencia de Damien, debía encargarse de él. Bruno comprende. Mi cuerpo, mis fuerzas y mis ganas de terminar con esto se incrementaron como por arte de magia. Aun así, disimulé seguir estando mal.

—¿Acaso no te das cuenta? —dije actuando, como si me costara articular palabra, mientras seguía hincado y observaba de reojo a Oberón—. No solo tú y Damien se vuelven más fuertes al estar aquí, en parte él y yo —refiriéndome a Bruno— pertenecemos a este mundo, es por eso por lo que somos más fuertes, rápidos y nuestras heridas sanan a esta velocidad.

Justo cuando Oberón se hallaba lo suficientemente cerca y mi cuerpo se encontraba en plenitud, corrí hacia él y lo atacé con toda mi fuerza directo al



corazón. Cuando me percaté de lo que hice, mi mano se traspasó su cuerpo y sostiene su corazón, que prosigue palpitando.

Oberón flotaba. Una diminuta distancia nos dividía para vernos de frente. De pronto su cabello se vuelve rubio, sus ojos amarillos se tornan azules, su piel oscura y verdosa en humana, blanca. Crece tanto casi hasta alcanzar mi estatura.

¿Era humano?

—Bien hecho... Así es como uno debe de proteger a sus seres queridos —repuso estuviere orgulloso de acto, con voz humana y cansada— yo no maté a tu hermano, tampoco a tu abuelo y mucho menos a nadie de tu familia. Solo cumplía órdenes, esas son las reglas de un pacto. En realidad, fu...

—¡No lo digas! —grité.

—¿Porqué? ¿No quieres saberlo?

—No estoy listo para ello, sé que después de acabarte iría tras el asesino. Y además creo saber quién fue.

Se ríe entre dientes.

—Eres un buen muchacho... —cerré la mano y su corazón explotó dentro de ella, aun así, Oberón había alcanzado a decir—; Clare...

Saqué mi mano de su cuerpo que se desploma frente a mí. Por fin estaba muerto, por fin todo había terminado. Busqué a Damien, quien poco a poco volvía la normalidad. Me dirigí hacia él con la intención de matarlo, pero es Bruno quien lo golpea en la cara, destrozándole el cuello.

Me acerqué mientras Bruno observa detenidamente el cuerpo de Damien, que comienza a descomponerse.

—En el fondo era un buen muchacho —dice Bruno con cierta tristeza.

Ladeé la cabeza, en si jamás tuve el justo. Miré a Ale y de inmediato esboqué una sonrisa aliviado. En cuestión de nada me paré frente a ella y su reacción nerviosa, pero contenta me alegró el alma. Revisé si se encontraba herida, pero afortunadamente no lo estaba.

—¿Estás bien? —pregunté para cerciorarme.

—Si —respondió para después besarme y abrazarme.

—¿Segura que estás bien? —insistí, mientras la abrazaba con fuerza.

—Si, de verdad —toca mi estomago para ver si me encontraba herido y se sorprende al ver que no.

—Debemos irnos de aquí —interviene, Bruno— tenemos menos de cuarenta minutos antes de que la puerta desaparezca.

Arqueeé las cejas.

—¿Cuál puerta? ¿De qué hablas? —pregunté confundido.

—Te explicaré en el camino.

Le di la espalda a Ale y me agaché un poco.

—Sube —le dije sonriendo— debes mantener tus ojos cerrados ¿Estamos?  
—a pesar de seguir un poco asustada, asintió— bien, sujétate.

## El adiós.

—Muy pocos han podido entrar a este lugar... me refiero a humanos — explica Bruno, mientras corríamos hacia la entrada—. Ya que encontrar las puertas es prácticamente imposible, debido a que desaparecen después de cierto tiempo. Y por increíble que parezca, escucha esto, lo más difícil no es entrar, sino salir ya que solo el guardián puede ceder el paso.

—¿Y qué es lo que hay que hacer? —pregunté. La realidad de las cosas es que ya había matado a Oberón y si para poder salir teníamos que matar a otro demonio, lo haría— ¿Matarlo?

—No. No sé cómo, ni cuándo, pero mi tía entro a este lugar, lógicamente conoció al guardián. Desde el momento en el que entramos él se percató de que tenemos cierta conexión con ella e increíblemente me contó que ella ha sido la mortal más hermosa que ha visto, creo que estaba enamorado de ella... —Bruno quiere añadir algo más, pero le da cierta repulsión— resumiendo todo, nos dejara salir.

Me reí entre dientes.

De a poco la figura del guardián se hizo visible, figura que conforme nos acercábamos se hacía más grande. Estaba sonriente y relajado, atrás había quedado el enfado y la frustración.

—Ya puedes abrir los ojos, mi amor —le digo a Ale, quien baja de mi espalda y toma mi mano.

Luce asustada, nerviosa y cansada. No es para menos.

Observé al guardián.

—Y bien, ¿Cómo saldremos de aquí? —pregunté.

—Ella no puede salir, al menos no así —responde, de forma seria, dejando atrás las sonrisas.

—Un momento —replica Bruno, dando un paso al frente — dijiste que la

dejarías salir ¿Qué paso?

Solté la mano de Alessandra y caminé hacia el frente encarando al guardián.

—No soy tu enemigo, ni el de nadie —dice al ver mi reacción—. Ella podrá salir de aquí, pero no consiente de ello. Muchos han entrado a este lugar y solo tres han salido, de ellos a uno los recuerdos lo alcanzaron y los resultados fueron catastróficos... creo que acaban de verlo.

—¿Porqué? —pregunté, no tenía idea de a donde quería llegar.

—Los humanos son una raza la cual no tiene idea sobre la existencia de otros mundos, dimensiones o criaturas. Piensan que el mundo es tal y como lo ven día a día, y así debe de continuar, de lo contrario la estabilidad se vería afectada.

Parecía que lograba comprender un poco.

—Escucha, ella no dirá nada sobre esto —respondí—. En cuanto salgamos de aquí, todo habrá terminado y no tendremos que volver a recordar estos momentos, créeme.

—No, es así de sencillo. La mente de los humanos es débil por que no pertenecen a esta dimensión, ella quedo contaminada desde el instante en el que entro. Dime, ¿Qué sucedio cuándo descubriste tus verdaderos genes? Llegaste a un nivel altísimo, te volviste fuerte y perdiste el control.

—¿Qué tiene eso que ver? Y no, nunca lo perdí —repliqué

—Si, si lo hiciste. Tú, tu cuerpo está dividido en dos partes aparentemente iguales, mitad blanca y mitad oscura. Se encuentran de esa forma para que exista un equilibrio. Tu parte oscura se apodero de tus sentimientos; cuerpo, mente y alma. Y en ese momento te volviste poderoso, lo único que deseas es destruir lo que se encuentra a tu paso, sin importar que. El coraje se apodera de ti y solo quieres saciar tu enfado, cuando te controlas todo cambia porque piensas que el enojo y la sed de destrucción han desaparecido, pero no es así, la sed y el enfado siguen ahí, dispuestas a estallar en cualquier momento.

Me quedé enmudecido y agaché la mirada, dudando que pensar o que hacer, tenía que reconocer que tenía razón.

—Es exactamente lo mismo que ocurre con los humanos que salen de este lugar. Su mente se impregna de un coraje que los hace regresar y poco a poco, pierden los estribos. El sujeto que acabas de matar —prosiguió

llamando aún más mi atención—. No era un demonio, sino un humano. Él fue uno de aquellos tres que lograron salir, pero a diferencia de los otros dos, ese maldito encontró una puerta secreta, un diminuto orificio, que hasta el día de hoy no he podido encontrar. Sus recuerdos nunca fueron eliminados... creo que ya sabes lo que sucedió después. Esos son los resultados. La única manera para que ella salga de este lugar, es eliminando todo recuerdo que la traiga hasta aquí.

En cuanto su voz se esparció por doquier, sentí como me caía un balde de agua helada. Recordaba las palabras de Oberón; «Hoy pase lo que pase estarás destruido». Agaché la mirada. Ale me toma de la mano, es fría y tiembla... tiene miedo, quizá tanto como yo.

—¿Qué hay del amor? —pregunté— ¿Incluso el amor no blindaría su mente? ¿No se supone que el amor es más fuerte que casi cualquier cosa... incluso la magia?

—Ya veo —dice hasta cierto punto admirado— estás bien enterado. Tú lo has dicho, casi cualquier cosa. Aquí el amor da igual, no importa, no sirve. Eso solo funciona con hechizos, te daré un ejemplo; sus recuerdos deben ser eliminados y para ello será necesario un hechizo. Para realizar el hechizo se necesita magia, ahí entra el amor, ahí es cuando el amor hace su trabajo. Si en verdad hay eso en su corazón, ella seguirá recordando todo y nada malo sucederá, su mente será blindada por el amor.

Observé al frente, a la nada, inmerso en un nerviosismo y un silencio brutal y absoluto. Yo haría el hechizo. La eliminación de recuerdos tenía varias condiciones para que fuera exitoso. El primero era que el brujo no debe ver al hechizado en un lapso de dos años después del hechizo.

Mi frente y mis manos comenzaron a sudar.

Eliminaría sus recuerdos viéndome salvar a Damien y los sucesos ocurridos esta noche, de ese modo despertara tres días después pensando que el mundo es tal cual lo conoce y que nuestra relación simple y sencillamente no pudo ser. A menos que su amor por mi sea más grande y bloquee el hechizo y los pensamientos vagos de este lugar.

—Ninguno de ustedes controla la magia —escuché de voz del guardián—.

Lo único que ella tiene que hacer es darme la mano, me encargaré del resto.

—Tu no la vas a tocar —respondí regresando a la realidad. Borrándole la hipócrita sonrisa de la cara—. Yo lo haré.

—¿Qué? —cuestiona Bruno entre dientes.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunté, sin hacerle mucho caso a Bruno.

—Treinta minutos, pasando ese tiempo la puerta se cerrará y deberán esperar diez noches.

Asentí.

—Bien —dije mirando a Ale con una media sonrisa totalmente falsa, apenas ocultando mi temor por perderla— necesitó hablar con ella, a solas —añadí, aun sabiendo que escucharían todo.

Bruno asintió, comprendiendo que me despediría.

—Vamos por allá, mi amor —le indico a Ale, quien asiente.

Caminamos a paso lento sin decir una palabra, mirando el suelo arenoso y rojizo, hasta alejarnos lo suficiente. En cuanto me detuve, me puse frente a ella, la observé, observé sus hermosos ojos aceitunados que lucían cabizbajos como ella. Sabía muy bien que su amor por mí es inigualable y que de igual forma mi amor por ella es incomparable. Pero, hace unos días su amor no pudo evitar que Oberón la hechizara, la controlara y la llevara al borde de la desesperación ¿Y ahora el amor detendría la eliminación de recuerdos? quería pensar que sí, pero la realidad me decía que no. Sentía que las probabilidades eran nulas, pero mi corazón entero optaba por creer que sí.

Suspiré de forma temerosa y mi interior se quebró. La abracé con torpeza, sin poderlo evitar y de apoco sentí como sus lágrimas mojaban mi pecho.

—¿Qué va a suceder? —pregunta.

—Nada malo, mi amor. Yo nunca haría algo para lastimarte. Solo borraré esta parte de tu vida. Por tu bien, porque debo protegerte.

—¿Y qué es lo recordaré?

—Regresarás a la noche en que terminamos, pero sin haberme visto salvar a Damien. Esto será algo que nunca sucedió y que jamás debió suceder.

Se queda callada, abrazándome con fuerza, mientras sentía como poco a poco me desmoronaba.

—Desde que te conocí me la he pasado lamentando tantas, tantas cosas que ya no las recuerdo —dije o explotaría—. Pero hoy lamento con toda el alma que hayas vivido esta situación, que hayas visto la peor versión de mí y que incluso ahora veas los ojos de un asesino. Lamento haberte ocultado mis poderes, pero al igual que tú, nunca encontré el momento perfecto para decirlo. Y ese fue el problema, la perfección no existe. Te puse en peligro y eso jamás me lo perdonaré, jamás. Si algo te hubiese sucedido me hubiera matado en ese instante.

Coloca su dedo sobre mis labios, haciéndome guardar silencio.

—Yo sé que siempre has querido lo mejor para mí, no tienes que lamentar nada, casi das tu vida por mí.

—Y lo volvería a hacer mil veces —acaricié su mejilla—. Por qué te amo como nunca pensé hacerlo y hoy siento que he hecho todo mal. Nunca debí dejarte sola, debí haber descifrado todo desde el principio, pero fui un idiota.

—Yo también te amo y no quiero perderte.

—No me perderás —dije ocultado mi inseguridad.

La tomé por el rostro con ambas manos y en cuanto la vi a los ojos, vi el reflejo de mis ojos grises. Nos besamos con fuerza, con sabor a despedida, mientras nuestras lagrimas seguían brotando y mi pecho era el portador del miedo más grande del mundo. Luego la abracé fuerte, con miedo, con pavor.

—Te amo, guárdalo bien en tu corazón —susurré a su oído, para después separarnos y vernos de frente nuevamente.

—Tú también recuerda que te amaré por siempre.

Era el momento de hacerlo, aun cuando mis lagrimas no dejaran de salir.

—Solo necesitó que me des las manos, me mires directo a los ojos y confíes en mí —indiqué.

Haría algo similar a lo que Isabelle hizo en su momento conmigo para ver mis recuerdos. De inmediato y sin pensarlo me dio sus manos, le sonreí con amor, para después verla a los ojos: Sus recuerdos comenzaron a llegar a mi mente como una película, exactamente igual a como lo había visto con Isabelle aquella noche. Avanzaban a una velocidad impresionante, pero aun así las sensaciones eran lentas e increíbles. Basto un solo instante para llegar

al momento exacto en el que me vio por primera vez, sus sentimientos por mi fueron idénticos a los míos. Vi nuestra historia en cuestión de nada, hasta que llegué al momento que buscaba. Me concentré aún más de lo que estaba y esos recuerdos se detienen, se tornan de un color grisáceo y después desaparecen. De golpe una extraña electricidad recorrió todo mi ser haciéndome sentir la necesidad de abrir los ojos —aun cuando los tenía abiertos— y regresar a la realidad. Entonces vi como Alessandra se desmayaba.

De inmediato la tomé entre mis brazos y le revisé el pulso, se encontraba bien. Me volví para con Bruno y asentí, era el momento de salir. Di un salto con Ale para llegar hasta él, mientras el guardián nos observa y asiente.

—Bien, son libres —dijo—. No vuelvan a regresar, no perdono la vida dos veces.

Los muros se volvieron transparentes, al otro lado se veían los ligeros rayos del sol y los arboles del bosque. Bruno y yo nos volvimos a mirar y sin decirnos una sola palabra corrimos y salimos de ese lugar.

En cuanto pusimos un pie fuera, lo primero que escuchamos fueron sirenas de policía. Sin que esto nos importase corrimos entre el bosque, pero de inmediato y para sorpresa nuestra vimos que todo el lugar estaba repleto de policías. Buscaban a alguien. Lo primero que se me vino a la mente fue que buscaban al culpable de la masacre, a Damien. Bruno y yo seguimos sin que estos se percataran de nuestra presencia. Y mientras los observaba vi que la familia de Ale se encontraba entre ellos.

No buscaban a Damien sino a Alessandra.

—¿Qué pasa? —pregunta Bruno al ver que me detengo.

—La están buscando —respondí de forma seria.

Como si Ale tuviera un imán, Brigitte volteo de inmediato sin que nadie más se percatara. Su expresión fue de alivio por un breve instante, pero en cuanto vio mi ropa llena de sangre y a su hija en mis brazos imagino que pensó lo peor.

Me cuesta mucho concentrarme, pero funciona. Todo a nuestro alrededor



se detiene.

—Solo usted y yo podemos hablar —dije antes de que ella lo hiciera— ella está bien, no se asuste. Fue llevada a un lugar en el cual las personas tienen prohibido el acceso. Despertara en dos o tres días y cuando eso suceda no recordara lo que sucedió.

Me mira con gesto preocupado.

—¿Estás seguro? —susurra, entre dientes.

—Se lo juro —asentí—. Le debo una gran explicación y le diré todo. Llévela al hospital, solo le pido que me mantenga al tanto de todo. Perdóname por todo esto, nunca fue mi intención ponerlas en peligro.

Asintió. Miré a Ale y le di un profundo beso en la frente para después recostarla con delicadeza entre las hojas secas, mientras las lágrimas brotaban de mis ojos.

—Gracias, hijo.

Asentí.

—La veré después... —dije terminando el hechizo para después volverme hacia Bruno—. Corre.

Bruno me observa dudoso, pero no dice nada. Comenzamos a correr y en menos de la nada se escuchó el momento en el que la encontraron. Durante el camino a casa, me mantuve callado y por muchos lapsos perdido. Justo cuando intentaba separarme de Bruno e ir a casa, éste insistió con que debía cambiarme de ropa ya que estaba repleta de sangre.

Nos detuvimos en su casa y mientras me cambiaba en una de las habitaciones, Guido cuestiono a Bruno.

—¿Dónde habían estado?... Estábamos muy preocupados.

—Esa es una pregunta difícil de responder —responde Bruno—. Porque nunca me creerías si te digo que estuvimos en el infierno.

Guido sabía que a Bruno le costaba demasiado mentir, no estaba en su naturaleza, por lo que notablemente tomó su tiempo pensando en lo que respondería.

—¿Y se quedaron tres días? —pregunto sentenciando la conversación. Bruno no respondió y en cuanto salí de la habitación lo noté pensativo. No habíamos estado en ese lugar tres días, como máximo habían sido un par horas sino es que una sola. Todo indicaba que en ese lugar el tiempo va un

poco más lento mientras que en el mundo real avanza con rapidez.

—Te explicaré después, Guido. Lo prometo —había escuchado decir de Bruno mientras bajaba las escaleras.

Caminé hacia casa a paso lento y sombrío. Trataba de pesar en mi pasado y futuro, supuse que mis planes y sueños se quedarían estacionados quizás como fracasos. En cuanto llegué a la puerta, vi que mamá se encontraba sentada en uno de los sillones de la sala, con los codos en las rodillas y ambas manos en el rostro. La mesa de centro tenía un cenicero repleto de colillas de cigarro y a un costado muchísimos pañuelos. No la había pasado bien.

Pasaron muy pocos segundos para que sintiera mi presencia y me mirara. De inmediato se puso de pie, dijo algo y dio pasos agigantados para abrazarme. En ese momento caí derrotado y a su vez me sentí protegido... como cuando era un niño y entraba corriendo a casa para abrazarla, porque minutos antes me había caído y esa caída había dolido en el alma y la única persona capaz de tranquilizar aquel dolor era mamá. Quería decirle que me convertí en asesino y su vez en el mentiroso más grande del mundo, pero mi llanto terminó por ahogar mis palabras.

Grité y lloré entre sus brazos.

Mis lágrimas habían estado estancadas y profundamente escondidas desde el día en que Michael murió. Hoy el peso era demasiado grande, estaba destruido. Me dejé caer y dejé que me sostuviera, que me protegería. Lo necesitaba, vaya que sí.

## El final.

Habían pasado tres días y Ale aun no despertaba. Desde que llego al hospital había dado muestras de que lo haría, pero no terminaba por hacerlo. En pocas palabras y sin tantos rodeos, el hechizo había funcionado. Me encontraba de pie frente a la ventana y los ligeros rayos del sol a penas y me rozaban. Nuestro equipaje estaba listo y aguardaba cerca de la puerta a que Guido llegara para llevarnos al aeropuerto. Nos iríamos a California, donde estaría lo suficientemente lejos tratando de vivir sin ella. Recordaba que hace un año, pensaba que el llegar a este lugar sería difícil, pero estos tres días me hicieron ver que en realidad éste nuevo comienzo lo sería mucho más y que quizás las próximas veces que llegue a tocar fondo la dificultad seguirá incrementándose.

Guardé todo lo que fuese de ella en un baúl y lo dejé en un lugar en el que nadie lo encontraría. La eliminé de mis contactos, borré cualquier cosa que me la recordara, así como cualquier rastro que me condujese a ella o que la llevase hacia mí, de lo contrario me ganarían las ansias de volverla a ver. Mis temores y tristezas no se habían marchado, seguían en mí... difícilmente se irían, pero poco a poco comenzaba a acostumbrarme y no porque fuera un masoquista, sino porque en realidad no me quedaba de otra.

Sin duda este año había estado lleno de altas, así como de bajas. Suponía que esto no terminaba muy bien para mí, tenía que afrontar y aceptar que mi vida cambio desde el primer instante en el que escuché algo donde no había nadie. Que lo había intentado, traté de vivir como alguien normal aun sabiendo que no lo era y que jamás lo sería. Porque aun no deseándolo, aun cuando mi corazón amé y aun cuando yo no lo quiera, pertenezco a la oscuridad. Tenía claro, muy en claro que debía mantenerme cerca de mis seres queridos, solo así podría protegerlos. Al igual que a mis enemigos —o familia— ya que solo esperarían el momento indicado para atacar. Que debía confiar en los que me rodean y algo que jamás olvidaré: que los amores

verdaderos llegan sin esperarse y se marchan sin despedirse, y me gustaría añadir o soñar, que lo hacen porque un día habrá un reencuentro.

Bruno y Guido llegaron en la Cadillac oscura. En cuanto el primero de estos se bajó del asiento del copiloto, miró hacia la ventana y de inmediato me vio. El limitado cruce de miradas había sido evitando la cordialidad. Entro a casa y desde donde me encontraba escuché como saludaba a mamá para después subir las escaleras hasta llegar a mi habitación. Aun sabiendo que lo escuchaba y que la puerta estaba abierta, le dio un par de golpecitos.

—¿Puedo entrar? —pregunta. Lo miré de reojo, sin darle demasiada importancia— ¿Cómo estás?

Me volví hacia él, lo miré y asentí despacio.

—Bien —respondí, ocultando mi realidad.

—¿Estás seguro? —insiste.

—Si Bruno, estoy bien —dije mirándolo a los ojos, como solo un buen mentiroso lo haría— ¿Cómo esta Sophie?

—Bien, ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Tú mismo leíste el libro de hechizos, esta es la única salida por el bien de ambos. En cuanto despierte no recordara nada de lo sucedido, salvo que ella y yo terminamos.

—Sophia me contó que fuiste al hospital y hablaste con Brigitte ¿Le contaste?

Asentí.

—Tuve que hacerlo. Ya que si por alguna razón, Alessandra quisiera buscarme ella al igual que Sophia y tú, le ocultaran en donde estoy. Ella jamás me encontrara, no hay un solo rastro que la lleve hacia mí. He eliminado cualquier conexión, estamos obligados a vivir sin el otro.

Bruno agacha la cabeza y de inmediato se le nota pensativo. Miré hacia un costado y pensé que era el momento de decirle algunas cosas.

—Bruno, nunca te he agradecido todo lo que has hecho por mí. Me salvaste la vida en dos ocasiones y nunca tuve la descendía de al menos darte las gracias. La primera no lo hice creo porque me encontraba gobernado por el odio, la segunda pues ya sabemos el motivo. Lo único que sé, es que, si no hubieras llegado, ella estaría muerta y nunca me lo hubiera perdonado. Gracias, gracias por todo hermano.

De forma veloz me paré frente a él con la mano extendida. De inmediato correspondió a mi apretón de mano y después nos abrazamos.

—Debes cuidarla, Bruno —proseguí mientras lo abrazaba—, de todo y de todos. Ella es quien importa, ella y mil veces ella.

—Te juro que esta vez no te defraudaré, la protegeré con mi vida si es necesario.

—Nunca me defraudaste —respondí, mientras esbozaba una sonrisa y le daba unas palmadas en el hombro.

Habíamos llegado al aeropuerto y durante el trayecto, Bruno se la había pasado llamando a Sophia con la ilusión de poder escuchar que Ale se había despertado y que el amor fue mucho más fuerte que el hechizo. Me había pasado escuchando cada llamada y, aunque ocultaba mis ansias y esperanzas, en el fondo sabía que era imposible que eso sucediera. El aeropuerto se veía distinto, tenía una tonalidad gris al igual que todo a mi alrededor. Cada paso que daba en marcaba la salida más viable a un nuevo comienzo y un final tétrico en cuestión de mi vida. El solo pensar que de ahora en adelante trataría de olvidar a ese primer amor que te consume hasta los huesos y te hace amar desenfrenadamente, sin temor alguno, sin ninguna atadura y sin ninguna otra cosa impensable, me hacía sentir verdaderamente mal.

Por momentos, observaba a mamá y aunque parecía no estar tan contenta, lo ocultaba con una sonrisa. No me costaba darme cuenta de que en verdad le costaba irse, quizá hace un año hubiera hecho un revuelo, cumpliría lo que siempre quiso para mí. Pero, quizás solo soy yo y mi tristeza, quizás soy el que ve la vida de esa manera... no lo sé. De pronto logré ver el jet en donde viajaríamos. Se encontraba en solitario, sin ningún otro avión cerca y Lucios en la puerta, esperándonos, justo como se lo había pedido. Cada vez estábamos más cerca y conforme avanzaba, sentía un cosquilleo extraño en la panza.

Miré hacia atrás y me detuve observando la entrada del aeropuerto con la esperanza de que Alessandra llegara y me detuviera.

—Vamos, aparécete y no me dejes ir —dije entre dientes.

Mis pies se aferraron al suelo, soñaba... ¡No! le pedía a Dios y al destino que se apareciera. Pero, de a poco los segundos que transcurrían me decían; que eso jamás sucedería.

—¿Qué pasa hijo?, vamos —dice mamá, sacándome de mi ilusión.

Las despedidas fueron gratas y en lo personal, grises. En otro tiempo quizás hubiera pensado que mi tía Diana, Valentina y Leonel serían las personas de quienes nos despediríamos, pero la realidad es que no. Nadie hubiera pensado que nos iríamos de aquí en un jet y no en un vuelo comercial. Que extraño es esto llamado vida.

Mamá entro al avión, mientras que yo me quedé en la entrada, dándome el tiempo de volver a ver hacia la entrada con aquella vaga esperanza de que apareciera, pero jamás apareció. Y ahora si alguien me preguntara ¿Estás bien?, le respondería que no. Ahora en verdad lo quería decir; no, no estoy bien ¿Y sabes por qué? Porque la amó con todas mis fuerzas y sé que ella también, pero parece que el amor no siempre es suficiente, aun cuando es enorme y te llevaba a la locura, aun así... aun así no es suficiente.

«Adiós, mi amor», grité para mis adentros, mirando su rostro dibujado en la memoria.

Entré al avión con total seriedad, las lágrimas se habían acabado... me las guardaría para el momento exacto en el que ya no pueda continuar y aunque sinceramente ahora hubiese sido un buen momento, una combinación de coraje y frustración, lo evitaba.

## Fallido.

Alessandra Lanz abrió los ojos y de inmediato una deslumbrante luz le impidió ver más allá. La cama y la almohada eran frías, así como el ambiente, quiso pensar en donde se encontraba y a que se debía aquella luz, pero —una fracción de segundos después— le canjeo un fuerte dolor de cabeza que la aquejo fuertemente.

De poco sus sentidos comenzaron a despertar de un profundo sueño y en cuestión de nada, escucho el taladrante pitido que suele haber en las habitaciones de los hospitales. Poco paso para que sintiera un objeto pegado debajo de la nariz, que por reacción común toco instantes después. La duda de saber en qué lugar se encontraba parecía aclararse ligeramente. Mantuvo abiertos los ojos y poco a poco estos se acoplaron a luz. Lentamente observo por doquier aun cuando el sueño y el cansancio trataban de impedirselo. Intento recordar el cómo es que había llegado y esta vez, algunas imagines llegaron, pero se detuvo en cuanto el dolor de cabeza la volvió a aquejar. Esas imágenes eran muy poco, no aclaraban sus dudas. Inmediatamente se preguntó porque estaba ahí, por qué no había nadie con ella. Y principalmente ¿Por qué, Evian no lo estaba? Volvió a pensar en los motivos y en las razones, pero de inmediato sintió que todo se movía, esta vez soportaría el dolor y el mareo. Y como reacción inmediata se aferró a las sabanas e increíblemente algunos vagos recuerdos llegaron a su mente, al igual que una gran preocupación.

La voz de dos mujeres comenzó a hacerse presente y Alessandra supo que abrirán la puerta. Brigitte Lanz y Sophia Padrón entraron a la habitación. Y en cuanto estas dos vieron que Alessandra estaba despierta no contuvieron su felicidad, ya que pesar de que los médicos habían dicho que Alessandra se encontraba en estado de coma y que como es común en esos casos nadie sabe el momento exacto en el que despiertan. Ellas sabían de diferentes voces que Alessandra lo haría hoy. Ella les sonrió y como reacción casi inmediata,

Sophia derramo un par de lágrimas. Esa sonrisa había sido perfecta, digamos que era lo más bueno y bonito que había visto en estos últimos días. La policía había hecho averiguaciones previas respecto a lo sucedido en casa de la familia Lanz y a Sophia le había tocado ser interrogada. Su amiga, su novio y su otro amigo habían desaparecido. Y cuando por fin aparecieron, su novio le dio una noticia que no precisamente era buena, Alessandra estaba en coma.

Por otra parte, la alegría de Brigitte Lanz era quizás más fuerte que la de cualquier persona en el mundo, su hija había despertado y parecía estar bien. No había estado muy segura con lo que dijeron los médicos y tampoco confió tanto en las palabras del joven que fue su yerno. Pero, ahora sabía que todo lo que Evian le contó era cierto. Le había tocado ver como Evian saltaba los muros de su casa con una enorme facilidad, siempre tuvo sospechas acerca de sus poderes. Pero de igual forma siempre se guardó todo, sabía que Evian hacía feliz a su hija y la felicidad y bienestar de su hija lo es todo, lo es primero.

Ambas se acercaron, abrazaron y besaron a Alessandra demostrándole su afecto. A lo que esta les correspondió, pero aquellos recuerdos y aquella preocupación quemaba en su interior.

—¿Dónde está Evian? —pregunto con firmeza—. Denme mi celular lo llamaré.

Sophia y Brigitte se quedaron pasmadas. No sabían que hacer o que decir, su celular había sido destruido por seguridad, el mismo Evian lo había hecho.

—¿Y bien?... —insiste.

Alessandra no encontraba una respuesta y conforme pasaba el tiempo los recuerdos continuaban llegando. Increíblemente comenzó a desesperarse, algo le decía que tenía que irse, que debía ir en busca de Evian. Aun sintiendo mareos y muchos dolores, se quitó el aparato respiratorio y después se sentó en la cama.

—No te lo quites —replico su madre reteniéndola.



Muy poco habían importado las palabras de su madre, con quien forcejeo hasta que logro poner un pie en el suelo. Y ahí, se dio cuenta de que no podría hacer nada más. Sintió que se venía abajo y de no ser por su madre se hubiera caído. Su cuerpo apenas y tenía fuerzas. Y aunque deseaba encontrarlas en algún sitio, era imposible. Sus lágrimas de impotencia parecidas a los finos diamantes, comenzaron a descender sobre sus mejillas de porcelana y de a poco el incidente se volvió oportuno a la visita que realizaba la enfermera cada veinte minutos, quien ante la situación sacó una jeringa del bolso de la camisa.

—A un lado, la inyectaré —advirtió.

Alessandra escucho a la enfermera y de inmediato se dio por vencida, su corazón estaba agitado y esos impulsos habían sido demasiado. Deseaba que el chico de los ojos grises, a quien tanto ama llegara y la ayudara. La enfermera hizo su trabajo y controló la situación. La inyección había contenido un ligero tranquilizante, pero aun así eso había bastado para que en cuestión de segundos las pocas energías de Alessandra se redujeran a la nada. La recostaron boca arriba y de a poco los mareos se volvieron molestos e intensos, pero al mismo tiempo tranquilizantes. Sus defensas eran tan nulas que comenzaba nuevamente a cerrar los ojos, sabía que tenía que hacer algo, al menos un último esfuerzo.

Con los ojos entre lágrimas y comenzándose a cerrar, miró a Sophia ante la impotencia.

—Llámalo —pidió con sus últimas fuerzas. Pensando que lo había gritado, sabiendo y apostando a que su amiga, llamaría y buscaría al hombre que ama.

Sophia había olvidado el lugar en el que se encontraba su celular. O, mejor dicho, la escena de Alessandra le había borrado muchas cosas de la mente. Revisó su bolso y en cuanto lo encontró salió de la habitación. Tomó el celular con ambas manos ya que le temblaban del nerviosismo, busco el número de Evian, pero jamás lo encontró, había olvidado que él ya no tenía un número telefónico. Ahora la desesperación se unía al nerviosismo, se sentía lenta y torpe. Quería llamar tan rápido como fuera posible, pero sus manos no reaccionaban.

Encontró el número de Bruno y de inmediato lo llamo con la esperanza de que el avión aun no hubiese despegado. Pero la llamada nunca fue correspondida y comenzó a pensar en lo peor, siguió insistiendo e insistiendo, pero los resultados eran los mismos. El nerviosismo bloqueo su mente y ciertas lágrimas de desesperación invadieron sus ojos, se sentía la incompetente más grande del mundo. Ella era el lazo entre un amor que había, podía y debería de ser fructífero. Y a su manera de pensar, no había cumplido con las expectativas.

Bruno Grimaldi había evitado responder debido a que estaba a escasos metros del hospital. Y además estaba cansado de haber escuchado el mismo; "aún no" de Sophia, durante todo el día. Estaba sumamente frustrado por ver partir a su amigo en esas condiciones, Evian, además de su tía y Guido, había sido el único amigo que le comprendió y con el que compartió mucho. Sabía que se reuniría con el de forma secreta en el mes de diciembre, pero, aun así, esta separación le dolía lo suficiente como para estar en las condiciones que se encontraba. Prefirió que cualquier cosa que Sophia le quisiera decir, lo hiciera en persona.

Sophia caminó hacia los pasillos de la entrada en busca de un poco de calma y desde ahí, Bruno la observó. De forma pensante y muy a su estilo vigilo que nadie lo viera y como si fuera un cálido viento llego de forma veloz. Se detuvo frente a una Sophia desesperada que había fallado en su intento de cupido.

Entre lágrimas y desesperación. Sophia le contó todo y éste aun sabiendo que los resultados hubiesen sido los mismos, se arrepintió de no haber respondido el celular. La calmo y controlo, solo él tenía el poder para calmar a la dueña de su corazón. Le quito esa responsabilidad de encima diciéndole que el avión ya había despegado y que ella poco podía hacer. La abrazó con fuerza y calidez. Y en cuanto vio a una enfermera le solicito un calmante para su novia.

Bruno Grimaldi espero a que Sophia se durmiera en una de las habitaciones desocupadas del hospital, que les había asignado una enfermera.

Y después se dirigió de forma pensativa a donde se encontraba Alessandra y allí le observó dormir. Sonrió al verle, se alegraba de verla sana y que además recordara. Siempre tuvo la esperanza de que esto sucedería, pero hubiese preferido que Evian no hubiese partido. Comenzaba a pensar en el plan; buscaría a Evian, se reencontrarían y todo seguiría como hasta hace unos días. Pero, rápidamente su mente se quedó en blanco. Sus ideas se esfumaron ante una posibilidad y una muy grande preocupación.

¿Y si el hechizo no fue hecho de forma correcta? De ser así no debía permitir que ella viese a Evian. Bruno no conocía a otro mago igual de poderoso que su difunta tía. Y por momentos pensaba que el heredero de esas grandiosas habilidades había sido su amigo. Pero, ahora pensaba que quizás ese listón le había quedado demasiado grande, pero ¿Y si el hechizo funciona?... ¿Y si el mismísimo amor se interpuso? Entonces buscaría a Evian, le contaría lo sucedido y confiaría a que haya sido el amor ¿Y si no fue el amor?... ¿Correría el riesgo de exponer la vida de Alessandra?

Bruno el pensante tenía una incógnita, probablemente la más grande de su vida. Y un minuto le había costado llegar a una sana conclusión, una forma viable en la que nadie correría riesgos. En donde solo habría decepción amorosa y depresión, pero nadie se volvería un demonio en el intento.

Ambos vivirían engañados por su bienestar y si el destino les junto en una ocasión ¿Por qué no en una segunda? Correría el riesgo de ocultar todo, sabiendo muy bien que sería una responsabilidad muy grande. Incluso para un Grimaldi, incluso para un amigo.

El avión llevaba poco tiempo en el aire. Y la situación era distinta a la del hospital, aunque al igual que Bruno, Evian ocultaba muchas cosas detrás de esa mirada perdida. Aurora leía el periódico de forma tranquila, muy a su manera. Pero, en cuanto vio una de esas notas que te hacen decir; no puede ser. Se vio por demás sorprendida. Patrick G. Leyden, el hasta hace no mucho director del colegio donde estudiaba su hijo, llevaba dos días en la cárcel por el delito de lavado de dinero. Su impresión, llamo la atención de Evian que la miró de forma rápida, fría y tranquila.

—¿Leíste el periódico? —le pregunto a su hijo.

—No mamá, no leo periódicos —respondió, Evian sin prestarle atención. Sin que a su madre le importara el desplante, le mostró el periódico.

Evian leyó detenidamente; "*director de colegio detenido por demanda de manutención de un hijo no reconocido y lavado de dinero*". Decía la nota, junto a una foto del susodicho. En cuanto terminó leer no pudo resistir su felicidad y terminó sonriendo leve y disimuladamente para después mirar a Lucios y pensar; Tarde o temprano los traidores caen.

Sin si quiera saberlo, desde el momento en el que heredó esa fortuna y la amistad de Lucios, Evian se convirtió en alguien poderoso ante la sociedad. Y había bastado una simple y corta llamada al ya mencionado Lucios, diciéndole sus frustraciones y enojos de manera fría y contundente para que se cumplieran sus deseos.

Aplastó a quien le hizo una mala jugada, a quien, según él, le traicionó por unas monedas. Y lo hizo sin ningún remordimiento. Y esa sonrisa significaba más que eso, era un signo de satisfacción personal que muy a su manera, veía el final del director como una victoria. Sabía muy bien que Leyden, jamás volvería a ejercer ya que había sido juzgado a varios años de cárcel y en caso de que saliera, quizás se plantearía aplastarle de nuevo.

Evian Barnes tenía el corazón herido, enojado y sin darse cuenta comenzaba a hacer consumido por aquella mitad oscura que poco a poco se apoderaba de él. Sin saberlo, sin haberlo querido, heredó algo que recorre sus venas desde el momento en el que fue engendrado, algo que le correspondía por naturaleza como justo heredero. Como el heredero de la oscuridad.

*Eso es todo... por el momento.  
Gracias, gracias por leer este libro.  
Edgar Velazquez.*

Título: Heredero De La Oscuridad

© 2018, Edgar Velazquez

©De los textos: Edgar Iván Velazquez Anastacio

Ilustración de portada: Edgar Velazquez, Ofelia Alanís

Revisión de estilo: Ofelia Alanís

1ª edición Todos los derechos reservados

# Table of Contents

Prefacio.  
El Comienzo.  
A Primera Vista.  
Voces.  
Revelaciones.  
Sensaciones.  
Hasta pronto.  
Deseo.  
Aprobación.  
Punto ciego.  
El asesino.  
Matar o morir.  
El adiós.  
El final.  
Fallido.